

EMILIO HERNÁNDEZ GARCÍA
EMILIO ALONSO BURGOS

CON TU AUXILIO

APUNTES BIOGRÁFICOS SOBRE
SALESIANOS FALLECIDOS
EN LA INSPECTORÍA DE SAN JUAN BOSCO
MADRID

**Tomo III de dichos apuntes biográficos
1901-1994**

El Tomo I:
Tres años de Historia Salesiana (1936-1939),
por José Luis Bastarrica y José Mallo

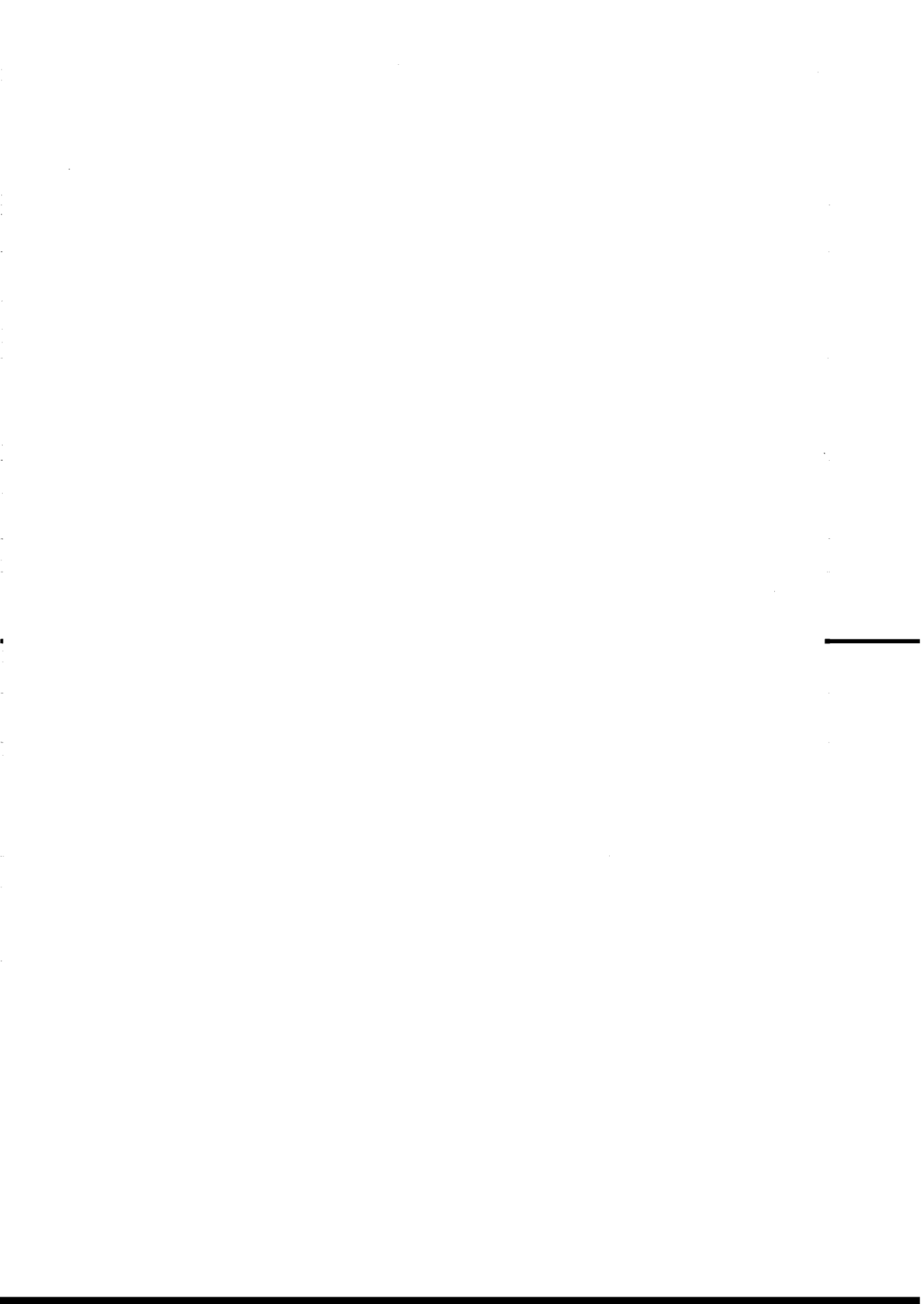
El Tomo II:
La fe que profesaron (1896-1987),
por Emilio Hernández García
y Emilio Alonso Burgos

Impreso en España - *Printed in Spain*
Gráficas Don Bosco - Arganda (Madrid)
Depósito legal: M. 15.915-1994

Edición extra comercial

ÍNDICE GENERAL

	<u>Página</u>
índice general	5
Presentación	7
índice alfabético de los salesianos difuntos, consignados en este Tomo III	11
índice cronológico de los salesianos difuntos, consignados en este Tomo III	15
Fallecidos en enero	17
Fallecidos en febrero	89
Fallecidos en marzo	95
Fallecidos en abril	123
Fallecidos en mayo	159
Fallecidos en junio	193
Fallecidos en julio	211
Fallecidos en agosto	249
Fallecidos en septiembre	291
Fallecidos en octubre	325
Fallecidos en noviembre	349
Fallecidos en diciembre	381
índice alfabético de todos los salesianos difuntos de la Inspección de Madrid (1896-1994), consignados en 3 tomos	423
índice cronológico de todos los salesianos difuntos de la Inspección de Madrid (1896-1994), según los años en que fallecieron, consignados en 3 tomos	429
índice topográfico de todos los salesianos difuntos de la Inspección de Madrid (1896-1994), según las casas en que fallecieron, consignados en 3 tomos.	439



PRESENTACIÓN

La proyección de la existencia hacia el futuro necesita conocer las raíces del pasado, si no queremos que nos ocurra lo que al musgo que al carecer de raíces nunca podrá romper el cielo con sus ramas.

Esta es la finalidad del nuevo libro que me llega a las manos y del que se me pide haga una presentación. Es continuación de aquel primer trabajo que publicó nuestra Inspectoría: «LA FE QUE PROFESARON», en memoria de nuestros hermanos difuntos.

Aquella obra nos ofrecía rasgos bibliográficos de Salesianos que habían vivido y muerto entre nosotros. En el centenario de la muerte de D. Bosco sus autores nos presentaban setenta y dos semblanzas de hermanos que «al dar su vida la merecieron dándola», en expresión de Tagore. Mas dicha obra era como una sinfonía inacabada. En ella no aparecían nombres más cercanos a nosotros, con los que compartimos no pocas vivencias salesianas.

Los autores de la biografía de estos hermanos son, de nuevo, D. Emilio Hernández y D. Emilio Alonso, tan bien avenidos en su pluma y en su pensar. No son cartas mortuorias ni tampoco estudios acabados donde la historia se hace biografía por la investigación. Son pinceladas sobre Salesianos que nos descubren las luces y las sombras de su vida ordinaria.

Es un homenaje de reconocimiento a todos ellos. En la vida nunca se escribe la última página. Otros vienen que continúan la

escritura en el rasgo que el anterior comenzó. Nuestra Inspectoría posee una gran riqueza de personas y de obras y ello, sin duda, se debe en gran parte a la labor de Salesianos que nos precedieron y que podrían caer en el olvido en nuestro trabajo cotidiano.

Me gustaría que este libro fuera agradecimiento a ellos y estímulo para nosotros. En la sementera que nos dejaron trabajemos para recoger, en su momento, la cosecha de una Inspectoría madurada por la consagración y la misión salesianas.

En esta tarea, a través del tiempo, no estamos solos. Esta fue la experiencia de D. Bosco al atardecer de su vida: «Todo lo ha hecho Ella». El auxilio de la Virgen es para cada Salesiano fuerza impetuosa que ayuda a salvar las dificultades y afrontar las grandes obras. La Virgen Auxiliadora nos sirve de escudo y de defensa. De aquí, el título elegido para esta segunda obra: «CON TU AUXILIO».

No puedo por menos de encomiar la obra de D. Emilio Hernández y D. Emilio Alonso porque ellos han reparado la injusticia del olvido y la ignorancia que entraña todo tiempo pasado. Escriben con la pluma y el corazón al mismo tiempo. Casi diría al unísono los dos, como quien juega con las palabras y el recuerdo. Su cariño a la Inspectoría y a los Salesianos les hace conjugar doctrina y estilo literario con la facilidad y fluidez del buen escritor y del no menos pensador.

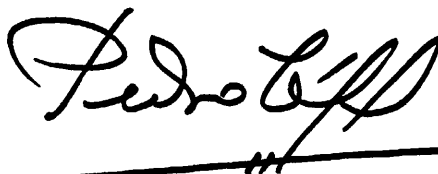
Espero que este libro tenga una buena acogida por todos los lectores y por las Comunidades. Estoy seguro que su lectura ayudará a mantener viva la antorcha salesiana en el estadio actual donde compiten tantos atletas de la ilusión y del trabajo por y con los jóvenes.

En este volumen se añaden tres índices generales que ayudarán a su lectura y aun uso más fácil. El primero presenta la lista completa de los Salesianos que aparecen en el tomo anterior. Un

segundo con el índice cronológico según los años en que fallecieron los Salesianos y, finalmente, un tercero de las Casas en las que murieron. Este último es una buena referencia para que, a través de los años, esa Comunidad recuerde a los que en ella entregaron su alma a Dios.

Saint-Exupéry afirmaba que «la valía del hombre se mide por la calidad y número de los compromisos que toma». A veces, buscamos fuera de nuestra propia Casa lo que tenemos dentro. Estos Salesianos, cuya vida se subraya en estas páginas, representan otros tantos modelos en nuestro hacer caminero. El andar de la vida consagrada y apostólica en la que otros antes caminaron con entrega y generosidad.

«Si el grano de trigo no muere, no produce fruto». Aprendamos a fructificar para que con la muerte de estos Salesianos y «la fe que profesaron» seamos signos de amor y esperanza.

A handwritten signature in black ink, reading "Pedro López García". The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature is a horizontal line.

PEDRO LÓPEZ GARCÍA
Inspector

Madrid, 31 de enero de 1994

ÍNDICE ALFABÉTICO

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Coadjutor	AIZPURU ARANGUREN, José (13-II-1914)	91
Coadjutor	ALVAREZ BLANCO, José (27-VIII-1912)	279
Sacerdote	AMO (del) PRIETO, José Luis (29-IV-1990)	145
Coadjutor	ANZOLA AZPIARU, Domingo (20-XI-1908)	354
Coadjutor	ARAUZ ESCOLANO, Mariano (13-XII-1990)	389
Sacerdote	ARRIETA CABRERO, Enrique (2-VIII-1989)	251
Clérigo	ARTACHO ARTACHO, José (2-XI-1906)	351
Sacerdote	AZPELETA PRIETO, Félix (16-I-1987)	53
Sacerdote	BALLESTEROS ARRANZ, Rafael (2-I-1987)	19
Sacerdote	BATTAINI MACCHI, Alejandro (10-III-1953)	106
Sacerdote	BELLIDO IÑIGO, Modesto (26-XI-1993)	363
Clérigo	BOUZAS PÉREZ, Alfonso (14-I-1934)	44
Coadjutor	CAELLAS CANTO, Fernando (28-XI-1958)	372
Sacerdote	CARTOSIO BIANCHI, León (22-IX-1978)	303
Sacerdote	CASTAÑO ALBA, Felipe (28-XI-1913)	370
Coadjutor	CID LOSADA, Francisco (15-VII-1988)	220
Sacerdote	CORDERO DOMÍNGUEZ, Fco. Javier (25-V-1990)	186
Sacerdote	CRESCENZI MALPICCI, Anastasio (14-V-1964) ...	167
Sacerdote	CUESTA IBAÑEZ, José Santos (21-X-1955)	327
Novicio	CURTO FERNANDEZ, Jesús (12-V-1921)	164
Sacerdote	DIAZ RIVAS, Faustino (9-III-1992)	99
Clérigo	DIEGUEZ SÁNCHEZ, Agustín (5-I-1928)	30
Sacerdote	DIEZ GALLO, Eduardo (23-IX-1991)	310
Coadjutor	ECHEVARRÍA DEVA, Ignacio (29-VIII-1961)	284
Novicio	ENCINAS MONEDERO, Santos (22-VI-1962)	203

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Sacerdote	ESCUR BOSCH, Daniel (1-V-1906)	161
Sacerdote	FALQUEZ COSTAS, Francisco (23-VII-1925)	236
Coadjutor	FERNANDEZ BOLAÑOS, José Ant.º (10-VI-1986)	195
Coadjutor	FERNANDEZ POZUELOS, Marcelo (29-VII-1991)	239
Sacerdote	GANCEDO IBARRONDO, Eduardo (13-I-1994)...	36
Coadjutor	GARCÍA ARRANZ, Segundo (22-III-1959)	113
Sacerdote	GARCÍA GARCÍA, Valentín (29-XI-1993)	375
Clérigo	GARCÍA TALAMILLO, José (3-I-1948)	25
Novicio	GONZÁLEZ ALVAREZ, José (15-VI-1917)	199
Sacerdote	GONZÁLEZ BELLVER, Francisco (23-IV-1987)....	139
Coadjutor	GONZÁLEZ HERMOSA, Gregorio (28-VIII-1948)	281
Novicio	GRANA GONZÁLEZ, Ramiro (27-VIII-1908)	276
Coadjutor	GRATACOS VENTOS, Narciso (6-III-1947)	97
Coadjutor	HERNÁNDEZ MARTIN, Eusebio (5-XII-1984)	383
Coadjutor	HERNÁNDEZ MARTIN, Lorenzo (29-X-1986)	343
Sacerdote	IBAÑEZ GARCÍA, Santiago (26-VIII-1992)	268
Sacerdote	IZQUIERDO GONZALO, Ángel (10-VII-1992)	213
Sacerdote	LASAGA CARAZO, José (29-XII-1965)	413
Sacerdote	LÓPEZ PACHECO, Eladio (19-IX-1945)	300
Coadjutor	MARTIN CRESPO, Isaías (17-XII-1924)	403
Clérigo	MARTIN CRIADO, Alfredo (7-I-1925)	33
Coadjutor	MARTÍNEZ MALDONADO, Alfonso (15-XII-1979)	397
Sacerdote	MOLINA GONZÁLEZ, José (18-IV-1959)	133
Sacerdote	MORALES MORALES, Hiscio (15-IX-1987)	293
Sacerdote	MORAN GONZÁLEZ, Celso (9-IV-1992)	125
Sacerdote	NOVARINO GRAMAGLIA, Luis (28-III-1924)	117
Arzobispo	OLAECHEA LOIZAGA, Marcelino (21-X-1972) ..	334
Sacerdote	PATALAVICIUS SIUPIENIUTE, Casimiro (17-I-1983)	61

Condición	Apellidos, nombre y fecha de defunción	Página
Sacerdote	PÉREZ HERNÁNDEZ, Joaquín (29-XII-1962)	407
Sacerdote	RAMOS LORES, Vicente (25-IX-1989)	317
Sacerdote	RIESCO PEDRAZ, José (20-VIII-1988)	258
Coadjutor	RIVERO VICENTE, Zacarías (30-VIII-1989)	286
Sacerdote	ROCA SERRA, Buenaventura (25-V-1960)	177
Novicio	SÁNCHEZ HERRERO, José Manuel (18-I-1948) ..	73
Coadjutor	SEGUÍ BAUSA, Pedro (28-VI-1920)	206
Sacerdote	SERRA MIAS, Tomás (18-I-1901)	68
Coadjutor	SOLER PÉREZ, Ramón (15-I-1968)	47
Coadjutor	SZENNIK JÚTTOREN, Luis (26-I-1972)	75
Sacerdote	TOME NEBREDA, Antonio (26-XI-1987)	357
Sacerdote	UBEDA GARCÍA, Antonio (26-I-1992)	81
Coadjutor	URTASUN IROZ, Ignacio (30-IV-1968)	151
Sacerdote	VICENTE (de) GARROTE, Alejandro (17-VII-1988)	224
Sacerdote	ZOCCOLA CACCIA, Honorato (24-VIII-1917)	265

ÍNDICE CRONOLÓGICO

- 1901
Sacerdote Tomás SERRA (18-I).
- 1906
Sacerdote Daniel ESCUR (I-V).
Clérigo José ARTACHO (2-XI).
- 1908
Novicio Ramiro GRANA (27-VIII).
Coadjutor Domingo ANZOLA
(20-XI).
- 1912
Coadjutor José ALVAREZ (27-VIII).
- 1913
Sacerdote Felipe CASTAÑO
(28-XI).
- 1914
Coadjutor José AIZPURU (13-II).
- 1917
Novicio José GONZÁLEZ (15-VI).
Sacerdote Honorato ZOCCOLA
(24-VIII).
- 1920
Coadjutor Pedro SEGUÍ (28-VI).
- 1921
Novicio Jesús CURTO (12-V).
- 1924
Sacerdote Luis NOVARINO
(28-III).
Coadjutor Isaías MARTIN (17-XII).
- 1925
Clérigo Alfredo MARTIN (7-I).
Sacerdote Francisco FALQUEZ
(23-VII).
- 1928
Clérigo Agustín DIEGUEZ
(5-I).
- 1934
Clérigo Alfonso BOUZAS (14-I).
- 1945
Sacerdote Eladio LÓPEZ (19-IX).
- 1947
Coadjutor Narciso GRATACOS
(6-III).
- 1948
Clérigo José GARCÍA (3-I).
Novicio José Manuel SÁNCHEZ
(18-I).
Coadjutor Gregorio GONZÁLEZ
(28-VIII).
- 1953
Sacerdote Alejandro BATTAINI
(10-III).
- 1955
Sacerdote José Santos CUESTA
(21-X).
- 1958
Coadjutor Fernando CAELLAS
(28-XI).
- 1959
Coadjutor Segundo GARCÍA
(22-III).
Sacerdote José MOLINA (18-IV).
- 1960
Sacerdote Buenaventura ROCA
(25-V).

1961
Coadjutor Ignacio ECHEVARRÍA
(29-VIII).

1962
Novicio Santos ENCINAS (22-VI).
Sacerdote Joaquín PÉREZ
(29-XII).

1964
Sacerdote Anastasio CRESCENZI
(14-V).

1965
Sacerdote José LASAGA (29-XII).

1968
Coadjutor Ramón SOLER (15-I).
Coadjutor Ignacio URTASUN
(30-IV).

1972
Coadjutor Luis SZENNIK (26-I).
Arzobispo Marcelino OLAECHEA
(21-X).

1978
Sacerdote León CARTOSIO
(22-IX).

1979
Coadjutor Alfonso MARTÍNEZ
(15-XII).

1983
Sacerdote Casimiro
PATALAVICIUS (17-I).

1984
Coadjutor Eusebio HERNÁNDEZ
(5-XII).

1986
Coadjutor José Antonio
FERNANDEZ (10-VI).
Coadjutor Lorenzo HERNÁNDEZ
(29-X).

1987
Sacerdote Rafael BALLESTEROS
(2-I).
Sacerdote Félix AZPELETA (16-I).

Sacerdote Francisco GONZÁLEZ
(23-IV).
Sacerdote Hiscio MORALES
(15-IX).
Sacerdote Antonio TOME (26-XI).

1988
Coadjutor Francisco CID (15-VII).
Sacerdote Alejandro VICENTE
(de) (17-VII).
Sacerdote José RIESCO (20-VIII).

1989
Sacerdote Enrique ARRIETA
(2-VIII).
Coadjutor Zacarías RIVERO
(30-VIII).
Sacerdote Vicente RAMOS (25-IX).

1990
Sacerdote José Luis AMO (del)
(29-IV).
Sacerdote Fco. Javier CORDERO
(25-V).
Coadjutor Mariano ARAUZ (13-XII).

1991
Coadjutor Marcelo FERNANDEZ
(29-VII).
Sacerdote Eduardo DIEZ (23-IX).

1992
Sacerdote Antonio UBEDA (26-I).
Sacerdote Faustino DIAZ (9-III).
Sacerdote Celso MORAN (9-IV).
Sacerdote Ángel IZQUIERDO
(10-VII).
Sacerdote Santiago IBAÑEZ
(26-VIII).

1993
Sacerdote Modesto BELLIDO
(26-XI).
Sacerdote Valentín GARCÍA
(29-XI).

1994
Sacerdote Eduardo GANCEDO
(13-I).

ENERO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
2	1987	Sacerdote	Rafael BALLESTEROS ARRANZ	32	19
3	1948	Teólogo	José GARCÍA TALAMILLO	25	25
5	1928	Coadjutor	Agustín DIEGUEZ SÁNCHEZ	27	30
7	1925	Clérigo	Alfredo MARTIN CRIADO	22	33
13	1994	Sacerdote	Eduardo GANCEDO IBARRONDO	83	36
14	1934	Clérigo	Alfonso BOUZAS PÉREZ	23	44
15	1968	Coadjutor	Ramón SOLER PÉREZ	76	47
16	1987	Sacerdote	Félix AZPELETA PRIETO	80	53
17	1983	Sacerdote	Casimiro PATALAVICIUS	71	61
18	1901	Sacerdote	Tomás SERRA MIAS	58	68
18	1948	Novicio	José Manuel SÁNCHEZ HERRERO	22	73
26	1972	Coadjutor	Luis SZENNIK JÜTTOREN	89	75
26	1992	Sacerdote	Antonio UBEDA GARCÍA	83	81

RAFAEL BALLESTEROS ARRANZ



Sacerdote.
Nació en Iscar (Valladolid) el 8-XI-1955.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1973.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 28-IV-1984.
Falleció en Bata (Guinea Ecuatorial) el **2-I-1987**.

En los años 1967 y 1968 había en Mohernando dos cursos de aspirantes de la primera edad. Convivían con los novicios en los últimos años del antiguo edificio, antes de la reconstrucción. Eran aspirantes, no preaspirantes como ahora se les llama, difuminando esta etapa de la formación y con una vocación determinada, aunque todavía no definida. Eran muchachos simpáticos, sin complicaciones ni ambigüedades, dóciles y muy andariegos. A su corta edad hacían excursiones hasta Tórtola, Trijueque y demás pueblos vecinos. Venían por grupos de Almoguera, de Huerta del Rey, de Cardeñosa de Avila. Eran fruto de los cuidados vocacio-

nales de párrocos celosos y prosalesianos. Rafael Ballesteros era de Iscar, pueblo grande de Valladolid hacia Segovia. No tiene mucha historia ni mucho arte ni riqueza. Cereales, vino, ganado son todo su patrimonio económico. Para las ambiciones de Rafael era bastante. Con eso, las ruinas de un castillo viejo, el Cerro de los Ahorcados y el equipo «Puchela», ya tenía bastante para hablar con entusiasmo siempre de su lugar nativo. También de Mohernando guardó buen recuerdo.

Como el entorno familiar cuenta mucho, diremos que era el más pequeño y el único hermano de tres hermanas de una familia de discreto pasar.

Hizo aquí los dos primeros años de su aspirantado; en Arévalo los restantes, y el noviciado en Astudillo. Fue saltando de pueblo en pueblo. Guadalajara no era mucho más que eso en aquellos años en que él hizo su primera Filosofía y el COU, para pasar después a Medina, donde terminó la Filosofía. Después la habría de estudiar más a fondo en la Universidad. Una preparación muy larga para una ejercitación bien breve. La Teología la estudió entre Salamanca -en aquella residencia provisional «la Bombonera»- y la nueva Escuela de Teología del Paseo de Delicias, de Madrid. Esa fue su carrera y así fue su vida, casi toda ella de estudios.

Tenía razón cuando decía: «... hasta ahora no he hecho más que estudiar». La única etapa que no había sido de estudio, era el trienio, en Carabanchel, con los aspirantes coadjutores. Lo hizo en los años del Aspirantado nuevo, floreciente y lleno de aspirantes. Como «el que ama a los animales, ama también al hombre», él dedicaba su afición y su tiempo a los faisanes, los patos, los pavos reales y las gallinas de Guinea, que completaban el zoo. Allí pasó muy buenos ratos, celebrando las evoluciones de los animales y gustando en síntesis y muestra lo que había de encontrar en fauna desperdigada y varia en Guinea Ecuatorial.

Terminó la Teología y se tomó un año más de reflexión y maduración para el sacerdocio. La Filosofía, que terminó de estudiar en la Universidad, le ayudó en esta reflexión y le ayudó a decidirse por la mejor parte: el sacerdocio y el seguimiento de

Cristo sin titubeos. Esa pausa de reflexión y de «rumia orante y pensante» él la resolvió de manera positiva. Otros la resolvieron de manera negativa. Hicieron bueno aquellos de que «las cosas buenas hay que pensarlas, pero no hay que pensarlas demasiado, porque se corre el peligro de terminar no haciéndolas».

Le ordenó de sacerdote un día de finales de abril, en la Iglesia de Atocha, Mons. Capmany. Poco más de dos años después, el mismo Obispo y en el mismo sitio, presidía el funeral.

Contra lo que Rafael hubiera deseado, ir a América, le mandaron a Guinea. Lo aceptó religiosa y humildemente, pensando que aquello podía ser también una experiencia saludable.

Como todo començante joven, entusiasta e idealista, llevaba un montón de ilusiones. Luego se irían desmoronando en la realidad. A los apóstoles les pasa un poco como a Don Quijote en la primera salida. Salió de la venta tan contento, tan ufano, vagó todo el día por el campo raso, con un calor abrasador, «sin que nada de particular le sucediera...» Ninguna aventura ni cosa que se le pareciera.

Iba con la mejor voluntad, decidido a desplegar su sacerdocio y su magisterio, pero ni el ambiente, ni la distinta cultura o sincultura ni la misma vida de comunidad inmediata, le estimulaban. «Sufrió -dice Grupeli en la carta mortuoria- el choque, el «cambio» que significaba venir de Madrid a Malabo».

No obstante, se sobreponía, «hizo un gran esfuerzo para dar con profesionalidad las clases y, sin desánimo, realizar su labor sacerdotal».

Tuvo que poner la Filosofía a la altura de aquellas cabezas poco especulativas y la Fe al nivel de aquellas mentalidades poco dogmáticas...

En su cordura de sacerdote intelectual, caería también en la cuenta de que a las misiones no se puede ir con diletantismos de experiencias, sino con conciencia de entrega; no a lo que me puede convenir para mi integración, sino a lo que sea... ¡a la buena de Dios!

Con la enseñanza en el Instituto y en la Normal de Malabo, combinaba la acción pastoral en los poblados vecinos y la atención espiritual a las Salesianas.

El curso siguiente, 1986-87, ya se le presentaba más despejado y menos cuesta arriba. Seguro que en los momentos de desánimo, se haría a sí mismo esta observación: ¡Tantos años estudiando y de preparación, para esta actuación tan pobre!

Cuando se acercaban las Navidades del año 1986, tenía además el caramelo de la visita de su hermana Rufina, Rufi, como la llamaba en apelación breve y familiar, lo mismo que a él le llamaban Rafi, dos homónimos abreviados y confundibles.

Rufi, la hermana mayor, casada y con dos hijos, tuvo el valor de ir en plenas Navidades a pasar unos días con Rafi. No le faltarían titubeos ni consideraciones en contra, pero el tirón del hermano -ya se sabe que las hermanas son un poco madres de los hermanos únicos y varones-, y también el afán de experiencias nuevas y exóticas, la decidieron a dar el salto fatal.

Sus padres, muy enteros y muy valerosamente resignados, no habrán dejado de lamentarse alguna vez: «¡En qué hora se le ocurrió a esta criatura ir a Malabo...!»

Efectivamente, llegó a Malabo el 26 de diciembre y al día siguiente, partieron para el continente, junto con otras tres Hijas de María Auxiliadora, convalecientes y deseosas de ver y recorrer las casas salesianas, las de las comunidades y las curiosidades de Bata e inmediaciones. Aprovecharon bien los tres días siguientes y el último día del año celebraron religiosamente el retiro espiritual «el Ejercicio de la Buena Muerte», dicho en salesiano antiguo. Hicieron sus prácticas de piedad y, como conferencia, celebraron una mesa redonda, en la que cada cual fue desgranando sus consideraciones. Seguramente responderían más a la vida diaria y concreta que a la muerte inminente. El día de Año Nuevo lo celebraron con gran regocijo en compañía de las comunidades vecinas. El festejo fue muy animado: se cantaron los villancicos obligados, hubo aderezos navideños y se repitió una y otra vez una letrilla aplicable a personas y casos...

El día 2, a media mañana, estaba fijada la vuelta a Malabo.

Se presentaron a la hora concertada, pero se encontraron con que el viaje se retrasaba hasta la tarde. Una fiesta a mediodía en honor de una dama pareció ser el motivo. Nuestros viajeros

regresaron a la casa salesiana y se dispusieron a emplear las horas de espera. Antes de la comida jugaron una partida a las cartas y después, como sobremesa, otra. No sabemos quién ganó aquella última partida. Al llegar la media tarde, tomaron sus bolsas y macutos y se despidieron con las expresiones del caso: «¡Hasta la próxima visita! ¿Hasta la Pascua de Abril, tal vez? ¡Hasta las vacaciones! ¡Hasta vernos en Madrid!». Y Rafael dijo, por decir: «¡O hasta el Paraíso!»... y acertó.

El aviocar despegó a las 4,30. Ni siquiera eran las cinco fatídicas.

La marea estaba baja y el mar, en calma. Nada hacía pensar en presagios de desgracia. Ni en aquella romántica evocación:

*«Era un suspiro lánguido y sonoro
la voz del mar aquella tarde...»*

El artefacto hinchado y ruidoso dio una vuelta en torno a las viviendas de los españoles, «Las Caracolas», lo cual no extrañó a nadie, porque era una pirueta que solían hacer como cumplido. Dio una segunda vuelta extraña y cuando intentó regresar en recto y aterrizar en la playa, se hundió en las aguas y se estrelló contra las rocas. Cayó de lado. El avión y la carga humana que lo llenaba, quedaron hechos añicos y desperdigados. El pánico de los que lo presenciaron a 250 ms y de los que se fueron enterando, fue indescriptible. Algo para sentir e imaginar, no para pintar con palabras.

Se movilizaron todos y fueron rescatando los cuerpos. Estaban horriblemente destrozados. Lo más desfigurado era la cabeza. El golpe, la explosión o la onda la había dejado como una sandía contra una piedra estrellada con saña.

El último cadáver en aparecer, pasados dos días, fue el de Rafi. Un africano lo divisó. Increíblemente, era el menos maltratado. Casi estaba entero y limpio. Fueron unos días de trajín y pesadilla para la comunidad de Bata, los cooperantes y los vecinos todos... y de comentarios confusos.

¿Cuál fue la causa? Se dijo que el exceso de carga, la imprudencia de los pilotos haciendo evoluciones de capricho, la avería

de un motor o la alarma: «¡Situación... situación... peligrosísima...!» Llamadas que, increíblemente, no tuvieron respuesta.

Son hechos y motivos barajados por los periódicos, las investigaciones de los técnicos o la historia enredosa e indescifrable, aunque sea tan inmediata.

Después se sucedieron los momentos de los funerales, una vez reunidos y ordenados los restos, en Bata, en las Palmas, en Getafe... Llegaron la tarde de Reyes. En un hangar fueron recibidos y depositados ante un millar de personas compungidas, silenciosas, atónitas. Tarde de sol triste, de frío glacial y de pena hondísima...

¡Qué presente de Reyes el de aquellos ataúdes en batería sobre el suelo...! «Oro, incienso y mirra»... sí: el oro de los galones y de los apliques fúnebres, el incienso de las oraciones mudas y del incensario del ritual y la mirra de un dolor y de un luto sin fronteras... Un funeral en vivo y para no olvidar nunca.

Los cuerpos de Rafi y de Rufi fueron trasladados a Iscar. Todo el pueblo asistió a los funerales de la entrañable pareja de hermanos homónimos... Hermanos en la vida y hermanos en la muerte...

«No hay muertes para dos...», se escribió pensando en lo personalísimo de la muerte. Aquella sí lo fue... para los dos hermanos, que irían juntos en las lunetas del aviocar, comentando las incidencias de un viaje placentero...

Los feligreses de Iscar, recordarían la primera Misa de Rafael y las palabras de su homilía: «... El Señor me ha mimado y me ha hecho objeto de unos favores inagradecibles...»

¿Fue también favor el de aquella muerte imprevisible y trágica...?

Así tenemos que creerlo, aunque no lo comprendamos ni acertemos a rastrear nunca los caminos retorcidos, secretos, tenebrosos de Dios.

Por algo es la Fe la clave de las cosas que no entendemos y la garantía de las cosas que esperamos.

De todas esas cosas que Rafael, Rufina, Nieves, Juana, Araceli y Úrsula, sus compañeras de viaje final, estarán comprendiendo y disfrutando ya...

JOSE GARCÍA TALAMILLO



Teólogo.
Nació en Osorno (Palencia) el 15-VI-1922.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 4-X-1940.
Falleció en Madrid el **3-I-1948**.

José García Talamillo era un muchacho palentino alto, delgado, pálido, inteligente, serio y bueno, serio con una seriedad amable, no hosca.

Había nacido en Osorno, el 15 de junio de 1922. Osorno está en el límite norte del Camino de Santiago y de la Tierra de Campos. Su iglesia destaca a lo lejos como un navio en la llanura quieta. Detrás de él se extiende el páramo. Este fue su paisaje nativo. Como nos pasa a todos, José García lo llevaría en el alma. «No se tenga por señor -quien en la Tierra de Campos no tenga su terrón...» Algo más que un terrón tendría él en su tierra.

A los trece años entró como aspirante en Astudillo. Allí pasó cuatro años, los años apurados de Don Esteban Ruiz en que la casa estuvo a punto de cerrarse por falta de recursos. Estaba descolgada de la Inspectoría Central y no estaba claramente adherida a la de Madrid. Fue una situación ambigua que se superó por el aguante de Don Esteban y por la solidaridad del pueblo, que no se resignaba a ver salir de él a los Salesianos.

De Astudillo, terminada la guerra, el año 1939 Pepe fue a Mohernando.

Tampoco esta casa estaba en condiciones muy boyantes. De una casa en situación precaria, a otra en situación nada mejor. La guerra y su posición, a orillas del mismo frente, la habían dejado desmantelada.

Solamente con estar en Mohernando en aquel entonces, ya era hacer noviciado y un año de buena prueba.

La Filosofía la hizo entre Mohernando y Gerona; el trienio, en Salamanca, entre el 1942 y 1945.

Las pocas casas por las que tuvo ocasión de pasar, todas eran de formación y de prueba. Salamanca también exigía su rigor en aquellos años de disciplina a ultranza. José García era uno de los bastantes clérigos que se empleaban en ella y no de los de peor cartel.

«Estos clérigos -decía a veces un Consejero destemplado-sacándolos de las clases y de la asistencia, ya no saben hacer más». Como si eso fuera poco. Quería que fueran además artistas, creativos y animadores, como si les quedara tiempo y humor para esas «artes decorativas».

José García no era nada llamativo, pero los chicos reconocían en él la puntualidad, el sentido de responsabilidad con que se preparaba y daba las clases y su ecuanimidad. «Era un hombre justo», dijo de él como elogio un alumno que ahora es notario.

Salamanca imprimía carácter en los alumnos y en los profesores.

Con el carácter que ya tenía de nacimiento y el adquirido en el colegio de María Auxiliadora, José García fue a Carabanchel para comenzar la Teología el día 30 de septiembre de 1945. La impre-

sión que recibió, sería la misma de los que dimos el mismo paso. El encuentro con teólogos venidos de toda España, castellanos, catalanes, andaluces, acentos distintos que terminaban por fundirse; los Superiores, respetables y acogedores; la casa vieja y con pátina; la sesión inaugural del curso, académica e introductoria... Era un mundo completamente distinto del de los colegios, un poco extraño al principio, pero a propósito para el que quisiera entrar en él de lleno y entregarse a la Teología y a la formación.

«Vengo con hambre de estudio...» dijo uno que entraba en Carabanchel sin prejuicios. José García no dijo tanto, porque no era hombre de hacerse notar, pero lo pensaría y lo sentiría así.

Pasó los tres primeros años sin que le sucediera nada «que de contar sea».

Una vida muy igual, laboriosa y toda de puertas para adentro para quien tenía bien presente su meta y bien esclarecida.

Además de las tareas de escuela, alta escuela, Pepe hacía acopio de material pastoralista: fichas con pensamientos jugosos, anécdotas, croquis de predicación o de catequesis. Muchos hacían eso mismo en aquella economía de ahorro y previsión pastoralista. A veces, hasta con cierta ingenuidad y acumulando un material que seguramente después les habrá servido para poco. La gran solidez de doctrina y la gran abundancia de recursos la tenían en la misma Teología asimilada.

Los Profesores y los compañeros veían en Pepe al hombre nada espectacular, estudioso y observante. Don Juan Castaño, en las cuentas de conciencia, advertía algo más. Veía en él un decidido empeño de formarse espiritualmente. Su salud no era fuerte; sentía a menudo dolores de estómago y de cabeza. Los médicos le decían que tenía caído el estómago. De aquí tomaban pie los compañeros para chanzas que él soportaba con hilaridad. En la sobremesa de despedida, al salir del trienio, uno le dedicó esta letrilla: «D. Alonso a D. García comprará una hermosa cesta. De seguro que con ésta su estomago (sic) curará». «Mi cruz es soportar estos dolores y contentarme con lo que puedo hacer: reaccionar contra el mal humor, la tristeza y el desánimo que con frecuencia me dominan...».

Es un testimonio valioso. Un conferenciante de los que iban los jueves, para alterar la monotonía de los seis días laborables, les habló de la ascética personal, de que el camino de Dios era para cada uno distinto y había que andarlo por sí mismo. «Había que florecer en la parcela concreta en que Dios nos planta». Este pensamiento, que no era nuevo, a él le llamó la atención y lo incorporó a su programa ascético.

Se esforzaba en ser amable y servicial, un poco por virtud nativa y otro poco por virtud adquirida y ejercitada.

A principios del año 1947, cuando estaba ya bien entrado en su tercer año de Teología y comenzaba a preparar los exámenes semestrales, seguramente cogió la pulmonía en el escenario del teatro el día de Navidad de 1947. Estuvo en la «enfermería» hasta el día 31 por la tarde, en que D. Modesto Bellido mandó trasladarle a la habitación que él debía ocupar. En ella murió en la tarde del día 3 de enero de 1948. Un compañero advirtió en el enfermo síntomas alarmantes. Llamó al Director y al Catequista, le vieron «in extremis» y entendieron que no había lugar más que para pensar en «los preparativos finales»: los sacramentos y la bendición papal. Le acompañaron todavía un tiempo, ellos y algunos compañeros, y entre jaculatorias, sugerencias piadosas y expresiones entrecortadas de él mismo alusivas a la Congregación, a los Superiores, compañeros, a su madre ausente y a la meta suspirada y tan próxima de su sacerdocio, en ese ambiente de sigilo, de calor y de dolor, hacia las seis de la tarde del tercer día de aquel año, murió plácidamente.

Los funerales se celebraron al día siguiente por la mañana y el entierro, a media tarde. Asistió el Inspector, Directores de Madrid, Salesianos y amigos.

Se formó un largo cortejo. Lo más saliente eran el centenar de teólogos con sotana y roquete dando escolta al féretro, rezando y cantando con voz doliente. Ya en el cementerio, ante el panteón de los salesianos, se rezaron las últimas preces y un compañero leyó una cuartilla de adiós. La leyó con voz conmovida, puso un poquito de literatura y una unción que emocionó a todos los presentes. Las lágrimas asomaron a los ojos de

muchos y no por el frío de la tarde, alguno lloraba inconsolablemente. Tanto lo sentían.

Don Juan Castaño escribió la carta mortuoria, extensa y sin nada de retórica. El, que no era hombre ponderativo ni fantasioso, dice del difunto:

«Os aseguro que con la muerte de este joven salesiano la Congregación sufre una grave pérdida».

Trece años preparándose concienzudamente para el sacerdocio y vino a morir a unos meses vista, como quien dice, en las mismas gradas del presbiterio.

«Subiré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud». La alegría acompasada y muy hacia dentro de una juventud de veinticinco años en que se quedó la vida de José García Talamillo.

AGUSTÍN DIEGUEZ SÁNCHEZ



Clérigo.
Nació en Salamanca el 22-VIII-1901.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1920.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **5-I-1928**.

La casa de San Benito se abrió en el años 1898. Es una de las casas pioneras de la Inspectoría.

Nuestro reseñado, Agustín Diéguez, nació en Salamanca, el año 1901. Con sólo siete años de edad, entró en las Escuelas Salesianas de la calle de La Compañía, tan poblada de edificios artísticos. Era Director del Colegio don Juan Tagliabúe. Agustín pertenecía a la generación fundacional de alumnos y fue una de las primeras vocaciones que apuntaron. Después le habrían de seguir muchas y muy notables.

De San Benito se trasladó a Campello, el primer aspirantado.

Allí hizo los cuatro años de Latín y de Noviciado, con la primera profesión religiosa.

La Filosofía la hizo en Carabanchel y el Trienio, en Atocha. Hasta aquí, todo normal.

Agustín tenía buen carácter, inteligencia pasable y sobre todo, era trabajador y constante, con lo cual suplía otras cualidades.

Durante el trienio llegó la hora de incorporarse a filas. Le tocó a África. La guerra en el llamado «Protectorado» estaba en plena ebullición. El desastre de Annual estaba todavía sangrante; el nombre de Abd-el-Krim sonaba a lobo feroz y el destino a África tenía algo de fatalidad y de pavor.

Agustín Diéguez, que no encontró ninguna flaqueza que alegar -ni siquiera era objetor de conciencia-, se vio obligado a embarcar y a pasar en Marruecos largos y penosos meses de servicio y suplicio militar.

Fue una verdadera prueba de fuego. Parece que no hizo mucha mella en su ánimo, pero en su cuerpo sí. Una enfermedad de corazón y otros achaques minaron su salud y le aceleraron la muerte. Tan sólo vivió veintisiete años.

Pudo comenzar la Teología en Campello y empezar a prepararse al sacerdocio, que era su ilusión. Entre el personal salesiano del Teologado, estaba Don Juan Castaño -Prefecto- y Don Antonio Mateo -Consejero-; y como compañeros de Teología, tuvo a Don Tomás Baraut y a don Antonio García de Vinuesa. De la buena compañía de todos ellos, sacaría el contento y el ejemplo, que aprovecharía muy bien para su trabajo formativo. Ya se sabe que no vivimos ni crecemos solos, también en lo espiritual. Agustín, que había tenido una formación tan ardua y pasada por tan duras experiencias, tendría mucho que ofrecer a sus convivientes.

Aparte de sus virtudes, tenía algunas habilidades que estaba siempre dispuesto a poner a contribución de Superiores y compañeros.

«Era hombre siempre dispuesto a contentar a todos». Si es una afirmación veraz, como hemos de creer, y no un recurso de carta mortuoria, es un elogio definitivo y de connotación no común.

Como también este otro testimonio: «Nunca se sustrajo al trabajo, ni siquiera cuando el médico le recomendó reposo absoluto».

Esto fue en los últimos meses, cuando tuvo que suspender los estudios, dejar Campello y trasladarse a Carabanchel, que a la sazón era todavía colegio de Bachillerato y noviciado. Fue recibido y atendido fraternalmente por Don Alejandro Battaini, Don Germán Martín y Don José Aguilar, entre otros.

Poco trabajo les dio. Vino a Carabanchel ya comenzado el curso y muy a comienzos de Enero dejaba de vivir. La enfermedad de corazón y las otras secuelas de la guerra, pudieron más que su fortaleza, su ilusión y su deseo de vivir, al menos, hasta llegar al altar como sacerdote.

«Era un alma elegida», se dice en la breve carta mortuoria. Si no como sacerdote, subió al altar como santo de santidad usual, ya que no canónica.

«Expiró plácidamente asistido por los Hermanos; ofreció a Dios el sacrificio de su vida y alentó el deseo de llegar pronto a reunirse con don Bosco en el Paraíso. Murió el cinco de Enero, víspera de los Reyes Magos.

Cambió la «cabalgata» por el espectáculo, más deslumbrante, del cortejo celestial.

Cuando los Reyes salieron de Belén y vieron reaparecer la estrella que los había guiado, «se alegraron con una alegría sobremanera grande», dice el texto.

Esta alegría le estará embargando desde aquella víspera a Agustín Diéguez.

ALFREDO MARTIN CRIADO



Clérigo.
Nació en Vecinos (Salamanca) el 6-IV-1902.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1920.
Falleció en Vecinos (Salamanca) el **7-I-1925**.

Alfredo Martín Criado, como salesiano no hizo más que comenzar a serlo. Le mencionamos, sólo porque hemos tenido noticia de su nombre.

Nació en Vecinos, municipio del partido de Ledesma (Salamanca). Está en una región de encinas, cereales y ganaderías.

No sabemos por obra de qué reclutador de vocaciones, fue a Carabanchel cuando tenía diez años. Fue en condición de fámulo, empleado de mano barata y posible aspirante. Hacían la limpieza, servían a la mesa y recibían a cambio clase de lo elemental. Los que eran a propósito, trabajadores y dóciles, se quedaban de aspi-

rantes. Eso le pasó a Alfredo. Se sumó a un pequeño grupo que se agregó en Carabanchel a todo lo que ya era: Bachillerato, internado, Noviciado y Estudiantado de Filosofía. Por si era poco, pasó a ser también Aspirantado en tiempo de don Binelli.

Se puede decir que era un centro enciclopédico. Todo lo tenía que ser, cuando no había más casas de formación en la Inspectoría. Después vendrían Astudillo, El Paseo de Extremadura, Arévalo, por hablar sólo de aspirantados.

Cuando había vocaciones, no había casas; cuando hay casas, no hay vocaciones.

Nuestro biografiado no conoció más casas que la de Carabanchel. Allí hizo el pre-aspirantado, el aspirantado, el noviciado y la Filosofía.

«Dichoso el que no conoce más río que el de su pueblo...»

Le puso la sotana don Binelli, profesó un día de Santiago Apóstol, en la Inspectoría de Santiago el Mayor y cursó la Filosofía en los años siguientes, los de Don Battaini, Don León Cortesio, Don Eduardo Gutiérrez y los filósofos colaboradores del colegio. Ellos tenían que desempeñar los trabajos de asistencia, clases de serios compromisos y acompañamiento salesiano.

La casa no le gustaba a don Binelli de la manera como marchaba. Se lo decía a los Superiores en un informe extenso, prolijo, demasiado minucioso y cominero. Se ve que entonces se estilaban así. Pero de todas las secciones de la casa, la que menos le gustaba era el Filosofado. Su funcionamiento, como estudiantado, era el más deficiente. No había disciplina ni regularidad de estudios.

En ese plan hizo la Filosofía Alfredo.

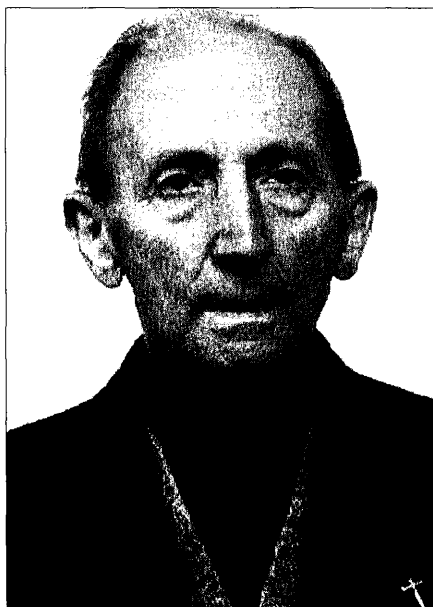
Para colmo de todo, la salud le falló. Contrajo una tuberculosis que acabó con su vida, apenas llegada a la juventud. Suspendió los estudios y fue a su pueblo con el fin de reponerse. No hubo solución. La enfermedad fue progresando inexorablemente. Murió en su mismo pueblo, el 7 de enero de 1925. Aún no había cumplido veintitrés años de edad.

Su pueblo está cerca de Cabrera, la ermita del Cristo del que tantos milagros habría oído contar. El milagro de su curación no llegó.

Pudo hacer suyos los versos del cantor de la ermita y sus contornos:

*«¡Ay, quién me diera
en tu calma serena
descansar...!»*

EDUARDO GANCEDO IBARRONDO



Sacerdote.
Nació en Bilbao el 21-V-1909.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 16-VII-1926.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 16-VI-1935.
Falleció en Béjar (Salamanca) el **13-I-1994**.

«Hagamos un elogio de los hombres de bien, de la serie de nuestros antepasados...» (Eclesiástico, 44-1).

Ni Don Eduardo ni nosotros sospechábamos que tendríamos que incluirle en este tercer tomo de los «Salesianos difuntos», ya apunto de salir. Él viene a cerrarlo.

Le visitamos en Béjar hace tan sólo unas semanas. Se encontraba bien, dentro de su estado decadente. Inmovilizado, pero lúcido. Le costaba incorporarse, un poco por dificultad física, y otro poco por miedo, pero recordaba, razonaba y hablaba sin pausa.

Estaba sentado sobre un sillón de brazos, con un calentador al lado y mirando de frente al Castañar. Se ofrecía todo él por delante; detrás la sierra con huellas de nieve reciente y encima un toldo espeso de nubes, que descargaban copiosa lluvia sobre el paisaje ensombrecido. Era un día con todos los accidentes adversos. El lo lamentaba y lo repetía en un tono cantarino y monótono: «No es un día propio de Béjar éste. Lo normal es que luzca el sol despejado, que se cuele hasta el pasillo... No has tenido suerte en escogerlo para tu visita...» Y lo repetía una y otra vez, por más que yo le dijera que yo no había ido a ver Béjar ni su paisaje sino a él.

Fue la despedida. Hoy al cabo de unas semanas sólo, a estas mismas horas, muchos le estarán acompañando y haciéndole elogios, pero ya sin que pueda oírlos él.

Yo, en la imposibilidad de hacerme presente en el cortejo, le acompaño, desde este lado opuesto de la Sierra que nos separa, le velo y repaso las vivencias que hemos compartido en nuestra vida y en nuestra amistad de excepción. Lo podemos decir sin jactancia y sin miedo. Cartas, postales, libros, conversaciones, paseos, peripecias se acumulan y dan materia suficiente para pasar, como en la novela del laureado autor, no ya cinco horas con don Eduardo, sino muchas más, en un coloquio sentimental y privadísimo.

La última vez que le vi, estaba ya herido de muerte, por más que él aparentase normalidad y se creyera con tiempo de vida por delante.

-Tengo apetito, duermo bien y no tengo dolores, de manera que puedo decir que estoy bien, relativamente.

Y tan relativamente... Era un bienestar engañoso. Estaba tan bien que pronto se iba a morir.

Dicen los Arquitectos que los edificios tienen pavor a la caída y al derrumbamiento. Es una manera de expresar su resistencia.

Los hombres también nos resistimos al acabamiento y nos asimos a los hechos, a la comparación con otros casos y a las ilusiones. Apuntalamos nuestra confianza.

*Más todo es vano artificio,
pues pronto, dicen mis males,
han de acabar los puntales
y allanarse el edificio.*

En la visita final a que me refiero, rezamos juntos el oficio del día y celebramos la Misa en la capilla improvisada. Estábamos sólo nosotros y la señora Feliciano, su fiel camarera.

Los dos, el Oficio y la Misa hablaban de la Resurrección, garantizada en la Resurrección de Cristo. Es un hecho de experiencia, no de razón simplemente. Es una constatación, no un argumento sólo.

Un gran consuelo para un gran dolor, como es la pérdida de un compañero, un amigo y un hermano. Así encabezaba él las cartas: «Hermano y amigo...»

Se pasaba las horas «muertas» -nunca mejor dicho-, mirando y contemplando el Castañar; siguiendo el tráfico, el ir y venir de la carretera de Andalucía. La quietud y el movimiento; el éxtasis y el dinamismo... Y haría sus reflexiones de pequeño filósofo, como su maestro y modelo Azorín...

Tuvo pocos, contados, modelos literarios, pero los tenía bien asimilados. Más que leer mucho, leía y profundizaba lo leído.

Conocía y practicaba el proverbio latino: «Time hóminem uníus libri. Teme al hombre de un sólo libro». Era de los que piensan que mejor que leer dos libros, es leer un libro dos veces.

Tuvimos a Don Eduardo como Profesor y Consejero, como subordinado y colaborador y siempre como amigo.

Dejando a un lado los años de su niñez y los inicios de su vocación, que ya los tendrá en cuenta la carta mortuoria, cuando llegó a Mohernando, el año 1935, acababa de cantar Misa. Venía henchido de idealismos e ilusiones. Tenía cara de san Luis, un san Luis hablador y dialogante, muy adecuado para empalmar con aquellos jóvenes con algunas inquietudes y algunas exigencias. Nos daba Psicología, una Psicología a su manera. No nos enseñó mucha, a decir verdad, pero nos entusiasmó con Balmes, Menéndez y Pelayo, Marquina y Pemán, que eran su fuerte. Los aducía a diestro y siniestro y nos despertó la curiosidad por ellos. Hermosa

curiosidad. Todos ellos eran seguros, ortodoxos y muy a propósito para despertar la mente y educar el gusto.

En Mohernando, al final de primer año, nos sorprendió la guerra, que fue otra clase de escuela. En la cárcel y el Madrid triste del asedio, de la persecución, del hambre y del miedo, nos exprimíó a todos por igual.

Estuvo en tres cárceles: Ventas, Duque de Sesto y Alcalá. Fue soldado y escapó de la Zona Roja. Después comenzó su vida académica, docente e igual siempre. Pasó por los Colegios de La Coruña, Salamanca, Paseo de Extremadura, Santo Domingo Savio, Arévalo, Mohernando y Béjar, su última estación, una estación de invierno, alta y lejana.

En todas partes su vida fue la misma: la Enseñanza y sus labores de lectura, traducción, redacción de libros, artículos y colaboraciones varias, además del Ministerio sacerdotal, al que siempre estaba disponible. Lo haría con más o menos celo, gusto y arrebató, pero siempre se podía contar con él para predicar, confesar o suplir en una capellanía.

Yo ayudo en todo lo que sea, pero que me dejen disponer de la tarde del Domingo en su última hora para mis lecturas. No lo pedía para divertirse ni para unas lecturas novelescas y frívolas, sino densas, constructivas, de interés cultural.

Siempre tuvo algo que hacer y siempre tuvo algo que leer y comentar. Era el pabílo de su lámpara cultural, que estuvo siempre encendida.

Pasó por bastantes colegios de Enseñanza Media. En todos hizo la misma vida, en todos dejó el mismo buen recuerdo y de todos se mantuvo desprendiendo por igual.

-Llevo nueve años en Salamanca y no se me ha pegado ni la a, y eso que Salamanca tiene cuatro.

Lo mismo podría decir de los demás sitios.

Así se explica que pasara con tanta facilidad de un sitio a otro.

Era muy sensible al frío, casi morbosamente sensible... El frío de un picaporte metálico, una corriente de puerta mal cerrada de las que tantas de ellas hay en nuestros colegios, le producía males-tar y desentono.

¡Cuánto tuvo que pasar a cuenta de los chicos zafios, zanguandosos y de hermanos desconsiderados, que se cerraban en sus limitaciones y faltas de desenvoltura!

A cada hora de hacer el recuento de su paso por cada colegio, se le podría aplicar la letrilla:

*Como el olivar,
mucho fruto lleva,
poca sombra da».*

Era lanzado y valiente para lo mucho y cobarde e indeciso para lo pequeño:

Hizo su carrera universitaria casi de tapadillo y sin hacerse notar y fue uno de los primeros Licenciados en Historia Antigua. Cuando se presentó ante el tribunal popular que le juzgó en la cárcel, le achacaban que era desafecto a la República. El tuvo el desparpajo de decir que más bien era todo lo contrario, era la República la que era desafecta a él y contraria en todos los aspectos.

El presidente del tribunal se sonrió y le absolvieron.

«Respuesta mansa, la ira quebranta».

Estando en la cárcel de Ventas, un día 12 de octubre, no tuvo reparo en abordar a Ramiro de Maeztu y hacerle preguntas sobre la Hispanidad y su defensa. Años después se entrevistó con Menéndez Pidal y trataron cuestiones de Filología e Historia. Lo mismo otro día con Dámaso Alonso y Rodríguez Adrados. En los tribunales de exámenes, defendía con decisión a sus candidatos, contra la inquina de examinadores mal dispuestos. Estando en la cárcel de Alcalá con otros salesianos, tuvo el atrevimiento de dirigirse al Ministro de Justicia, Irujo. Le expuso el caso, le pidió clemencia y quedaron en libertad... Estando en el frente de Orgaz, se pasó intrépidamente a los nacionales, aventura que pocos ensayaron.

En cambio, no fue capaz de aprender a escribir a máquina, no montó en bicicleta, no acertaba con los simples mandos de un amplificador, ni se apañaba para preparar un paquete decente.

Por lo demás, su enseñanza era segura y documentada; sus escritos, todos a mano, bien trabajados y pulidos, eran piezas cortadas, de verdadero estilo clásico, terso y azoriniano. Se leen y se paladean.

Tenía su sentido del humor y aguda ironía inofensiva.

-Esto es acertado, moderno y cómodo -decía comparando épocas- y no como antes...

Enjuiciando el horario escolar de los Sábados, más humano y condescendiente, decía con sorna:

-No cabe duda, que este Ministro ha hecho cosas buenas...

Hasta se reía de sus propias cosas: En la portada de su Gramática Latina aplicaba un chiste de Mingóte: Dibujaba una familia burguesa y un hijo a punto de emprender carrera:

-Si no hay más remedio -dice el padre-, estudia, hazte un hombre y sea lo que Dios quiera...

Y en el libro de las Glosas Emilianenses, que logró de la Caja de Ahorros de Logroño tan vistosa publicación, anteponía un comentario chusco y parecido:

«No se puede negar que la cultura abre muchos horizontes. Gracias a que aprendí a leer en la Escuela, yo podría ahora, si quisiera, leer «La Rioja, Cuna del Castellano», de un tal Eduardo Gancedo...»

De su humor le decíamos que tenía algo de la ingenuidad del padre Rodríguez y de la malicia e intención de Erasmo.

En su oratoria y predicación era frío, expositivo, razonador y claro. La predicación desahogada, palabrera y hueca le resbalaba y le causaba extrañeza y cansancio.

Le acusábamos de estar demasiado atento al estilo frío, objetivo y aséptico de Azorín.

En la teoría parecía avanzado y novedoso; pero en la práctica era escrupulosamente observante. «Este don Eduardo -decía de él don Manuel Caamaño-, como ha encontrado la manera de pecar sin ofender a Dios...» Sin ofender a Dios ni a los hombres, porque era extremadamente delicado y terminaba por dar la razón al adversario.

Estaba siempre del lado de la Autoridad, no por acomoda-

ción calculada y ahorrarse problemas, sino por convicción y costumbre.

En cambio, no estaba contra los del lado opuesto. Estaba bien con tirios y troyanos; por eso le aceptaron todos y le guardaron simpatía.

Tenía su manera de decir, de escribir y de ser y fue fiel a ella hasta el final.

El final le sorprendió en Béjar. No sabemos por qué secretos motivos fue destinado allí. El, friolero por naturaleza y acostumbrado a frecuentar las bibliotecas de la gran ciudad, fue mandado a una ciudad de invierno perpetuo, industrial y sin tradición de cultura.

«Por aquella vereda vinieron los males».

Mirado, de tejas abajo, no le fue bien Béjar. Se acentuaron sus flaquezas crónicas, se fracturó una pierna, se le reblandecieron las vértebras cervicales, tuvo una trombosis y murió de otra.

Fue a Béjar a buscar la muerte, si no es que preferimos interpretarlo en cristiano y aplicarle el dicho popular:

*«De Béjar, al Castañar;
y del Castañar, al cielo»...*

Que en él haya tenido realidad.

Murió a la mitad de la cuesta de enero. El frío le pudo, después de haberle atormentado toda la vida.

Murió en la soledad de la alta noche.

Apenas difundirse la noticia, se movilizaron salesianos, parientes, ciudadanos de Béjar, gentes del mundo salesiano y amigos. Todos hacían el mismo comentario:

¡Qué hombre tan valioso y tan sencillo, tan cultivado y tan llano! «¡Dios, qué buen vasallo...!»

Estaba amortajado con los ornamentos sacerdotales.

Recogido en el ataúd, quieto y callado, parecía agua de remanso:

*«que parece quieta y que no lo está
porque tiene prisa por ir a la mar...»*

Tenía la cara afilada, la mandíbula hundida y los labios apretados. ¡Cuántas veces se habrían abierto para la agudeza, la noticia, el dato ocurrente y oportuno!

Tenía las manos cruzadas, unas manos blancas, finas, señoriles, blandas, no manchadas con ninguna violencia, disertadas para la buena pluma, sujetas con la suave atadura de las Reglas y el Rosario, que le gustaba rezar en compañía y en latín.

Sujetas hasta que se suelten un día en el aplauso jubiloso del homenaje común y final de la Resurrección.

ALFONSO BOUZAS PÉREZ



Clérigo.
Nació en Allariz (Orense) el 15-XII-1911.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 12-X-1931.
Falleció en Allariz (Orense) el **14-I-1934**.

Alfonso fue un trabajador de la última media hora. Su vida fue demasiado breve para considerarle de la última hora... A pesar de todo, recibiría el denario del galardón divino, que es generoso con todos y, con algunos, además liberal. Vino de Allariz, la entrada a Galicia y de raigambre tan salesiana. Por el colegio, que mantiene su historial y por los muchos salesianos que han salido de sus muros, recuerda bastante a Astudillo, otra villa respetablemente salesiana, como Allariz, aunque sin el entorno verde y el río Arnoya con sus puentes romanos.

Alfonso vino en una de esas levas de D. José Peiteado, que traía a los aspirantes por decenas.

Bouzas era uno de los mayores de su curso, fue progresando en los estudios, hasta llegar a situarse en el «cuadro de honor». Usaba un guardapolvo azul a rayas, a diferencia de los otros aspirantes; tenía el pelo rizado, se le veía siempre sonriente y con las mejillas sonrosadas. Su color no era rojo de salud, sino de enfermedad del corazón, como después se comprobó. Eran rosetas, debido a una lesión que venía padeciendo desde niño. Tenía la vida tasada a corto plazo.

Hizo todo el Aspirantado en el Paseo de Extremadura y el Noviciado y los dos años de Filosofía en Mohernando, bajo la dirección de D. Ramón Goicoechea y la férula de D. León Cartosio. D. Ramón tenía fama de tener grandes ideas pero muy torpe palabra. D. León profesaba la norma de que la letra «con sangre entra», pero sobre todo, con la sangre del profesor. El no la ahorra, si bien, hacía contribuir también al alumno.

De Mohernando salió Alfonso con sus compañeros de curso un día de agosto. Iban de paisano, según lo exigía ya la usanza de la República laica. Se examinaban en el Instituto de los estudios oficiales en que cada uno se sentía preparado y después eran destinados a las casas como trienales. Alfonso fue destinado al Paseo de Extremadura, en el primer curso en que funcionaba como bachillerato.

Fue construido de planta exprofeso para ser aspirantado. Llevaba funcionando seis años, creemos que a satisfacción de todos, y de pronto, cambió de rumbo, siendo Inspector D. Marcelino Olaechea.

¿Qué profundas razones debieron mediar para tal cambio? Decían que si el teologado y el bachillerato no consociaban bien y que, en cambio, las dos casas de formación concordarían mejor y se ayudarían moralmente; pero malas lenguas rumoreaban que era más bien por desavenencia entre los dos Directores, cada uno de los cuales buscaba su dominio.

Dice el refrán que «dos gallos en un corral se llevan mal». Pues dos directores, igual.

El caso es que el bachillerato quedó enclavado en el Paseo de Extremadura y el aspirantado, en Carabanchel, bajo la autoridad de un encargado y el mando único de un Director para las dos entidades. Peores lenguas dijeron que había sido un éxito personal de Don Battaini sobre el Inspector, demasiado condescendiente en ese caso. Después se lo pagaría bien con creces.

Sea de ello lo que quiera, Alfonso Bouzas fue como clérigo a la casa del Paseo de Extremadura en aquel primer año de bachillerato.

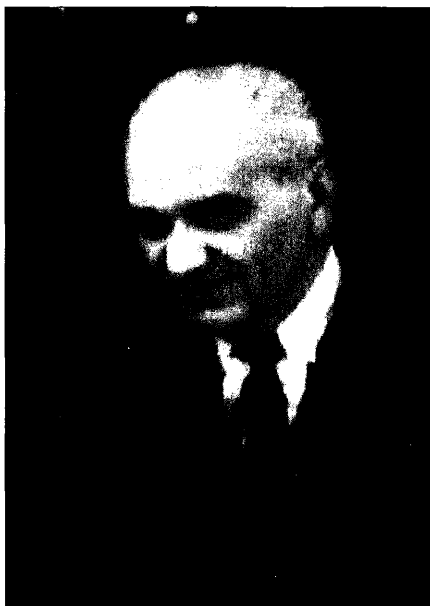
Apenas llegar, se presentó al director muy sumiso, se puso a su entera disposición y le dijo que no ahorrara ocasiones de ejercitarle en todas las virtudes, particularmente en la obediencia. Le rogó también que le hicieran notar cualquier fallo que tuviera, de los muchos que un principiante normal puede tener. Así de humildes y desconfiados de sí mismos salían aquellos clérigos. Don Alejandro le aseguró que le complacería. Bien podemos creer que lo haría, porque era hombre que no tenía ni pelos en la lengua ni recovecos en el corazón.

El comportamiento de Alfonso era perfecto; se portaba como un clérigo cumplidor. Sólo daba a entender alguna deficiencia: la salud. Fue acusándose tan deprisa, que después de los tres meses primeros, llegó a preocupar a él y a los Superiores.

Siguió el horario normalmente, superó los exámenes trimestrales y se pensó en cambiarle de casa, con clima, altura y condiciones más benignas. Antes iría unos días con su familia, a ver si con un reposo completo, mejoraba.

No sucedió así. Apenas llegar a Allariz, se fue agravando la dolencia cardíaca, hasta el punto de dar con él en trance de muerte. No valieron nada los cuidados de sus familiares y de los salesianos del pueblo, que se esforzaron por rescatarle. Recibió los Sacramentos con encendida devoción y murió en el Señor el 14 de enero de 1934. Era el primero que fallecía en el Paseo de Extremadura en su segunda etapa. El Año Santo estaba para clausurarse en la próxima Pascua. Don Bosco iba a ser canonizado dos meses y medio más tarde en tal ocasión. Antes se llevaba como acólito a Alfonso Bouzas.

RAMÓN SOLER PÉREZ



Coadjutor.
Nació en Valencia el 7-III-1892.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1924.
Falleció en Madrid el **15-I-1968**.

De Don Ramón tenemos pocos antecedentes y ningún documento posterior a su muerte. No se escribió de él ni una triste carta mortuoria.

*«El que la tierra ha labrado,
no duerme bajo la tierra».*

El acercamiento a su vida y su reconstrucción lo hemos tenido que hacer a base de los informes que nos han proporcionado algunos hermanos salesianos, que vivieron con él durante bastantes años y le tienen bien presente. Sus datos son objetivos, ecuáni-

mes y, en gran parte también, unánimes y coincidentes, lo cual acredita su veracidad. Gracias, Joaquín, Fidel y Don Higinio, que habéis facilitado este trabajo. Nosotros os lo agradecemos y pensamos que Don Ramón os lo tendrá en cuenta. La comunión de los Santos llega a eso.

Don Ramón era valenciano. «Zaragoza la harta, Valencia la bella, Barcelona la rica», decía el proverbio calificativo de las ciudades.

Nació el año 1892, cuando todavía los Salesianos no habían llegado a ciudad de las flores. Sus padres se llamaban Francisco y Concepción.

Fue bautizado dos días después de nacer, el día 9 de marzo, aniversario de Domingo Savio, en la parroquia de San Nicolás.

Se nos pierde durante su infancia, adolescencia y primera juventud y aparece ya en Madrid a los 31 años.

Es un bache interesante de la vida ése que no conocemos de Don Ramón. Somos nosotros y nuestra circunstancia: el tiempo, la ciudad, la familia, la educación. Todo eso que se adhiere a nuestra vida como una vivencia irrenunciable. Sabemos que tenía un hermano franciscano capuchino, que estaba en el correccional de Santa Rita. Tal vez a ese parentesco se debe su venida a Madrid.

En la capital le encontramos ya un hombre hecho y con el oficio de impresor-cajista aprendido.

El primer contacto que tuvo con los salesianos, fue en la iglesia de Atocha. Observó las ceremonias, oyó el canto y vio moverse al pequeño y pintoresco clero infantil. «Vio y creyó». Le entraron ganas de hacerse salesiano. Se tuvieron los primeros contactos y exploraciones. Esas vocaciones encontradizas y tardías no dejan de ofrecer alguna reserva. Pueden tener grandes virtudes y pueden traer también algunas taras insuperables. Se ve que en Don Ramón se encontraba todo correcto y fue admitido en el noviciado de Carabanchel, en los últimos años del P. Castilla como Padre Maestro y de Don Binelli como Inspector.

Se estaba planteando la conveniencia de sacar el noviciado de Carabanchel, en simbiosis con otros estamentos, y trasladarlo a Tarancón. Luego se presentó la oportunidad de Mohernando.

Aquí se implantó y aquí está hasta que Dios y los nuevos tiempos determinen. «Nutu Dei resurgunt aedes...» Por voluntad de Dios surgen las casas.

Mientras tanto, éste ha sido el noviciado durante sesenta y dos años largos y por él han pasado gran parte de los Salesianos de tres Inspectorías: Madrid, León y Bilbao. Sólo, que no aislado, sano y en alto y el más céntrico de los varios noviciados de España, reúne condiciones para seguir siéndolo durante otros tantos años. Felipe Segundo adoptó Madrid como capital del reino por estar:

*«de todo a distancia igual,
solo, por más imparcial
y alto, por estar más cerca
de Dios, que lo ha de juzgar».*

No sabemos si se podrían aducir esas mismas razones en favor de Mohernando.

Volviendo a nuestro Don Ramón, terminó el noviciado, en julio de 1924.

Profesaría el día de Santiago, como era costumbre.

En su expediente no está claro si hizo profesión temporal o directamente los votos perpetuos, en atención que ya era mayor y se le consideraba bien probado. El caso es que años después, se encontró un defecto de forma en la profesión perpetua, que hubo que subsanar. La Sagrada Congregación de Religiosos dio por válida la profesión. Envió el rescripto al Rector Mayor y éste al Inspector, Don Emilio Corrales. Consta su firma y el testimonio del interesado: «... me ha sido entregado el rescripto conteniendo la sanación por la Santa Sede de cuanto necesitaba ser subsanado en mi profesión perpetua. Manifiesto que es mi voluntad usar de dicho indulto...» Fecha y año, 12 de septiembre de 1951.

Cuando llegó la tal dispensa le quedaban 17 años de vida, menos de lo que llevaba como salesiano.

Fue hombre de una sola casa: Atocha. De allí salió, allí volvió y de allí salió «conducido entre cuatro».

El paréntesis oscuro de la guerra lo pasó en Tarancón, el pue-

blo de Don Agapito. Uno logró ser designado Secretario del pueblo y Don Ramón sería su ayudante u ordenanza. Todo se quedaba en casa.

Al terminar la guerra, Don Agapito era destinado a Salamanca, al colegio de María Auxiliadora, con categoría rebajada de Encargado de Ingreso, él que había sido Director de la Mutua Escolar Cervantes -como si le hubieran aplicado también la depuración política- y Don Ramón volvió a sus cajas y a sus máquinas de imprenta escolar. Él era el Maestro del taller. Constante que era responsable y muy cumplidor con los clientes.

A veces venían con trabajos de urgencia, casi con exigencias impertinentes, que él se tenía que esforzar por complacer. Lo mismo le pasaba con los alumnos. A gusto o a disgusto, siempre estuvo a merced de los demás. Le pasó un poco como al acaudalado industrial:

—«¿Cómo te hiciste tan rico...?»

-Sirviendo.

La imprenta se fue perfeccionando, haciéndose más complicada y poderosa. Se implantaron unas máquinas gigantes y Don Ramón se quedó para las cajas, ya casi inservibles y para corregir las pruebas de Imprenta, el trabajo más enojoso y menos vistoso en la confección del libro.

¡Cuántas horas enmendando los descuidos de los alumnos cajistas, en su mesa de trabajo, con ruidos y olor a tinta fresca, esforzando la vista, que no tenía vigorosa o valiéndose de una lupa! A veces se ayudaba de un alumno, que hacía la lectura y a su compás él hacía las correcciones. Un libro es como el pan. Hasta que aparece en el mostrador, cuánta manipulación necesita.

En la comunidad Don Ramón era el distribuidor de las cosas de aseo y pequeños útiles de los Hermanos. Era generoso, no prodigo; se fijaba y se adelantaba a las necesidades: un cepillo, unos gemelos, una prenda menor. Pasados los años, su vida transcurría más tiempo en la portería.

Las visitas eran incesantes, las demandas continuas. Todos venían a preguntar o a pedir. Las mujeres, sobre todo, le encontraban un poco hosco, desabrido, seco. Las despachaba de manera

expedita. Insistían, querían hablar a toda costa con un Padre y terminaban por sacarle de quicio.

La casa de Atocha, como era la más conocida y a mano, era el hospedaje obligado de muchos salesianos de fuera. Se presentaban a veces a altas horas, sin avisar previamente. Se necesitaba mucha amabilidad para recibirlos con buena cara, procurarles acomodo que a lo mejor, no había.

San Benito recomendaba que todo huésped sea recibido «Tamquam Christus», como si se tratase de Cristo; pero eso requería una paciencia benedictina.

Don Ramón ya hacía bastante con ocupar como habitación el hueco de la escalera, sin luz, agua ni ventilación ni holgura para entrar y moverse. San Alejo ocupó durante diecisiete años un aposento parecido.

El de Don Ramón no tenía mucho que envidiar ni al de San Alejo ni a la celda de San Pedro de Alcántara en el Palancar, de siete pies sólo, que le obligaba a encorvarse para entrar y a encogerse para estar en ella. Luego iba al comedor y se desahogaba de todas las incidencias de la portería.

-Son más pesadas que un martillo pilón, decía de las visitantes.

En el comedor también informaba a los salesianos de las noticias del día. El periódico estaba vedado. Era un pierdetiempo y una ventana al mundo.

*«En el pan cortar
y vino echar
bien veo
quién me quiere bien
y quién me quiere mal».*

Era un buen compañero de mesa y de sobremesa. Siempre tenía algún chiste que contar. Si era en las Navidades, algún villancico y acompañaba con una botella, rascando el estriado con un cuchillo.

En las colonias veraniegas hacía de amenizador, de sastre y de enfermero. Sacrificaba paseos, siestas y horas de noche para coser el equipo simple que llevaban los salesianos y los muchachos.

Refunfuñaba, pero los atendía siempre. Bien lo sabían ellos. Tenía modales de Don Camilo, pero hechos de hermana de la caridad.

A pesar de ser tan sacrificado y tan servicial, no todos los colegas de comunidad lo reconocían. Alguno le tenía por raro, desatento, inadecuado para el cargo tan delicado de la portería. Delante de otro salesiano le llegó a tachar de ignorante y a decirle con destemplanza «que no entendía nada de nada». A otro hermano casi le indignó verle tratado de manera tan injusta. Le impresionó tanto, que hizo el propósito de aplicarse al estudio en serio, de manera que no mereciera nunca el calificativo de ignorante. Siempre se ha oído decir: «A buen servicio, mal pago». Aun dentro del claustro. ¿Qué virtud, por evidente y acrisolada que sea, logra convencer a todos?

Don Ramón tenía ya 76 años. Nunca fue un tipo arrogante, pero ahora andaba un poco más encorvado. Era alto, desgarrado, andaba a pasos largos y miraba de través. Tenía fallos de memoria y se mostraba cansado, ausente y decaído.

Un día, en el comedor, le dio un ataque de apoplejía y a los pocos días murió.

Consciente o inconsciente, se le aplicaron los últimos auxilios espirituales y se le hizo un gran duelo.

Como sucede siempre, la muerte sirve para valorar lo que uno era, lo que hacía y lo que valía.

Don Ramón Soler hizo verdadera la sentencia de Don Albera: «Las vocaciones de salesianos coadjutores son una de las necesidades más urgentes de nuestra Congregación. Sin ellas no se podrán conseguir los objetivos que le asignan los tiempos».

Entre las costumbres de nuestro biografiado estaba la de promover la celebración de la «semana Josefina» en el colegio. Tratándose del Patrono de los artesanos y de un valenciano, la celebración era obligada. El hacía de pregonero de las fiestas. Lo tenía muy a gala, por salesiano, por artesano y por valenciano.

El Santo patriarca, que entre su letanía de títulos tiene el de ser abogado de la buena muerte, le haya asistido en la suya, ocurrida el 15-I-1968 y le haya hecho glorioso participante de sus ejemplaridades.

FÉLIX AZPELETA PRIETO



Sacerdote.
Nació en Melgar de Yuso (Palencia) el 4-XI-1907.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 23-VII-1925.
Ordenación sacerdotal en Carabanchel Alto (Madrid)
el 15-VI-1935.
Falleció en Madrid el **16-I-1987**.

Don Félix era un palentino con apellido vasco. Su padre sería uno de los emigrantes que venían de Vasconia a Castilla, como ahora los castellanos emigran a Vasconia... «A la guerra me lleva mi necesidad...» Casó en segundas nupcias con una viuda de Melgar, Daniela, y de ambos, Antonio y Daniela, nació Félix. Su madre volvió a enviudar y se quedó con la descendencia de los dos matrimonios: una hija y un hijo.

Cuando Don Félix leyera la vida de Don Bosco -los últimos años leía asiduamente las Memorias, traducidas por su gran amigo y paisano Don Basilio-, encontraría cierto parecido entre las

dos orfandades, con la diferencia de que al estridente Antonio, aquí le había sustituido una delicada hermana con la que Don Félix mantuvo siempre cordiales relaciones. Todavía los últimos años de su vida pasaba los veranos en Guernica y por los alrededores de la ría en que se habían establecido los sucesores de la buena hermanastra. Es un detalle de la sociabilidad de Don Félix, que mantuvo siempre estrecha comunicación con parientes, antiguos alumnos, salesianos, extraños. No tenía muchos amigos, pero los tenía bien cultivados.

Su padre murió pronto y planteó a la familia el drama consiguiente. «Si se muere padre, todo el año hambre...» La madre tenía que sacar adelante a su pareja de hijos niños.

Melgar es un pueblo de Tierra de Campos, zona interprovincial que se extiende entre el Carrión, el Cea y los montes Torazos; tierra monótona y árida, pueblos grises de casas de adobes, campos dilatados entre Palencia, Valladolid y Burgos, con cereales y ovejas como fauna y flora, y hombres con rostro tostado, serios y temple duro.

*«... que llaman Tierra de Campos
lo que son campos de tierra...»*

Una Mancha de Castilla la Vieja, pero con menos fama, sin molinos de viento y sin Quijotes. Así era la cuna de Don Félix y de tantos salesianos con gran personalidad que han salido de ella.

A los once años Félix tuvo la feliz idea de hacerse sacerdote. El deseo era una vocación y una solución para la madre. Fue a Campello y cambió el Centro por el litoral. ¡Qué distinto encontraría el paisaje! ¡Qué contraste de sensaciones para un niño de esa edad!...

Hizo los cuatro años de aspirantado en Campello, noviciado en Carabanchel y profesó el 23 de julio de 1925.

Estudió la Filosofía y todo lo que la acompaña bajo la férula de Don León Cartosio y fue destinado a Salamanca para hacer allí el trienio. Era una continuación de la formación, una piedra de toque y, sobre todo en Salamanca, una prueba de fuego y cincel. Allí se forjaban los futuros directores. La Salamanca de

Don Jesús Corcuera, Don Enrique Sáiz, Don Emilio Corrales era un colegio puntero en rivalidad con el de Calatrava, de los Agustinos, una palestra y una academia. Los estudios y la disciplina se vivían con una intensidad feroz. Los resultados eran lisonjeros, pero a qué precio... Al cabo de los años, el Colegio de María Auxiliadora para unos es un paradigma; para otros es un estigma.

Don Félix asistía a quinto curso de bachillerato, daba clases de Matemáticas, cuando los exámenes se hacían en el Instituto y los resultados se publicaban en la Gaceta Regional y el colegio se ponía en clima de alta tensión; llevaba los deportes y preparaba el escenario para las veladas y funciones de teatro que cabían en el tiempo libre. Un trienio apretadísimo.

Un poco por méritos propios y otro poco en recompensa, le mandaron a estudiar la teología a Turín. De los años de la Crocetta recuerda impresionado la muerte de Don Rinaldi, fallecido en soledad, de un ataque cardíaco, circunstancia que se le grabó como una premonición; y la primera conferencia de Don Ricaldone.

Terminó la Teología en Carabanchel y se ordenó de sacerdote en junio de 1935.

Le ordenó Mons. González, antiguo Obispo de Palencia y autor del libro «Los Sagrarios Abandonados». Si lo hubiera escrito un poco más tarde, podría haberlo titulado: «Abandonados, profanados y exterminados...» en gran parte de España.

Don Félix, ya sacerdote, volvió a Salamanca a hacer, durante la guerra y algún año después, de cura-clérigo. Como no había más que tres clérigos en toda la Inspectoría: uno en Béjar y dos en Salamanca, los sacerdotes jóvenes tenían que hacer de tales. Don Félix asistía en el comedor a trescientos internos, iba de paseo con su curso y montaba los escenarios, desplegando sus cualidades de dibujante y diseñador de buen gusto. Cuando había alguna manifestación de júbilo, a él le tocaba perfilar el símbolo que exhibía el colegio. En la celebración de la victoria, montó una carroza con la nave del descubrimiento de América que llamó la atención del público. «Este Félix es un manitas», decía Don Agustín Rodrí-

guez, el Consejero. Era además el operador de cine, bajo la censura estricta del Director. Los dos se encargaban de que las películas resultasen limpias, asépticas y aptas para los públicos más delicados. Eso a costa de cuántas operaciones de tijera y acetona, de corte y reempalme.

Era el arquitecto, el aparejador y el maestro de obras de la casa.

Después sería el encargado de obras de la Inspectoría, al alimón con Don Isidoro Moro, con el cual tenía bastantes cosas en común.

En 1942 hubo un relevo de Inspectores al final del verano. Don Felipe Alcántara y Don Modesto cambiaron de sitio y de cargo. Uno dejó de ser Inspector de Madrid y pasó a ser director de Sarria y el otro cambió a la inversa. Ni para el uno ni para el otro hubo la pausa de un año. El último nombramiento que hizo Don Felipe fue el de Don Félix como Director de Astudillo. Fue una novedad para los que le conocíamos, y le imaginábamos más subido a una escalera que sentado en el sillón directorial recibiendo cuentas de conciencia y haciendo esquemas de conferencias. En los tres años de trienio no recordábamos haberle visto en el pulpito, así como a todos los demás sacerdotes de la abundante plantilla los teníamos bien catalogados. El fue siempre hombre más de acción que de dicción; mejor tramoyista que actor.

En aquella coyuntura urgía atender a la casa de Astudillo en lo más material y por eso Don Felipe pensó en el habilidoso Don Félix.

Llevaba la consigna de Jeremías: «Arranca, destruye, tira, construye y adecenta...» Bien había en qué emplearse. El estado de la casa era lastimoso en lo constructivo, en la alimentación y hasta en la higiene. El Inspector tuvo que experimentarlo en su propia piel para poner remedio radical. Designó a Don Félix, le dieron dinero y éste entró allí como un brazo de mar.

—»Ha venido un Director nuevo -comentaban en el pueblo-forrado de dinero y emprendedor como él solo. Está dejando el convento como unos oros».

Ni llevaba tanto dinero, ni la casa estaba como para dejarla así; pero la transformación se hizo notar en pocos meses.

Cuando le despedimos en la sobremesa de su día final en Salamanca, se le cantó una coplilla improvisada y ramplona:

*«Si para Astudillo vas,
lleva tenaza y martillo,
que los tendrá que emplear.
Si te vas para Astudillo,
alicates y martillo
te tendrán que acompañar...»*

Un hombre, por muy activo que sea o muy *capaz*, es siempre limitado. Don Félix no podía atender con la misma eficacia a todo, a lo material y a lo espiritual. Lo reconocía llanamente él mismo.

-Cuando viene un aspirante con sus problemas y diciéndome que está desanimado, no sé qué decirle.

Y a su Prefecto, hombre más dispuesto para la prédica y el diálogo, le decía:

-Tenemos cambiados los papeles. Tú debías ser Director...

No sabemos si porque ya había hecho lo que tenía que hacer o porque no llegaba a lo que se pretendía, estuvo en Astudillo sólo un año. El cargo de Director de Aspirantes es muy delicado. Don Modesto le dio mucha importancia a esta etapa de la formación, como hará cualquier Inspector circunspecto. Le dio una salida airosa mandándole a Santander, colegio grande, con solera, bachillerato, con obras que realizar y con más posibilidades que Astudillo para realizarlas.

Un colegio parejo con el de Salamanca. Los dos quedarían grabados en su memoria con una intensidad particular. No creemos quitarle nada a su mérito, si decimos que también en Santander se comportó más como maestro de obras que como maestro de espíritu, que era como se llamaba entonces al Director: «Magister spiritus...» Tampoco allí terminó el sexenio. Don Modesto mismo lo destinó a Arévalo, en sus comienzos de gran aspirantado.

—«Comprendo el sacrificio de dejar Santander, donde tanto has trabajado y con tanto acierto, lo mismo en lo material que en lo espiritual —decía dorándole la pildora con estilo sedoso—. Precisamente por el éxito y teniendo en cuenta lo segundo, pensé en Arévalo, para que esta casa resulte modelo en todo... Animo. Creo que puedes hacer mucho bien en Arévalo». El texto es tan literal como modelo de literatura de circunstancia. No sabemos si Don Félix, que tenía la cabeza cuadrada, quedaría convencido y contento. Lo que sí podemos decir es, que trabajó como si lo hubiera quedado.

De Arévalo pasó al Paseo de Extremadura y del Paseo de Extremadura a Saldármela. Esta fue la singladura más incómoda de su navegación. «Aquí fue Troya», podía decir él también con ánimo consternado, como Don Quijote en la playa de Barcelona. «Aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse...» No fue una derrota tan trágica; pero sí fue un tramo penoso de su vida. Los alumnos y la comunidad eran un encanto; pero los empleados y los dirigentes de la Caja eran más duros de pelar en aquella casa-palacio-granja...

Uno y otros eran castellanos altivos y difíciles de dominar.

—«¡Aquel hombre —decía años más tarde uno de los más significados— valía mucho!; pero ¿quién podía con él...?» Echaron mano hasta de la intervención del Arzobispo. Total, que Don Félix tuvo que salir de Sarracín de una manera bien poco airosa. Para colmo, allí mismo contrajo la bronquitis asmática que le llevó a la muerte.

¡Sarracín...! Por algo tenía para él una fonética abominable.

Como si su suerte hubiese entrado en un declive fatal y en una vía oscuramente dolorosa, en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, le esperaba la trombosis que le motivó la amputación de la pierna.

Fue un día de Viernes Santo, bien doloroso y de pasión. Cuando estábamos en la función litúrgica de la tarde, en una de las casas de Madrid, el celebrante, entre las preces, puso esta sorprendente cuña: «Por Don Félix Azpeleta, a quien en estos precisos momentos, en el Sanatorio Rúber, le están sometiendo a una operación lastimosa». Buen día para una amputación así... Segu-

ramente Don Félix conocería la obrita de Ramón Cué «Mi Cristo roto...» Aquella tarde y después él era otra viviente versión de Cristo roto...

No parece que aquel tremendo episodio le desmoronase demasiado. Como dijo alguien: «... se puede vivir sin muchas cosas, hasta sin una pierna; pero no se puede vivir sin Esperanza».

En alguna reunión de amigos comunes, se le recibía con una consideración especial, se le celebraban sus dichos y se le daba la presidencia de la mesa.

Le hacíamos notar los agasajos de que se le hacían objeto con fingida envidia y él replicaba: «Es la autoridad que da una pierna cortada...»

-Desde luego, le replicábamos; una mutilación es siempre algo glorioso, un trofeo de guerra...

Tenemos que terminar este apunte. La carta mortuoria de Don Félix es reciente y es muy completa. Tardó bastante en salir, pero salió cumplida. A ella remitimos para los últimos años en el colegio de San Miguel Arcángel y las incidencias de su muerte. Nos quedamos con el Don Félix vivo, activo, emprendedor y realizador de arreglos y obras en tantas casas de la Inspectoría: Salamanca, Astudillo, Arévalo, Mohernando... «Los hombres pasan y las obras quedan»; también éstas..

Aquí, en Mohernando tenemos una buena muestra. Construyó la granja y el lagar, una pieza completa y bien presentada, un pabellón que no desdecía de la casa nueva. Desde el apeadero, recién encalado, aparecía como un complejo armónico y completo. Fue una construcción de envergadura. El trabajo, el tiempo y tensiones que le costó, le mantuvo afecto a Mohernando.

En el verano del 86, el último de su vida, vino a pasar aquí el día. Venía acompañado, se le recibió con cariño, él obsequió a la comunidad con una comida de fiesta, se le dedicó una sobremesa y quedó contento. Ya se sabe que al final de su vida era muy sensible a las muestras de afecto.

Les pasará a todos. La edad y la enfermedad les hace emotivos y tan fáciles al llanto, como lo era él, después de la trombosis o de las trombosis que padeció y que le dejaron hecho una sombra y

un resto de lo que había sido. Aquel Don Félix alto, corpudo, con cara de púgil y cuerpo de atleta, andando de prisa, erguido y con los hombros levantados, no tenía nada que ver con el Don Félix postrado, enteco, sin fuerzas y sin ánimos, la mirada apagada y la sonrisa tímida, que se echaba a llorar por cualquier cosa.

Seis meses después de su visita, «tan grata y tan placentera», nos llegó la noticia de su muerte, un tanto repentina e inesperada. La muerte siempre llega un poco así, aunque se esté anunciando años enteros. Había tenido otras crisis más alarmantes, pero como la muerte no tiene lógica, a esta crisis no sobrevivió. San Miguel Arcángel, el patrón del Paseo de Extremadura y el portador de las almas, le llevaría al Cielo aquella mañana fría de mediados de enero. La niebla, la humedad y el frío de Saldañuela se le habían agarrado a los bronquios y terminaron abotargándose y asfixiándole.

—¡Me ahogo...!, había gritado poco antes todo alarmado...

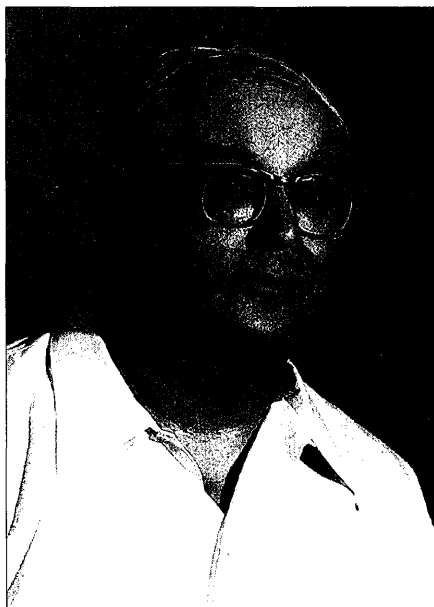
Había nacido en Melgar de Yuso, un día de noviembre de 1907. Estaba aproximándose a los ochenta años, el umbral de la vida, y había sido salesiano sesenta años. La muerte de Don Rinaldi, que tanto le había impresionado, tuvo algo de parecido con la suya.

Melgar es un nombre de pueblo bastante repetido en Castilla-León. Hay Melgares en Zamora, Valladolid, Burgos y Palencia, cada uno con añadido específico.

No sabemos si Melgar vendrá de mielga o de melga. Mielga es una planta forrajera; melga es una parcela de terreno de sembradura y es también una parte de trabajo no concluido. Nos quedamos con esta acepción para enmendarla.

La parcela de vida que le correspondió a Don Félix, quedó bien labrada, y su trabajo, bien doloroso, ejemplar y edificantemente concluido.

CASIMIRO PATALAVICIUS SIUPIENIUTE



Sacerdote.
Nació en Sarginé (Lituania) el 14-XII-1912.
Profesó en Villa Moglia (Turín) el 12-IX-1935.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 24-VI-1945.
Falleció en Madrid el **17-I-1983**.

Una de las ventajas que tenía el Teologado de los años cuarenta, en Carabanchel, era que los teólogos eran muchos y procedían de diversos países. Los había de todas las regiones de España y de varias naciones de Europa: italianos, portugueses, yugoslavos, polacos, checoslovacos y un lituano. Este era Casimiro, un nombre muy lituano. Era el nombre del Patrón y de uno de los caudillos de la nación. Casimiro lo llevaba con orgullo, como un español llevaría el nombre de Fernando.

Su pueblo natal era Sarginé -provincia de Marizampolé-, dos nombres consonantes y sonantes. Sus padres eran labradores de

posición media, en un pueblo agrícola de cuatro mil habitantes. Casimiro era el mayor de los tres hermanos y tres hermanas que completaban la familia.

Como tantos pueblos de aquellas latitudes lejanas y heladas, vivía de la modestia de su suelo, de la abundancia de su madera y del misterio de sus bosques. El ambiente era sano, cristiano y nada ostentoso. Sarginé es un pueblo en una nación que ha pasado por muchos avatares. Ha rodado al remolque de Polonia, Prusia, Alemania y ha logrado, por fin, desengancharse del tanque de Rusia. Hay pueblos para la sumisión y el sufrimiento. Casimiro se pasó veinticinco años clamando desde su puesto de la radio por la Lituania exenta, tranquila y feliz y no logró verlo. Nació en el Báltico y vivió y murió en el Mediterráneo.

*«Romero, sólo romero.
Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo.
Pasar por todo una vez...»* (León Felipe).

Parece que ése hubiera sido también su sino.

El año 1930, cuando ya tenía 18, un sacerdote reclutador de vocaciones tardías y lejanas, le llevó con otros muchachos de su región al aspirantado de Perosa (Italia). Allí empieza las Humanidades; las termina en Bagnolo y hace el noviciado en La Moglia, con bastantes otros candidatos a misiones, entre ellos los que procedían de Astudillo.

El Inspector era a la sazón Don Ziggotti. El le admitió a la primera profesión, no sin algún reparo. «Bondad común, capacidad mediana, carácter bueno, un tanto puntilloso, «portato alla sensibilità», semblante defectuoso. Lo diría por la huella de viruelas que presentaba. No salía muy favorecido en el retrato. La votación tampoco fue unánime, lo mismo que no lo fue en Carabanchel, cuando se trató de admitirle al Diaconado.

Dicho sea esto en gracia a la objetividad y para no hacer ver que todo eran virtudes, como es achaque de los elogios a los muertos. Venido de tierras tan grises y tan húmedas, no es de

extrañar que su temperamento tuviera algún hilván de sentimental y de blando.

De Italia pasó a Portugal para hacer la Filosofía y el Trienio, el cuatrienio mejor dicho, en la Casa Inspectorial de Lisboa.

Para que no le quedara ninguna nación latina que conocer, vino a España a hacer la Teología. Aquí encontró su segunda patria y el asiento definitivo. Bien lo celebró años más tarde, cuando después de muchas gestiones, logró la nacionalidad española. En ningún otro país había encontrado tanta acogida y el arrimo de bastantes colegas, que le hicieron llevadero el ostracismo. Algunos le acompañaron hasta en los últimos momentos y le hicieron casi de albaceas.

Hemos dicho que el Carabanchel de los años cuarenta era una cita de muchas patrias.

Un escritor afirma que cada nación despide su olor característico, Van Gog asegura que cada una tiene su color y un filósofo, Kierkegard, dice que lo que cambia en cada nación es el alma. Allí se podían percibir esas tonalidades, sin que el conjunto dejara de ser homogéneo y hasta gratamente armónico.

Entre aquellos teólogos maduros, bien barbados y pasados por experiencias de prueba, Casimiro no era el menos interesante y original.

Tenía tipo, modales y semblante inconfundibles. Era de movimientos lentos y reacciones prontas.

En un oficio de tinieblas le tocó hacer de acólito. Tenía que apagar a su tiempo las velas del tenebrario y las del altar, para terminar exactamente con el último versículo del miserere. Casimiro calculó mal.

Se dio tanta prisa en apagar, que le faltaron velas. Un compañero desde el coro inmediato le hacía señas para que se detuviera. Casimiro, todo intrigado y confuso, terminó por encararse con él y decirle en voz alta:

-¡Ma qué porra; ven tú aquí y hazlo mejor...!

El susurro ritual del final de las tinieblas, terminó en broma a cuenta de la salida de Patalavicius.

Se ordenó de sacerdote el 24 de junio de 1945. Por cierto, el

mismo día de la ordenación por la mañana se encontraron con que no había Obispo que los ordenara. Tuvo que salir a toda prisa Don Ambrosio en busca de un ordenante. Se encontraba de paso por Madrid el Obispo de Ciudad Real y él resolvió la papeleta y sacó del apuro a ordenandos y a Superiores.

En la carta de petición para el Sacerdocio, Casimiro alegaba el lema salesiano. «Da mihi animas et coetera tolle». Argumentaba él: «A estas alturas, el Señor me ha quitado todo y me ha hecho salir de mi tierra, de mis parientes y pertenencias. No me quedan más que las almas, a las que quiero dedicar por entero mi sacerdocio». No era mal razonamiento para un caso así. Se ordenó y cantó misa en la capilla del Asilo, que tantas funciones parecidas ha albergado. La iglesia llena de fieles, las Hermanas, «Hermanitas» mejor, tras de las celosías siguiendo la ceremonia y, en emocionante besamanos, los parabienes y las lágrimas de los festejados y de los festejantes. ¡Inolvidable y tan repetida ceremonia...!

Casimiro ya no regresó a Portugal ni a ningún otro país de su peregrinaje. Se quedó en España a perpetuidad.

Pasó un año de Catequista en Estrecho, dos en Béjar y dos en San Benito, antes de cerrarse esta casa y quedar suplantada por Los Pizarrales.

Fue el último Catequista de aquella casa que cuenta entre sus ex-alumnos muchos buenos cristianos, bastantes sacerdotes, Inspectores y algún Obispo. ¡Qué buena almáciga de vocaciones...!

En Atocha dio clase de Matemáticas, fue Encargado del Oratorio, cuando el Oratorio era la escala obligada para ser admitido como alumno en Las Escuelas, y profesor de Religión y Capellán del colegio de las Salesianas de Delicias. Les cayó bien a las monjas y a las alumnas, a juzgar por los años que conservó la prebenda y de las buenas amistades que hizo, incluso entre las familias. Trabajó, sembró y cosechó en aquella parcela de «sus delicias». Una nueva encomienda le vino a marcar nuevo rumbo.

Un Obispo de Lituania y el Ministro de Educación en el exilio, pidieron a los Superiores de Turín y a los Inspectores de Madrid un salesiano que dedicase su atención a los dispersos y fuera de su patria.

Don Ziggotti, que ya le conocía desde La Moglia, recomendó a Casimiro para tan elogiabile misión.

El aceptó gustoso un apostolado que le permitía estar más en contacto con sus conterráneos. Desde 1953 estuvo dirigiendo desde Radio Nacional un espacio religioso, cultural y patriótico destinado a los católicos lituanos. Procuró atenerse rigurosamente a las indicaciones taxativas de los Superiores: «Como sacerdote salesiano, evitando toda incursión en la política y cualquier cuestión polémica propia del mundo laico, diga la verdad, sobre todo cuando se trate de defender los principios religiosos y sociales».

Llegan a incorporarle a la plantilla de la Radio con la categoría de «traductor de tercera», Redactor Jefe y Locutor en la emisión lituana.

Los honorarios no fueron nunca muy pingües, diez mil pesetas cuando más, pero le permitían hacer frente a sus gastos personales y mandar alguna ayuda a su madre, evadida de Lituania y residente en Alemania.

La mayor ventaja era la de poder realizar un apostolado fácil y muy positivo. Le permitía dirigirse a un público anónimo, asiduo y muy catequizable. «Pro aris et focis». Tuvo el honor y la satisfacción de mantener vivo el fuego de la Religión y de la Patria. De aquellas emisiones se hacía el primer destinatario y se arraigaba cada vez más en las creencias tradicionales y en un odio cordial al comunismo, por rastreamente materialista, destructor de las fibras más entrañables y sembrador del miedo y de la miseria por dondequiera que pasa. ¡Cuánto hubiera disfrutado en estos días que están poniendo en evidencia la atrocidad funesta de un sistema contra el que Casimiro clamó durante veinticinco años como voz en desierto, sin empaque oratorio, voz sin vibraciones sonoras, hastillada, opaca, pero vehemente y muy convencida...!

La Radio le otorgó una medalla a sus veinticinco años de servicio; estuvo presente en el mortuorio y le ofreció una gran corona. Así cumplió la empresa con su trabajador, que no llegó a disfrutar de jubilación.

Cuando murió, tenía poco más de setenta años, la edad razonable para morir. «Lo demás es exceso, achaques y dolor». Sería por eso por lo que a él se le veía cada día más grueso, pesado y dificultoso. Adquirió una corpulencia morbosa, disforme y alarmante. Acentuaba la ley de su gravedad.

En enero de 1984 una gripe le produjo una trombosis y ésta, la muerte. Todo fue rapidísimo, fulminante casi. Cuando iba en la ambulancia, camino de La Paz, él se daba cuenta de que el camino no tendría retorno. Murió el 17 de enero, a media tarde. En el momento de la muerte estaban a su lado el Director de Atocha y un matrimonio amigo, un representante de la familia salesiana y otro, representante de su gente de Sarginé. Murió tranquilamente. Había nacido un 16 de diciembre y murió un 17 de enero.

El más grande poeta lituano escribió un poema sobre «Las Cuatro Estaciones». La estación de Casimiro fue el invierno.

La empresa de la Radio, decíamos, le despidió como a un honesto empleado; la Congregación le despidió como a un hijo: un funeral solemne, sentido y muy concurrido, presidido por el Sr. Inspector y concelebrado por cincuenta sacerdotes. Le dio sepultura en el panteón salesiano de Carabanchel. El cementerio está en lo alto del pueblo. No es el lugar recoleto, pulcro, ajardinado y risueño de un cementerio del Norte; es más bien un hacinamiento de sepulturas, como tantos otros de por aquí, lugares para ser visitados sólo una vez al año, el día de Los Santos. Tiene en su ventaja que le baña la luz y está orientado hacia el Cerro de los Angeles. Por lo demás, cualquier cementerio es bueno para descansar en paz y esperar la resurrección.

Cuando el Ministro de Cultura Lituano le pidió a Don Emilio Corrales una dedicación más completa de Casimiro a los trabajos de la radio para los lituanos fuera de su patria, reconocía lo que estaba haciendo ya. Y añadía unas palabras que sonaban a promesa de recompensa: «Cuando Lituania recobre por completo su libertad, tendremos en cuenta lo que este Padre viene haciendo en beneficio de sus compatriotas...». ¿Le habrían encumbrado a alguna dignidad eclesiástica?

Por desgracia, Casimiro no tuvo tiempo de ver el resultado de sus afanes. Fue un profeta en el exilio, destinado a mantener la fidelidad y la esperanza de sus compatriotas. Dios no le pidió más.

«Decid al justo que bien...». Ya es bastante lo que hizo... y lo que intentó hacer...

TOMAS SERRA MIAS



Sacerdote.
Nació en Rupil (Girona) el 21/25-V-1843.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 16-VIII-1873.
Ordenación sacerdotal en Vich el 15-VI-1868.
Entró ya de sacerdote
Falleció en Béjar (Salamanca) el **18-I-1901.**

La casa de Béjar se abrió en 1896. El primer Director fue Don Vicente Schiralli, Ecónomo de la Inspectoría de Madrid en los años treinta. Le siguieron en el cargo Don Epifanio Fumagalli, Don Antonio Josefhidis, que fue Director poco más de un año, y Don Buenaventura Roca, que desempeñó tres mandatos como Director y estuvo en la casa más de cuarenta años.

La casa era donación de una Señora piadosa y pudiente, Doña Felisa Esteban Rodríguez. El Colegio se fue haciendo sobre un telar primitivo, al cual se unió después una casa contigua, que costó veinte mil pesetas, y otros terrenos hasta completar el recinto que

ahora tiene el colegio, cuyas dimensiones han aumentado a lo largo y a lo alto, como una gran embarcación sobre el serrijón en que se levanta la ciudad de Béjar, blanca y graciosa frente al Castañar frondoso y verde. La numerosa población obrera hizo pensar a la Fundadora en la conveniencia de instalar allí una congregación de preocupación y carisma social, que atendiera a los hijos del pueblo.

Ahora que el colegio se debate entre el dilema de ser o no ser, no está de más recordar los motivos de la presencia salesiana en la laboriosa ciudad, la satisfacción, más bien emoción, con que fueron recibidos los salesianos y la limpieza de la ejecutoria que han mantenido va ya para un siglo y el infatigable celo con que han trabajado tantos salesianos, desde Don Schiralli, hasta Don Aniceto, Don Ciriaco, Don Francisco, Don Demetrio...

Si por un azar que no queremos imaginar, los Salesianos se vieran obligados a abandonar Béjar, su vacío sería lamentable sobremanera.

Sería como arrancar de una maceta la planta que le ha dado vistosidad y decoro. «Toda Béjar de ti se dolería», «quod absit» -lo cual no se piense-, siquiera. Creemos que las cinco abejas que campean en el escudo de la ciudad, tienen todavía mucha miel y mucha cera que labrar en la colmena del Colegio Salesiano.

Cuando se repasa la historia del centro y se lee la crónica de la inauguración, escrita con tan vibrantes acentos y con una literatura tan abundosa y hasta culteranista, no se puede pensar sino que fue un acto definitivo y como para trazar el comienzo de una historia siempre en auge.

Habían ido preparando el acontecimiento los periódicos de la localidad, La Victoria y La Crónica.

Se inauguró la casa el día de San Francisco de Sales, 29 de enero de 1896.

El acto revistió una solemnidad inusual. El cronista, Don Vicente M.^a Serra, Pbro., se detiene en describir el cortejo que se formó hacia la iglesia del Salvador: todos los estamentos de Béjar, la representación del Obispado, los representantes de la Fundadora y hasta un detalle emotivo: cuatro huerfanitos, los primeros alumnos del colegio; el predicador de la ocasión, el Cooperador

Don Evaristo Carabias, el pueblo que llenaba la iglesia, la banda de música, las campanas... Al final de la relación, se arranca con un párrafo enfervorizado: «¡Oh, cuán alegre y satisfecho miraría nuestro inolvidable Padre Don Bosco tan emocionante espectáculo! ¡Con cuánto amor bendeciría desde el Cielo el pequeño grano de mostaza que en este día iba a echarse sobre el fértilísimo suelo de Béjar!»

Ese grano de mostaza ha crecido y ha albergado innumerables aves a lo largo de noventa y seis años. Su vida está rozando el siglo, la edad de los árboles venerables, indarraigables.

A lo largo de tantos años, la pequeña historia de la casa ha visto realizarse muchos y muy variados sucesos. Uno de ellos fue la muerte del primer Consejero, seis años después de la inauguración de la casa.

Bien pronto comenzaba a visitarla:

*«Y era la muerte, al hombro la cuchilla,
el paso largo, torba y esquelética,
tal como cuando yo era niño imaginaba...»*

La casa estaba también dando los primeros pasos de su historia.

Formaban parte de la escasa plantilla, Don Fumagalli, el Director; Don Tomás Serra, Consejero, y además de otros clérigos y coadjutor desconocidos, Don José Pujol y Don José Saburido, bien familiares con los años, aunque tuvieron un paradero muy diferente.

La carta mortuoria la escribe Don Fumagalli. Se ve que tenía poca costumbre de escribir cartas de esa clase. Es brevísima y no habla más que de la enfermedad. Sin embargo hemos podido averiguar algunos datos más, que consignamos sucintamente.

Nació en Rupil (Girona), el 25 de mayo de 1843, el año en que comenzó a reinar Isabel II, de acuerdo con las Cortes, dando así comienzo a su remado parlamentario y liberal.

Cuando entró en la Congregación era ya sacerdote, tenía cincuenta años y veinticinco de sacerdocio. Era una vocación, como se ve, bien madura y de fiar.

Había estudiado en el Seminario de Vich y allí se ordenó de Sacerdote el 15 de junio del 1868.

Llevaba veinticinco años de sacerdote en la Diócesis de Vich cuando pidió ser admitido en la Congregación.

Era Licenciado en Filosofía por la Universidad de Barcelona desde el año 1887.

Traía bastantes credenciales. La admisión fue pronta y con gozo por parte del Inspector, al encontrarse con un candidato así.

Hizo un año de Aspirantado en Barcelona y fue admitido al Noviciado en Sarria, el año 1892, bajo la dirección de Don Antonio Balzario. Eran 65 Novicios: 2 sacerdotes, 48 clérigos y 17 coadjutores.

Al finalizar el Noviciado, hizo la profesión perpetua, y apenas profesar, le enviaron a la casa de Rialp (Lleida), recién abierta. Allí estuvo dos años.

Después de este tiempo le destinaron a Béjar, de Consejero, durante otros dos años. Estuvo un año en Utrera y otro en Rocafort. Después de este breve espacio de tiempo, desanduvo el camino y volvió a Béjar, también de Consejero. Había tomado gusto al cargo; pero por poco tiempo.

No terminó el curso 1900-1901. Apenas vio comenzar el año y el siglo.

Llevaba en Béjar poco tiempo, pero ya se había dado a conocer por sus virtudes y, sobre todo, como buen Consejero, por la puntualidad.

El Consejero ha sido siempre el celador de la disciplina de la casa. Ahora lleva otro nombre y el carácter se ha diluido entre otros cargos, para bien o para mal.

El 15 de enero por la tarde se sintió indispuerto, pensando que sólo con el descanso se restablecería su salud.

Todo fue rapidísimo y se desarrolló como por un proceso sumario: un día para enfermar, otro para agravarse y otro para quedar desahuciado y morir, sin dar más trabajo y cuidados a los Hermanos.

«Ahorremos a quien nos quiere pesares»

El médico diagnosticó que se trataba de una pulmonía doble,

una enfermedad del clima de Béjar y de sus aires serranos y «heridores».

Cuando conoció la enfermedad, no quiso que se le hablara más de medicinas ni de médicos. No pensó más que en prepararse para el gran paso.

Pidió que se le administraran los Sacramentos. Los recibió con tal fervor y piedad -dice el comunicante- que hizo derramar lágrimas de ternura a algunos de los presentes.

«Los dolores que sufría eran atroces, pero los soportaba con la más completa resignación». Sus quejas eran rezar el Te Deum, el «Ave, maris stella» y la Salve.

Cuando se le hablaba de ponerse bien, respondía con resolución:

«María sabe lo que me conviene».

El día 18 por la mañana, inesperadamente, se le calmaron los dolores.

Era la mejoría de la muerte, que él aprovechaba para repetir sus oraciones finales. «En Ti, Señor, he esperado... no me vea confundido para siempre»... «Félix coeli parta -dichosa puerta del Cielo—... -ut videntes Jesum semper collemur- para que viendo a Jesús, seamos felices por siempre», del himno del «Ave, maris stella», para pedir una muerte feliz.

Cuando se le preguntaba que por qué tanto repetir el Te Deum, respondió.

¿Cómo no voy a dar gracias a Dios, que me concede el beneficio de morir en medio de tan buenos Hermanos...?

Así fue de edificante y ejemplar la segunda muerte que sucedía en la casa de Béjar. Después se seguirían otras... hasta seis, coincidiendo las tres primeras de Béjar con las tres primeras de la Inspectoría.

Las muertes son hitos para la pequeña y aciaga historia. Y por lo que respecta a ésta, acaecida en pleno y crudo invierno bejarano, «no acaba más dulcemente un bello día de primavera...»

JOSE MANUEL SÁNCHEZ HERRERO



Novicio.
Nació en Cipérez (Salamanca) el 8-XII-1926.
Comenzó el Noviciado en Mohernando (Guadalajara)
el 12-VIII-1946.
Falleció en Mohernando (Guadalajara) el **18-I-1948**.

José Manuel era sobrino de don José Luis Herrero. A él tuvimos poco tiempo de conocerle; pero a su tío le conocimos bien y le recuerdan todos los que pasaron por Salamanca al principio de los años 40.

Había sido Director de Teólogos en Tailandia. Era mayor y tenía sus méritos bien ganados. A pesar de eso, en Salamanca tuvo que hacer de clérigo-cura, asistir y llevar a los alumnos de paseo, entre otras ocupaciones de clérigo joven. Era una necesidad, pero al mismo tiempo, una incongruencia no exenta de desconsideración.

Al año siguiente, le hicieron Catequista del Colegio. Lo estaba haciendo con mucho celo y acierto, al menos, a nuestro parecer y el del común. A mitad de curso, le trasladaron a Deusto, para remediar algún entuerto de personal. De allí pasó a La Paloma, donde realizó una labor tan exitosa como en todos los sitios por donde iba pasando.

Su vocación era de misionero legítimo. Se trasladó a La Argentina y desde entonces, no supimos más de él.

Su sobrino tuvo un «curriculum» mucho más breve.

Desde Astudillo vino a Mohernando a hacer el Noviciado el año 1945.

Lo tuvo que interrumpir, por falta de salud. Presentaba una afección de pecho. Después de varios meses, cuando parecía repuesto, volvió. La enfermedad no estaba extinguida; estaba sólo amortiguada. Rebotó el virus maligno y el buen novicio, pese a su resistencia, comenzó a desfallecer a la mitad del segundo noviciado que hacía.

Su enfermedad coincidió con la racha de casos parecidos que se desató en Mohernando, por causas complejas.

En el mes de enero, a primeros, el fin se veía inminente. Pasó las Navidades de aquel año, 1947-1948 con una alegría bien mermada.

El día de la Sagrada Familia, que era entonces el broche de las Navidades, en la enfermería, se montó una ceremonia de profesión religiosa. Se preparó un altar, se subió un armonium y se siguió el rito completo, como si de una profesión se tratase.

José Manuel pronunció la fórmula como mejor pudo y profesó «in articulo mortis». Quedó consolado y contento de morir salesiano.

-A los pocos días, falleció. Voló de la celda al Cielo.

Era el segundo que fallecía en parecidas circunstancias en el transcurso de un mes. El invierno se dejaba sentir con toda su crudeza en ambos entierros, camino del pueblo.

A pesar de todo, ni éste, ni los episodios que después se sucedieron doblegaron la moral de aquellos muchachos y de los salesianos.

La serenidad de unos era imperturbable y la vocación de otros estaba por encima de todos los avatares. Muchos de ellos todavía viven, lo recuerdan y pueden hacer gala de su perseverante fidelidad.

LUIS SZENNIK JÜTTÖREN



Coadjutor.
Nació en Budapest (Hungría) el 14-I-1883.
Profesó en Puebla (Méjico) el 29-VI-1918.
Falleció en Madrid el **26-I-1972**.

En nuestra Inspectoría hemos tenido a dos húngaros: don Juan Antal y don Luis Szennik. Los dos vivieron en España largos años y los dos dejaron largo y grato recuerdo.

Siempre que se mienta a Hungría, se piensa en el Danubio, río por excelencia europeo, con un gran caudal de agua, de leyendas y de historia.

Parte a Hungría en dos grandes llanuras y parte a la capital, Budapest en dos ciudades, Buda y Pest.

La nación entera viene a ser un gran telón de los Cárpatos, por donde entraron los magiares. Por lo que hace a Budapest, es una

ciudad mítica y de muchas luces. Es como el París de la Europa oriental. Partida «por gala en dos», tiene ocho puentes sobre el Danubio que la cruza y ella misma viene a ser una ciudad puente entre el Oriente y el Occidente, síntesis de cualidades y taras de uno y otro extremo. El idioma magiar es difícil, imposible, de fonética y gramática extraña, como el euskera, el turco o el filandés; pero el ciudadano magiar es transparente, entusiasmable, alegre y hasta vividor a su manera. Se dice de él que, «se divierte en medio de lágrimas».

Los violines zíngaros acompañan las danzas saltonas con melodías tristes. Recordemos las danzas húngaras de Brahms.

En esa nación y en esa ciudad nació don Luis Szennik, el día 14 de enero de 1883. Sus padres se llamaban Ladislao y Emilia, un nombre germánico y un nombre latino.

Un reclutador de vocaciones le ganó como vocación tardía y le llevó a hacer el aspirantado a Gavagliá-Italia. No sabemos por qué fue a hacer el Noviciado a México. Lo hizo en Puebla, entre los años 1910 y 1911.

Terminó el Noviciado, pero no profesó. La razón es un poco extraña, la da él mismo: «Me dejé llevar por el enemigo del Género Humano, pero me mantuve siempre en comunicación con mis Superiores, especialmente con el Inspector y el Director, padre Montalbo».

Se ve que el «enemigo del género humano» no le llevó demasiado lejos.

Volvió a la Congregación, profesó, hizo su profesión perpetua en México y allí continuó por varios años, hasta 1928.

En Hungría habían pasado muchas cosas hasta esa fecha, como las habían de pasar después, en su asendereada historia. Desde formar parte, en collera con Austria del Imperio Austro-Húngaro, quedar descuartizada después de la primera guerra mundial, adherirse al Este con el Pacto Anticomintern y engancharse después al carro ruso con el Tratado de Varsobia. Forcejeó valientemente contra Estalin en la revolución del 1956 y quedó sojuzgada -amordazada mejor-, en sus creencias y en su independencia con el nombre de República de Campesinos. El comunis-

mo la condenó tan a cadena perpetua como al cardenal Minsenty, cuyo símbolo puede ser. Las componendas políticas la separaron de Checoslovaquia, con la cual formaba una nación -la única de Europa que no se asomaba a ningún mar-, el núcleo y el cogollo del Continente, que ahora está en trance de desmembración y separatismo de checos y eslovacos.

Todas esas vicisitudes políticas y territoriales ha pasado Hungría desde que Don Luis Szennik salió de ella y se hizo salesiano. Cuando Don Juan Antal oía cantar la romanza de «Alma de Dios», se emocionaba visiblemente... «porque nunca tu tierra volverás a ver...» No sabemos si a don Luis Szennik le pasaba lo mismo.

Fue un hombre humilde y errante, que encontró en España su patria adoptiva y su segundo hogar.

Vagó por Hungría, Italia, México y España, hasta asentar aquí sus reales. El año 1928 se fundaba Astudillo como Aspirantado misionero y dependiente de la Inspectoría Central. El Aspirantado de la Inspectoría de Madrid se fijaba en el Paseo de Extremadura.

En Astudillo se formó una Comunidad políglota e internacional. Había polacos, italianos, centroeuropeos y españoles. El Director era don Pedro Olivazzo. Don Luis Szennik vino desde México a trabajar como enfermero ayudante de la Prefectura y encargado de recados y gestiones. Un hombre flotante y un poco «factótum».

La vida transcurría en la pobre casa y en la oscura villa de una manera monótona e igual.

*«Dice la monotonía
del agua clara al caer:
un día es como otro día,
hoy es lo mismo que ayer...»*

En Astudillo, por aquellos años, no había ni fuente que dijera eso.

Se proclamó la República el año 1931. Las autoridades de Astudillo quisieron hacer méritos ante sus jerifaltes, se metieron

nueve años, no tuvo agonía ni casi tuvo enfermedad. Cuando los Salesianos se quisieron enterar, ya había fallecido. Por eso se les hizo más extraña y lamentable. No tuvieron ocasión de borrar la imagen del hombre jovial, de trato amigable y acento inconfundible y simpático, que todos tenían de él.

*«Tras el pavor de morir,
está el placer de llegar»,*

cuando se muere cristianamente y nimbado por la luz de la Fe.

Este buen Salesiano Coadjutor, de quien todos los que le conocieron hablan elogiosamente y con cariño, gustó el placer de «llegar», sin haber experimentado el pavor de la muerte.

ANTONIO UBEDA GARCÍA



Sacerdote.
Nació en Madrid el 22-X-1909.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 2-VIII-1929.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 15-IX-1940.
Falleció en Barcelona el **26-I-1992**.

La primera vez que vimos a Don Antonio Ubeda, era por el año 1930.

Estaba de paso por el colegio del Paseo de Extremadura. Había ido a una consulta médica. Paseaba por el pórtico, todavía sin cerrar, e iba leyendo un libro del APOSTOLADO DE LA PRENSA. Tenía la portada muy pintarrajeada, con plantas y pajarillos. Era una edición de Las Florecillas de San Francisco de Asís. Desde entonces, siempre hemos asociado la figura de Don Antonio a aquella escena y a aquel libro. Enfermizo, sigiloso y con un libro en la mano de plantas y pájaros. Enfermizo, silencio-

ejor
os y
npa-
sen-
tosi-
ucta

guna

den-
uían
más
gar-
ad o

toda

salió
clar,

pués
inal,

do e
mal
ncia
anis-

nido

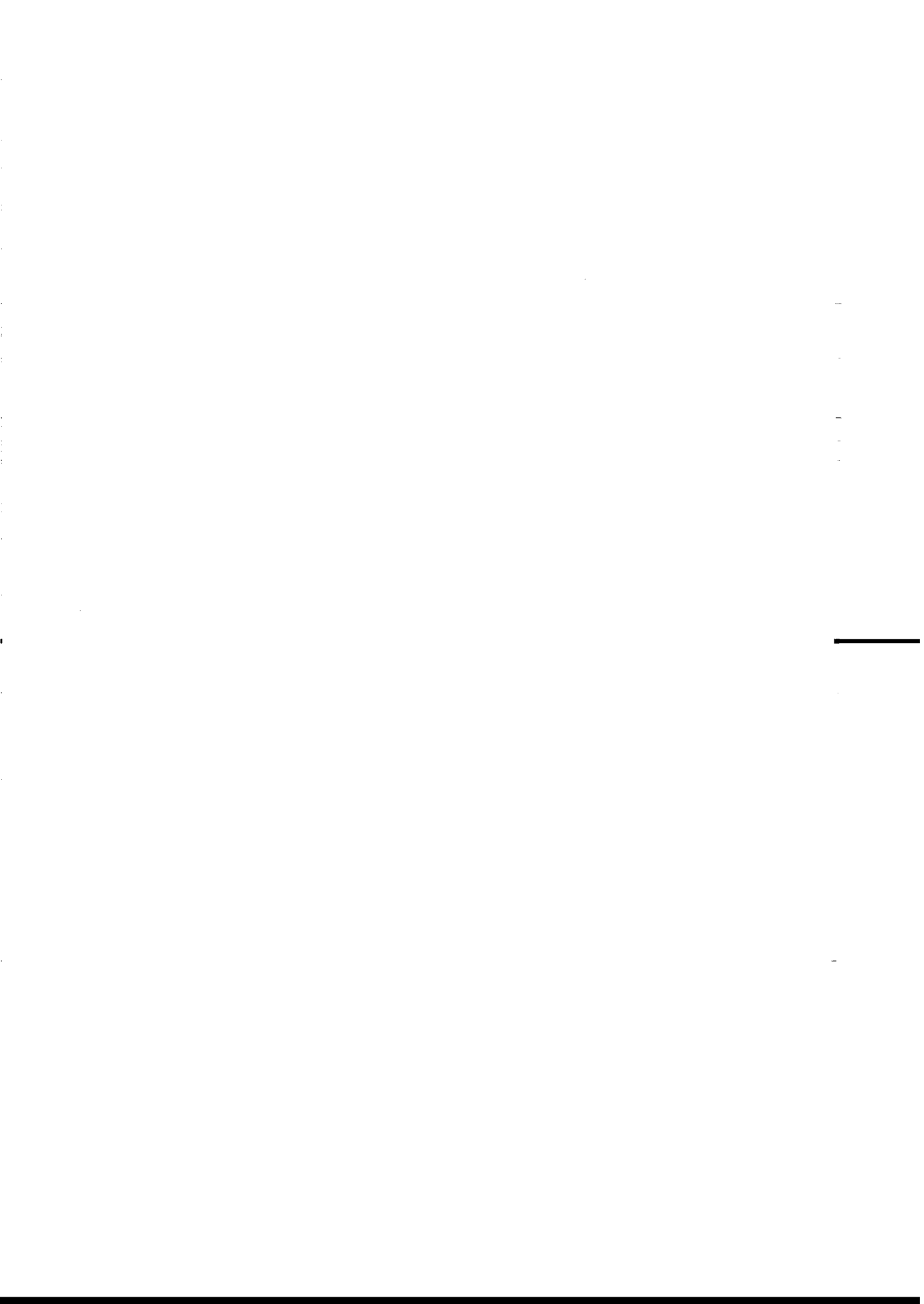
o de

dose
más
a los

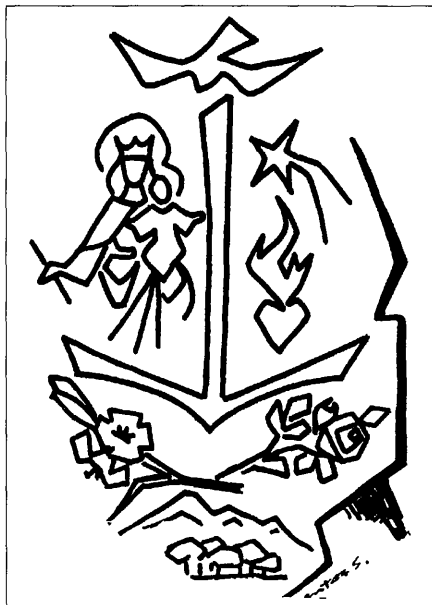
iu er la O. or y os, as O. o. se an ía el ea io, os i y io- on in- ca no ice sta to- nó do ge. ian vo- da. en e la

FEBRERO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
13	1914	Coadjutor	José AIZPURU ARANGUREN	27	91



JOSE AIZPURU ARANGUREN



Coadjutor.
Nació en Azpeitia (Guipúzcoa) el 2-VII-1887.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 13-IX-1910.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **13-II-1914**.

Otro salesiano de los que vivieron poco y murieron santamente.

Vivió sólo veintisiete años y había nacido en Azpeitia, la vieja, industriosa y muy característica villa del Urola. A la sombra del santuario de Loyola, ¡cuántas vocaciones han brotado! En bastantes casos se presentaron a pares, como los apóstoles. Tal fue el caso de los hermanos Aizpuru, José e Ildefonso, de tan edificante recuerdo éste último. Seguramente su hermano no le hubiera ido a la zaga, de no haberse malogrado en tan temprana edad.

Fue a buscar el aspirantado en Villaverde de Pontones y el noviciado en Carabanchel, el año 1906. Era el tercer noviciado

que pasaba por la casa, que se hizo para eso fundamentalmente. Comenzaba a cumplir bien su destino. Este año se reunían ya 18 novicios. Compañeros de noviciado de José eran, entre otros menos conocidos, su hermano Ildefonso, Ricardo Beobide, también azcoitiarra y seguidor del famoso Anchieta, músico de los Reyes Católicos; Ángel de Dios ya sacerdote, Don Félix González y Don Sabino Hernández, muertos los dos en los primeros días de la guerra civil, ahora hace cincuenta y cuatro años.

Según el autor de su carta mortuoria, José Aizpuru mostró gran empeño en hacer bien el noviciado. Se notó en él desde el principio un carácter firme y tenaz. Se ve que le venía de familia, como a su hermano Ildefonso. Se propondrían emular a su paisano San Ignacio: «¿San Agustín hizo esto? Pues yo lo tengo de hacer... ¿Santo Domingo hizo esto? Pues yo lo tengo de hacer...»

Emitió los votos temporales en septiembre de 1907. El año siguiente lo pasó destinado en Béjar. Allí da rienda suelta a su celo, desplegado en la asistencia, la clase, el oratorio, las parcelas obligadas del trabajo salesiano. Por lo que fuera, allí contrajo una enfermedad que le había de llevar a la tumba. Vino a Carabanchel con la idea de restablecerse pronto y volver a su puesto.

No resultó tan fácil la curación. Pasaron tres años de tratamiento laborioso, sin que el final se viera despejado. Tres años de espera y de sufrimiento para su impaciencia. Al mismo tiempo que de enfermo, hacía de enfermero y daba ejemplo de espíritu de sacrificio. Bien merecida tenía la profesión perpetua, que hizo el 13 de septiembre de 1910, un día más tarde y hubiera coincidido con el día de la Cruz, que él venía soportando.

Le mandaron a Sarria, para ver si el cambio de clima le devolvía la salud.

Al principio pareció sentarle bien, pero luego el mal rebrotó con violencia y le redujo al final de su corta vida. Pidió volver a su casa de origen.

Quería morir en la casa en que había nacido a la Congregación: Carabanchel.

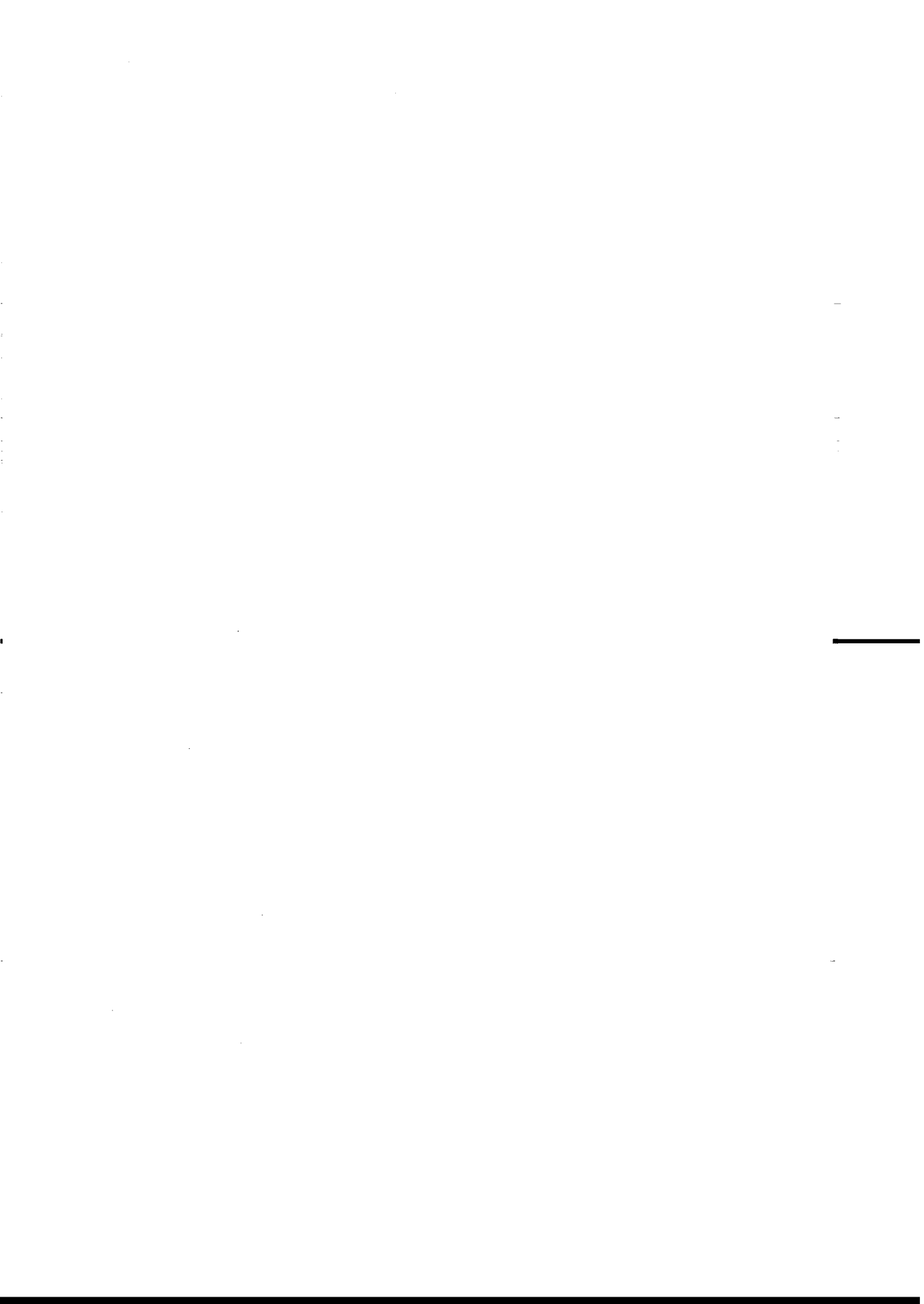
«Casa y mortaja del Cielo baja...»

Recibió los últimos auxilios y bien rodeado de Superiores, Hermanos y Don Anastasio, el Director, en la madrugada del 13 de febrero, entregó su delicada alma a Dios.

Por aquellos mismos días las casas salesianas vibraban de entusiasmo con la primera visita oficial de Don Albera como Rector Mayor.

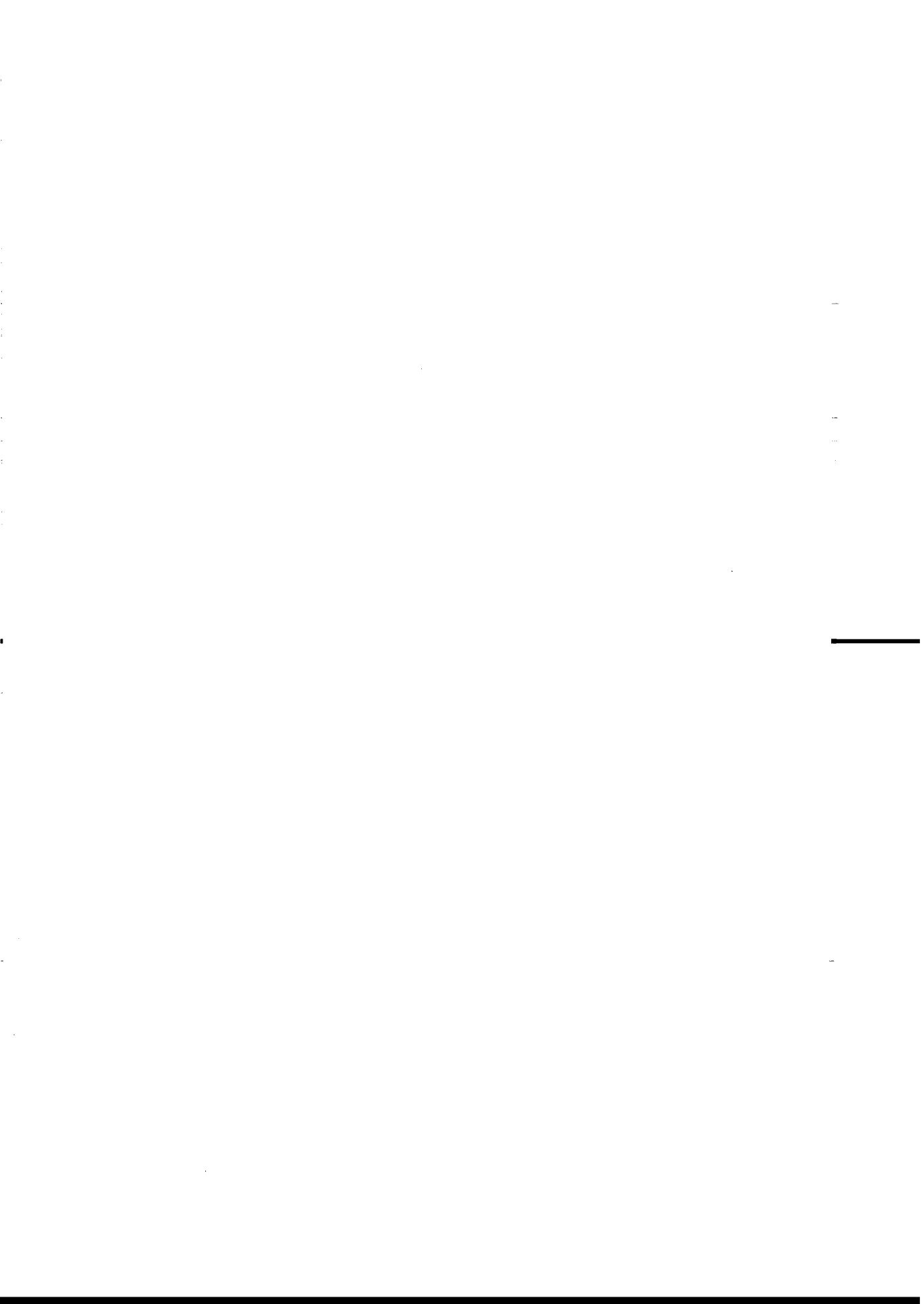
La vida, también la vida salesiana, seguía su ritmo ascendente y triunfal.

A ello contribuirán de manera positiva la pasión y la muerte de este joven salesiano.



MARZO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
6	1947	Coadjutor	Narciso GRATACOS VENTOS	61	97
9	1992	Sacerdote	Faustino DIAZ RIVAS	86	99
10	1953	Sacerdote	Alejandro BATTAINI MACCHI	71	106
22	1959	Coadjutor	Segundo GARCÍA ARRANZ	20	113
28	1924	Sacerdote	Luis NOVARINO GRAMAGLIA	59	117



NARCISO GRATACOS VENTOS



Coadjutor.
Nació en Espolia (Girona) el 21-IX-1886.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 13-III-1904.
Falleció en Madrid el **6-III-1947**.

Es éste un salesiano del que apenas podemos consignar más que los datos esenciales.

Según los informes que hemos podido hallar, nació en Cataluña vivió bastantes años en Galicia y murió en Madrid.

Tenía una manera un tanto original de hablar y de ser.

Pasó los dos últimos años de su vida en Estrecho.

Vivió de una manera tan a su aire, que alguno de los salesianos más jóvenes, el único superviviente de aquella comunidad al cabo de cuarenta y siete años, no llegó a tenerle definido.

Por el trabajo que desempeñaba y el género de vida que seguía no se sabía si era salesiano, fámulo o empleado.

Murió en el sanatorio de Fuencarral, de enfermedad extraña y lamentable, si hay alguna enfermedad que no lo sea.

Ha costado saber de su vida; pero basta que hayamos tenido noticia de su existencia, para que le recordemos y dejemos constancia de él.

La omisión o el silencio hubiera sido más desconsiderado que una pobre mención. Fue un cristiano, un salesiano y como tal, digno de ser tenido en cuenta.

Por sus dos apellidos, lo creeríamos catalán. Hablaba poco y frecuentemente de nuestra casa de Sarria.

En dos Ejercicios Espirituales, Don Alejandro Vicente nos llamó a dos clérigos para que diéramos conversación, después de comer, a Don Narciso y a otros dos salesianos un tanto retraídos. En aquellos años fue cuando se había realizado una importante reunión de coadjutores en la Inspectoría..., se hablaba bastante de la perseverancia de los coadjutores y del número crecido que iba al noviciado.

Recuerdo una queja que, de modo suave, exponía Don Narciso; y era que creía ver en los Superiores mayor simpatía por los clérigos que por los coadjutores. Don Narciso alababa mucho a los coadjutores que pedían ir de misioneros a la América Hispánica, preferiblemente a Cuba. Ese viaje a Cuba suplía al tiempo del servicio militar.

Otro punto que don Narciso alababa mucho era el de los Antiguos Alumnos, que pedían ir al noviciado como coadjutores. Y también, la propaganda que hacía del Boletín Salesiano. Nos hablaba de que él conocía casos de haberse hecho salesianos a algunos, atraídos por la lectura del Boletín. En dos tardes, Don Alejandro Vicente y algunos más le ayudamos a hacer paquetes del Boletín, revista que él enviaba por correo a amistades y conocidos.

Dios le tenga entre sus elegidos.

FAUSTINO DIAZ RIVAS



Sacerdote.
Nació en Maliaño (Cantabria) el 10-V-1906.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 28-VIII-1923.
Ordenación sacerdotal en Gerona el 28-V-1932.
Falleció en Madrid el **9-III-1992**.

La muerte de Don Faustino es reciente, no hace todavía medio año. Su vida está correctamente expuesta en la carta mortuoria, fue bien considerada en la homilía del funeral y su labor en Valencia, los años más brillantes de su vida salesiana, quedó ampliamente tratada en la monografía de Don Ambrosio sobre el colegio de esa ciudad. Poco podemos añadir.

Marañón dijo que, cuando un notable muere, todo queda, de momento, enterrado con él: su vida, su obra y sus obras, si las escribió. Al cabo de algún tiempo, se le revisa y se le pone en su puesto justo, humana, moral o literariamente.

Todavía no ha transcurrido el tiempo suficiente para hacer de Don Faustino una revisión completa y objetiva. De muchos salesianos se ha quedado por hacer. Dios los pasará revista, y los esclarecerá en el día de la cuenta final y de la «residenciación» definitiva.

Don Faustino vivió, aproximadamente a medias, entre las Inspectorías de Valencia y Madrid.

Los primeros años que pasó en esta Inspectoría, fue durante la guerra. Esta mala coyuntura juntó en Salamanca, en el colegio de María Auxiliadora, a salesianos de todas las Inspectorías. De la Inspectoría Tarraconense, coincidieron, que recordemos, Don Gabriel Martín, Don José M.^a Vaquero y don Faustino Díaz. Era sacerdote joven, estudiante de Ciencias Exactas y procedía de Inglaterra, a donde había ido meses antes a perfeccionar su inglés.

Estaba bien preparado, tenía buena presencia, competente en las clases y un tanto reservado. Esta reserva no sabíamos si interpretarla como retraimiento natural, porte distante o aire de superioridad. Eso, a nuestro parecer, que era corto y poco circunspecto. Decíamos que se le habían pegado los modales y la frialdad inglesa. Verdad es que luego, tratándole más de cerca, resultaba menos complicado y más asequible.

Había nacido en Santander, en Maliaño, en el cinturón industrial del Sur, que componen los poblados de Arriondas, Astilleros, Nueva Montaña y Maliaño. Son pueblos trabajadores, que completan el esfuerzo industrial de la Santander pesquera, agrícola y turística. Una provincia afortunada, que parece tenerlo todo.

De la familia Díaz Rivas salieron Don Faustino, Don Ambrosio y el malogrado Esteban Rivas. Una familia acomodada y cristiana, con valores bien cotizables.

Completó su formación entre Campello y Sarria, por no incluir también a Mataró, donde hizo el Trienio, la Teología y los primeros años de sacerdocio. Era un colegio puntero, que imprimía carácter en los alumnos y en los salesianos. Con Salamanca y Utrera, formaba el triángulo de los colegios académicos más prestigiosos. De ellos han procedido muchos «mandos» salesianos y muchos colegios filiales en las Inspectorías.

Don Faustino completó sus estudios en las universidades de Barcelona y Madrid. Tuvo la fortuna de adquirir una formación esmerada y a fondo, a diferencia de muchos otros, que tuvieron que contentarse con adquirir e impartir una cultura autodidacta y de secano.

«...Algunos estudian para saber y es justicia; otros estudian para lucir su ciencia y es vanidad; otros estudian para enseñar y es caridad...» Lo dijo san Bernardo, pero sigue siendo así al cabo de ocho siglos.

De las Matemáticas dice un autor español, que cultivó con igual fortuna las Ciencias y las Letras, «Forman una salsa que viene bien a todos los guisos del espíritu. Armonizan con las Artes y con la Música, como que todas son armonía, variedades en una forma u otra y reducción a la alta y bella unidad...»

Echegaray no sabía nada ni quería saberlo del bárbaro y disparatado proverbio medieval: «*purus mathematicus, purus insipiens...*» El matemático puro, es un puro insipiente.

No sabemos la aplicación que prestará a la pedagogía la mentalidad matemática. A Don Faustino parece que le sirvió para bandearse entre los bachilleres de Mataró, Salamanca y Valencia.

«Referid los hechos naturales a leyes matemáticas», decía Newton.

¿Los hechos humanos y libres se podrán reducir también a leyes matemáticas? Es lo cierto que entre las razones que aduce Mons. Javierre, actualmente Cardenal de la Iglesia, para explicar la atracción que ejercieron sobre él los salesianos, y concretamente Don Faustino, cuando era clérigo en Mataró, estaba su «debilidad por las Matemáticas y la Música...»

Don Galenga, salesiano que estuvo muchos años en Rusia, decía de su sistema que «hasta de las Matemáticas se servía para hacer propaganda de sus doctrinas». Don Faustino se ve que también se servía, aunque no de manera tan avasalladora y cerril. Para completar su labor docente y educativa, usaría de otras artes más decisivas y trascendentales que las Matemáticas; son exactas pero limitadas a ciertas aplicaciones. Dos y dos son cuatro y lo serán siempre, pero sólo en Matemáticas.

Su labor apostólica a través de la docencia, de las condiciones humanas y del trato directo, son incuestionables y reconocidas por sus alumnos, antiguos alumnos y compañeros de comunidad. Tenía que confirmarlas en la esfera del gobierno y en cargos de más responsabilidad.

Fue nombrado Director de Horta, en los primeros tiempos de esta casa, vecina al Tibidabo y con noble trayectoria. Fue su primer Director por tres años de acertada gestión. De allí pasó a Valencia, a la casa Inspectorial de la calle Sagunto. Era un campo vasto, complejo y laborable para cualquier Director con energías, inquietud, visión amplia y capacidad de gobierno. Se empleó todo lo a fondo que podía hacerlo un hombre joven, preparado e intrépido. Fue su etapa más brillante. Tuvo el estrambote de tres años de añadidura sobre el sexenio normal. El hecho no era excepcional entonces, pero sí significativo, sobre todo, si se tiene en cuenta la unanimidad de todos los sectores de la Casa. Desde los clérigos hasta el Arzobispo de la ciudad, don Marcelino Olaechea, dan testimonio irrecusable de ese reconocimiento.

«La gran personalidad del Director es, creo, el aglutinante de esta complicada Obra. El ambiente es de cordialidad y fraternidad entre los sacerdotes y los clérigos». Es la manifestación de uno de éstos, cuya voz es más de escuchar, por ser más de la base.

Don Juan Antal hizo la Visita Extraordinaria en 1953. Dejó escrito en el acta: «...se trabaja salesianamente, es de encomiar la colaboración de los A.A., reina la unidad, la caridad y la adhesión al Sr. Director...».

Verdad es que esa impresión la solía consignar en otras actas, en unas casas porque esa unión y esa adhesión las había realmente y en otras, para que las hubiera.

Estudio, orden, disciplina, moralidad y piedad eran las constantes de la andadura del colegio de Valencia, las que teníamos bien oídas y aprendidas en los colegios que se preciaban de profesionalidad, de prestigio bien ganado y de saber distinguir los abalorios, de las joyas auténticas; la bisutería, de los cristales; las apariencias, de la realidad; la personalidad, de la mera fachada. Esos trucos que se pueden largar en el comercio de la formación de hombres.

Sus Bodas de Plata sacerdotales, en el año 1957, fueron un plebiscito de adhesiones y una apoteosis fallera de elogios. Hasta se redactó un manifiesto para pedir la reelección, cuyo lenguaje, a vueltas de ser sinceramente entusiasta, resulta un tanto discutible. «Vamos a pedir al Señor que no se nos marche... Protestaríamos todos...», expresiones con las que el mismo Don Faustino sería el primero en no estar de acuerdo.

«Est modus in rebus...» En el estilo religioso, hay una medida en los entusiasmos. Todavía no se hablaba del culto a la personalidad.

De Valencia pasó a Madrid, designado por la Conferencia Ibérica para dirigir la SEI, en trance de ampliación e institucionalización, como ahora se diría, en término sexquipedal y difícil.

De un humilde establecimiento de dos pisos modestos, se iba a convertir en un edificio de ocho pisos. Había tenido unos comienzos y un desarrollo netamente salesianos.

«Dame donde me sienta, que yo haré donde me acueste». A fuerza de adquisiciones sucesivas, se había levantado la Casa Don Bosco, con librería, almacenes, editorial y vivienda para salesianos de paso por Madrid.

Venía a ser el cuartel general y cuartel de transeúntes de la Conferencia Ibérica. Se inauguró solemnemente en 1963, a finales de Mayo, en presencia de Don Fedrigotti y de todos los Inspectores. Por cierto, en el vino de honor que siguió a la ceremonia, se recibió la noticia de que el Papa Juan XXIII estaba muy grave. Una semana después, fallecía. Algún supersticioso lo podía haber tomado a mal augurio.

Don Faustino, en una labor menos floreal que la del colegio de Valencia, alternaba la labor profesional con la pastoral. Dirigía un grupo de matrimonios, ayudaba a la parroquia y los salesianos de la comunidad atendían a las salesianas de Madrid. La unidad, que tanto había recomendado en el colegio de Valencia para lograr la compenetración entre los diversos sectores de la casa y la eficacia del conjunto, era más difícil de conseguir en esta comunidad de compartimientos estancos. Más que una comunidad, se la podría considerar una mancomunidad.

En el año 1969, se presentó un nuevo proyecto: el colegio

Mayor «San Juan Evangelista». La Conferencia Ibérica lo asumió, bien podemos decir, que en mal hora. Fue un ensayo desafortunado. Los salesianos se comprometían a mantener la disciplina, la moralidad y la labor formativa posible.

«Non erat iis locus». No había lugar para tales logros. No era aquel ambiente para la aplicación del Sistema Preventivo.

«En el río que no hay peces, por demás es echar redes», dice el refrán llano y rallado.

Naufragaron unas vocaciones, peligraron otras y toda la buena voluntad, la experiencia y la inteligencia se estrellaron contra un muro irreductible. A los cuatro años, los salesianos tuvieron que desistir de su empeño.

¿Cuál fue el papel de Don Faustino en esta representación?

Gozaba de cierto miramiento, por su seriedad, su discreción y su buena presencia; pero en incidencia más honda y labor formativa, no pudo lograr más. No se podía lograr más.

Se tomó un tren muy lanzado en una marcha que no era posible enderezar. Lo más aconsejable fue la retirada.

«Cuando el valiente huye, la superchería está manifiesta», dijo Don Quijote en aquella aventura que era mejor no acometer.

Para don Faustino la retirada y la comprobación de la realidad que se cocía en el colegio llamado «colegio mayor», supuso una gran decepción y una espina que llevó silenciosamente clavada en lo sucesivo.

En sus buenos años de Valencia, los estamentos todos del colegio habían instado fervorosamente por su continuidad; en estos breves y oscuros años del Colegio Mayor, la prudencia optó por una retirada sin brillo.

Don Faustino, en lugar de volver a su Valencia de origen, optó por quedarse en Madrid. Sus motivos tendría. Vivió en Estrecho diecinueve años.

Mientras tuvo facultades, dio clase de Matemáticas a los cursos superiores, colaboraba en la iglesia y desempeñaba alguna capellanía de salesianas. Llenaba su tiempo y ganaba su pan decorosamente.

En la comunidad supo conducirse muy dignamente. Nunca se

le oyó hacer alarde de sus glorias y éxitos pasados, trataba y colaboraba con todos, siempre del lado de la Autoridad, en las empresas colectivas del colegio. Tuvo una vejez larga, una enfermedad final breve y una muerte plácida. «Un bell finir», un final digno y hermoso, para una vida que se honra y se encomia por sí misma. Vivió a la manera del sabio ilustrado y desengañado de Fray Luis:

*«Con solo Dios se compasa
y a solas su vida pasa.
Ni envidioso ni envidiado».*

ALEJANDRO BATTAINI MACCHI



Sacerdote.
Nació en Rovate (Como-Italia) el 5-IX-1882.
Profesó en Foglizzo (Italia) el 3-X-1898.
Ordenación sacerdotal en Lleida el 18-III-1905.
Falleció en Valencia el **10-III-1953**.

Don Alejandro falleció el tres de Marzo de mil novecientos cincuenta y tres, hace exactamente cuarenta años. Al cabo de ellos, muchos le guardan un recuerdo admirado, siquiera sea ya lejano y borroso; otros le reservan todavía cierta reticencia. Es posible que la causa sea, más que la misma persona, la actitud de sus admiradores. Tendemos a adoptar la actitud opuesta.

Tenemos delante una fotografía de Campello. Pertenece al año 1919. Están en la presidencia Don Alejandro Battaini, todavía joven sacerdote, Don Recaredo de los Ríos, más joven todavía que él y, Don Andrés Casanovas. Detrás de ellos están una vein-

tena de jóvenes con atuendo y traza de aspirantes de cuarto curso. Están uniformados con traje negro y unos y otros con la medalla de congregantes. Son los alumnos de cuarto curso de latín y los componentes de la compañía del Santísimo.

Entre ellos, se puede identificar a un futuro miembro del Consejo Superior de la Congregación, un Inspector y varios Directores. Se trata de un buen plantel de figuras. Don Alejandro y los otros profesores bien podían estar satisfechos de una corona tan distinguida de alumnos.

Don Alejandro vino de Italia en la segunda decena del siglo. Procedía de la Lombardía, la región fuerte y brumosa donde rompieron sus lanzas los tercios españoles. Fue un italiano de los de la hora de tercia. No conocieron directamente a Don Bosco, pero captaron su espíritu y asimilaron su sistema. Hizo el Noviciado en Foglizzo y estudió la Filosofía y la Teología en la Universidad Gregoriana. Allí aprendió la Ciencia eclesiástica y el método de estudio, que pondría en práctica en Campello y Carabanchel.

Se ordenó de sacerdote en Lleida y tras un entrenamiento de dos años de Consejero y Catequista, comenzó su carrera de director. Ya no se apeó de tal cargo. Lo inició a los 23 años. ¿Qué extraño es llegar a ser en él, como en otros, una segunda naturaleza? Comenzaban tan pronto a ser Directores, que se incapacitaban para cualquier otro cargo. Terminaban por no servir más que para directores a su aire.

Estuvo trece años en Campello, once de ellos, como Director. Cuando fue nombrado por primera vez, las Inspectorías de Madrid y Barcelona estaban unidas y la casa de Campello pasaba por un mal momento. El Consejo Inspectorial había optado por cerrarla. Don Manfredini, en su primera visita como Inspector, iba con ese propósito. Llegó acompañado de Don Rodolfo Fierro, observó el funcionamiento de la casa y el entorno. Oyó cantar a los aspirantes las vísperas y se encontró con un paisaje de playa verde y mar en calma. Se quedó encandilado de lo bien que cantaban los aspirantes y de lo hermoso que era el paisaje.

Una casa donde se cantaba tan bien y tenía un paisaje tan

extraordinario, no se podía cerrar. Cambió de propósito por motivos tan líricos. Había que salvar la casa de Campello.

Los mismos motivos valieron, en otro tiempo y en otro escenario, para respetar y rehabilitar la casa de Zuazo, también aspirantado con pocas perspectivas. Don Alejandro fue la mano y el brazo y el hombre que llevó a cabo la empresa que aseguró Campello. Don Ambrosio Díaz, en su monografía sobre Campello, sostiene que el verdadero fundador de esta casa fue Don Alejandro Battaini.

Comenzó el cargo de Director con ganas. Tenía energías, empuje, preparación e iniciativa. Restauró el edificio, alumbró pozos, roturó tierras y dotó a la casa de medios de subsistencia.

En otro orden, organizó los estudios, les dio seriedad y sistema y creó un ambiente de aplicación, piedad y alegría de familia.

Venía de la tierra de San Ambrosio y dotó a la piedad del aspirantado de un marcado tinte litúrgico. Se celebraban las ceremonias a perfección. En una ocasión dijo la misa de comunión. El monaguillo que le había ayudado lo hizo torpemente. Al llegar a la comunión, en el momento de írsela a dar, soltó esta expresión: «No te la mereses...» (No era capaz de pronunciar la «C»). Es una anécdota que revela su rigor litúrgico, su genio pronto y su acento seseante: «No te la me-reses.»

El segundo Directorado de Don Alejandro -del 1921 al 1928- transcurrió en una casa más compleja: Carabanchel. Era a la vez casa de formación y de estudios. Abarcaba el Noviciado, el Filosofado, el Bachillerato, internos y externos y el pan de todas las mesas salesianas, que es el Oratorio.

Muchas secciones para atender a todas por igual. Cada sector tenía su personal y cada personal tiraba para su sector. El Noviciado no se sentía a gusto y el filosofado no se veía atendido. Poco personal y dividido entre la Filosofía y el Bachillerato, amenazaban y protestaban ante los Superiores Mayores. El Director y el Inspector tenían que dar la cara y tranquilizarlos. Eran las consecuencias de todas las situaciones confusas y de todas las simbiosis, por muy bien que se deslinden en teoría.

Siempre será verdad que dos y dos son cuatro, pero sólo en

Matemáticas. El Noviciado y el Filosofado terminaron por salir de Carabanchel y establecerse en Mohernando, el año 1929. El colegio había terminado por desplazar a la casa de formación. Suele suceder así. La enredadera termina por sofocar al tronco. En Carabanchel quedaba el Bachillerato exento y triunfante y dueño de la situación. Cuando lo fundó Don Ernesto Oberti sus intenciones eran bien distintas. No sería la única vez que sucediera ese trueque de destinos.

Don Alejandro estuvo en Mohernando dos años, los que duró la acomodación de la casa a las nuevas necesidades. Acomodó la casa, daba clases de materias de su especialidad y en su estilo, más adaptado a talentos sobresalientes que a medianías y desplegaba su innegable don de gentes entre párrocos y personajes notables del contorno. El Maestro de Novicios era un freno a su autoridad más bien de autócrata y los filósofos no eran el elemento dócil que se plegase incondicionalmente a sus iniciativas.

En Carabanchel, al mando de unos bachilleres selectos y en cuyo Directorado había sucedido a Don Marcelino Olaechea, cosechó don Alejandro sus mayores éxitos pedagógicos y logró el ambiente más envidiablemente familiar y salesiano. Don Alejandro era toda una institución entre aquel coro de estudiantes, internos sobre todo, para quienes sigue siendo el paradigma del Director y del educador a la usanza salesiana. Son antiguos alumnos Salesianos, pero lo son también al mismo nivel, alumnos de Don Alejandro.

Aquella era de independencia y de bachillerato neto duró bien poco.

El mismo año 1931, después de la experiencia de los años anteriores, con Estudiantados Teológicos parciales, dispersos y funcionando malamente, tras la implantación de la República y la peripecia de la quema de conventos un mes después, se vio la necesidad de reagruparlos y darles una formación más sólida. En el Otoño de aquel año, se reunieron los tres Inspectores de España con El Prefecto General, Don Ricaldone, y trazaron las líneas del Teologado único y común. Se deliberó si era mejor establecerlo en Mohernando o en Carabanchel y se optó por este enclave,

por estar más en el centro, más en contacto con la capital y mejor comunicado. Tenía el inconveniente de estar ya con un colegio establecido y en funcionamiento muy cuestionable. Se dio una tregua de dos años para solucionar esta dificultad, de manera que al cabo de ellos, el Teologado quedara completamente libre de toda otra obra adlátere y pudiera funcionar «a se».

Es conveniente tener esto en cuenta, porque ha sido bastante general la idea de que, la salida de los bachilleres de Carabanchel en el año 1933 y su implantación en el Paseo de Extremadura, había sido un éxito de Don Alejandro Battaini y una cesión del Inspector a favor de las apetencias de comodidad y de independencia de Don Alejandro. Su valimiento ante el Inspector habría logrado esa baza, con perjuicio de los aspirantes, que vivían en el Paseo de Extremadura como en su casa propia.

El inconveniente se dio y los perjudicados fueron los aspirantes; pero no hubo ninguna mala pasada. La cuerda siempre se rompe por el lado más flojo. Se sacrificó la independencia del Aspirantado y pasó a formar una sola obra con el Teologado, con un Director único y un encargado y personal propio para su gestión. El Encargado fue el bueno de Don Joaquín González y el personal, dos sacerdotes y tres clérigos flexibles e improblematícos. Así se obviaban las cuestiones de precedencia y los piques de autoridad que habían existido durante el bienio precedente. El Director fue don Enrique Sáinz, de santa memoria y hábil gobierno como para lograr tener contentas a las dos secciones.

Cuando todo se había encauzado y marchaba satisfactoriamente, estalló la guerra. Unos desaparecieron trágicamente, entre ellos el Director Don Enrique; otros vagabundearon lastimosamente durante tres años. Don Alejandro pasó la frontera y se acomodó transitoriamente en San Tarsicio, al frente del Teologado allí existente. Los estudios de Teología y el Directorado le seguían hipotecando. Antes de terminar la guerra, se deshizo de aquel destino y regresó a Salamanca, hasta que llegó el momento de pensar en reorganizar las casas de Madrid, entre ellas Carabanchel y el Paseo de Extremadura.

Eran las que más le afectaban a Don Alejandro. La labor era

ardua, las dificultades para restaurar el Teologado y su codiciado Bachillerato se multiplicaron. Don Alejandro no encontró las facilidades de diez años antes, cuando su autoridad era más indiscutida. El Teologado hizo valer sus fueros de manera más terminante que lo había hecho el endeble Filosofado de antaño. Don Alejandro cansado, contrariado y amargado se retiró. Tras un año de pausa y reflexión en Santander, al lado de su amigo y admirador Don Jesús Marcellán, entregado a poner en marcha el colegio, maltrecho por la guerra, Don Alejandro optó por refugiarse en el Palacio Episcopal de Pamplona, a la sombra amparadora y generosa de su amigo y bienhechor, Don Marcelino Olaechea.

Comenzó la tercera etapa de su vida. Una había transcurrido en casas de formación, otra se empleó entre los bachilleres y ésta tercera se deslizaría en la Curia de Pamplona y de Valencia. Los amigos se hicieron inseparables. Se prestaban mutuos favores y servicios.

Don Alejandro desplegó sus excepcionales cualidades en la Casa Episcopal, en la Curia, en el Seminario, en la Enseñanza e, incluso, en el Colegio de la calle Sagunto, donde pidió alguna ocupación, para no desentenderse de la actividad colegial. ¿Dónde irá el buey que no are? Era activo por naturaleza, inquieto, activo y celoso. Trabajaba y hacía trabajar a los que giraban a su lado. Se avenía mejor con los sobresalientes y dotados que con los remisos. No todos se prestaban a seguirle con la misma andadura. Pensaba con rapidez, actuaba al mismo ritmo y reaccionaba con vehemencia. Tenía una brillante inteligencia, nervios sueltos y un gran corazón.

Fue una pena que su mejor edad, desde los cincuenta y ocho años hasta su muerte, a los setenta y uno, hoy hace -repetimos-, cuarenta, se empleara en un ambiente extra-salesiano. Otro gran salesiano, Don Marcelino Olaechea, utilizó la capacidad que perdió la Inspectoría, cuando tan necesitada estaba de valores. Hoy no nos cabe más que recordarle y desear que su actividad en la viña del Señor, donde caben todos los operarios a todas las horas, haya sido fructífera y constructiva.

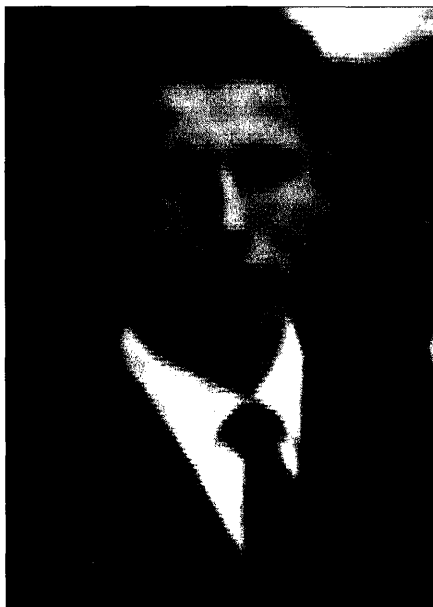
En la contraportada de Carabanchel, su casa predilecta, su garba más cuidada, se ven todavía una lápida y un busto de bron-

ce sobre un pedestal de piedra de granito. La lápida está dedicada a los caídos de la casa; el busto recuerda a Don Alejandro Battaini. Los dos, a decir verdad, son bien modestos y hasta de una apariencia mezquina. Uno y otros merecían un exvoto más aparente.

«Exegi monumentum aere perennius». Levanté un monumento más duradero que el bronce, podía decir Don Alejandro. Más duradero y más suntuoso.

El monumento será modesto; pero la voluntad y la gratitud de los que lo han erigido, son inmensas. Dios y Don Alejandro se lo paguen.

SEGUNDO GARCÍA ARRANZ



Coadjutor.
Nació en San Llórente del Valle (Valladolid)
el 25-III-1931.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1951.
Falleció en Sevilla el **22-III-1959**.

El Capítulo General **XIX**, en el año 1965, fue el primero que se preocupó a fondo de los coadjutores, de su identidad y de su formación. A partir de él, los coadjutores comenzaron a desempeñar cargos de gobierno en las casas. Fue una novedad y un acierto. ¡Lástima, que esta medida llegara cuando ya en muchas Inspectorías se los comenzaba a echar de menos en sus catálogos de personal!

La Inspectoría de Madrid, ante la lista de los coadjutores en formación y en acción, era mirada por muchos Inspectores con extrañeza y envidia. Podía dar testimonio de ello, si viviera, el Inspector de entonces, Don Maxi.

Exigía, pero exigía con bondad y no con premiosidad ni antipatía.

Preparaba las fiestas salesianas, organizando rifas y buscando premios. Llegó a estar contento, al ver la correspondencia a su trabajo. No obstante esto y la fascinación de Sevilla, no le hacían perder la querencia de San Fernando. Se acercaba al final de curso y ya estaba contando las semanas para volver a Madrid. Así lo escribía a un amigo, pensando regresar a fines de mayo. Se lo decía a un compañero de noviciado, coadjutor también y uno de los cuatro que habían sobrevivido. De los coadjutores que había en un noviciado de 78 novicios, sólo quedarían Segundo, Mariano, Primitivo y Matías. Ahora sólo quedan tres. Dos de ellos están en Misiones y otro trabaja y vive para las Misiones. Dos misioneros y otro pro-misionero. Segundo no llegó a regresar de Sevilla.

El 21 de abril de 1958, se acostó normalmente, después de un día de actividad cotidiana.

Durante la noche, a la madrugada, un paro cardíaco ponía fin a su vida.

Le echaron de menos en la comunidad, fueron a comprobar y le encontraron tendido, quieto y con las manos sobre el pecho. De la misma manera que recomendaban las oraciones de la noche.

Según el informe forense, había fallecido, de un paro cardíaco hacia las cinco de la madrugada. Una madrugada primaveral sevillana, cuajada de estrellas altas y denso olor de azahar. Una hora a propósito para el tránsito y la apoteosis de un alma de Dios.

En el bolsillo le encontraron el libro de Las Reglas, tal como había hecho el propósito de llevarlo siempre. Hizo de él su «vademécum».

Los cuatro colegios de la Universidad Laboral, pasaron por delante de su féretro y depositaron sendas frondosas coronas. «Te recordamos... Te agradecemos... Te encomendamos...» Y sería verdad.

«Sevilla para herir; Córdoba para morir», había escrito el poeta andaluz. En el caso de Segundo, Sevilla le hirió de muerte.

Sus restos descansan en el cementerio más luminoso y elegante que se puede visitar. Las coronas de los alumnos obsequiosos se marchitaron pronto. La que no se marchitará será la que le tejieron sus buenas obras y la que él se ganó para la Gloria.

LUIS NOVARINO GRAMAGLIA



Sacerdote.

Nació en Cavallermaggiore (Cuneo-Italia) el 9-IV-1865.

Profesó en Valsalice (Torino) el 15-VIII-1892.

Ordenación sacerdotal en Santander el 29-XI-1896.

Falleció en Madrid el **28-III-1924**.

Nació Don Novarino en plena vida de Don Bosco. Todavía le quedaban al santo veinte años largos de vida, la etapa más intensa y la más decisiva para su Obra.

El día 9 de abril de 1866 andaba el pretendido Fundador embarcado en la organización de una de sus famosas tómbolas. Eran éstas una fuente de ingresos y una ocasión de propaganda. Lo hacían los ávidos clientes y numerosos visitantes y sobre todo, los contribuyentes con regalos más o menos valiosos, procedentes de personajes influyentes y de encumbrada nombradía. Con sus regalos y más aún, con sus firmas autorizaban la exhibición.

Aquel mismo día recibía el intrépido organizador de ferias de caridad tres objetos de excepcional valor: un camafeo labrado en oro, una estatuilla tallada en piedra y una cruz de oro y esmaltes, valorados respectivamente en 500, 800 y 220 liras. Una circunstancia especial acrecentaba el valor material de los objetos, eran un regalo del Papa Pío IX para aquella expresa ocasión. La Providencia le hizo un regalo más valioso todavía en aquella fecha en la persona de Luis Novarino.

Nació en Cavallermaggiore, un pueblecito enclavado en una comarca destinada a poblarse con el tiempo de muchos santos y beatos. Un salesiano que ha hecho el recuento de todos ellos, llega a enumerar cerca del medio centenar. La comarca es la del Piamonte y la capital inmediata, Cúneo.

Los padres eran todo lo sanos y cristianos que denotaba la índole del hijo, que aprendió en su hogar «en qué se funda la dicha más perfecta».

Hizo los estudios del gimnasio en el colegio de Lanzo, uno de los primeros retoños del árbol salesiano.

Entre los años 1878 y 1882 tuvo ocasión de conocer y hablar con Don Bosco. El resultado de aquellos encuentros fue el propósito de hacerse salesiano. La dialéctica sencilla y convincente del Santo le atrapó entre sus mallas.

De momento, las circunstancias familiares impidieron que se llevase a efecto tal propósito. Entró en el seminario de Alba Pompea e hizo allí los estudios de Filosofía. Todavía pasaron tres años más en el cumplimiento del servicio militar. A pesar del tiempo transcurrido, como el propósito era firme, pasado por el seminario y el cuartel, la vocación salesiana se confirmó y Luis vino a dar al noviciado salesiano. Se encontraba éste en Valsálce, en el recinto del famoso colegio para ricos, que Don Bosco se negó rotundamente a aceptar, cuando le hicieron la primera proposición. «Mientras dependa de mí, no se aceptará nunca», dijo resuelto a no variar la línea de su Obra, destinada exclusivamente a los pobres. Lo mismo pensaron los salesianos del primer Consejo, cuando se puso a votación. Después intervino el Arzobispo Gastaldi, al ver la situación que atravesaba el Centro y otros con-

siderandos de mucho peso. El colegio se aceptó bien a su pesar. Se ve que para compensar la renuncia, fijaron allí el noviciado. Así se paliaba la condición social del centro.

«Córtale el rabo al perro y cátales perdiguero». Don Bosco seguía esta filosofía campesina, positivista y práctica para resolver las situaciones difíciles y seguir adelante.

En 1887 Novarino entró en el noviciado de Valsálce. Una razón de salud le obligó a interrumpirlo, después de la muerte de Don Bosco hasta el 1891 en que regresó ya definitivamente. No dejaba de ser una vocación bien probada.

Tenía a la sazón veinticinco años. Al profesar, tenía edad y seguridad para ser enviado a España. Fue uno más de aquellos salesianos «de exportación» que tan buen juego dieron. Sirvieron de refuerzo y de ejemplo.

En 1895 hizo los votos perpetuos y al año siguiente fue ordenado sacerdote. Su carrera fue expedita, en atención a su edad y a su madurez.

Pasó en España toda su vida salesiana, treinta y dos años. Pasó por las casas de Santander, Sevilla, Barcelona, Baracaldo, Vigo, Salamanca y Madrid, es decir, por las tres Inspectorías, que entonces todavía no lo eran. Ya sabemos la concentración y la separación que tuvo lugar en la primera decena del siglo.

En todas las casas hizo brillar sus buenas cualidades, especialmente como Catequista. Ponía sumo esmero en las cosas que se referían al culto, la ejecución de las ceremonias, la propagación de la devoción a María Auxiliadora y la organización de la Archicofradía. En Salamanca y en Madrid fue el encargado de los Bienhechores. Su bondad y su delicadeza le ganaron muchos adeptos y le hicieron dejar buen recuerdo entre un elemento que se paga mucho de esas cualidades y que era, tanto entonces como ahora, tan salesianamente cultivable. El no hacía demasiada diferencia de términos entre Cooperadores y Bienhechores y le daba resultado la homologación.

Como una ocupación más y más netamente espiritual, fue por muchos años confesor extraordinario y ordinario de comunidades salesianas y no salesianas.

La casa de Atocha, en los años en que estuvo allí Don Luis como confesor, que fueron los últimos de su vida, contaba ya con una comunidad numerosa, de hombres bien barbados y espiritualmente atendibles. Eran el total 34 Hermanos, algunos sacerdotes, pocos clérigos y muchos coadjutores. A estas alturas, no queda ya ninguno de aquella plantilla tan respetable. Muchos de sus nombres nos resultan cariñosamente pronunciables: Don Julián Massana, Don Félix González, Don Antonio García Vinuesa, Don Agapito, Sr. Recasens, Sr. Cajaraville... Cada uno arrastra una historia, cada uno merece una escultura...

Los imaginamos acercándose semanalmente al Santo Tribunal y pasando por el humilladero de la Confesión... A todos los recibía y despachaba llanamente Don Luis Novarino.

Tenía muy buenas cualidades, pero no disfrutaba de buena salud. Esta limitación le acompañó desde joven y le impidió emplearse en trabajos de envergadura. Fue un hombre de cargos blandos y de ocupaciones piadosas. Varias veces en años anteriores había estado gravemente enfermo.

Sin embargo, nada hacía prever un final tan rápido y doloroso.

Estamos en el año 1924. La casa de Atocha vivía todavía la euforia de las últimas inauguraciones: varias clases nuevas, el taller de Cerrajería y Mecánica y el gran teatro, que tanta fama había de hacer cobrar al Colegio y en el que se habían de celebrar tantos acontecimientos memorables. ¡Cuánto arte derrochado en aquel escenario, que hizo las delicias de un público multitudinario, entusiasmado hasta el delirio...!

Don Novarino disfrutó muy poco de las nuevas instalaciones.

El día de San José ya no pudo celebrar misa. A partir de esa fecha, se levantaba a ratos y recibía la comunión. El día 24, haciendo un esfuerzo, quiso tomar parte en los cultos de la conmemoración de María Auxiliadora. Fue su despedida de la Virgen, de la iglesia y de la Archicofradía, a las que había dedicado tanto tiempo y todo su amor.

Al día siguiente el médico diagnosticó un fuerte ataque de uremia.

Se fue agravando aceleradamente. Hizo su última confesión y recibió la Extrema Unción. El Viático ya no lo pudo recibir.

El 28 por la tarde expiraba rodeado de varios Hermanos que encomendaban su delicada alma a Dios.

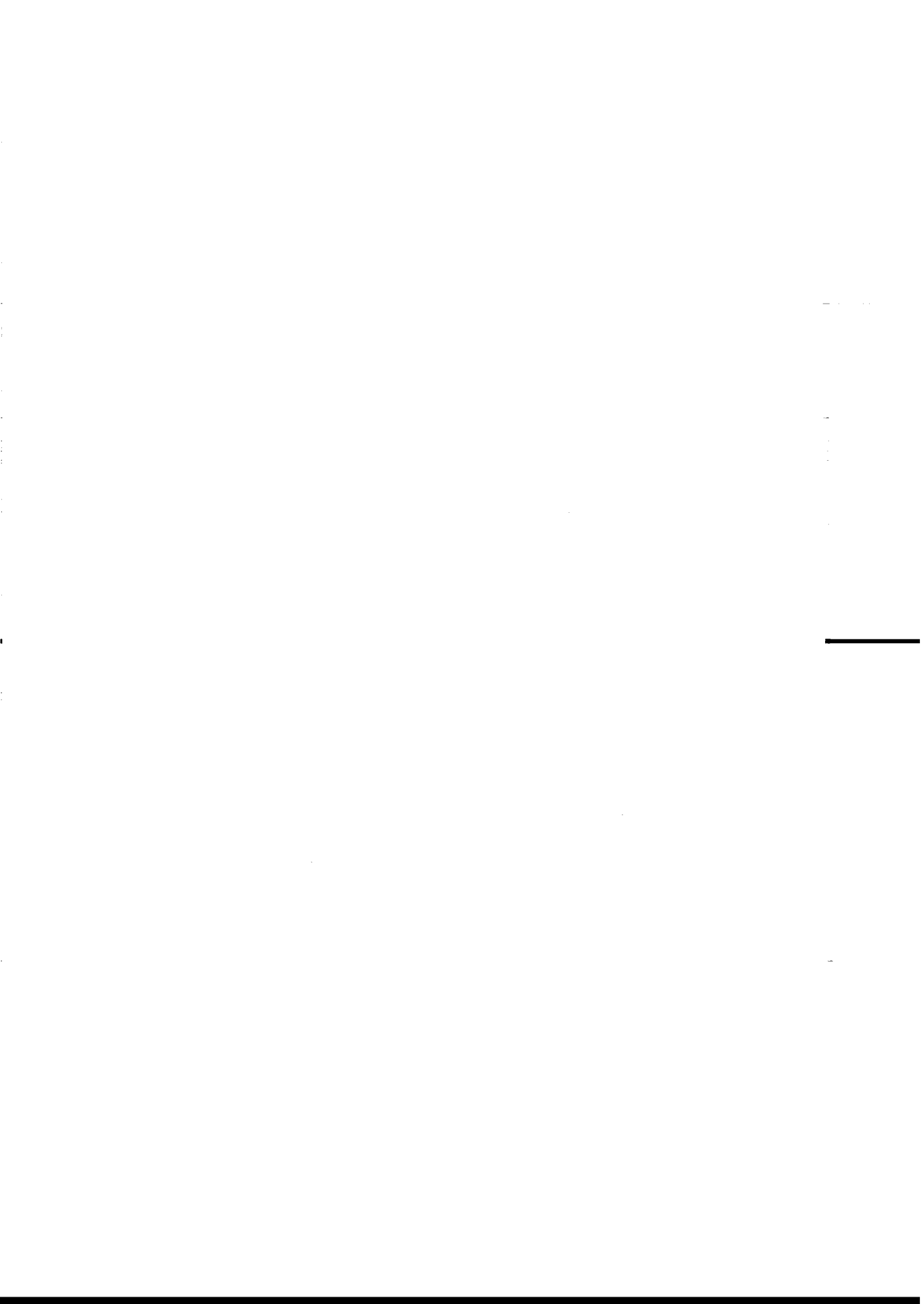
Últimamente, dicen, se le veía más retraído, más espiritual y más asiduo al ministerio de las confesiones. En él prodigó por muchos años tesoros de consejos, de consuelo y de aliento a penitentes salesianos, alumnos y fieles. Cada día acudían en mayor número y con más confianza a su confesonario.

Muy pocos días después de su muerte, el día 3 de abril, la Congregación celebraba con todo el júbilo imaginable el cincuentenario de la aprobación de las Constituciones.

«Un cincuentenario fecundo en maravillas -escribía el Boletín de aquel mes en caracteres de excepción- confirmación la más elocuente de la virtualidad de la Obra Salesiana y de su providencial misión en el mundo».

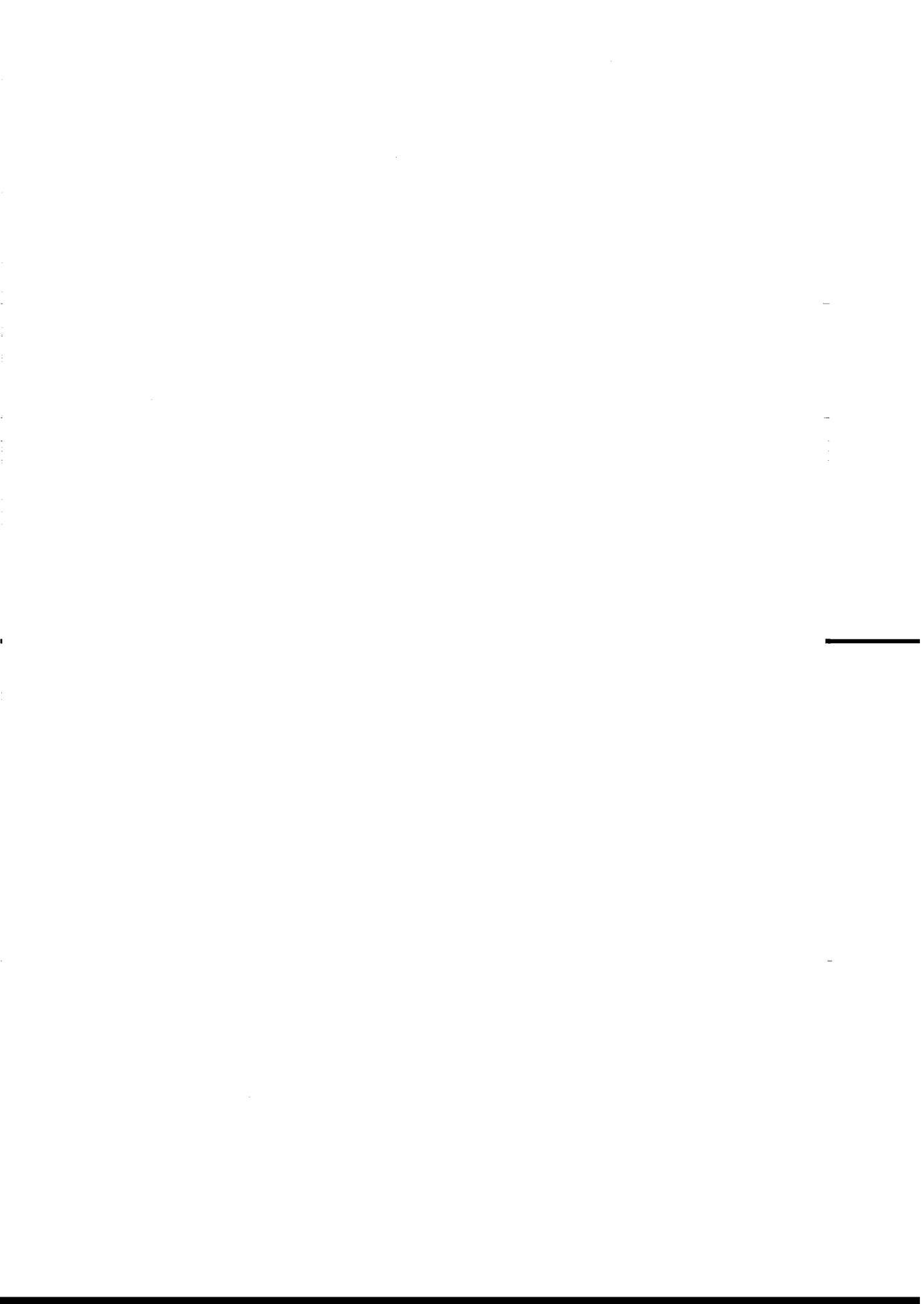
Don Luis Novarino nos recuerda, no sabemos por qué, a Don Francisco González, «Don Paquito». Será por su salud endeble, sus gustos píos y su adscripción a Atocha. Una diferencia ofrecen: Don Paquito, a pesar de su mala salud, vivió muchos años; Don Novarino murió relativamente joven, poco más que a la mitad del camino de la vida.

Se adelantó a morir, para celebrar desde el Cielo ese jubileo salesiano. A su manera y en su medida, él también había sido exponente y artífice de la virtualidad de la Congregación y de su misión en el mundo.



ABRIL

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
9	1992	Sacerdote	Celso MORAN GONZÁLEZ	75	125
18	1959	Sacerdote	José MOLINA GONZÁLEZ	57	133
23	1987	Sacerdote	Francisco GONZÁLEZ BELLVER	87	139
29	1990	Sacerdote	José Luis del AMO PRIETO	54	145
30	1968	Coadjutor	Ignacio URTASUN IROZ	92	151



CELMO MORAN GONZÁLEZ



Sacerdote.
Nació en Layoso (Orense) el 8-I-1917.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 6-IX-1942.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 24-VI-1951
Falleció en Salamanca el **9-IV-1992**.

Hoy hace dos meses que murió Don Celso Moran. Sería el aniversario de Sexagésima. Los reglamentos determinaban que se comunicase cuanto antes a los Salesianos el fallecimiento de un hermano. Urgía aplicarle los sufragios pertinentes.

Ahora se han perfeccionado prodigiosamente los medios de comunicación.

La noticia puede hacerse saber inmediatamente a los Salesianos. Se ha hecho habitual la costumbre de que éstos asistan en masa a los funerales. Por eso, las cartas mortuorias se pueden demorar. Más que para comunicar la muerte del fallecido, sirven

para recordarle al cabo de cierto tiempo y evitar que su recuerdo se esfume demasiado pronto. Somos tan olvidadizos...

Don Celso murió en la semana llamada de Pasión y muy en las proximidades del mes de Mayo, que él había preparado y dirigido tantos años como Maestro de ceremonias de sus cultos. Bien se le ha echado de menos.

El nombre de Don Celso ha sonado mañana y tarde en las preces de todos los días. Sus «parroquianos» han sentido por él una pena de saudade.

Así son de agradecidas y memoriosas las gente de Los Pizarrales. Así se había ganado Don Celso su aprecio y respetuosa adhesión, a pesar de que su manera de ver no era nada llamativa. Más bien era serio, inexpresivo, caviloso y amigo del rigor y de la exactitud, cualidades que no suelen suscitar admiradores. Tenía un aire sorprendido y usaba unas gafas grandes gruesas y oscuras, circunstancia que le distanciaba y no suele invitar a la comunicación fácil y alegre.

Eso, sin pensar en el tópico de que, de su tierra, clima y paisaje nativos había heredado el temperamento, los sentimientos y hasta los valores y todo lo que acompaña al ser como una herencia irrenunciable.

Había nacido en la provincia de Orense, en Layoso, nombre de suave fonética, el día 8 de Enero de 1917.

Sus padres se llamaban Francisco y Encarnación. Eran labradores, con hacienda corta y familia numerosa. Tuvieron cinco hijos y una hija. De ellos tres se hicieron salesianos; la hija, clarisa.

Layoso es un pueblecito entre Allariz y Ginzo de Limia, entre los ríos Arnoya y el Limia. Se asienta humilde, medroso casi, en un paisaje de serena belleza, recuerdos de un piadoso y lejano pasado y algunas leyendas. Al Río Limia, por ejemplo, los naturales le identificaban con el Leteo, cuyas aguas, cuando se bebían, hacían caer en el olvido.

Se decía que en la conquista de Décimo Junio las tropas romanas se mostraban remisas a cruzarlo, por miedo a perder la memoria. Sólo se decidieron a atravesarlo, cuando el caudillo, después de haberlo cruzado primero él, los llamó por su nombre

uno por uno, para hacerles ver que las tales aguas no eran tan perniciosas.

Don Celso era ya mayor cuando fue al Aspirantado de Carabanchel, seguramente atraído por su hermano Antonio, que había profesado en Mohernando.

En mal año comenzó su andadura salesiana. Fue un año azaroso aquel de 1935-1936. Desasosiego general, funestas elecciones en el mes de Febrero y en el mes de Julio estalló la guerra civil. «Inde mala». Comenzó una sucesión incontable de males. Los Superiores salesianos fueron detenidos, para terminar algunos asesinados, otros apresados o dispersos y los alumnos anduvieron rodando de centro en centro de menores y pasando un sinfín de calamidades. Lo extraño, por no decir lo milagroso, es que se mantuvieran unidos y perseverantes.

Los coordinaban de manera esporádica y muy cautelosa, Don Alejandro Vicente, Don Lucas Pelaz o algún otro salesiano que se movía por aquel Madrid erizado de peligros y en régimen de auténticas catacumbas. Se citaban sigilosamente y se reunían en los sitios más extraños: la portería de una familia conocida, una plaza pública o un bulevar. Allí se confesaban como si estuvieran conversando amistosamente, se pasaban la comunión y recibían y traspasaban consignas.

Se animaban mutuamente y se ayudaban como podían.

Un día de Octubre del año 1938 los Nacionales tuvieron la ocurrencia de bombardear Madrid con bollos de pan. De momento, se creyó que era una estratagema y que encerraban su trampa; luego resultó que eran de verdad y que se trataba de pan reciente, blanco y sabroso. Celso se industrió para hacerse con unas decenas de panecillos, que repartió generosamente con sus colegas.

Celebraron el acontecimiento con cierto desimulo, pero con verdadera avidez. Nunca han olvidado aquel banquete original, frugal y de excepción. Por desgracia, el final de la guerra le reservaba a Celso un nuevo revés. Ya en Marzo del 39, cuando faltaban sólo días para terminar la contienda, en una de las últimas operaciones un hermano que tenía movilizado en la otra zona, moría en el puerto de Cartagena, en un contragolpe de los rojos contra el

barco «Castillo de Olite». Moría a las puertas de la victoria. Esa circunstancia ensombreció el encuentro de la familia después de la tragedia.

Celso, fiel a su vocación, tan probada, continuó su trayectoria y volvió a Carabanchel para continuar y terminar su Aspirantado antes de ir a Mohernando.

Después de todo lo pasado durante los tres años de guerra, el trabajo y las pruebas del Noviciado eran un camino de rosas. Don José Arce se encargó de hacérselo más llevadero. No en vano había pasado también él por las mismas horcas.

Hizo el Noviciado y la Filosofía sin dificultades. Los estudios se le daban pasablemente.

En la Coruña completó el Trienio práctico. Estaba en la tierra y conocía el percal de los alumnos que se le confiaron. Era cumplidor, constante en el trabajo y responsable ya entonces, por tesón natural, por la edad y por la experiencia bien probada.

Estudió la Teología entre los años 1947-1951, bajo la dirección de Don Tomás Baráut y Don Luis Chiandotto, en aquel Carabanchel pletórico de estudiantes y con solera creciente de gran Centro Eclesiástico.

Se ordenó de sacerdote el día de San Juan Bautista y comenzó su carrera de «post-cursor» del Señor con el ritmo que le marcaba su buena formación, su virtud bien ejercida y el deseo sincero de hacer el bien a todos.

Su primera palestra de apostolado sacerdotal fue la casa de San Benito. Por su modestia y por su estrechez, esta casa no pasaba de ser «un palomarcico salesiano». La mole del Seminario vecino y el empuje de la Universidad Pontificia, entonces en su apogeo, terminaron por aplastar y absorber una Obra que tan impagables servicios había prestado a la Congregación desde finales de siglo. Después de haber pasado algún año en San Benito, a Don Celso le tocó cerrarla y asistir a su trasplante a Los Pizarrales, un barrio popular entonces, relegado a una esquina de Salamanca y con mucho apostolado que hacer en él. A Don Celso y a los otros fundadores les tocó presenciar y pasar la penuria de todos los comienzos.

«De un huevo nace la garza» y todas las Obras salesianas, si han de seguir una trayectoria normal, a lo «Casa Pinardi», han de pasar por vicisitudes y penalidades que garantizan su porvenir. La casa de Los Pizarrales comenzó siendo un solar y una construcción rudimentaria.

Al cabo de los años, el barrio se ha promocionado y la casa ha llegado a ser un conjunto respetable y decoroso. Don Celso y tantos otros heroicos salesianos conocieron sus comienzos y por eso se encariñaron más con la Obra.

Cinco salesianos han dejado allí su vida, tres de ellos en plena juventud: Restituto, Antonio, Zacarías. Los otros dos, Don Emilianio y Don Celso, eran ya maduros, pero en plena actividad y con una voluntad indomable de entrega a sus alumnos y catequizandos. ¡Paz a todos ellos!

Don Celso, antes de volver definitivamente a los Pizarrales, el año 1977, pasó de nuevo por Béjar y por las casas de Burceña, Carabanchel-Automovilismo- y Puertollano. Tenía bien conocida y recorrida la Inspectoría. Había pasado por muchos ambientes.

Sus encomiendas fueron de segunda línea, si se pueden llamar así las de Maestro Asistente, Capellán, Encargado, Confesor y Consiliario. Son básicas todas ellas y de apostolado neto.

Al artista se le valora no por lo que pinta o esculpe, sino por la manera y el arte con que lo hace.

«Nada más que maneras expresan lo distinto». lo distinto, lo meritorio y lo definitorio.

En ese aspecto, y ya entramos en su semblanza interior y moral, Don Celso era cumplidor y detallista. Daba sensación de estar siempre a punto y en su sitio.

Era hombre de pocas palabras y de objetivos certeros. Iba siempre a lo suyo. Siempre estaba disponible en el confesonario, en su rincón acostumbrado al fondo de la capilla, esperando pacientemente, recibiendo con amabilidad a penitentes de cualquier clase: salesianos, niños, gente del pueblo.

Decía San José Cafasso, confesor por antonomasia, formador de tantos sacerdotes y tan afín a Don Bosco: «Dadme un sacerdo-

te virtuoso y yo os aseguro que será grande y venerado, aunque no tenga títulos ni desempeñe cargos importantes...»

A Don Celso le cuadraba perfectamente este texto autorizado.

¿Y su apostolado como Consiliario de La Archicofradía de María Auxiliadora?

A todo el que le ha visto, le ha llamado la atención su labor silenciosa, constante, con la firmeza del que ama hondamente a la Virgen y sabe lo fundamental que es su amor para la vida cristiana. Eso viene a decir un salesiano que le conoció y trató de cerca.

Su devoción tan acendrada y tan contagiosa, la percibieron también sus asociadas y celadoras. Una de ellas dice ingenua y vivamente:

«Se nos hace un nudo en la garganta, al imaginar un mes de Mayo sin su presencia física» La misma que se extiende en evocar las excursiones organizadas por él y de las que se despedían casi con nostalgia.

«El amor a la Virgen fue el motor de su existencia y el alma de su agonía»

«Siempre llevaremos en el alma la huella indeleble de su paso por la tierra».

No hay retórica en esa afirmación. Hay mucha delicadeza y profundidad de observación y de admiración emocionada, que edificaría a cualquier salesiano.

«¿Qué quiere para las Archicofrades?», le preguntaban al final:

- Que vivan en concordia de hermanas, que no sean cizañosas ni pendencieras. Era la versión que daba Don Celso al mandamiento de la caridad.

Ante un público numeroso y diverso que llenaba la parroquia de San José, en Los Pizarrales, el Sr. Inspector enunciaba las claves de su vida:

Vivió su sacerdocio sencilla y profundamente, sin alharacas de cara a la galería.

Dedicó y consagró horas al sacramento de la reconciliación y fue prudente y apreciado Director de espíritus.

Hombre sencillo, muy austero, nunca quería nada. Decía que no lo necesitaba.

Apóstol propagandista de la devoción a María Auxiliadora, especialmente en el barrio de Los Pizarrales, donde era tan conocido. Mientras el cáncer generalizado le consumía, él buscaba hacia arriba a alguien que le estaba esperando.

El hombre, el sacerdote, el Consiliario, el moribundo están retratados en esta homilía, oración fúnebre, panegírico. Seguramente es el elogio más público y más cumplido que se le dedicó en sus setenta y cinco años de vida.

La enfermedad se le presentó de repente a él, que siempre había estado tan sano y entero. Nunca le conocimos enfermo, como nunca le vimos desbordante de alegría o entusiasmo. Tan sano y tan comedido era.

Parece que la única enfermedad que le podía doblegar era el cáncer, que entra de una manera larvada y progresa con rapidez incontenible.

«Se muere como se ha vivido», decía su Director en la despedida.

Sencillo, silencioso, sufrido, deseoso de ahorrar molestias y de hacer el bien a todos.

Estaba a punto de celebrar los cincuenta años de profesión perpetua.

Que su muerte suscite vocaciones para la Congregación y haga que otros celebren las Bodas de Oro que él no llegó a celebrar.

«El cuerpo tiende al reposo,
el alma tiende a lo eterno».

Así escribió su paisana poetisa, inhibida y con más vida interior que manifestación externa, como le pasaba a él.

Sólo unas frases expresivas, anhelantes jalonaron su larga y plácida agonía:

—«¡María Auxiliadora, ayudame!...»

—«¿Cuándo pondrá Dios las cosas en su sitio...?», una exclamación que profirió en el sopor de la agonía y que no llegó a explicar.

En Allariz, su patria chica, se venera una Virgen antigua y devota. La llaman la «Virxen abrideira», porque en su interior tiene grabadas escenas y figuras de la vida mariana y de la infancia de Jesús.

¿Pensaría en Ella Don Celso cuando mandaba un beso muy grande para la Virgen?

María Auxiliadora, sería su Virgen abrideira, le reservaría muchos secretos y deleites, recibiría su beso y correspondería con el suyo a los servicios de su tan incansable celador y capellán.

JOSE MOLINA GONZÁLEZ



Sacerdote.
Nació en Yecla (Murcia) el 18-VIII-1902.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-VII-1925.
Ordenación sacerdotal en Santander el 18-III-1934.
Falleció en Madrid el **18-IV-1959**.

Dicen que los hombres grises son los que no tienen sobresaltos. Ni los causan ni los sufren. Por lo que conocimos y sabemos de Don José Molina, podríamos afirmar que fue hombre tranquilo como para carecer de sobresaltos, lo cual no quiere decir que fuera hombre gris, al menos, en el sentido peyorativo de la palabra.

Le vimos por primera vez en el Paseo de Extremadura, a finales de octubre de 1931. Vino de Salamanca, del colegio de San Benito. Traía un grupito de alumnos de aquel colegio, que venían a comenzar el aspirantado. El obligado lote de vocaciones de aquel benemérito colegio que todos los años mandaba a la casa

de formación, aquel año fue más reducido, pero no falló tampoco esta vez, a pesar de ser mal año para vocaciones de seminaristas.

En el mes de mayo había ocurrido la quema de conventos, los seminarios se habían cerrado precipitadamente y tardaron varios meses en volver a la normalidad. El curso comenzaba con incertidumbre y con malos presagios.

Los muchachitos venían con aire un poco cortado, con pelo provinciano y de pueblo. Don José vestía de paisano, según aconsejaban las circunstancias. Se movía con torpeza y se encontraba nuevo y extraño a sí mismo en tal indumentaria. Al encontrarse con uno de los superiores, compañero suyo, le hizo esta pregunta en tono festivo y señalando su tipo:

—¿Me conoces, Joaquín?, por Don Joaquín González, Prefecto recién nombrado de la casa. Me conoces... como si se tratara de un disfrazado...

No hacía mucho que había cambiado de traje, no obstante, porque se trataba de una vocación tardía. A pesar de tener ya sus años, andaba aún con los estudios de la Teología a vueltas.

Había nacido en Yecla -provincia de Murcia, al NO- un pueblo más cercano a la Mancha de Albacete que al litoral. El temperamento de don José Molina participaba también de esa connotación.

En el mismo pueblo estudió el bachillerato y al terminarlo, se presentó a unas oposiciones para funcionario de telégrafos. Las ganó con el número uno, pero extrañamente cambió de carrera. Durante el tiempo que estuvo en Madrid preparando la oposición, se alojó en un colegio salesiano, el de Estrecho, y allí tomó la determinación que le hizo cambiar de vida. Cambió el alfabeto morse por el abecedario espiritual. En lugar de ir a desempeñar la colocación tan bien ganada, se encaminó al noviciado de Carabanchel Alto.

Profesa el día 25 de julio del año 1925 y hace el Trienio en Baracaldo y los votos perpetuos en Salamanca. La Filosofía se le daba por hecha con los estudios anteriores. Estudia la Teología entre Carabanchel y Santander y se ordena de sacerdote en Comillas, el día de San José de 1934. Precisamente en aquellas fechas se tramitaba la expulsión de la compañía de Jesús. La famosa sanción contra los religiosos del cuarto voto.

El año 1935 es destinado como Consejero a Baracaldo. En esa

casa y en ese cargo le sorprendió la guerra al año siguiente, la mañana del 21 de julio, al ser asaltado el Colegio por las turbas que retuvieron a los salesianos mientras hacían un registro minucioso por todo el Colegio. Al terminarlo fueron llevados todos los Salesianos al Ayuntamiento entre amenazas e insultos del populacho.

Allí se les declaró inocentes y se les dio libertad, pero sin poder volver al Colegio. Al verse en la calle tuvieron que dispersarse y buscar cobijo cada uno entre familias adictas. En situación tan precaria estuvieron, hasta que aconsejados por el mismo presidente Aguirre meses más tarde, salieron unos rumbo a Italia y otros a Francia.

Por la edad, Don José Molina no pudo salir al extranjero y quedó en Baracaldo entre familias que le protegieron incondicionalmente.

Distintas organizaciones militares se incautaron del Colegio durante el domingo rojo, dejando totalmente destrozadas todas sus instalaciones.

Por fin, al año casi exacto del comienzo de la contienda, la ciudad de Baracaldo fue liberada el 22 de julio de 1937.

Inmediatamente volvieron los salesianos a hacerse cargo del Colegio. Don José Molina fue el primero en poner los pies en él. A los pocos días regresó de Italia el Director, Don Joaquín Urgellés, y toda la Comunidad no se dio al descanso hasta que el Colegio estuvo a punto para recomenzar el curso en el mes de octubre. Don José Molina fue nombrado de nuevo Consejero, cargo que desempeñó los cursos siguientes hasta 1941.

Este año aparece en Deusto como confesor. La casa llevaba dos años abierta y aunque todavía no estaba terminada, llevaba camino de convertirse en la gran escuela profesional, el Centro ambicioso y capaz que veríamos levantarse después en la ribera de la Ría, como un fuerte más, bien trazado, espacioso y macizo entre los otros fuertes históricos del Pagasarri y el Banderas.

Trece años pasó don José entre aquellos jóvenes fornidos artesanos, dando clase, asistiendo y repartiendo absoluciones. Eran muchachos serios, fuertes, dóciles y piadosos. El trabajo con ellos se hacía grato y gratificante. No se daban al primer encuentro, pero acababan entregándose y haciéndose querer.

Buen testimonio podrían dar de ello un don José Puertas, Don Marcelino Talavera, Don Rufino Encinas y tantos otros artífices

de aquel baluarte de la Formación Profesional y de la Educación Salesiana.

Después de trece años de estancia en Deusto, pasó a ejercer el mismo cargo y la misma misión al colegio de San Fernando.

Hacía seis años que se habían hecho cargo de él los salesianos, habían remontado ya las dificultades del principio y la Obra estaba en plena marcha triunfal, dicho sin triunfalismos. Para Don Alejandro, que se encontraba ya al final de su sexenio de director, seguía siendo la confesión el motor secreto y seguro de la buena andadura del colegio. Tener atendidas las confesiones era su obsesión. La educación salesiana y la suya lo era al máximo, se cimenta sobre los sacramentos. No sabemos si Don José Molina fue destinado sencillamente por la Obediencia o seleccionado hábilmente por Don Alejandro. El caso es que encajó muy bien en la plantilla de aquel año y de los sucesivos, porque ya no volvió a salir de San Fernando.

Los chicos eran distintos, y no más fáciles que los de Deusto. Procedían bastantes de ellos de un ambiente menos limpio y arrastraban la tara de su origen. Don José, con el oficio de confesor ya bien aprendido y con la misma táctica que había usado en Deusto, se ganó la voluntad de todos los alumnos, incluso de los más reacios. Daba también sus clases, porque tenía edad y preparación para ello; pero su actividad privilegiada eran las confesiones. No hablamos por cuenta propia si decimos que «parecía tener un imán para atraerse a los muchachos». «Su confesionario estaba siempre concurridísimo», dice Don José Arce en la carta mortuoria. Algunos salesianos humoristas le preguntaban si les daba los clásicos «libricos» de Yecla, que son una de las especialidades de aquel pueblo murciano. En realidad, no daba ninguna clase de confituras. Era su manera de ser y de hacer el ministerio de la penitencia. Manejaba el secreto de las tres funciones del confesor: juez, médico y amigo del penitente. Alguna vez acudió a los superiores con alguna propuesta para hacer más fácil, familiar y cómoda la postura de los penitentes. La iniciativa no le fue admitida, porque parecía una innovación arbitraria y peregrina; pero la pastoral penitencial, al cabo de los años, ha venido a darle la razón, tratando de facilitar también la otra faceta del confesor:

la de maestro, cuando se quiere que sea tal. Ningún magisterio se ejerce en la rigurosa penumbra, en una postura incómoda y en tono expeditivo.

Don Bosco usaba confesando el estilo y el lenguaje de Don Cafasso. Encontraba las palabras y razones que hacían mella en la sensibilidad de los jóvenes. «¿Os parece bien que reservemos para nosotros los años floridos y dejemos para Dios los años de la vejez, cuando la flor ha perdido ya el color, el perfume y los pétalos están a punto de desprenderse...?».

«La juventud es una edad peligrosa. Las pasiones están en todo su vigor y no existe el temor de la muerte, que se ve todavía muy lejana...»

¿Quién era el que razonaba así: Don Cafasso, Don Bosco o cualquier confesor con mediana experiencia? Don José Molina la tenía bien aprendida al cabo de veintiocho años de estar día a día confesando a jóvenes.

A principios del año 1959 Don José no era todavía viejo; pero estaba muy trabajado por ciertos achaques. El día de la fiesta de San Juan Bosco, celebra su última misa. Al día siguiente se sentía tan agotado, que no tenía fuerzas para celebrar. Una hernia crónica, muy desarrollada, le produjo una fuerte hemorragia. El médico aconsejó que le internaran. Los cirujanos no se atrevieron a operarle con la urgencia que el caso requería. Convinieron en que tenía que haber sufrido mucho. Por descuido, por indecisión o por aguante paciente, había llegado a un estado lamentable.

Los sufrimientos y la inmovilidad le resultaban penosos. «Lo ofrecía todo por los muchachos de San Fernando», dice la carta. Hasta ahí llegaba su celo de confesor y su solidaridad con los penitentes.

El día 19 de Marzo celebró las Bodas de Plata Sacerdotales, postrado en la Clínica de la Milagrosa. Un grupo de alumnos le visitó y le dedicó una velada-homenaje bien doliente. Le agradecían sus trabajos y pedían por su pronto restablecimiento y regreso a San Fernando para reanudar sus absoluciones. Los antiguos alumnos le visitaban en sus ratos libres. «Echamos de menos sus clases, con ese tipo alegre y gracioso», le decían por todo elogio de añoranza. No sabemos lo que querían decir con

lo de «tipo alegre y gracioso». La verdad es que ni el tipo era gracioso ni el humor era alegre, pero a ellos les parecía así... Llevaba ya dos meses y medio largos internado.

Por fin, los médicos se decidieron a operarle el día 18 de abril. Le están acompañando Don José Arce y Don Luis Szennik, el director y el enfermero. Por la tarde, después de haberse confesado, entra en el quirófano, con la confianza de todos de que saldrá restablecido. No fue así. La operación resulta más complicada de lo previsto. El corazón comienza a fallarle. Los médicos durante tres horas hacen esfuerzos desesperados para salvarle del colapso. Sobre la misma mesa de operaciones recibe la Extrema Unción. A las ocho y media del día siguiente, tras recobrar por un breve espacio el conocimiento, muere serenamente en el Señor. Una vez más, se acordó de sus penitentes y sus últimas palabras fueron para ofrecer el sacrificio de su vida por los alumnos de San Fernando. «Su cuerpo entregó a Dios, a los hombres el alma», rezaba el epitafio del maestro laico. En el epitafio de Don José habría que trocar los términos. Era lo obligado. El alma sólo es de Dios y a El la entregaba en aquel amanecer de abril; el cuerpo, con todas sus fuerzas y sentidos, lo había entregado a los hombres, a los hombres en potencia que él se había esforzado en preparar para llegar a hacerlos hombres de bien.

Fue enterrado al día siguiente, en el cementerio de Fuencaerral, pequeño, recogido y en alto. Estaban presentes sus hermanos, en representación de su madre, doña Leonor, anciana e imposibilitada; don Jesús Marcellán, en representación del Inspector; los diputados provinciales de representación de la Diputación. Todos estaban en representación de alguien. Los únicos que estaban en representación propia y bien personal, era los salesianos y los alumnos del colegio de San Fernando. Con todo su fervor y con todo su dolor estaban lamentando la ausencia irremediable del que había sido a lo largo de quince años su confesor siempre dispuesto, su juez benigno, su maestro llano y su amigo entrañable. Les había entregado el cuerpo y ellos, en correspondencia, le habían entregado el alma.

En una pedagogía que se precia de sacramental, ése es el cambio que se efectúa en el obrador reducido, activísimo y misterioso del confesionario.

FRANCISCO GONZÁLEZ BELLVER



Sacerdote.
Nació en Onteniente (Valencia) el 8-XI-1899.
Profesó en Carabanchel Alto el 25-VII-1918.
Ordenación Sacerdotal en Málaga el 2-VI-1928.
Falleció en Madrid el **23-IV-1987**.

Si Don Paquito, tan propenso a divagar, hubiera tenido que hacerse este apunte, lo enfocaría en tono sentimental y de fantasía, no digo de altos vuelos, sino de vuelo medio. Deslizaría también consideraciones de interioridad y sabor místico.

«Ante todo, a mí se me ha conocido siempre como «Paquito», un diminutivo que me ha acompañado hasta los 87 años. Algunos me distinguían con tal apelativo cariñoso, otros dejaban traslucir en tal denominación, condición de hombre para poco y en perpetua infancia.

Nací en las postrimerías del siglo pasado, el 8 de noviembre de

1899. Esa circunstancia me pudo marcar y hacerme inclinado a la melancolía. Tengo algo de poeta, al menos la facilidad para lo impresionable y la indecisión. De los poetas se dice que son más aficionados a los ocasos que a los amaneceres, entre otras razones, porque son poco madrugadores y no suelen ver nacer el sol.

Mis padres se llamaban Francisco y Dolores, un modesto empleado y una mujer de sus quehaceres. De uno heredé el nombre y de otra los dolores que me han aquejado siempre, aunque la gente no se lo haya creído y me hayan tenido muchas veces por vividor a mi manera.

Tuve la suerte de nacer en Onteniente, nombre sonoro y pronunciable, que he repetido muchas veces, si no con orgullo, porque ésa es una pasión ajena a mí, con satisfacción. Es un pueblo muy al sur de Valencia, lindante con Albacete y Alicante, que casi lo atenazan y lo quieren devorar como a una fruta de la tierra. Es grande, explayado y luminoso; es rico de manufacturas e industrias de la tela, del papel y del vidrio, materias todas maleables y hechas para el colorido. Tiene al lado el río Clariano y enfrente las sierras de Mariola y Grossa. Un escritor, precisamente valenciano, dijo: «Feliz el pueblo que tiene una montaña al lado; desde ella puede contemplarse a sí mismo».

Me crié frágil, debilucho y ahilado. Para colmo, perdí demasiado pronto a mis padres y se hicieron cargo de mí dos tías, que me trataron con compasión y con mimo. Me llevaron al aspirantado de Campello y me confiaron al director, don Alejandro Battaini. Le encarecieron mucho mi condición delicada y le encargaron que no ahorrara cuidados, incluso, algún extraordinario, si era del caso, en el trato. Parece que todos tomaron en cuenta la recomendación y me hicieron objeto de un favor que me distinguía y me abrumaba.

Terminado el aspirantado, pasé a Carabanchel, para hacer el noviciado y la filosofía. Eran superiores Don Marcelino Olaechea, Don Juan Vila, Don José Saburido y el buenísimo y terrible Don León Cartosio. Mi maestro de novicios fue el Padre Balzarro. Tuve por compañeros a Felipe Díez, Francisco González, coadjutor, Germán Martín, Luis Montserrat y otros, hasta 31 que

formábamos el noviciado. A pesar de que yo era el menos robusto, a todos esos compañeros los he sobrevivido en varios años. En mí se ha hecho verdadero el proverbio: «Hombre enfermo, hombre eterno».

Profesé el día de Santiago de 1918, el año, por cierto, de la peste. Continué en Carabanchel haciendo los estudios de Filosofía. No obtuve grandes éxitos, porque mi capacidad no llegaba a tanto. Eso no fue obstáculo para que me sintiera animado y tomase muy en cuenta la afirmación que me hizo el santo Don Binelli al profesar: «¡Animo, Paquito, me dijo apretándome la mano, tú y yo juntos haremos grandes cosas...» Dios le haya oído.

Hice el trienio completo en Atocha y a Atocha había de volver, después de estudiar la Teología en Italia y Carabanchel y cantar la Primera Misa en junio de 1928. Atocha fue la casa de mi primer destino, de mis años de Consejero y Catequista y de mis mejores tiempos. Por eso se puede decir que nunca he salido de Atocha, aunque haya pasado por otras casas en destinos sucesivos: Guadalajara, Arévalo, el Paseo de Extremadura. Mi corazón se quedó en Atocha.

Allí fundé el «Pequeño Clero», mi obra más imperecedera, di realce a las fiestas de María Auxiliadora, tan espectaculares, dominé a aquella tropa de muchachos encantadores, al reclamo de mi campanilla de Consejero; montamos obras de teatro que cautivaban la atención, en las que yo interpretaba los primeros papeles...».

Y tantas cosas más, que evocaría don Paquito repasando sus memorias y sus andanzas...

Es cierto, Atocha se le quedó como el mejor recuerdo. Cuando pronunciaba el nombre, lo saboreaba, lo pronunciaba con un énfasis de emoción y de comicidad: ¡Atocha, Atocha!...

En los últimos años los antiguos Alumnos le regalaron una campanilla, copia de la de sus años de consejero. Don Paquito la guardaba, la exhibía y la empleaba para llamar a los que le atendían en la enfermedad.

Recordaba la famosa «ronquilla» de Santa Teresa. Sólo que ésta era más sonora y más vistosa que la de la Santa.

Lo que don Paquito hizo, se resume fácilmente, a decir ver-

dad. Lo que fue y lo que pasó, ya es otro cantar, por cierto, no tan festivo como puede sonarles a bastantes la figura de nuestro hombre. Su nombre casi los mueve a sonrisa. ¡Don Paquito, dicen y piensan sólo en sus discursos de sobremesa y en el ceremonial del clero de juguete...

Arropado con la capa gruesa, ampulosa y rozagante, tocado con el bonete español de cuatro puntas, parecía el pontífice de aquel conjunto infantil y vistoso. Por cierto, todo el ropaje se adquirió con la venta de un stradivarius que regalaron a la casa. Fue una inversión afortunada.

En cuanto a sus discursos de sobremesa, eran el número obligado de los banquetes de fiesta. Los comensales lo esperaban, lo jaleaban y lo aplaudían con regocijo. Era como la traca del festín. Don Paquito se lo había preparado por escrito, se hacía de rogar para dar visos de espontaneidad y al fin se arrancaba con su pieza oratoria típica, inconfundible. Nunca faltaban los términos de levantino, fallero, barroco; acompañaba la palabra con el gesto, la voz y la mímica y él mismo terminaba cerrando el párrafo con una sonrisa estudiada, mostrando las piezas de oro de su dentadura y agradeciendo los parabienes de los oyentes... Lo que no sabían éstos era el esfuerzo que le había costado la arenga, lo nervioso que había estado durante la comida hasta despachar la intervención.

Entre los nervios, la flaquez de corazón y la bronquitis, cualquier trabajo le suponía esfuerzo y trasudores.

Decir una misa ordinaria a los filósofos era para él una prueba irremontable.

-No se dan cuenta, no me comprenden -decía todo apurado-. Tendré que pedir cambio...

En un panegírico de la Inmaculada, estuvo a punto de bajarse de la tarima del presbiterio, alegando que el corazón no le respondía.

Pausas, silencios, recursos teatrales que empleaba, le servían un poco para llamar la atención y otro poco para mantener la inspiración.

Su calendario litúrgico era muy simple: las jornaditas y los

nacimientos por Navidad, los monumentos y las procesiones de la Semana Santa y la visita a los cementerios por los Santos. Era su itinerario litúrgico.

Coleccionaba los christmas y postales de Navidad, los pedía a sus amistades y los exhibía con satisfacción.

Don Jesús Marcellán, que era uno de sus íntimos, le decía ante aquella afición piadosa e infantil:

-Paquito, no sé si admirarte o reírme de ti...

Los últimos años de su vida fueron bien pasados por el sufrimiento.

Necesitaron la virtud y el temple de que dio pruebas.

Una operación desafortunada le dejó una secuela de verdadera tortura.

Tuvo que aguantar el dolor y la necesidad de la ayuda ajena para los menesteres más humildes. Otra operación de próstata le supuso las molestias y los dolores consiguientes.

Fue un alivio para él y para la casa poderle trasladar a una clínica, después de años de enfermedad y ponerle bajo los cuidados y la solicitud de unas «monjitas», como él anhelaba.

La juventud y la madurez de don Paco fueron mermadas; su ancianidad fue dolorosa.

La llevó con edificante resignación, «sin un poso de rebeldía, de amargura, de queja o de maledicencia». Nunca habían tenido acogida en él esas malicias, pero el crisol de la enfermedad le dejó más bondadoso y espiritualmente dispuesto.

-«Señor, ten piedad de mí -escribe en el diario de su intimidad-. He hecho de mi vida un continuo Viernes Santo. Aquí llego rendido con mi cruz...».

Acostumbrados a tomarle a broma las cosas que decía y que hacía, a lo mejor esto también nos parece artificioso. Lo mismo que aquel otro excorde:

-«Tengo el consuelo de ir envejeciendo paulatinamente acosado por los años, al mismo tiempo que canto el magnificat de la caridad...»

Para la crítica y el humor escéptico, tales testimonios podrían tener tono de literatura religiosa y sentimental; lo que está fuera

de duda en Don Paco, es que fue humilde, nada pagado de sí mismo, que calló y sufrió más de lo que parecía y no hizo daño a nadie; aguantaba las bromas que todos se sentían con derecho a gastarle, respetuoso y agradecido a los que le tuvieron como subdito y de una delicadeza exquisita en materia de moralidad.

Respecto a esto último, tenía su reparo en que anuncios, textos o fotografías de la prensa de entonces, de los años cincuenta, pudieran ofrecer algún peligro para los alumnos ya mayores.

No se quedaba del todo tranquilo cuando se le replicaba:

—«Don Paquito, la prensa que entra aquí es aséptica. La dosis de inconveniencia que pueda tener, no es mayor que la dosis de veneno que pueden tener las acelgas y las hortalizas que comemos». No sé si le convencía la comparación. ¿Qué habría dicho de la descocada «explosión gráfica» de ahora?

La carta mortuoria de Don Paquito, que es un canto y una sutura de aplicaciones elogiosas, aduce una cita que parece oportuna para cerrar este apunte. No sé si el pudor de Don Paquito la reconocería. Es de Dostoieski:

«Sé que las personas pueden ser hermosas y felices conservando la bondad mientras viven». Eso es lo que hizo Don Paco, que esté en gloria.

JOSE LUIS DEL AMO PRIETO



Sacerdote.
Nació en Bilbao el 28-VI-1936.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1954.
Ordenación Sacerdotal en Salamanca el 14-IV-1963.
Falleció en Blanes (Gerona) el **29-IV-1990**.

José Luis tuvo un nacimiento y una muerte ectópicos, fuera de su sitio natural. Nació donde no iba a vivir y murió donde no había vivido. Era castellano, pero nació en Bilbao y murió en Blanes (Girona). Nadie, ni él mismo, le consideraba vasco por el hecho de haber nacido en la capital vizcaína. «No donde naces, sino donde creces y te haces».

Ni siquiera deportiva y futbolísticamente tenía filiación vascongada. A pesar de sus reservas, eran conocidas sus aficiones barcelonistas.

Nació en Bilbao, el 28 de junio de 1936, veinte días antes de

estallar la guerra civil. Mal comienzo para una vida que estaba llamada a malograrse.

Apenas terminada la guerra en el Norte, la familia de José Luis desanduvo el camino, cambió los montes verdes por la llanura amarilla y se aposentó en Santoyo, un pueblo palentino entre Astudillo y Frómista, pueblo pequeño, con una iglesia grande, renacentista y situado en una llanura inmensa.

Allí había nacido años antes Don Francisco Maté y no lejos de allí Don Félix Azpeleta, pariente de José Luis. Una vocación llama a otra, sobre todo si es tierra fértil en ellas, como lo fue esta porción de la Tierra de Campos.

Cuando estaba en la edad de estudiar, José Luis fue a Astudillo, primero como estudiante, luego como aspirante. Fue una vocación que se definió pronto y claramente. Terminó el Aspirantado en Arévalo y de allí fue a hacer el Noviciado a Mohernando, el año 1954. Después de hacer su primera profesión, sin retrasos ni vacilaciones, fue a hacer la Filosofía a Guadalajara. La hizo con toda regularidad y aprovechamiento. Fue un trienio de maduración humana y religiosa. Era inteligente, serio y responsable, en cuanto se puede serlo a esa edad. Ayudaba en los trabajos de Prefectura, como una predestinación a los cargos que le iban a ocupar por más tiempo: la prefectura y la gerencia de las librerías.

Hizo el Trienio en el Paseo de Extremadura, casa de estudios y para estudiosos, con la misma trayectoria de normalidad y sin problemas.

Estudió la Teología entre Carabanchel y Salamanca, en el cabo final e inicial de estas casas como teologados, y se ordenó de sacerdote el 14 de abril de 1963. Todavía prolongó los estudios de Teología y se licenció en esta materia en Turín -La Crocetta-, si bien esta licenciatura le iba a servir para bien poco. A lo mejor el Inspector pensó en él como reserva de personal cualificado para años posteriores, que no llegaron. Limitaciones y complicaciones de salud, cambiaron su carácter y trazaron su destino por otros derroteros que los de la sagrada disciplina.

Vinieron sus primeras encomiendas como Prefecto: de Atocha, del Teologado y del colegio de María Auxiliadora. Todas fue-

ron eventuales y de recambio. No era ya el José Luis de los años juveniles de Guadalajara y el Paseo de Extremadura: afable, despierto, comunicativo y sencillo. Parecía que había desaparecido el muchacho llano de Castilla por el hombre retraído y poco expresivo del Norte. Es curioso cómo cambia el temple el «factor salud». «Cuando el cuerpo está enfermo, todo el hombre lo está», por más que la fuerza de la voluntad alcance a salvar las formas externas.

Como Prefecto, José Luis era más «tenedor de libros» que imaginador de proyectos o prodigador de larguezas. Aquello de «aunque seas pobre, sé generoso como un rey» no iba con él, como con algunos otros prefectos o administradores de estricta profesionalidad y observancia. El administrador tiene que ser hacendoso, no generoso, dicen. Conjugar las dos cualidades se queda para administradores mágicos y para administrados santos.

Cuando José Luis, ya Gerente nombrado de las tres librerías de la Inspectoría, atravesaba los patios de Carabanchel camino del almacén de los libros, con la cartera de alto administrativo bajo el brazo, con aire adusto pero aplomado, y gesto preocupado, sin saludar a nadie de los que encontraba, iba dando muestras de que hondos cuidados le acuciaban. Algunos zumbones le señalaban sin más comentario: «Allá va el Sr. Gerente...». No es que se diera empaque de hombre de negocios; el cargo le absorbía, le impedía usar de buen humor y ser todo lo afable que se quisiera ver en un cargo público.

Cuando después de ocho años de regentar librerías los libros se habían convertido en un artículo de negocio pesado y no en un vehículo de cultura, un negocio con riesgo y sin demasiada comprensión y facilidades de la clientela, se le relevó del cargo, lo recibió con naturalidad y nobleza religiosas bien ejemplares, por más que el cambio le supusiera volver a los inconvenientes de la vida normal: clases, asistencia, disciplina ordinaria y regularidad.

Él no dijo como el encopetado profesor cuando le redujeron de categoría: «Aquila non capit muscas», el águila no caza moscas. Se avino y obedeció no sólo con humildad, sino con alegría, como si le hubieran aliviado de un peso que le agobiaba. Don

Aureliano Laguna dice que comprobó en él un fondo de espiritualidad que no aparentaba. Y José María Méndez, en la carta mortuoria, insinúa una comparación muy acertada. Le compara a las construcciones de Santoyo y de tantos otros pueblos de la llanura: grandes casas de adobe, de poco lucimiento por fuera, pero de gran aptitud para guardar la temperatura y la intimidad por dentro.

El nuevo cargo de Director de la Básica de Atocha, según sus parientes, le hacía mostrarse, más que contento, orgulloso. Bien se puede creer. Le permitía trabajar, tratar con los jóvenes en una edad en que son maleables y receptivos a la acción del tutor comprensivo y sapiente, y hacer el bien a la manera salesiana.

Una prueba de que se encontraba a gusto fue que aceptase acompañar y dirigir a los alumnos de 8.º en su viaje de final de estudios.

No era un acontecimiento excesivamente celebrable, final de los estudios de Básica, pero lo entendieron así y lo organizaron con todo detalle.

Salieron de Madrid el 25 de abril, un buen día, 47 alumnos, dos profesores y Don José Luis. Cincuenta viajeros felices se pusieron en marcha hacia el NO de la Península. La primavera bullía en el clima, en el paisaje y en la sangre y la euforia de los expedicionarios despreocupados. Pasaron Zaragoza, saludaron a la Virgen del Pilar y llegaron hasta los Pirineos. Conocieron Andorra, la meta de los turistas de corto circuito, y disfrutaron de su turismo e hicieron acopio de «baratijas» a su alcance. De regreso, hicieron escala en el Bajo Ampurdán y acamparon en Blanes, la población pintoresca, industrial y fronteriza entre las provincias de Girona y Barcelona.

Domingo tercero de Pascua, con el aliento cercano de Mayo y unos días de puente por delante, todavía largo y disfrutable. El blanco de las fachadas de Blanes y el azul cobalto del mar brillaban como bruñidos y se filtraban en las almas de los adolescentes viajeros.

Se levantaron y se trasladaron bulliciosos a la parroquia del pueblo, Santa María, que está en lo alto, como una atalaya, entre

el poblado y el mar. Era el día de la beatificación de Don Rinaldi, el salesiano bondadoso y de paternidad desbordante. En sus idas y venidas de Inspector había recorrido aquellos esteros entre Barcelona y Girona. Aquel día se desmentía a sí mismo y a la recomendación que hacía a sus salesianos: «Sed santos, pero no de altar, porque resultan muy caros...»

Todos los expedicionarios escalaban la cuesta alegres y deprisa. Don José Luis también iba contento, pero no tan deprisa. Su corazón no le permitía demasiadas alegrías. Hacía tiempo que lo tenía roto. Hubiera tenido que someterse a una operación delicada, pero otra dolencia, la diabetes, se lo impedía. Nos explicamos aquel andar jadeante, el sudor copioso que le bañaba la frente ancha, las mandíbulas entreabiertas y el respirar fatigoso que tenía a veces. No era sólo la obesidad que le pesaba; era la enfermedad que le aquejaba y que aquella mañana le hacía ir a la zaga de la expedición. Remontó la cuesta y llegó hasta la puerta de la iglesia, que estaba abierta y dejando ver al fondo el retablo y el sagrario brillante. Fue lo último que percibieron sus ojos. Su corazón maltrecho se paró y él cayó desplomado, «como cuerpo muerto cae».

Le rodearon asustados los muchachos que se le habían adelantado, los dos profesores, Ramón y Andrés, y el párroco, que acudió a darle la absolución.

En el bolsillo tenía el guión de la homilía que pensaba pronunciar.

Comentaba los motivos del día: la Resurrección del Señor, el paseo de atardecer de los discípulos de Emaús y la glorificación de Don Rinaldi, que murió también del corazón y de repente. «Cuando os queráis dar cuenta -había dicho- me encontraréis sin vida».

Las vidas son distintas, irrepetibles, pero las muertes pueden ser parecidas.

José Luis también había anunciado su muerte. «Moriré joven», había dicho más de una vez; pero no había previsto las circunstancias, después de todo, lisonjeras, hasta envidiables: en pleno acto de servicio a sus educandos, un domingo con fulgores de

Pascua, a la puerta de una iglesia y en el momento de empezar la Eucaristía y comentar la palabra.

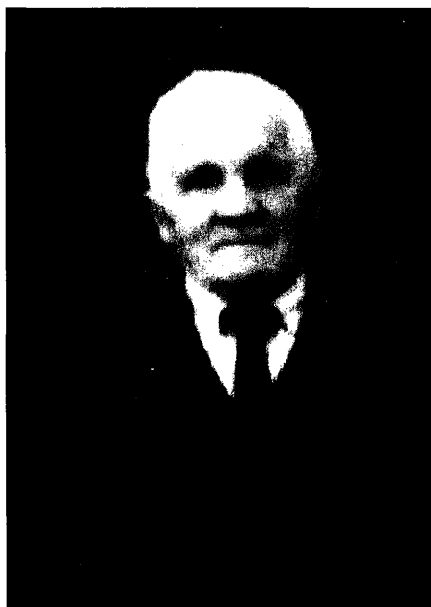
«Subiré al altar de Dios», había dicho muchas veces en el acto penitencial de antes. «Para quedarme en él», podía haber añadido...

Hace poco más de un año que recibimos la carta mortuoria de José Luis; todavía no nos hemos recobrado de la impresión que nos causó a todos. Interpretándola eucarísticamente y de una manera fácilmente mística, diríamos que Don Rinaldi le llevó para asociarle a su gloria, si no como santo, como sacerdote y como salesiano que trató de seguir sus huellas.

Fue una muerte prematura, impensada y muy triste, pero aureolada de circunstancias esperanzadoras y estimulantes.

«Un bell morir tutta la vita onora», dijo el poeta. Y dicho quedó para siempre y para los que mueren como José Luis...

IGNACIO URTASUN IROZ



Coadjutor.
Nació en Lecumberri (Navarra) el 4-VII-1875.
Profesó en Sant Vicens dels Horts (Barcelona)
el 23-VIII-1897.
Falleció en Madrid el **30-IV-1968**.

Si el Sr. Ignacio hiciera su retrato al modo de Machado, comenzaría diciendo: Mi infancia y mi adolescencia son recuerdos de un pueblo de Navarra, abierto al valle de Larraun y a la Sierra de Aralar, tan poblada de robles y de hayas como de recuerdos de vieja historia y de leyendas. Mis padres fueron Francisco y Leandra. Me legaron nombre y apellidos netamente vascos, una salud a toda prueba y un alma valiente y sana. Nací, para confirmación de mi navarrería, en vísperas de San Fermín, y fui bautizado dos días después, el día 6 de julio, a los acordes del bullicioso «riau, riau».

A los 18 años entré como aspirante en Sarria. Empecé como aprendiz de carpintero e hice el noviciado y profesé en 1897. La profesión perpetua la hice en Sant Vicens dels Horts, sólo dos años después.

Me libré del servicio militar, por bajo de estatura -lo único que no responde a mi origen norteño- y con ese simple bagaje comencé mi andadura salesiana, que ha durado setenta y un años.

El primer destino de su vida práctica fue Valencia, como iniciador del taller de carpintería. El arte de la madera, además de ser de los más primitivos, es propio de los hombres de bien.

Con intervalos poco duraderos, fue pasando por las casas de Girona, Mataró -aquí dio de mano a la garlopa y al escoplo- y se hizo de varios oficios: portero, recadero, sacristán. Volvió de nuevo a Valencia como encargado del taller de carpintería y después de un año pasó a Sarria, la academia general de los profesionales salesianos. Allí encontró al maestro de carpintería y de vida religiosa, Don José Recaséns, con el que había de compartir pan, techo y banco durante muchos años, tantos como duró la admiración y la adhesión hacia él. No fueron rivales a pesar de ser del mismo oficio y «astillas del mismo palo».

Los dos vinieron a Madrid el año 1918. Don José Recaséns no salió más de esa casa hasta su muerte; el Sr. Urtasun, menos adscrito al oficio, todavía saltó a distintas casas y con otras encomiendas. Estaba menos profesionalizado y era más flexible y disponible.

La guerra, que es siempre una etapa clave en la vida de muchos salesianos, le sorprendió en Atocha, bien ajeno a toda política y embargado en su taller y su Oratorio Festivo. Ya se había significado en esta actividad como animador y especialista.

El día 19 de julio, domingo, el horario de la casa seguía su funcionamiento acostumbrado. El curso había terminado ya y los internos se habían marchado, pero seguían las otras actividades estables: la iglesia, el Centro de AA.AA., el Oratorio, si bien aquel día notablemente alterados en cuanto a la concurrencia. No fue un oratorio muy festivo el de aquel domingo aciago. Los milicianos, armados el día anterior por orden de la autoridad, se

hacían dueños de la calle y de todos los centros concurridos. Iban en pelotones, enfurecidos y respirando amenazas y destrucción. Irrumpieron en el colegio de Atocha al atardecer. Los salesianos se dispersaron o se escondieron cada uno por su lado. Algunos salieron por el portón del patio. Unas vecindonas de la calle Antonio Armona observaban el desconcierto y gritaban a los milicianos alertándolos. ¡Que se os escapan los frailes...!, y los milicianos, intrigados, buscaban con más ahínco y nerviosismo. Fueron unos momentos de pánico: disparos, voces, carreras, golpes, portazos... Entre los que no lograron escapar estaba el Sr. Urtasun. Los milicianos los reunieron y los pusieron contra la pared, manos en alto. Unos los guardaban con los fusiles encañonados y otros continuaban el recorrido por la casa, todo empeñados en encontrar las armas que no había. La espera se prolongaba y los brazos se cansaban de tenerlos tensos y en alto. Los milicianos increpaban bruscamente:

«¡Hemos dicho que los brazos en alto...!» Y los amenazaban, apuntándolos... Tarde de pesadilla aquella para los salesianos de Atocha, como para los de Estrecho, los del Paseo de Extremadura y tantos otros centros y personas bajo el primer fragor de una revolución literalmente a sangre y fuego...

Como decía Don Felipe en Mohernando, tras uno de los primeros sustos:

-No hemos hecho más que empezar...

Así era. Los salesianos de Atocha se dispersaron, se buscó cada cual el cobijo que pudo y se aprestaron a correr cada uno su suerte.

El Sr. Urtasun no fue el que la tuvo peor. Amparado en su aspecto de pequeño hombre indefenso, con un grupo de muchachos que no eran de Madrid, logró huir a Barcelona y después a Francia. Lo curioso y lo cómico era desenvolverse allí, sin medios y con ningún conocimiento de la lengua; pero ya eso es otra historia o relato de otro cariz. Él se encargaba de amenizarlo con sus comentarios y su sal de comicidad.

Cuando las aguas se serenaron y el colegio de Atocha, de checa fatídica, volvió a ser las risueñas «Escuelas Salesianas», el Sr.

actos fue completo: Misa solemne, sesión académica y luego banquete con sobremesa y peregrinación al Cerro de los Ángeles. En la fotografía aparecen sonrientes Don Tomás Baraut, Don Alejandro y Don Maxi. Escuchan y sonríen.

—¿Qué les estará diciendo el Sr. Urtasun? ¿Alguna de sus ingeniosidades? ¿Alguna de sus innumerables anécdotas o alguna picardía?

En la fotografía de la sobremesa se ve al Sr. Quilez de pie, con su cabeza ya casi calva y su pelo en persiana bien terciada. Parece estar cantando la inevitable y repetidísima jota: «Allá va la despedida».

Preside el comedor un retrato del festejado con su bigotillo y su chapela ladeada. Los comensales, de todas las edades, se sienten festejados en el homenajeado, un salesiano del común, sin ninguna especialidad técnica... Por la tarde, en corporación, se trasladaron al Cerro de los Ángeles, el centro geográfico de España, el corazón de toda la Península.

Allí, a los pies del monumento reconstruido, se dio lectura al texto de la consagración del Coadjutor Salesiano. El texto es encendido, vibrante, caldeado por la tarde calurosa de julio y por un fervor general.

Se trasluce la voz y el ardimiento de Don Santiago Ibáñez, que era el Director de Atocha. Fue una jornada memorable. Hacía un mes que había terminado el Capítulo General **XIX**, el de la exaltación del Coadjutor.

El homenaje, además de merecido, era oportunísimo y de alcance institucional, que se diría ahora.

El Sr. Urtasun no podía soñar un reconocimiento más cumplido a sus años, a sus trabajos y a sus méritos.

Después de aquello, no le quedaba más que entonar su «nunc dimittis». Ya puedes dejar a tu siervo morir en paz...

Todavía vivió dos años más. Ya antes había tenido algún amigo serio.

Don Alejandro Vicente, muy solícito, se había alarmado y había mandado darle el viático. Él se resistió. Se incorporó y le dijo al celebrante:

-La comunión, sí; pero el viático, no. Todavía no estoy tan grave.

Cuando se presentó en comunidad, ya repuesto y entre la buena acogida de todos, les dijo con gracia:

-Todavía no había llegado mi hora...

No tardó mucho en llegar, por desgracia. Esta vez era de verdad. La muerte nunca falta a la cita, hasta cuando parece que no va a llegar.

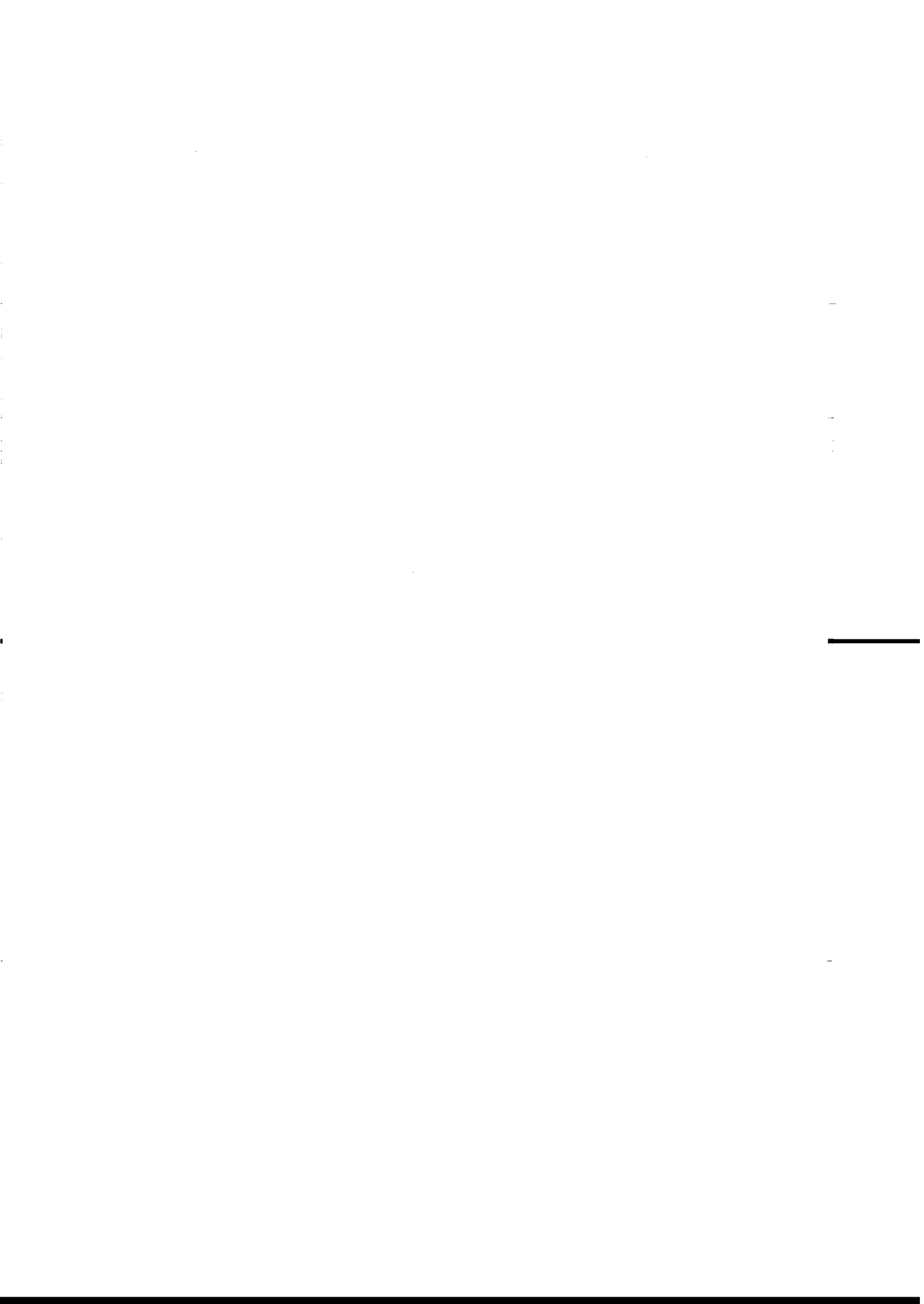
Recibió el viático, esta vez de verdad, y todavía tuvo arrestos para dirigir la palabra a los presentes, pedirles perdón y animarles a la perseverancia. La suya había sido una perseverancia cumplida, sahumada y bien ejemplar.

Era un viejo simpático, amigable, cumplidor. Se le podían perdonar los brotes de genio que, como hombre pequeño y «navarri-co de cepa», no le faltaban.

No tuvo nunca complejo ni de pequeño, ni de viejo ni de carpintero «desbancado». Llevó su pequenez con valentía, su profesión con gallardía y su vejez con alegría y buen humor.

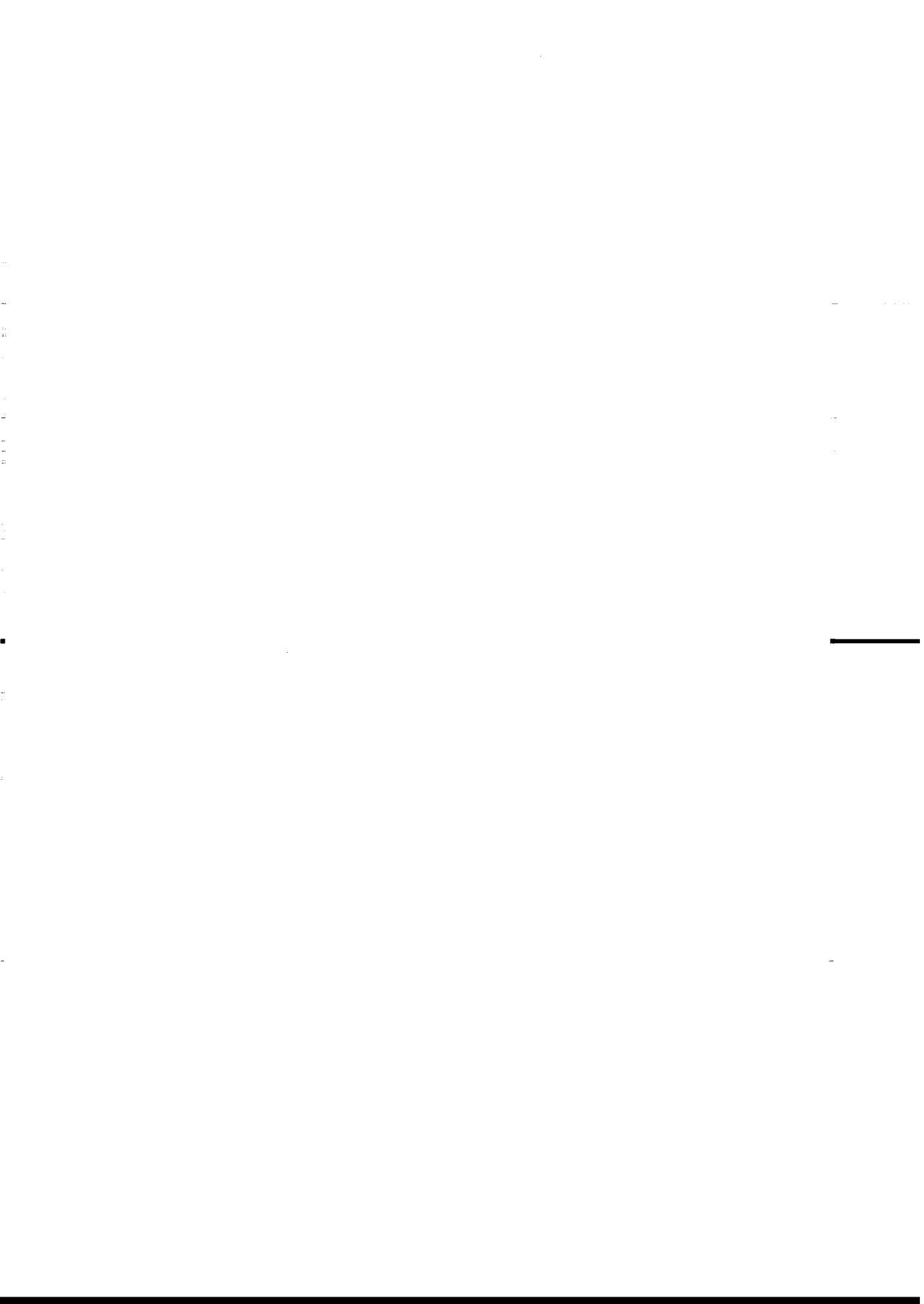
Vivió muchos años, pasó por muchas casas y ensayó muchos empleos. A pesar de ello, no tuvo la recompensa de una breve carta mortuoria. Sirva de tal este pobre y deslavazado apunte.

Murió el día 30 de abril de 1968, en los umbrales del mes de mayo, a los 92 años de edad y 71 de profesión. Descanse en paz, en la paz que tenía bien ganada.



MAYO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
1	1906	Sacerdote	Daniel ESCUR BOSCH	27	161
12	1921	Novicio	Jesús CURTO FERNANDEZ	17	164
14	1964	Sacerdote	Anastasio CRESCENZI MALPICCI	88	167
25	1960	Sacerdote	Buenaventura ROCA SERRA	87	177
25	1990	Sacerdote	Fco.-Javier CORDERO DGUEZ.	37	186



DANIEL ESCUR BOSCH



Sacerdote.
Nació en Olp (Lleida) el 12-XI-1879.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 23-VIII-1897.
Ordenación sacerdotal en Santander el 19-IX-1903.
Falleció en Salamanca el **1-V-1906**.

Nos encontramos hoy con otro salesiano de los primeros años, lejano, desconocido y muerto prematuramente. ¿Quién recordará a Don Daniel Escur? Le mencionamos, porque es nuestro propósito hacer memoria de todos los que, de alguna manera, lleguen a nuestra noticia. Hacer memoria sólo, porque historia y comentarios sobre ellos caben muy pocos. Su recuerdo es borroso y muy tenue, aunque sea siempre respetable. Fueron Hermanos que vivieron, trabajaron y merecieron. Su acción se sigue ejerciendo en la comunión de los santos.

Daniel Escur nació en Olp, de la provincia de Lleida, el año

1879. Fue paisano y contemporáneo de otros salesianos de la primerísima hora.

La primera noticia que tuvo de la Congregación le llevó a Sarria, para hacer allí el aspirantado, el noviciado y la primera profesión.

El trienio lo hizo en Vigo y la Teología, como buenamente pudo, en varios sitios. Al ser ordenado sacerdote, fue destinado a Santander, al colegio de Viñas, como Prefecto.

Don Bosco decía de sus salesianos que los lanzaba al agua y ellos aprendían a nadar. Esa era la táctica para muchos aprendizajes. Ahora las cosas se hacen más despacio, considerada y técnicamente.

La prefectura de Viñas no debía ser muy complicada, pero la poca fortaleza o el mucho trabajo, que no sería sólo el de la prefectura, acabaron por minar la salud del joven Prefecto.

Por si el clima de Santander tenía parte de culpa en ello, le mandaron a Salamanca, al reciente colegio de San Benito, que no era de San Benito, sino de San José y tenía el sobrenombre de «Patronato de Jóvenes Industriales», demasiado pomposo para tan poca casa.

La comunidad era incipiente y muy reducida. No llegaba a regular.

Un año antes de llegar allí Daniel Escur como Consejero, eran cinco salesianos: dos sacerdotes, dos clérigos y un novicio. Don Juan Tagliabúe, Don Mayorino Olivazzo, Don Julián Massana, Don Rafael Tormo y Don José Saburido.

Los nombres de todos ellos habían de ser muy repetidos. Las incumbencias se las repartían amigablemente. Don Mayorino hacía de Catequista y Consejero, hasta que llegó Don Daniel. Poco tiempo tuvo de ser Consejero. La enfermedad que se había incubado en la Montaña, se desarrolló y se consumó en el alto llano de Salamanca. El cambio de clima no solucionó nada, por muy seco y muy sano que se lo pintaran.

«Estaba maduro para el Cielo», resume el parquísimo biógrafo.

«Su muerte fue la del verdadero religioso».

«Su deseo era ir al Paraíso». En todo el tiempo que duró su enfermedad, que no acabamos de enterarnos cuál fue, no se le oyó ni una queja.

Poco antes de fallecer, llamó a los Hermanos, se despidió de ellos uno por uno y les agradeció cuanto habían hecho por él.

Fue una muerte consciente, dulce y cumplida. Diríamos de las que ya no se dan.

«Expiró dulcemente, con el nombre de María Auxiliadora en los labios».

El primer Consejero del colegio de San Benito, moría así, al poco tiempo de comenzar su cargo. Eso sucedía el mes de abril de 1906, muy a los finales.

En el número inmediato del Boletín Salesiano, se publicaba una amplia y elogiosa reseña del insigne novelista y cooperador José M.^a Pereda. La escribía Don Jesús Carballo. De Don Daniel Escur no se hace ninguna mención, sin duda porque el apartado del Boletín estaba reservado a los Cooperadores.

Don Daniel, con sus sólo veintiséis años de edad, su historia corta y sencilla y su vida transparente, era más que cooperador. Era un salesiano neto y completo.

JESÚS CURTO FERNANDEZ



Novicio.
Nació en Pedrosillo el Ralo (Salamanca) el 7-XII-1904
Ingresó en el Noviciado de Carabanchel Alto (Madrid)
el 25-VII-1920
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **12-V-1921**.

Es el tercer novicio que muere en Carabanchel en los años que allí estuvo el Noviciado.

Jesús Curto era Salmantino, de la bien acreditada comarca de La Armuña. Es una zona característica de la Provincia de Salamanca, benemérita de la Congregación en España. Sin duda, es de las que más Salesianos de calidad ha dado de las Inspectorías de España.

Es Jesús vocación salesiana de la primera hora, cuando apenas la Congregación comenzaba a sonar en nuestra Patria.

Nació el 4 de diciembre de 1904, en Pedrosillo el Ralo, pueblecito a pocos Kilómetros de la capital del Tormes.

Fueron sus padres José y Luisa, santamente orgullosos de tener un hijo sacerdote, timbre de gloria de tantas familias salmantinas.

Llegó a Carabanchel el 15 de Octubre de 1915 para comenzar el Aspirantado. Salía de la casa de sus padres a los 11 años, curtido en el trabajo e ilusionado con venir a Madrid a hacerse salesiano.

Le encantó la alegría bulliciosa que reinaba en Carabanchel entre los casi 100 jóvenes de las tres secciones: Filósofos, Novicios y Aspirantes o Hijos de María, como entonces se los llamaba.

En la sección de Aspirantes se cursaban cuatro años de Humanidades. Una vez superados, se hacía allí mismo el Noviciado. El Director era D. Honorato Zóccola, italiano, lleno de vida, emprendedor y de gran espíritu salesiano. Le extrañó, al comenzar su directorado, la masificación y la complejidad de las secciones, por la gran dificultad que suponía atenderlas debidamente.

Los Superiores estudiaron la solución y decidieron que los latinistas fueran a Campello y los de oficio, a Sarria.

No pudo empezar con peores augurios la división y el traslado.

Don Zóccola mismo fue a despedirlos a la estación y a desearles un viaje muy feliz. Pues bien, la primera noticia que recibieron a su llegada, fue la de que Don Zóccola acababa de fallecer. Un infarto segaba su vida joven.

En Campello cursó el 3.º y 4.ª de Humanidades y volvió a Carabanchel para empezar el Noviciado.

Este año tuvo de director a Don Marcelino Olaechea, después Inspector de la Tarraconense y más tarde de la Céltica.

Comenzó su Noviciado el 25 de Julio bajo la dirección de Don Antonio Castilla, en su segundo año.

Empezó con mucho fervor, pero no le acompañó la salud.

El médico le atendió desde los primeros días y puso en alerta al P. Maestro, recetando, aparte de pildoras e inyecciones, mucho reposo y sobrealimentación. El día del Pilar tuvo la alegría

inmensa de recibir la sotana de manos del P. Inspector, Don José Binelli.

Poco pudo disfrutar de las emociones de tal acontecimiento. Fue agravándose su edema pulmonar, hubo que aislarle e impedirle, incluso, las visitas de sus compañeros.

No había demasiados mimos por entonces en Carabanchel para atender a un enfermo así. Se vivía muy precariamente, con verdadera pobreza, faltaba, incluso, lo necesario. El mismo Director, Don Marcelino siempre ponderado y prudente, deja constancia de tal penuria en una carta al Inspector. Ya la hemos transcrito, en otro lugar. Es clara y desenvuelta.

Así estaban las cosas el año en que comenzó su Noviciado Jesús Curto. En un clima así de austeridad y penuria, no es extraño que la salud de los jóvenes formandos se resistiese.

El invierno agravó la enfermedad y la primavera no resolvió la crisis. A primeros de Mayo se puso tan grave, que él mismo pidió la Santa Unción. La recibió con mucha Fe y tuvo la dicha de hacer acto seguido, la profesión. Se adelantaba dos meses a sus compañeros, allí presentes.

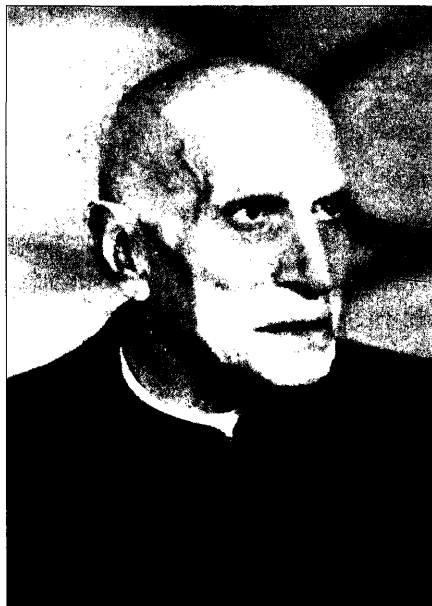
Con tan buena preparación, entregaba su alma al Señor el 12 de Mayo de 1921. No era el primero que moría en la Casa y en circunstancias parecidas. «Bien vengas mal, si vienes solo».

A los 16 años y medio de vida y con 10 meses de Noviciado, entregaba Jesús Curto su alma al Señor. «Brevi tempore explevit tēpora multa», en poco tiempo, compensó muchos años.

Los griegos, al filosofar sobre la muerte de ciertos jóvenes prometedores, pensaban que los dioses enviaban estas muertes prematuras, por celos y envidia para que no hubiese en la tierra quien les aventajase en ciencia y hermosura.

Para la Ascética cristiana, Dios los lleva prematuramente al Cielo para que la malicia de este mundo no los mancille y enturbie la hermosura de sus almas generosas.

ANASTASIO CRESCENZI MALPICCI



Sacerdote.
Nació en Filacciano (Roma) el 21-I-1876.
Profesó en Valsalice el 2-X-1892.
Ordenación sacerdotal en Roma el 18-III-1899.
Falleció en Salamanca el **14-V-1964**.

«Los cuerpos se quebrantan con el trabajo;
en cambio los ánimos adquieren nuevo vigor
cultivándolos».

(CICERÓN, *De senectute*)

Don Anastasio fue un moralista con buen humor. Físicamente parecía un asceta; moralmente era un hombre optimista, jovial y que inspiraba confianza.

Cuando se adelantaba para dar las «Buenas Noches» en su turno de Superiores, pronunciar la homilía o dar su opinión en la

resolución de los casos de conciencia, los teólogos siempre esperaban la ingeniosidad, el donaire, la nota de humor que los hacía estar atentos.

-Salió el sembrador a esparcir la semilla, y añadía: de trigo, de centeno o de cebada...

-El padre de familia fue a contratar obreros para su viña. Hizo una salida a la primera hora, a las seis de la mañana -a las siete oficiales-...

En una plática de triduo, por la tarde, subió al pulpito, dirigió una mirada sobre el auditorio y, muy pausadamente, comenzó diciendo: «Yo venía preparado para hablar a los teólogos; pero he aquí que me encuentro también con una teóloga...». Lo decía por una feligresa muy asidua, penitenta de Don Juan Castaño. Después se supo que le había echado una reprimenda al descarado predicador.

Las primeras «Buenas Noches» que le oímos dar, al comienzo de curso, fueron brevísimas y dejó sentada la afinidad entre dos virtudes que debían brillar en el teólogo siempre, y en las que no cabía exageración: la caridad y la limpieza. Las dos recomendaciones venían muy bien en un estudiantado numeroso y en una casa bien necesitada de aseo.

La vida de Don Anastasio fue larga y toda ella ejercitada alrededor de las vocaciones. Pasó por todos los estadios de la formación: aspirantes, novicios, filósofos, teólogos. Todavía la formación de los coadjutores no estaba institucionalizada.

Nació en Filacciano, municipio cercano a Roma. Era un pueblo de la campiña, con unos centenares de habitantes, gente campesina y productos elementales: trigo, vino y aceite. Cerca quedaba la Urbe, los Montes Albanos y la zona residencial de los castillos Romanos. En uno de ellos, en Gallero, terminó sus días en un noviciado de los Jesuitas el Cardenal Billot, maestro de Don Anastasio en la Gregoriana. Siempre habló muy encomiosamente de él y le recordaba como brillante teólogo, dialéctico inconfundible, incapaz de dudar de la verdad que profesaba. Fue uno de sus grandes maestros, como en lo salesiano lo serían Don Francesia, Don César Cagliero y Don Rúa.

Cuando nació Don Anastasio, a Don Bosco le quedaban todavía doce años de vida.

Pasada la primera niñez, sus padres le quisieron colocar de interno en el colegio del Sacro Cuore, recién abierto; pero no tenían dinero para pagar la pensión. Una bienhechora expuso el caso a Don Bosco y éste, muy sensible a los deseos de los bienhechores y a los candidatos pobres, le escribió inmediatamente al Director del Sacro Cuore, diciéndole que le admitieran, sin más.

Así, por recomendación y mandato de Don Bosco, entró Don Anastasio en el mundo salesiano. Por eso él sostenía que había sido admitido directamente por Don Bosco, al que no llegó a conocer.

No llegó a conocer al Fundador, pero tuvo mucho que ver con sus inmediatos sucesores: Don Rúa, Don Albera, Don Rinaldi. Se le puede considerar, por tanto, como uno de los «Padres Apostólicos» salesianos.

Hizo el aspirantado en Roma y el noviciado en Foglizzo. Su Maestro de novicios fue Don Julio Barberis, el P Rodríguez de la Congregación. Al terminar el noviciado, hizo sus votos perpetuos en Valsállice, en manos de Don Rúa, que le había impuesto también la sotana. No pasó ni por los votos temporales ni por el trienio, que todavía no estaba instituido en el «curriculum» de la formación. Ya profeso, le mandaron a Roma, a estudiar Filosofía y Teología en la Gregoriana. Allí pasó siete años haciendo sin interrupción los estudios eclesiásticos completos. Tuvo como condiscípulo a Eugenio Pacelli, después Pío XII, y como maestro, al que había de ser Cardenal diácono y figura preclara, Billot.

De su magisterio aprendería Don Anastasio lo más posible; de su conducta y del final de su vida, sacó la determinación de no adherirse con demasiado entusiasmo a ningún movimiento ideológico y no caer en la ingenuidad de creer que, lo que uno dice y escribe, lo van a tomar todos tan a derechas como él piensa. Los genios pueden caer a veces en la candidez y dar lugar a interpretaciones torcidas, por torpeza o mala voluntad. ¿No es ésta ya una norma del moralista asentado y discretamente «furbo» que fue Don Anastasio?

Con su carrera flamante y sus 25 años cabales, es ordenado sacerdote un día de San José de 1899. Celebra su Primera Misa en el Sacro Cuore, donde había comenzado su carrera, y en el mismo altar en que celebró Don Bosco su misa memorable, donde la emoción le embargó una y otra vez, hasta quince, cuando pensaba en el sueño de la misión anunciada y en la voz tranquilizadora: «A su tiempo lo comprenderás todo...». La Misa de Don Bosco era la misa de una misión cumplida, consumada; la de Don Anastasio era la misma de una misión iniciada. También él experimentaría emoción.

Aquel curso es enviado a Foglizzo, de profesor de Filosofía y maestro de música. En Filosofía se desenvolvió bien; en la música, pasó los apuros del maestro improvisado. «¡Qué pronto se hace un maestro de música...!», dirá con sorna, recordando sus comienzos. Al menos aprendió a salir del paso y a cobrar afición a tal arte. Cuando era casi octogenario, todavía la practicaba con los archicofrades de Carabanchel, poco más jóvenes que él.

El año 1903 Don Albera pasó por España, de paso para América. Se dio cuenta de que en la naciente Inspectoría hacía falta un profesor de filosofía y Teología. Se lo pide a Don Rúa y éste manda a Don Anastasio a Sant Vicens dels Horts con tal cometido.

Entre las clases, la música, el ministerio joven y todas las encomiendas que caen sobre el salesiano dispuesto y voluntarioso, unidas al trato poco regalado, el curso terminó con lo que se preveía: una abundante hemoptisis.

Fuera por su juventud, los cuidados al caso o la aplicación de una reliquia de Don Bosco, el hecho es que se repuso y recobró la salud, hasta tal punto que es nombrado por Don Rinaldi Director de la Casa. Como el que adquiere una especialidad, queda en cierta manera hipotecado por ella, tiene que ir a Girona, precisamente a dar Filosofía.

Poco tiempo estuvo en la ciudad del Oñar. En 1903 se abre la casa de Carabanchel, destinada a novicios y filósofos de la nueva Inspectoría, llamada Céltica. Don Anastasio es nombrado Director. Será el primero de una casa, con la que tanto tendrá que ver.

Será la casa en la que pasará más años de su vida. Muchos años y algunos trabajos.

Pero tampoco aquí su directorado será muy largo. La docencia prima sobre el gobierno. Directores no había muchos, pero profesores, de momento, no había más que Don Anastasio. Esa era la razón de su traslado a Atocha a los dos años. Su estancia allí será de siete años. Es el Catequista de la casa inspectorial, da clase a un grupo de estudiantes, núcleo del futuro teologado; es maestro de música y atiende a su primer alumnado de 500 muchachos. Como tantos de los que han pasado por el «paralelo de Lavapies», recordará con cariño esa casa-piloto de la Inspectoría.

Se le quedó bien grabada la primera procesión de María Auxiliadora por el barrio, con la banda de música flamante y sonante; la visita del Rey para inaugurar el taller de mecánica, un atisbo del actual Instituto Politécnico, las veladas, la Iglesia de María Auxiliadora; pero sobre todo, recordará la visita de Don Rúa en 1906 y lo que sucedió a su paso. El Director Don Antonio Castilla estaba postrado en cama. Sufría vómitos de sangre. Imposible que pudiera bajar a la velada de despedida de Don Rúa. Este subió a la habitación del que había sido su secretario, se entretuvo con él un momento, le dio la bendición de María Auxiliadora y, desde entonces, el paciente no vuelve a tener más hemorragias. Son los carismas que se daban en la primera Congregación, como en la primera Iglesia.

En 1912 se establece en Carabanchel el teologado de la Inspectoría, el que venía teniendo su núcleo inicial y «schola minor» en Atocha. Allí vuelve Don Anastasio, siempre al servicio de la ciencia sagrada y de sus estudiantes.

Los dos últimos años de esta segunda etapa, le tocó pechar también con el cargo de Director, que no era su plato favorito. A pesar de eso, como según repetía él, con humor y modestia «cuando no hay caballos, tienen que trotar los asnos», el año 1917 le mandan de Director a la casa de Talavera, abierta tres años antes y todavía no consolidada.

Era fundación de una señora pudiente, piadosa, generosa a su manera y un poco voltaria. Los salesianos destacados allí por Don

Manfredini venían trabajando bien, a gusto del Inspector y del pueblo, pero no de la tal matrona. Hubo que renovar casi toda la plantilla inicial. Para afianzar la obra y tratar de ganarse la voluntad de la fundadora, el nuevo Inspector Don Binelli destacó allí salesianos de toda solvencia. Don Anastasio, prudente, paciente y sapiente fue al frente del nuevo equipo, pese a que la Teología y su enseñanza quedaban desgarnecidas. El Inspector tiene que hacer muchas veces esos cambalaches.

El Oratorio, el externado y el seminario de Talavera marchaban viento en popa. La gente los quería y se les entregó por completo. Florecían las vocaciones, que es el síntoma de la buena marcha. A pesar de eso, la fundadora, de cuyo nombre preferimos no acordarnos, seguía con sus reticencias, sus intromisiones indiscretas -entraba en la cocina y figaba las ollas- y sus displiencias. Parece ser que en tal actitud tenían parte algunos eclesiásticos que, interesados o celosos, no veían del todo bien la labor de los Salesianos.

Don Anastasio, que era el testafarro de la situación aguantaba, se bandeaba como mejor podía, pensando en que estas coyunturas no eran nuevas en la historia salesiana, y que algún día las aguas del Tajo discurrirían sosegadas.

Su desahogo consistía en sincerarse con el Inspector, que tenía como fórmula acostumbrada de aliento: «¡Ver de animarse, hijo mío!» y escribir a los superiores de Turín, con los que tenía confianza y privanza, haciéndoles ver las dificultades y preparándolos para cualquier evento.

«Cuando por gracia de la divina Providencia se haya de abrir una nueva casa...» -decían los Reglamentos antiguos-. En cambio, no daban normas para cuando se hubiese de cerrar. No preveían este caso. En Talavera se dio.

Un buen día la fundadora se presentó con un pliego notarial, cambiando de plano las condiciones de la fundación y poniendo otras del todo inaceptables. Era una coartada para que los Salesianos se cansaran y tiraran la toalla. «Lo que hay que empeñar, mejor es venderlo», dice el refrán. Rehicieron su equipaje y, un buen día, muy sigilosamente para no despertar la reacción del

pueblo, abandonaron Talavera de la Reina. La manera de salir no fue muy airosa, pero obligada.

A pesar de todo, la semilla quedaba lanzada, los Salesianos dejaban muy alto su buen nombre y la aureola de cariño y admiración los siguió por tanto tiempo, que ha habido más de un intento de hacerlos volver. Todavía por los años cincuenta, un buen grupo de fieles Antiguos Alumnos celebraba la fiesta de María auxiliadora de una manera enteramente ritual; con triduo predicado, procesión y comida de hermandad. Y en contraste con una añoranza tan prolongada, se podían constatar también algunas reticencias clericales.

La reserva de alumnos que iban para salesianos -otros se encaminaban al seminario diocesano o a otras congregaciones- fueron acogidos en la casa de Béjar. Don Anastasio fue nombrado Director. Este fue su único sexenio completo como Director; los demás habían sido parciales o de circunstancias.

De la ciudad de las cerámicas, a la ciudad de los telares. En una y otra dejó bien estampada su imagen de hombre circunspecto, adaptable al ambiente y, a pesar de su semblante de penitencia, nada triste.

Dejó el campo despejado a Don Roca, el catalán que había de encontrar en Béjar su segunda patria, y después de pasar un año en Salamanca, Don Anastasio volvió a Carabanchel y a su Teología, que era su verdadera vocación. Sus encomiendas definitivas fueron la enseñanza, la alta enseñanza: el confesionario, el Oratorio festivo y la Archicofradía de María Auxiliadora: las constantes de todo salesiano legítimo y entrado en años.

En materia de Teología explicaba la Moral y dentro de esta disciplina, daba la Moral Fundamental y la Moral Especial, la más básica y la más delicada.

Es sabida la decantación doctrinal de Don Bosco: en dogma seguía a Santo Tomás; en Moral, a San Alfonso y en Ascética a San Francisco de Sales: todos ellos pasados por el tamiz de San José Cafasso, su maestro inmediato. Esa era también la configuración doctrinal de Don Anastasio, si se puede decir que la tenía.

En él aparecía más el hombre llano y cercano que el encopetado doctor. Una moral la suya más vivida que teorizada, más de vida que de cátedra. No sabríamos decir qué posición de escuela tenía; sólo diríamos que ni era rigorista ni era permisivo, tratándose de los demás. Eso no significa que fuera neutro, sino muy equilibrado y humano, en la clase, en la vida y en el confesionario, que es la cátedra personal y secreta. Tanto él como sus otros colegas de profesorado, distinguían muy bien la enseñanza de la doctrina, de la observancia de la disciplina. No había miedo de que se formara un magisterio o un directorio paralelo, como ahora se lamenta. Cada uno estaba en su sitio.

Cuanto más se domina la Moral, «tanto mayor bien se puede hacer a los penitentes y con tanta mayor rapidez y seguridad se les puede contestar». Eso decía San José Cafasso y lo sabía y practicaba Don Anastasio, por competente en la Moral y por experimentado en las confesiones: «el arte de las artes».

Ayudó a muchos a soportar sus cruces y ahorró a todos el peso de la suya. «¡Qué sabia y hermosa conjugación de moralista y confesor...!»

Todo eso se traslucía en el ejercicio de una vida bien llevada. Con naturalidad y con su manera de ser y conducirse, alegraba el ambiente y aliviaba las tensiones que se presentaban en un teologado tan numeroso y heterogéneo como fue en tiempos en el de Carabanchel y Salamanca.

«Senatus mala bestia, senatores boni viri!». Dicho en latín, que todos entendían, la cita tenía menos mordacidad y la distinción entre teologado y teólogos se hacía más tolerable.

Ingenioso y con chispa para la ironía, no tuvo nunca expresión indelicada u ofensiva para nadie.

Sus compañeros de claustro, bien avenidos, apuntando a su intención y agudeza, le decían que parecía que había nacido en «Moncuco».

—¿Qué régimen de alimentación tiene Vd., Don Anastasio?, le preguntan. —¿Yo?, contestaba: un buen régimen... nada más.

La avidez intelectual de siempre se le tornó curiosidad en sus últimos años. De todo quería enterarse, de lo que sucedía y de lo

que se decía cerca. Y como no oía, se hacía preguntón y repetitivo. A veces, sus interlocutores se cansaban y le daban respuestas expeditas. No quedaba satisfecho y lamentaba: «Me dicen las cosas a medias»...

—¿Y cómo sabe Vd. que son a medias?, le preguntaban.

—Porque hasta ahí, ya llego, decía resignado.

En Carabanchel le sorprendió la peripecia de la guerra civil, en julio de 1936.

Pasada la dispersión, las detenciones y el pavor de los primeros días, Don Anastasio, acogiéndose a su condición de italiano, pudo huir a Italia. Estuvo dos años en el estudiantado de Chieri y, terminada la guerra, regresó a España, a Astudillo, donde pasó un año, otra vez de Director interino. Se incorporó de nuevo a Carabanchel y allí estuvo hasta que se abrió el Teologado de Salamanca. Su vida fue la del Carabanchel de la primera etapa. Lo vio nacer, crecer y desaparecer en el transcurso de casi medio siglo, como si se tratase de uno de los añosos y copudos árboles que jalonaban la finca. No se sabe que hiciera ningún comentario aparatoso a ese paralelismo entre una vida y una Obra.

Bien es verdad que, al pasar a Salamanca, pasaba a mejor Obra, para desde allí pasar a mejor vida, si cabe el fácil juego de palabras.

Si aquel Carabanchel tuvo la duración de medio siglo, el Teologado de Salamanca, por su nacimiento, su emplazamiento y estructuración perfectas, parecía llamado a durar una eternidad y tener un florecimiento espléndido. Por gran desgracia, no fue así. Apenas duró quince años: los de un adolescente enfermizo y malogrado. Era una obra demasiado faraónica y fuera de la usanza salesiana: nacimiento humilde y crecimiento laborioso y lento.

Don Anastasio no la disfrutó más que tres años, a lo largo de los cuales se fue acabando dignamente. Su vida, como los días largos, tuvo un ocaso lento.

Desde octubre de 1963 se le veía decaer sensiblemente, a pesar de que se esforzaba por acudir a todos los momentos de la vida de comunidad. Caminaba con sus botas deformadas y grandes para aliviar las durezas de los pies, pasos cortos y apresurados

y andar trabajoso. Se iba recluyendo cada vez más en su habitación. Dejó de sumarse a los actos más incómodos del horario.

Su aparición cada vez más esporádica era celebrada por todos, que le encontraban cada vez más escuálido y amojamado. Nunca fue muy agraciado, pero llegó un día en que le podían aplicar las palabras de Don Bosco a Don Rúa: «Cuando la gente diga o piense: ¡qué estropeado, qué viejo y qué feo está Don Rúa, es que pronto te vas a morir...!»

Los superiores y los teólogos le visitaban a menudo para entretenerle y para entretenerse con sus agudezas. Una vez Don Juan y Don Salvador, que tenían distintas figuraciones de la muerte, le preguntaron:

—¿Tranquiliza o impone la realidad de la muerte? Y Don Anastasio contestó con énfasis en favor de lo segundo: —¡Por todos los conceptos... impone!

De hecho, la suya no fue ni espantable ni aparatosa. Dándose cuenta de que su vida no era ya más que tiempo y que éste era escaso, él mismo pidió los Sacramentos, que recibió con lucidez y devoción.

Murió el 14 de mayo, fiesta entonces de Madre Mazzarello y a punto de comenzar la novena de María Auxiliadora, cuya Archicofradía había comenzado ya a organizar en la barriada de El Royo. Murió en una fecha salesiana.

Los funerales fueron solemnes, como correspondía a los méritos y al cariño del difunto. Estuvieron presentes Inspectores, Directores, muchos salesianos y representantes de Madrid, Béjar y un «resto fiel» de Talavera. Contaba a la sazón ochenta y ocho años de edad, sesenta y cinco de sacerdocio y setenta y dos de profesión.

Era el primer salesiano que moría en el Teologado. Después le seguirían Don Leandro, Don Juan Gil, Don Jesús Marcellán, Don Esteban Ruiz y el teólogo Francisco Franco. Demasiadas muertes, demasiadas vidas egregias acabadas en aquel Teologado de Salamanca...

BUENAVENTURA ROCA SERRA



Sacerdote.
Nació en Orcáu (Lleida) el 22-I-1873.
Profesó en Sant Vicens dels Horts (Barcelona)
el 22-X-1986.
Ordenación sacerdotal en Vich el 1-VI-1901.
Falleció en Mohernando (Guadalajara) el **25-V-1960**.

Don Buenaventura no gozaba de mucha simpatía entre los aspirantes del Paseo de Extremadura. Cuando venía todos los años por el mes de septiembre, acompañando al grupo de alumnos que preparaba para el aspirantado, les propinaba unas «Buenas Noches» que les sonaban más bien a filípicas. Se apoyaba en el borde del proscenio que separaba el comedor de los aspirantes del de los Superiores, metía las manos en las bocamangas de su sotana y, muy grave y entonado, con voz gangosa y acento cerradamente catalán, les hablaba del trabajo, del deber, del tiempo bien aprovechado y de la necesidad de ganarse honradamente el

pan. Como si se tratase de empleados morosos, necesitados de alguna reprimenda.

Don Roca era, aparentemente, un hombre duro, exigente consigo mismo y con los demás. Parecía hacer honor a su apellido, aunque en el fondo tenía un gran corazón y era sensible a las necesidades de los demás. Decir Don Roca en Béjar, era mentar al paño de lágrimas de los alumnos y de sus familias.

Había nacido en Orcáu, Lleida, un pueblecito que se fusionó no hace demasiados años con Benavent, Figuerola, Ivona y Sant Romá de Abella. Tiene paisaje, agricultura y minas, lo suficiente para entretener y mantener dignamente a sus habitantes.

Los padres de Don Roca se llamaban José y Clara. Formaron un hogar bien poblado, con doce hijos. Ninguno de ellos mostraba síntomas de vocación sacerdotal o religiosa. Una vez la madre se lamentaba muy pesadosa de que con tantos hijos, ninguno se inclinase hacia la Iglesia. Buenaventura se ofreció resuelto:

-Yo te daré gusto: seré sacerdote. «Que tanto puede una mujer que llora», dijo Lope de Vega. Y una madre que anhela y pide a Dios una gracia tan legítima.

Don Roca fue sacerdote un poco por gracia de Dios y otro poco por secundar los deseos de su madre.

Se le murió cuando ya llevaba en Béjar bastantes años. No dijo nada a nadie, dado su natural reservado y cauteloso. Hasta que un día, al cabo de una semana, en un sermón salió a relucir la madre y no pudo contener la pena. Rompió a llorar y tuvo que bajarse del pulpito, sin más comentario. Y eso que parecía tan insensible...

Ingresó como alumno en Sarria, el uno de septiembre de 1894, como alumno aspirante. Al año siguiente comenzaba el noviciado en Sant Vicens dels Horts. Tuvo como compañero, entre otros, al Sr. Urtasun. Don Rinaldi le impuso la sotana y le tomó la profesión un 22 de octubre de 1896. Fue la primera profesión y la perpetua.

En Sarria hizo al mismo tiempo la Filosofía y el Trienio, estudiando y asistiendo a los artesanos y a los estudiantes. No sabemos si los estudios saldrían muy bien parados con ese régimen de vida, pero lo que es el estudiante, estaba bien atareado.

Las Ordenes Menores las recibió en Barcelona, el Subdiaconado y el Diaconado y el Sacerdocio en Vich. Fue su Obispo ordenante Mons. Torras y Bajés, prelado eminente, catalanista y polémico.

De él es el lema que figura en el frontispicio de Montserrat: «Catalunya será cristiana o no será».

Sarria fue la primera casa que conoció, la casa de su trienio y la de sus primeros años de sacerdote. Por algo se le quedaría bien grabada.

Cuando era ya viejo y estaba «aparcado» en el colegio de San Fernando, con su esclerosis senil, en los momentos de desvarío, se escapaba al Mesón del Segoviano, atravesaba la carretera de Colmenar, con evidente peligro, diciendo que iba a Sarria...

De Catequista de Sarria pasó a ser Director de Valencia, el segundo Director de aquella fundación y de allí, a encargado del Tibidabo. Comenzaba su tarea de «gran recaudador».

¡Ay del Cottolengo si pide -decía San José Cafasso-, ay de Don Bosco si no pide! Don Roca es uno de los Salesianos que han estado sujetos a esa condición.

En 1908 fue nombrado Director de Béjar por primera vez. Venía de Barcelona a la Badalona salmantina. No tenía nada de salmantino, pero en Béjar encontró paisaje, industria y trabajo a placer. Ciudad hermosa, industrial y piadosa, al menos por lo que mira al Castañar y a la Virgen.

*«Tiene historia de Señora
y honrada vida de obrera...»*

Don Roca se situó en la ciudad de una manera inamovible. Pocos casos de una identificación semejante. Don Roca se dio por completo a Béjar y Béjar le dio a Don Roca todo lo que podía darle. ¡Cuarenta años de vida llegan a hacer una simbiosis eterna!

«Per quindicim annos grande mortalis aevi spatium», dijo el prosista latino. Quince años son un trecho notable de la vida humana. Don Roca estuvo en Béjar más de cuarenta, con una actividad afanosa, dinámica, de transformación del colegio y en parte también, de la ciudad.

Llegó en un momento que había hartado que hacer en todos los aspectos. Era el cuarto Director que se hacía cargo del colegio. Este arrastraba un período de decadencia. Don Roca se impuso la tarea de levantar el nivel escolar y el nivel espiritual del Colegio y, de rechazo, el nivel social de la ciudad. Béjar era de antiguo una ciudad industrial surgida en una provincia agrícola y ganadera.

De clima frío, la necesidad creó el órgano. El frío hizo surgir las fábricas de paños que le han dado fama. Era una ciudad industrial, con sus problemas endémicos de división de clases: patronos y obreros. Ese ambiente ya lo conocía Don Roca desde su Cataluña natal. Tenía que hacer equilibrios para ganarse a unos y no malquitarse con otros. La caridad cristiana y la política de Don Bosco guardan el secreto de esa técnica.

Comenzó por organizar los estudios del Colegio. La escolaridad era gratuita y el régimen espartano. A las siete de la mañana iban los muchachos al colegio para hacer allí mismo el estudio que en sus casas no tenían ambiente ni comodidad para hacer y preparar las lecciones del día. Trazó un horario, buscó libros de texto recomendables, añadió francés y contabilidad a los programas de los últimos cursos, se tenían puntualmente las notas de semana y de mes y en dos años el auge, los resultados se hicieron notar. Los chicos estaban empeñados y los padres contentos. El colegio, que se había montado sobre un antiguo telar, resultaba otro telar de laboriosidad y logros humanos. La buena fama cundía y a los alumnos se les abrían las puertas de empleo en los talleres, los establecimientos comerciales y las oficinas de los bancos. El colegio salesiano era una sucursal de mano de obra solvente. «Buenos cristianos, honestos ciudadanos y profesionales responsables»: las tres cualidades que Don Bosco buscaba para los hijos del pueblo.

El colegio iba acreditándose, creciendo y haciéndose apreciar, gracias a la intuición y al tesón de Don Roca y su equipo.

Al auge escolar acompañaba la labor religiosa. La pedagogía salesiana provee a todo.

*«Ni el rezo estorba al trabajo
ni el trabajo estorba al rezo».*

Se acompañan y se estimulan.

Adecentó la capilla que, por no tener, no tenía ni bancos. Dio esplendor a las funciones religiosas, solemnizó las fiestas, impulsó el teatro, las excursiones, la música y puso en juego todos esos recursos tradicionales, sencillos y salesianamente infalibles, que hacen a los alumnos sentirse contentos y considerar el colegio como prolongación de su casa.

Estaba en la ciudad del Castañar y tuvo buen cuidado de empalmar la devoción a María Auxiliadora con la Virgen del «bejarano edén ameno».

Cada año, al día siguiente de la fiesta de María Auxiliadora, los comulgantes, las familias y alumnos iban en peregrinación al Castañar, a celebrar la tornafiesta de la Virgen salesiana, que tan buena pareja ha hecho siempre con las Vírgenes autóctonas, reforzando la piedad de los pueblos adonde han llegado los hijos de Don Bosco.

Cuando llegó Don Albera, en 1912, Béjar era ya «una ciudad salesiana por los cuatro costados», según nos dicen los entusiastas cronistas. No se pudo hospedar en el colegio, porque no había acomodo para tan ilustre huésped, pero todas las casas y todos los carruajes se le ofrecieron para que los ocupase y recorriera la longitud de sus calles en olor de multitudes.

A continuación fue a Salamanca, al colegio de San Benito, también de Director. Ya no se apeó de este cargo, hasta que estuvo inútil para todos. Así se comportaba la congregación de entonces. «Esa es Castilla, que hace los omes e los gasta». Ahora se usan las pausas de descanso y repostación después de un sexenio. Entonces se exprimía a los hombres hasta la última gota de su suco humano.

En San Benito renovó las clases, acicaló las paredes, consolidó el internado de los «gonzaleros» y marchó de nuevo a Béjar, su feudo. «Mantua me genuit, Cálabri rapuere»: «Mantua me engendró, Calabria me arrebató», rezaba el epitafio de Virgilio. Don Roca no era poeta ni cantó a los campos ni a los ganados, pero

hizo cosas más positivas y podía decir: «Nací en Cataluña, pero los bejaraños me secuestraron y me retuvieron para siempre».

Volvió a Béjar el año 1929 para ser Director hasta 1943, en su segunda época. Seis años de confesor, para poder decir que conocía a los bejaraños por fuera y por dentro, en el fuero de la existencia y de la conciencia, y volvió a ser Director una tercera vez: desde 1949 hasta 1952. ¡Caso insólito!, como si fuera una afección endémica o no hubiera otro que le pudiera sustituir. Ser Director de Béjar pasó en él a ser una segunda naturaleza y otra profesión perpetua. No es extraño que al cabo de los años, lo viniera a ser todo en la casa: el Director, el administrador, el ordenador de toda la marcha y el depositario de todas las llaves. Ejercía un totalitarismo paternalista. Los de fuera lo veían natural y los de dentro lo llevaban con comprensivo consenso. No se puede ejercer por tanto tiempo un cargo como quien lleva una prenda postiza.

Cuando Don Roca volvió a Béjar, volvió con las mismas convicciones, ideales y costumbres; pero fuera, las cosas habían cambiado. España un día se había levantado republicana, inquieta y pependenciera. El ambiente se hizo espeso y la convivencia difícil y crispada, también en Béjar.

Ya no era «la blanca paloma sobre el alcor», ni los bejaraños eran abejas laboriosas que «liban perfumes cristianos-disueltos en brisas sanas». Las brisas del Castañar trabajan más contaminadas e inquietantes.

Pero Don Roca siguió su trayectoria de hacer del colegio una colmena bien guardada, al socaire de los vientos turbulentos.

Con ocasión de la «quema de conventos», el colegio estuvo cerrado durante una semana. Al cabo de esos días, las mismas familias se presentaron al Alcalde reclamando la apertura, para evitar que los niños anduvieran vagabundos por las calles. Fue la mayor perturbación que experimentó la vida del colegio.

Hasta pensó formar con los Antiguos Alumnos un sindicato obrero -esa fuerza había cobrado la Asociación-, pero ni las autoridades ni los sindicatos laicos se lo consintieron.

El colegio siguió prosperando, agrandándose incluso, y contando con la simpatía cada vez más decidida de unos y la toleran-

cia, más o menos velada, de otros. Nadie ponía en duda la labor social que se llevaba a cabo dentro de aquella colmena organizada, que era el colegio.

La labor de Don Roca transcendía fuera. Buscaba colocación a los alumnos, componía los conflictos de familia, visitaba a los enfermos conocidos y hasta ayudaba a bien morir a los alejados.

Llegó a ser una institución y una providencia para todos los necesitados. Con los salesianos podía ser un tanto desabrido y riguroso; pero con los de fuera, era llano, sencillo y sumamente amable. «En la ciudad todos le querían y le recuerdan», dice Don Aniceto Sanz, uno de sus sucesores en el cargo, que cosechó los frutos de la labor que había realizado Don Roca y que tuvo que cargar con el amargo cometido de verle salir del colegio, cuando su estancia en él era aconsejable. Había dado de sí todo lo que podía dar: tiempo, energías, capacidad, desvelos y salud. «Impendar et superimpendar»: «Me emplearé y me sobreemplearé», podía decir con San Pablo.

La ciudad también le correspondió agradecida.

El año 1951, con motivo de sus «Bodas de Oro Sacerdotales», se le rindió un homenaje clamoroso, se le hizo «Hijo Adoptivo de Béjar», y se le concedió la medalla de plata. No llegó a más la largueza municipal y humana. Pero como suele suceder en estos homenajes, son un poco la liquidación de cuentas, el agradecimiento a lo hecho y el reconocimiento tácito de lo que ya no se puede seguir haciendo. Un agradecimiento obligado, pero tardío y triste.

Cuando salió para el colegio de San Fernando, con el pretexto de que allí estaría más atendido, el pueblo de Béjar lo sintió como un desplazamiento descorazonador. Sólo se avino a dejarle salir, bajo la condición de que un día regresaría, para tener el gozo de guardar los huesos del que durante más de cuarenta años les había dedicado la vida entera.

Estuvo todavía en San Fernando unos años y en Mohernando uno. Aquejado de esclerosis senil progresiva, su vida ya sólo era tiempo y su persona, una sucesión de momentos lúcidos y de desvarios.

Como sucede con los trabajadores natos, la incapacidad de trabajar les supone un calvario. El trabajo cansa, pero el ocio obligado destruye. Repetía, a cada paso los nombres bien aprendidos: el P. Hermida, Don Rinaldi, Don Ricaldone, Sarria, el Tibidabo, todos nombres lejanos, borrosos. Todo lo salesiano había sido para él santo y bueno; ahora era lo único recordable. Reía y lloraba por todo, como un niño, que no tiene más maneras de expresarse.

En algunos momentos tenía chispazos de lucidez, de filosofía campesina, de experiencia acumulada.

A Mohernando vino a terminar sus días. De vez en cuando aparecía de pronto en la comunidad con las ocurrencias más extrañas. Había que tener la serenidad y la caridad de disimularse las.

Se dio cuenta a los Antiguos Alumnos de Béjar, según lo convenido, de cómo se encontraba. Se presentaron inmediatamente. Se iban turnando cerca de él, como en una guardia de defunción. Hasta que expiró.

A toda prisa llevaron su cadáver hasta Béjar. Allí tuvo lugar el duelo más sentido y más general.

Era el 25 de mayo fiesta de la Ascensión. Había venido a morir entre dos fiestas. Su entierro suplió por una vez la procesión de María Auxiliadora, proyectada para la tarde de la Ascensión.

En el cortejo figuraban tres presidencias: La de la Comunidad Salesiana, la del Ayuntamiento y la Eclesiástica de Béjar y la Diócesis. Y un pueblo inmenso desfilando silencioso hacia el cementerio lejano.

Al llegar, a la entrada del lugar santo, depositaron sus restos mortales en un panteón nuevo, regalo del Ayuntamiento y los Antiguos Alumnos.

Así pagaba la Ciudad los incontables servicios del hombre de Dios.

Años después, en 1965, como homenaje postumo, le dedicaría una calle cercana al Colegio y le concederían la Medalla de Oro de la Ciudad. Más honores merece y un galardón más efectivo el que hizo de Béjar su segunda patria y de los bejaranos sus hijos adoptivos.

A los alumnos, a los Antiguos Alumnos, a sus amigos, que fueron todos los bejaraños, les recomendaba mucho la Fe, la virtud que él necesitó y de la que hizo el eje de su vida.

Si se hubiera dictado un epitafio para su sepulcro de regalo, podía haber sido el que figuraba en las cartelas del sarcófago de un bienhechor:

*«El que aquí está sepultado, no murió.
Su muerte fue el principio de otra vida».*

FRANCISCO JAVIER CORDERO DOMÍNGUEZ



Sacerdote.
Nació en Carmena (Toledo) el 27-II-1937.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1954.
Ordenación sacerdotal en Salamanca el 2-III-1964.
Falleció en Guadalajara el **25-V-1990**.

Javier Cordero era el cuarto salesiano que moría en Guadalajara en los casi cuarenta años que lleva abierta la casa. De los cuatro salesianos fallecidos, sólo el Sr. Pachi murió de manera natural y en edad avanzada. Amor, Higinio y Cordero murieron jóvenes y de muerte brusca. De edad y manera parecida murieron también Antonio Tomé y José Luis del Amo. Los tres sacerdotes, los tres jóvenes y compañeros. ¡Cuántas coincidencias y muertes parecidas, lamentablemente parecidas...!

Había nacido Javier en Carmena, provincia de Toledo, pueblo grande entre Torrijos y Talavera. Nació el 22 de febrero de 1937,

en plena guerra civil y cuando se libraba una de las batallas más enconadas: la del Jarama. No sabemos si los hijos de la guerra nacen con algún signo trágico. En Javier se diría que sí, a pesar de que él era pacífico, pequeño, frágil y amable. Era el menor y hermano único varón de dos hermanas más. Se crió, por tanto, bajo muchos cuidados femeninos.

Muy niño, su familia se trasladó a Madrid, obedeciendo a los traslados coyunturales de su padre, que era ferroviario. Aprovechando esa circunstancia, le hacían frecuentes visitas cuando estaba en Arévalo, Mohernando y Guadalajara.

Vivían en la calle Delicias, cerca de la estación y del colegio de Atocha. Comenzó por frecuentar el Oratorio festivo. Le gustaba verse entre tantos chicos contentos y entretenimientos; era puntual e hizo en él la Primera Comunión. En el colegio nació a la Fe y a la vocación, que alumbraron los bondadosos Directores Don Rufino y Don Fernando Bello. Con el grupo de vocaciones que salían todos los años, como de un vivero natural, fue a Astudillo y luego a Arévalo, a hacer el aspirantado. Las dos casas pasaban por años de escasez económica, pero como era un achaque general, abundaba el buen espíritu y los aspirantes eran de fácil contentar, llegaban al noviciado de Mohernando en número tan crecido, que podían saturar las casas de formación. Fueron los años prósperos de vocaciones. Alcanzaban para abastecer las casas de la Inspectoría y para exportar a Venezuela, Argentina, México. Al terminar el noviciado, siempre había un número de elegidos para las misiones. La táctica que había era: no mandar ni a los mejores ni a los inseguros, dando por descontado que todos eran buenos, dispuestos y cincelados en el buen taller del noviciado.

Pocos eran los que dejaban de hacer su petición para misiones. La de misionero era una vocación complementaria.

Javier Cordero, «Corderillo», como le llamábamos en su desarrollo menudo y vivaracho, fue a Guadalajara a hacer la Filosofía entre el medio centenar de sus compañeros. Los había de todas las índoles y estaturas.

Había ejemplares de toda la gama de la Psicología: primarios, secundarios, activos, emotivos y no tales... Formaban una baraja

copiosa y hermosa de temperamentos. Las funciones de teatro y las sobremesas iban seguidas y daban lugar a que cada uno luciera sus cualidades.

Javier declamaba con gracia la poesía extremeña de Gabriel y Galán, «Cara al Cielo», que comenzaba exclamando: «¡Qué nochi tan rica! ¡Qué nochi tan guapa!» Marcaba con intención de auto-defensa aquello de

*«que la genti también comprendamos
lo que ca uno jaga,
lo que ca uno inventi
lo que ca uno valga»,*

para terminar con un reproche apologético del gañán al veterinario descreído:

*«El de Arriba mos da los ganados
y Vd. mos los mata».*

Cuando era mayor y con licenciatura en Letras adquirida en Salamanca, aprendería y repetiría versos y textos de otros autores menos ingenuos.

Salió de Guadalajara con la Filosofía y demás asignaturas decorosamente estudiadas y fue a hacer el trienio a Salamanca, el colegio de categoría académica principal de la Inspectoría de entonces. Enseñó lo que sabía y aprendió mucho, como todos los que pasaron por aquella palestra de la pedagogía salesiana.

Daba clases, jugaba al balón en aquel dédalo de pelotas que se cruzaban vertiginosamente y cuidaba las flores de la galería, aquella galería estrecha, larguísima y con el Cristo de Velázquez al fondo. Pasó un trienio intenso, alegre entre la docena de compañeros clérigos y muy contento, aunque no sin la guerra de los escolares que se ensañaban con «los peones» del profesorado, los trienales.

Era un trienio del que se iba a la Teología con ganas de estudiar y dedicarse a sí mismo. La Teología no se consideraba período de prueba, que se suponía bien superado; sólo de formación o de remate de la formación.

Hizo la Teología entre Carabanchel y Salamanca. De un estudiantado desvencijado y viejo, pasaron a un estudiantado flamante. «De la corte al cortijo», dice el proverbio. Aquí fue al revés: del cortijo a la corte, si bien fue una corte de duración efímera.

La ambición de Don Alejandro, de construir un teologado para 300 teólogos y para la historia, se quedó en un ensayo de tal. Pero nadie le puede escatimar el mérito de haberlo intentado. Las primeras promociones salían numerosas y entusiastas y hacían prever un florecimiento perdurable para tan respetable construcción.

Cordero se ordenó de sacerdote a primeros de marzo de 1964. Tomó por lema de su sacerdocio: «Sancti estote quia ego sanctus sum», sed santos, porque yo lo soy. Ese lema le ayudaría a desempeñar el primer cargo que le encomendaron: profesor y catequista del Paseo de Extremadura.

De un bachillerato hecho y en marcha, el de Salamanca, fue a otro que estaba consolidándose. Se había terminado el edificio, pero en la cúpula de personal se abrió aquel año una brecha lamentable. A Javier, como Catequista, tuvo que afectarle bastante. Don Jesús Marcellán fue en remediador de aquel entuerto. Al cabo de los años, volvía al Paseo de Extremadura, que había dejado treinta años antes, a componer el cuadro y a devolver la confianza a los salesianos y en los salesianos, tan quebrantados por la espantada del Director anterior. ¡La historia oculta, subterránea y críptica de nuestras casas, si se escribiera...!

No estuvo muchos años en su primer destino de sacerdote. De allí pasó como Consejero a San Fernando, en la sección de los pequeños, que eran cerca del millar y en colaboración con Don Agapito, ya decadente y cansado, después de tantos años de bregar casi en solitario con aquella sección. Vuelve al colegio de María Auxiliadora de Salamanca, esta vez como estudiante de Letras ya maduro y cuarentón, pero con facultades y voluntad de cualificarse, como se decía entonces, en los años del post-capítulo de la renovación. La licenciatura de Letras le sirvió para ilustrar su magisterio y su cargo de Consejero en Salamanca, Arévalo y de nuevo Salamanca, la casa en que más aprendió y en la que

tuvo ocasión de enseñar por más tiempo. No sabemos si, como a Cervantes, «le enhechizaría la voluntad», pero a ella volvió una y otra vez y de ella salió bien contento, como lo quedaron de él grandes y chicos, a juzgar por los testimonios tan numerosos y sentidos, que se hicieron patentes a su muerte. Era pequeño, pero eficiente en todos los aspectos y dejó un gran vacío.

Todo cambio, supone un comenzar de nuevo. Se trasladan los enseres personales, los libros y el título académico, pero el prestigio, el aprecio y el ambiente afectivo hay que rehacerlo de nuevo.

Eso tenía que hacer Javier al venir a Guadalajara de Jefe de Estudios el primer año y de Administrador al año siguiente. Todo lo encontraba distinto, incluso la nomenclatura de los cargos que había desempeñado hasta entonces. Los estudiantes, sobre todo, no eran los chicos serios y dóciles de Salamanca. Eran más indolentes y más inquietos, complicados y tramposillos que los del antiguo Helmántico, con tan larga tradición de disciplina y de funcionamiento cuasi-militar.

-Me miran por encima del hombro -decía Javier-, como dándome a entender que soy pequeño y que no tengo demasiados arrestos. Yo sé cómo soy y lo tengo bien asumido. El último año, en la velada de Navidad, les dio por cantar el villancico «Ay del chiquirritín que ha nacido entre pajas...». Lo cantaba el curso del que era tutor y lo cantaban por él. Tanto lo repitieron y con tan evidente rumiada intención, que terminaron por enfadarle.

La corpulencia es sólo cualidad de apariencia. El Arcipreste de Hita, que tejió el elogio de las mujeres chicas, podía haber hecho también de los hombres chicos, pero voluntariosos y de buen hacer.

El segundo año se planteó un reajuste en el personal de la comunidad. El Director cumplía su sexenio, el Administrador pasaba a ser Director y al Administrador había que suplirle con un salesiano de la misma comunidad. La suerte cayó sobre Javier, bien a su disgusto. Siempre entre Letras y problemas escolares, ahora tenía que pechar con números, facturas, nóminas y asuntos administrativos. De lo intelectual y humano a lo material y rastroso. Pero todo es necesario, «que no hubiera capitán, si no hubiera labrador».

Los motivos que inclinaron la obediencia del lado de Javier, aparte de su virtud para encajar las encomiendas, eran los de su conocida metodicidad y su costumbre de orden y puntualidad de detalles.

No había hecho los cursillos que ahora se recomiendan para todos los aprendizajes. Hay cosas que no se aprenden y hay cosas que se llevan innatas.

A Javier, para ser un Administrador de oficio, le bastó con repasar las normas de los Reglamentos, dejarse asesorar y tener en cuenta los principios del buen sentido para la economía:

«No hay renta más segura y cierta que dejar de gastar lo que se puede excusar».

«No hay mucho que no se acabe ni poco que no alcance...»

Con este corto bagaje de preparación, con disposición de sacrificio y humildad para pedir y aceptar consejo, remontó Javier los primeros meses de su cargo de Administrador. No se puede decir que ya se hubiera hecho al cargo y que no le resultara enojoso el ir y venir a los bancos, el regateo de los contratos y la marrullería de algunos asalariados. Nada de eso le hacía feliz ni le alegraba el ceño angustiado que presentaba. Confiaba en que «no hay mal que cien años dure ni plazo que no se acabe».

El suyo se acabó con una prontitud imprevisible. No llegó al año.

Terminó el día de María Auxiliadora. Se había celebrado la novena y la fiesta como no se podía desear más, tratándose de la cumbre de las solemnidades salesianas. «Todo lo hizo Ella» y por Ella se hace todo lo factible humanamente. Como tesorero de la casa, había abierto las arcas de la economía y de la generosidad personal. Gastos, gestiones, atenciones a los invitados. A todo había llegado su diligencia y su dedicación. María Auxiliadora, que es una Virgen como para desfilar por una avenida; tan arrogante y tan majestuosa es su imagen, estaba para terminar el recorrido de la procesión y traspasar el umbral del patio del colegio. Los cohetes anunciaban la entrada y subían raudos a lo alto. Se confundían las luces de las explosiones con las primeras estrellas del anochecer.

Un fallo precipitó las explosiones y provocó un incendio de pólvora y una explosión extraña y alarmante. Enseguida se acercó uno en demanda de la llave de la terraza, porque había un herido.

La deflagración había sido tan rápida, que a Javier no le había dado tiempo a protegerse. Refugiado contra la pared, la llamada le alcanzó y le produjo una brecha profunda y sangrante. Le llevaron a toda prisa a la clínica y le hicieron la primera cura.

Como se trataba de una quemadura, le trasladaron al Sanatorio de Quemados de Madrid. Allí creyeron que la hemorragia estaba contenida y que el estado del paciente no parecía alarmante. Le dejaron estar, para hacerle una cura más a fondo a la mañana siguiente.

La herida, contra lo que todos imaginaron, contra lo que pensó el mismo paciente, resultó mortal.

Nadie se dio cuenta de que se moría, ni él mismo dio la menor señal de alerta. Al amanecer del día 25, todos hacían cabalas para recomponer el drama y explicarlo.

«...Que se me ha ido...» fue la exclamación atónita del facultativo... Que se nos ha ido, podía ser la exclamación de todos, a medida que la noticia iba esparciéndose, como la pólvora fatal...

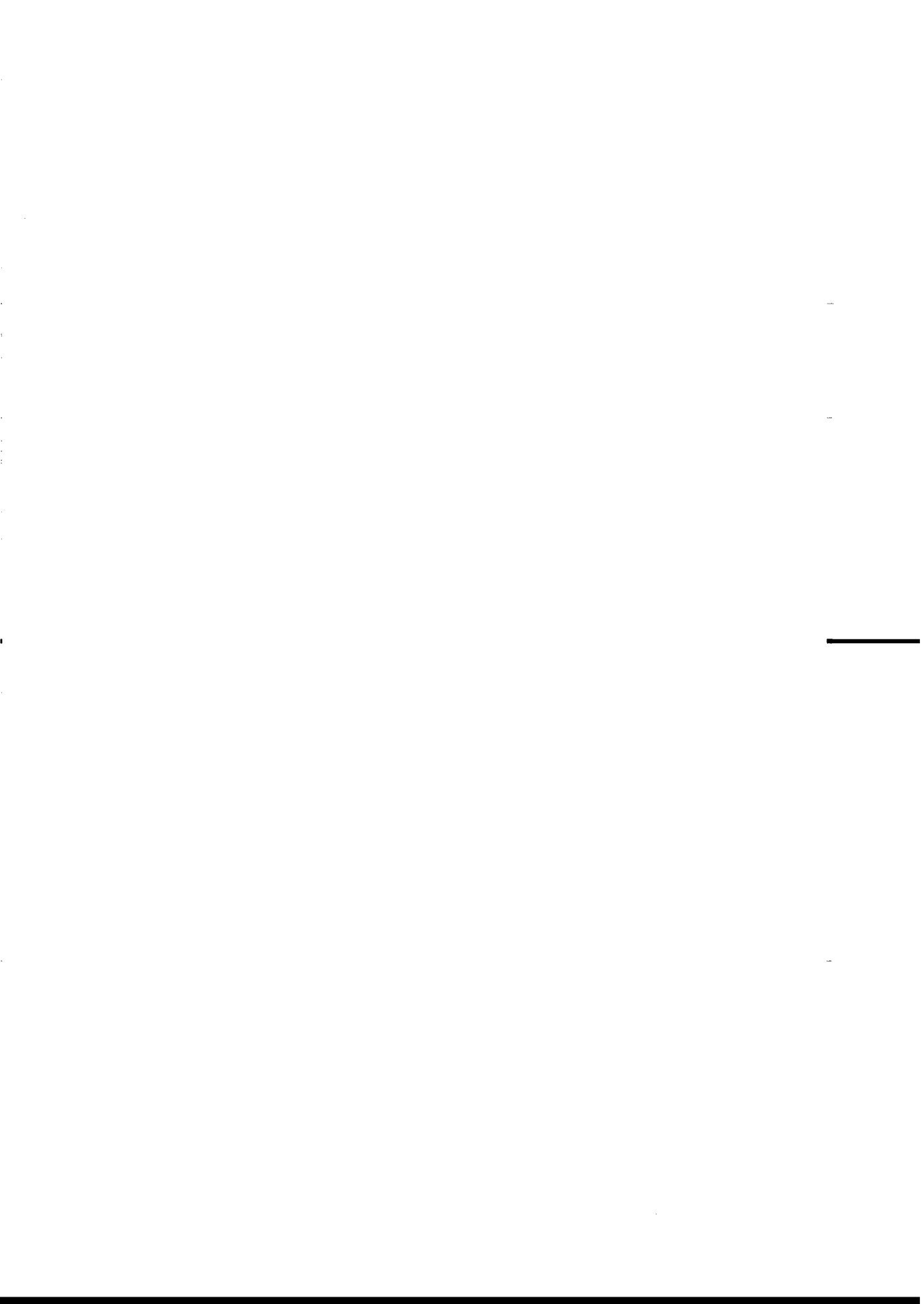
El día amanecía con el olor y la resaca de la fiesta y teñido de un luto sin paliativos...

Cuando los alumnos, reunidos en la iglesia para la oración de la mañana, recibieron la noticia, quedaron sumidos en un silencio profundo y tristísimo...

Con aquel silencio querían expresar todo el aprecio que le debían, reparar toda la guerra que le habían dado y expiar lo poco o lo mucho que le habían hecho sufrir... Sólo divierte ser malos cuando una persona buena nos soporta, como los había soportado Javier Cordero, con regañinas sin hiel, callada y mansamente, como cumplía a su apellido y a su condición...

JUNIO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
10	1986	Coadjutor	José Antonio FDEZ. BOLANOS	34	195
15	1917	Novicio	José GONZÁLEZ ALVAREZ	23	199
22	1962	Novicio	Santos ENCINAS MONEDERO	22	203
28	1920	Coadjutor	Pedro SEGUÍ BAUSA	33	206



JOSE ANTONIO FERNANDEZ BOLAÑOS



Coadjutor.
Nació en Agudo (Ciudad Real) el 19-II-1952.
Profesó en Astudillo (Palencia) el 13-VIII-1970.
Falleció en Bata (Guinea Ecuatorial) el **10-VI-1986**.

La historia de José Antonio «Bolaños», como normalmente se le llamaba, es breve, varia y no sin alguna reflexión que ofrecer.

Nació en Agudo, un pueblo de Ciudad Real –«en el tartesio llano»–, el 19 de febrero de 1952. Hizo el Aspirantado en Carabanchel en los años de Don Maxi como Director; el noviciado en Astudillo, en los años intermedios de la reconstrucción de Moherando, en que Astudillo era noviciado común de León y Madrid, como ahora lo vuelve a ser de León, Bilbao y Madrid aunque por razones distintas. Entonces era por necesidad de ampliación; ahora es por motivo de reducción.

El perfeccionamiento lo hizo en Urnieta, en la rama de mecánica. Pasó, por tanto, por las tres Inspectorías afines: Madrid, León y Bilbao.

El trienio práctico lo pasó por entero en Ciudad Real, en la Escuela Hogar de Santo Tomás de Villanueva. Tuvimos ocasión de seguir su trayectoria desde que comenzó el trienio hasta que salió de Carabanchel para Guinea.

Es curioso comprobar lo que evoluciona un salesiano con el correr del tiempo y el influjo del ambiente y de las circunstancias.

Cuando llegó a Ciudad Real, era un jovencillo frágil, rubio y lampiño, un tanto tímido y mucho menos desgarrado y bronco de lo que pedían aquellos educandos. Fue su primer contraste y primera prueba de resistencia.

Los informes del trienio, a lo largo de los sucesivos trimestres, descubren dos cosas: la gama psicológica por la que fue pasando y el distinto criterio de los Directores que le enjuiciaban. Los términos de uno son elogiosos, positivos, casi triunfales; los del otro son más estrictos, más matizados y con sus reservas de realismo. «Sano, atento, ponderado, tenaz, responsable, entregado, colaborador, competente en el taller. Da sensación de ser un buen religioso». El último informe del tercer año deja entrever ciertos «síntomas de aislamiento, rareza, responsabilidad a su manera, dificultades para mantener la disciplina...». Una cosa deja bien clara: su deseo de cultivarse y su afán de cualificación pedagógica. La trayectoria, como puede verse, es la misma que la de tantos otros. Con la diferencia de que unos superan las dificultades y llegan a buen puerto y otros naufragan.

Secundando sus aspiraciones y deseos legítimos, el Inspector le mandó a Béjar, en cuya Escuela obtuvo el título de Ingeniero Técnico. Muchas idas y venidas del Colegio a la Escuela en las mañanas ateridas de frío, sus buenas sesiones de estudio y vigiliassobre los libros, pero remontó dignamente las pruebas y salió de Béjar laureado y con la confianza de verse «humanamente realizado».

Fue destinado al Colegio de San Fernando, tan pretenciosamente potenciado entonces por la Diputación. Coincidió su desti-

no con los años de la transición, el cambio que, en aquel caso, no fue para mejor.

A Bolaños le tocó, en aquellos años de liquidación, ir a poner también su pica en aquel Flandes salesiano. Como el otro, el de la Historia amarga de España, también éste dio gloria a la Congregación, costó sangre y terminó perdiéndose. A José Antonio y compañeros de comunidad les tocó abandonarlo, con bastante gloria, pero con mucha pena.

Cuando fue a Carabanchel, al Aspirantado del que había salido de niño, alguien, en confianza y franqueza un tanto dura, le decía a Bolaños que venía herido de San Fernando o por lo menos con cicatrices, como los combatientes de los famosos tercios.

En Carabanchel estuvo y cumplió, pero ya no era el José Antonio, candoroso, entregado y seguro de hacía años.

¿Por causa de qué y por culpa de quién...? Son dos interrogantes difíciles de contestar.

Cuando salió de Carabanchel para Guinea, lo hizo como de puntillas.

No lo hizo con la alegría participada y franca de quien va a un destino lisonjero. Hizo sus preparativos sigilosamente, como solía hacer las cosas los últimos años y se marchó a Bata.

Su ritmo de vida en aquel extremo fue parecido al que venía observando. Cumplía y no creaba problemas de disciplina o de convivencia. Era servicial y se podía contar con él para un favor.

-¿Puedes hacerme tal cosa, José Antonio?

Y contestaba al punto:

-Eso está hecho.

Sus relaciones personales eran correctísimas y de buen compañero.

Sus relaciones sociales eran abiertas y amplias: parientes, alumnos, antiguos alumnos, amigos y amigos de amigos.

El día 10 de junio de 1986, José Antonio estaba al borde de las vacaciones. Ya tenía sacado el billete para la vuelta a Madrid, no sabemos con qué planes de futuro. El curso había sido atareado y provechoso para el Instituto politécnico. Cuando él llegó, no se encontraba en condiciones muy ejemplares, profesionalmente hablando. No era tan politécnico.

El organizó lo que tocaba a su especialidad, la electrónica; montó las máquinas todas y lo puso en marcha. Había hecho una labor meritoria...

Ese diez de junio, al mediodía hacía un calor abrasador, de auténtico trópico. José Antonio salió a tomar la brisa refrescante del mar, tan cercano de la casa. Por la misma playa estaban solazándose o des-solazándose unas religiosas angelinas y un grupo de catequistas alumnas de ellas.

En un momento dado, Bolaños, que estaba traspuesto sobre la arena, oyó unos gritos de alarma. Dos de aquellas bañistas, medianamente expertas en natación, se encontraban en peligro. José Antonio, sin pensarlo, se lanzó a sacarlas a salvo. Una salió fácilmente; la otra, Pilar, estaba más envuelta en las olas y le costó más esfuerzo, tanto que al tratar de acercarla a la playa, José Antonio se desvaneció. Un pescador que advirtió el peligro, acudió, puso a salvo a la hermana y volvió para rescatar a José Antonio. Cuando llegó al sitio donde lo había dejado, ya había desaparecido bajo las olas.

No apareció hasta la mañana siguiente. Se hicieron las diligencias debidas para preparar el cadáver y trasladarlo a Madrid. Tras un viaje accidentado, llegó a la capital el día 15.

En Carabanchel se celebraron los funerales y allí fue enterrado, en el panteón de los Salesianos.

Entró en Carabanchel para hacerse salesiano un día, salió de Carabanchel para Guinea y volvió a Carabanchel para quedarse allí para siempre.

Contra lo que tal vez proyectaba y tenía, parece, mal decidido, su suerte estaba irrenunciablemente vinculada a Carabanchel y a la Congregación.

JOSE GONZÁLEZ ALVAREZ



Novicio.
Nació en Teixeira (Orense) el 20-II-1894.
Inició el Noviciado en Carabanchel Alto (Madrid)
el 24-VII-1916.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **15-VI-1917**.

Llegó a Carabanchel el 28 de Diciembre de 1915. ¡Qué extraña inocentada, salir de las tierras de Orense, de las brumas densas y de las nieblas espesas por las riberas del Miño y encontrarse de pronto en Madrid, con un sol radiante y, al traspasar la Estación del Norte, contemplar la estampa del Palacio Real, el Seminario, La Almudena en obras, San Francisco el Grande...!

Sí, el mismo día de los Santos Inocentes llegó a Madrid Pepino, como se le llamaba, para ingresar en los Salesianos. Tenía de ellos una vaga noticia por el Boletín Salesiano, que había llegado

a sus manos en alguna ocasión. Lo había encontrado al azar, tenía ya 21 años y estaba para librarse del servicio militar.

Nació en Teixeira, sus padres se llamaban José y Concha y él, dejando, atrás «orvallos, piñeiros y castiñeiros», vino a Carabanchel, a formar parte de «los hijos de María», como entonces se llamaba a los Aspirantes. Le encantó la finca, el palacete que hacía once años había donado Don Guillermo Gil. Le parecía encontrarse en uno de tantos «pazos de su Galicia».

Le recibió muy afablemente el nuevo Director, Don Honorato Zóccola, italiano, abierto y acogedor, que conocía bien Galicia. Tenía 40 años, llevaba tres meses de Director en Carabanchel y se había percatado ya de la pobreza y la complejidad de una comunidad compuesta por Aspirantes, Novicios, Filósofos y una decena de Salesianos profesos.

José traía buena preparación del colegio de Orense; pasadas las vacaciones de Navidad le acoplaron con los que se preparaban para ir al Noviciado. Se dio de lleno al estudio y a la piedad, de modo que al final de curso, con sólo siete meses de Aspirantado, se le consideró preparado para empezar la segunda etapa de la formación: el Noviciado.

Su salud endeble, el esfuerzo que hizo por aprobar el curso o la vida austera que se vivía, hicieron que su salud comenzase a resentirse.

La vida austera y la situación precaria en que se vivía, ha quedado reflejada en una descripción muy gráfica que un compañero suyo, Don Aniceto Sanz Yagüe, hace en la Historia de Carabanchel. Dice así: ¡«Qué impresión, Dios santo! ¡Carabanchel, la casa solariega de tantas promociones salesianas... Viejísima... Vimos aquella casona de corte aristocrático. Una vasta huerta en desuso y en pleno abandono... Era entonces Aspirando, Noviciado y Filósofado... Los inquilinos de la Casa estaban todos desnutridos, demacrados, macilentos... Nuestra vida en Carabanchel transcurrió todo el año en un ambiente de verdadera penuria económica y pobretería...»

Y en estas condiciones vivían, según informes del Inspector Don Binelli, 35 Aspirantes, 27 Novicios y 22 Filósofos.

Pepino, en un clima de fervor espiritual y penuria material comenzó animoso el Noviciado. Eran 27 compañeros de Noviciado y tenía 22 años. Tuvo como Padre Maestro a D. Antonio Balzario, italiano y gran forjador de las primeras promociones de Salesianos de España. Le había enviado Don Rúa, estuvo siete años en la Inspectoría Tarraconense y con ese entrenamiento vino a la Inspectoría Céltica. Aquí estuvo nueve años de Formador de Novicios en Carabanchel.

A los dos meses de Noviciado, les impuso la sotana don Binelli, Inspector de Madrid, después de la segregación de la Inspectoría, por diez años en unión con la Tarraconense.

Pepe estaba feliz con su sotana y con la mejor ilusión de aprovechar el Noviciado. Sin embargo, al aparecer los primeros fríos del Otoño, volvió a resentirse gravemente su salud. Una tosecilla molesta y progresiva empezó a alarmar a todos... Médicos, consultas, sobrealimentación, en lo que era posible, reposo absoluto y aislamiento... El diagnóstico era el más acostumbrado entonces y el más temible: una tuberculosis declarada y fatal. Se fue agravando de día en día. Ni los aires sanos de la finca ni los cuidados de la comunidad lograron atajar la dolencia. Un mes le faltaba para acabar el Noviciado y no le dio tiempo a profesar con sus compañeros. Tuvo que hacer la profesión por su cuenta y por vía de urgencia. La víspera de su muerte, en cama, rodeado de sus compañeros, recibía la Santa Unción y a continuación emitía con gran fervor la fórmula de la profesión. Hicieron de testigos el Director y su Padre Maestro.

Falleció el 15 de Junio de 1917, a los 23 años y en brazos de su Director, Don Zoccola.

¡Quién le habría de decir que a los dos meses de ser Testigo de esta profesión, él también habría de ir a la casa del Padre.

Este año fue un año aciago para Carabanchel. Tres fueron los fallecidos en breve espacio: el buen novicio Pepino, de quien nos ocupamos; otro coadjutor joven, también gallego, de tierras de Lugo, Ángel Vila, y el mismo Director Don Zoccola, que fallecía el 24 de Agosto, después de despedir a los Aspirantes que se trasladaban, unos a Sarria y otros a Campello.

Sin duda, los años anteriores y posteriores a esta fecha, hayan sido los más sufridos y dramáticos para esta salesianísima casa de Carabanchel: su «edad de hierro», podríamos decir. La que ha asegurado su continuación con la semilla de aquellas vidas limpias, selectas, que aseguraron las cosechas sucesivas.

SANTOS ENCINAS MONEDERO



Novicio.
Nació en Villaescusa de Roa (Burgos) el 1-XI-1944.
Inició el Noviciado en Mohernando (Guadalajara)
el 15-VIII-1961.
Falleció en Mohernando (Guadalajara) el **22-VI-1962.**

Santos Encinas ni siquiera llegó a ser salesiano. Le nombramos, para hacerle partícipe de un triste privilegio que tienen los novicios: figurar en el necrologio entre los Salesianos, como uno más entre tantos otros de largos años y cuantiosos méritos. El novicio participa de los beneficios de los Salesianos y no participa de sus gravámenes.

«Favores sunt ampliandi»; «odiosa restringenda». Los beneficios hay que ampliarlos; los perjuicios, hay que restringirlos.

Nació el día de Todos los Santos del año 1944, en la larga, fría

y dura tierra de Burgos, en Villaescusa de Roa. De las seis zonas naturales que tiene esta extensa provincia, este pueblo estaría en la zona de la Ribera del Duero.

Los padres de Santos eran León y Matilde; tenía cuatro hermanos, él era el mediano.

Hizo dos años de Aspirantado en Zuazo de Cuartango, en el Directorado de Don Luis Torreño y tres en Arévalo, con Don Juan Antonio Romo como Director.

Vino a hacer el Noviciado el año 1961, el año en que se dividieron las Inspectorías de Madrid y Bilbao.

De haber vivido, ahora estaría formando parte de la Inspectoría de Bilbao. Hizo el Noviciado bajo la dirección de Don Eduardo Díez. Lo hizo con los mejores deseos y con los buenos resultados que eran lo normal en un ambiente en que todo se conjugaba: el Maestro, el novicio y el régimen. Iría contando los días que faltaban para la profesión, menos de dos meses, un Pentecostés.

El día 21 de Junio tuvo un ataque fulminante de apendicitis. Experimentó alguna alternativa de mejoría y empeoramiento y el día 22, a mediodía, con tiempo y lucidez suficiente para recibir los sacramentos, murió santamente.

Los compañeros no tuvieron tiempo para impetrar la curación, sólo para encomendar su alma.

Cuando volvieron de paseo, se encontraron con la triste nueva.

Era la fiesta del Sagrado Corazón.

A sus padres no hubo tiempo más que de participarles ya la muerte. Vinieron apesadumbrados, velaron sus restos, asistieron a los funerales y se lo llevaron, para enterrarle en el cementerio de Villaescusa de Roa.

La Tierra llana, fértil y triguera, recibía una semilla más para la cosecha de la eternidad.

*«Un día vendrá la juventud
y llamará a tu puerta...»*

A él no le dio tiempo a oír esa llamada. Tenía 17 años no cum-

plidos. Entre las jaculatorias que le sugerirían, estaría aquella del Sagrado Corazón, en las letanías:

*«Esperanza de los que en Ti mueren
Ruega por nosotros...»*

PEDRO SEGUÍ BAUSA



Coadjutor.
Nació en Ciudadela (Menorca-Baleares) el 27-XI-1887.
Profesó en Sarria (Barcelona) el 30-VIII-1905.
Falleció en Madrid el **28-VI-1920**.

Pedro nació en Ciudadela-Menorca, el 27 de Abril de 1887. Sus padres se llamaban Pedro y Juana, nombres de los Apóstoles predilectos.

Menorca es el extremo oriental de España. Forma con Gibraltar, la bisagra geográfica del Mediterráneo. Una lo abre y otra lo cierra. Las dos lo dominan. Por algo se apoderarían de las dos los ingleses en el Tratado de Utrech. A Menorca, que tuvieron secuestrada un siglo, la regalaron y trataron halagadoramente, en compensación de ese secuestro. La hicieron prosperar con huellas que todavía perduran. ¡El sistema colonizador inglés! Ese fue el

escenario en que se movieron los primeros trece años de Pedro Seguí. Estaba todavía reciente la llegada de los Salesianos en la isla y de Don Pedro Olivazzo, el intrépido descubridor y conquistador salesiano.

A esa edad fue a Sarria, a aprender Arte y Decoración. A los cinco años terminó el oficio, con el grado de lo que después llamaríamos Maestría. Ante el ejemplo de tantos salesianos prestantes como conoció, le entraron deseos de hacerse también él salesiano.

Fue al Noviciado el año 1904. El Padre Maestro era Don Balzario, formador de tantos Salesianos. Eran 52 novicios, trece de ellos coadjutores. Era el noviciado común de dos Inspectorías, la Tarraconense y la Céltica.

Ahora el noviciado es de tres Inspectorías y los novicios, una docena corta. El contraste es significativo.

Se ofrece la observación del famoso Maestro del toreo. Tuvo un banderillero que llegó a ser Gobernador de Huelva.

Le preguntaban una vez:

-¿Cómo es posible llegar de banderillero a Gobernador, Maestro?

Y él contestó con sorna:

-Degenerando...

Ahora tendríamos que contestar con dolorosa resignación.

Pedro hizo el noviciado, la primera profesión y la profesión perpetua en Sarria.

Apenas profesar le pusieron al frente del Taller de Escultura y Arte. Estuvo en el mismo sitio y en el mismo cargo 14 años, cimentando el imperio profesional que llegó a ser Sarria en esa especialidad.

El año 1911 se unieron las dos Inspectorías mencionadas, en una medida de rectificación de gobierno, desde que Don Rinaldi fundara las tres Inspectorías de la Península, atento al principio de «Divide y vencerás». Fue una unificación «sui generis». Seguían manteniendo mucha separación. El Inspector era único y común, pero las Inspectorías eran administrativamente independientes. No fue una fusión completa. El Personal estaba un tanto flotante y a merced de las necesidades de

las casas. Por eso Pedro Seguí fue mandado por Don Binelli a Madrid, con la misión de fundar en Atocha una especie de sucursal de Sarria. A lo largo de catorce años, la segunda Casa de la Congregación en España, bajo la acción del Sr. Mestre, Don José Recaséns, del Sr. Seguí y otros salesianos ejemplares y Maestros excelentes, se había levantado con el cetro de un dominio indiscutible. Habían creado una verdadera universidad del trabajo, sin nombre ni pretensiones de tal, pero con la efectividad de los resultados.

Llovían los pedidos de parroquias, casas conventuales, rectorías. Retablos, imágenes, medallones, sagrarios, fueron poblando las iglesias de Cataluña y Aragón. Al lado del primitivo tallercito, se habían ido montando las especialidades de Ebanistería, Talla, Vaciado, Orfebrería, Dorado, Pintura: Las ramificaciones de aquella factoría y de aquel imperio del arte sacro que llegó a ser Sarria.

Todavía hablan por sí mismos los retablos de Ntra. Sra. de la Gleva, del Castañar, de Almendralejo y del mismo Palacio Pedralbes. De alguno de ellos decía el Marqués de Lozoya que «era uno de los más grandiosos que se habían hecho después de la guerra».

Pedro Seguí vino a Madrid, con el pesar natural de dejar en Barcelona su ambiente y su escuela, pero con la misma ilusión y la misma voluntad que había desplegado en Barcelona; pero Madrid no le fue propicio.

Los tiempos tampoco eran alentadores. Llegaba en 1919, año de transición de cambio a peor y del comienzo de la marejada arrasadora.

No pudo llegar a poner por obra sus proyectos. La salud le falló y apenas pudo terminar el primer curso. Murió en sus últimos días, el 28 de Junio de 1920. Tenía sólo 33 años de edad, los de la juventud ejemplar.

Nació en Menorca, se formó y vivió en Barcelona y murió en Madrid. Ese fue el triángulo de su recorrido.

En Madrid era poco conocido; en Barcelona su muerte hubiera sido más sentida y espectacular; pero estando ausente ya, tanto en un sitio como en otro, quedó poco menos que ignorado.

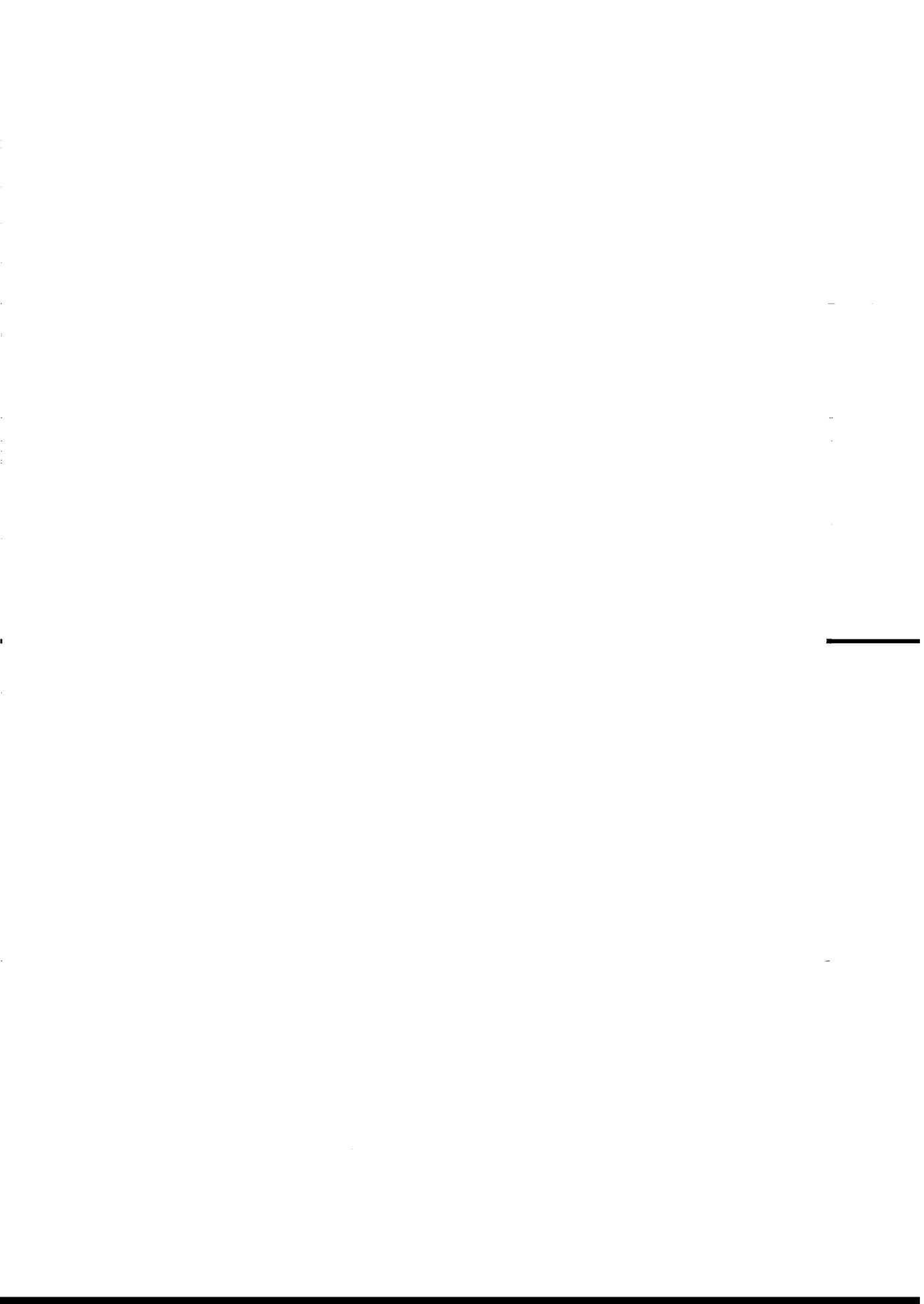
Muchas imágenes de santos salieron de sus manos. Todos ellos habrán sido largamente venerados. ¿Quién se acuerda del artista que les dio forma y figura? Sirva este apunte de ligero y lejano recuerdo.

Contribuyó con otros venerables Salesianos a configurar humana y cristianamente a muchos jóvenes.

Ellos, a su manera, hicieron

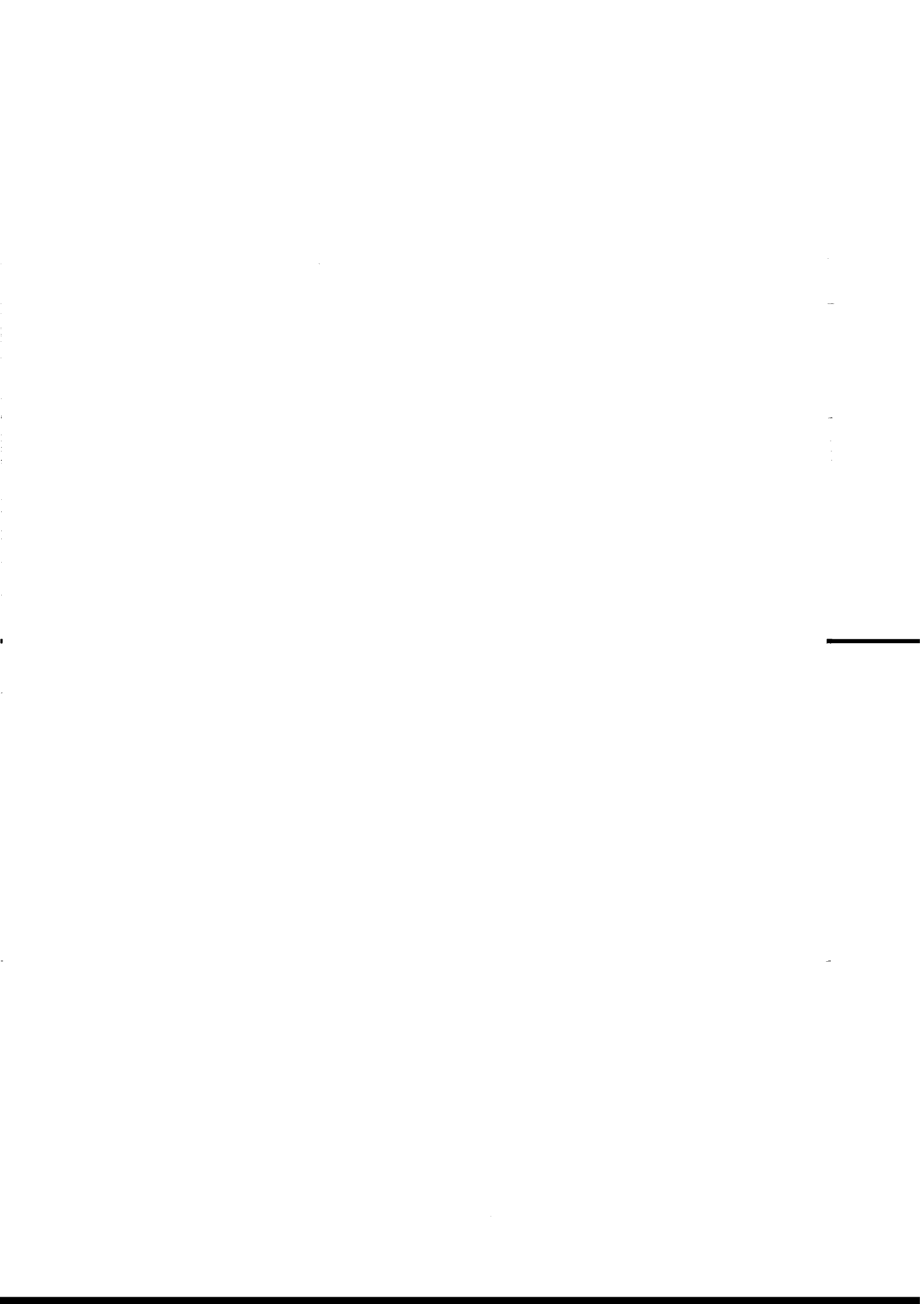
*«la España del cincel y de la maza
en esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza...»*

Dios le tenga en su paz y en su gloria.



JULIO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
10	1992	Sacerdote	Ángel IZQUIERDO GONZALO	56	213
15	1988	Coadjutor	Francisco CID LOSADA	55	220
17	1988	Sacerdote	Alejandro VICENTE GARROTE	83	224
23	1925	Sacerdote	Francisco FALQUEZ COSTAS	27	236
29	1991	Coadjutor	Marcelo FERNANDEZ POZUELOS	89	239



ÁNGEL IZQUIERDO GONZALO



Sacerdote.
Nació en Gete (Burgos) el 12-II-1936.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 9-III-1954.
Ordenación sacerdotal en Melchet Court (Inglaterra)
el 17-III-1961.
Falleció en Madrid el **10-VII-1992**.

En el funeral de Ángel el Sr. Inspector hacía el recuento de los fallecidos durante el último año: tantos como los que han ingresado. La Inspectoría queda en tablas. El penúltimo de los recordados era Ángel. Murió demasiado joven, para lo que se esperaba de él. Uno más a la mitad del camino de la vida, cuando estaba en plena madurez y rendimiento.

La homilía del funeral fue en parte una autosemblanza del mismo Ángel. Entre sus facilidades tenía la de escribir con soltura y saber verter por escrito sus vivencias, las de su vida y las de su enfermedad. La de su muerte la tenemos que consignar nosotros,

como el único tributo que le podemos prestar, además de la oración y los sufragios, que en el caso de Ángel fueron bien numerosos. «Suffragatur copiosius»: es sufragado en mayor abundancia, enumera San Bernardo entre los privilegios de la vida religiosa. Un plus de beneficios espirituales. Hace dos meses que nos abandonó, en pleno mes de Julio. En ese mes de días largos, calurosos y llenos de vida, se lo llevó la muerte, el incansable segador, «que no duerme las siestas», como la llamó Cervantes. Ahora ya no hay segadores; pero la muerte sigue haciendo su jera.

Había nacido en Gete, un pueblecito minúsculo y de labrantío, en el partido de Salas de los Infantes, cercano a Silos y al pie de la sierra, del rerrijón, mejor llamado, de Carazo. Es un burgo de Burgos y está en la cuna misma de Castilla. «Carazo era de moros en aquella sazón», dice el Poema de Fernán González. El fue el forjador de Castilla, que pasó progresivamente, como el pueblo elegido, por el mando de jueces, de condes, y de reyes. Nació en una comarca, «que tuvo sed de guerras y que añora la espada» y nació en una fecha bien cercana a otra guerra menos gloriosa, la civil. Nació el 12 de Febrero de 1936, en víspera de las elecciones que dieron el triunfo al frente popular. «Si el Frente Popular gana, el Ministro de Gobernación tiene que ser sordo y ciego durante cuarenta y ocho horas», había dicho en tono conminatorio y devastador un gerifalte de antaño. En ese ambiente de eferescencia y de pasión airada nació Ángel.

Estalló la guerra y, al año, su familia tuvo que emigrar al Norte, en busca de mejores condiciones de vida, cuando el Norte ya estaba pacificado y comenzaba a admitir mano de obra. La familia Izquierdo compuesta por el padre, la madre, dos hijos y una hija, como tantas otras familias del Centro, en el Norte hicieron fortuna y se mantuvieron adictas a su solar nativo. Hicieron un patrimonio y conservaron otro. Con el tiempo volvería a su tierra burgalesa y se establecieron en Hortigüela. Allí iría Ángel con sus posnovicios y salesianos de Carabanchel en excursiones de verano, a recordar y respirar a pleno pulmón aires de romancero. Ángel se sintió siempre burgalés legítimo, si bien la infancia la pasó al lado de la ría del Nervión. De ella le

vino la inquietud viajera y de aventura. La infancia la pasó en Vasconia, la adolescencia en Castilla, la juventud en Inglaterra y la mayoría de edad en el ancho mundo. Conoció América, Oceanía y África. Era hombre de don de gentes y horizontes abiertos. Respiraba campechanía y jovialidad. En todas partes daba la impresión de sentirse en su ambiente. Comunicaba juventud, confianza y optimismo. Cuando se le veía en Carabanchel ir y venir de la Residencia al Colegio, hablando con naturalidad con los alumnos, los posnovicios y los salesianos que encontraba al paso, daba la impresión de ser el amigo de todos. Le recordamos en las tardes de verano, organizando las meriendas-cena en el patio interior, haciendo de anfitrión y cocinero de aquellas reuniones familiares y festivas. El encendía la barbacoa, asaba las sardinas, las chuletas y los pinchos morunos, animaba el festín y prolongaba las sobremesas hasta altas horas. Parecía feliz haciendo felices a los jóvenes formandos. Se ha comprobado un alto índice de perseverancia entre los participantes de aquellas veladas. Parecía un Director de juventudes nato. Cuesta creer que, aún entonces, tenía alguna añoranza y se tragaba alguna amargura.

La amargura era de la incompreensión y la falta de correspondencia de sus encomendados. Real o supuesta le hacía sufrir y alguna vez se le vio lamentarlo hasta llorar.

¿Qué formador y qué maestro pundonoroso no habrá tenido sus horas bajas y de amargura?

La añoranza era la de sus misiones, sus andanzas por Masaki y Baclor. Tenía mentalidad misionera, posconciliar y, digámoslo de alguna manera, carreñista, de don José Luis Carreño. Le conoció y trató en Filipinas y quedó marcado por él. Era una personalidad demasiado arrolladora para no influir en sus adláteres. Hemos visto a muchos prendados de su simpatía, de su celo y de sus condiciones humanas: de su carisma, en una palabra muy de ahora. Como pasa con los grandes modelos, no todos los admiradores le han interpretado a derechas y con fidelidad íntegra, «Bienaventurados nuestros admiradores, porque de ellos serán nuestros defectos», dijo aquel autor de teatro.

En la ascética y en la pastoral, pasa un poco como en la literatura. Se asimilan más los defectos que las cualidades.

«Ante todo, no imitar a nadie, dijo el poeta del modernismo. Y menos, a mí». Muchos maestros podían decir lo mismo sobre lo peculiar de su estilo y lo irreductible.

Dejando a salvo el principio de San Pablo sobre la imitabilidad «ser imitadores míos, como yo soy de Cristo», siempre se podrá hacer la restricción: «imitadores de mí pero no de todo lo mío...».

Siempre hay que dejar una reserva a lo personal y a lo más propio.

*«Nadie fue ayer
ni va hoy
ni irá mañana
por el mismo camino
que yo voy...»*

El bache que hay en la vida de Ángel, después de su primera salida a las misiones, se presta a alguna observación. Estuvo en Madrid algunos años, trabajó en la parroquia de San Germán y se movió como misionero de la retaguardia.

Se mantuvo en relación con salesianos y salesianas, completó sus estudios teológicos, catequísticos y pastorales, leyó, se documentó, dio clase y dio pábulo suelto a cuanto su curiosidad, mejor, su ambición le pedía.

No fué un paréntesis de alejamiento, sino de capacitación para su integración completa en la Inspectoría. Se le aceptó sin reservas y se le puso al frente de responsabilidades... La mejor manera de ganarse la confianza, es mostrarla y la Congregación se la mostró plenamente.

Fue Director de casas de Formación, daba clases en la Normal de Magisterio de la Escuela don Bosco, pertenecía al Consejo Inspectorial como Delegado de Cooperadores, de vocaciones, de las ADMA, organizaba cursos de verano en Guinea Ecuatorial, predicaba, escribía y desarrollaba una actividad desbordante. Entre lo solicitado que estaba y lo que se prestaba él, no le quedaba ninguna actividad por ensayar.

«Veo, que te estás prodigando en tus muchas responsabilidades dentro de la Inspectoría y aún abarcas más de lo que se te encomienda, en un acto de servicio constante...». Venía a ser una advertencia del Inspector a su profusa dedicación.

A todo llegaba su dinamismo y su celo.

«Impendar et superimpendar...», decía San Pablo, el archimisionero. «Me emplearé y me superemplearé...». La medida de la caridad es la sinmedida.

Todavía no estaba satisfecho. Su ilusión era «quemarse» en las misiones, en las de primera línea. Respiró cuando le destinaron a Lesotho.

Como si aquí no estuviera desplegando una labor bastante apostólica, moviéndose a sus anchas en la cumbre del apostolado, se avino a trabajar en una misión oscura, lejana, casi residual. Estaba poco menos que sólo, en un país de ínfimo nivel, cerrado como en un enclave, dentro de la República Sudafricana. Su territorio, el de una provincia, le venía estrecho y sus habitantes católicos, poco más de un cuarto de millón, resultaban escasos para sus vuelos de gran misionero. Por mucha falta que hiciera un misionero de habla inglesa, cuesta creer que le confinaran allí para algo más que para una prueba, un ensayo o un escarmiento.

Fuera cualquiera el motivo de su destino, a la antigua Basutolandia, Ángel lo aceptó sin reservas, con su alegría vital y habitual. Se entregó con el mismo ritmo sencillo, total que era su estilo. Vivía para sus poblados, sus dos novicios, sus colaboraciones y cartas a Madrid y su aprendizaje del dialecto bantú, en el que comenzaba ya a soltarse en su predicación y catequesis.

Su voluntad no tenía freno, pero la salud comenzó a fallarle.

El cáncer, que según las conclusiones del último congreso de oncología, se propicia en ambientes pobres, se apoderó de su fortaleza de «burgalés de pro».

Por obediencia de su Inspector y con el billete de ida y vuelta en la mano, se resignó a desandar el camino de Madrid, para someterse a un reconocimiento médico. Se sometió, como si se tratase de una dolencia de rutina. Recibió el diagnóstico, personalmente y lo descifró él mismo: «Endocarcinoma gástrico», tra-

ducido al «román paladino», cáncer maligno de estómago. Como si al condenado a muerte, le hicieran leer su propia sentencia.

Parece que fue a Lesotho a buscar la enfermedad. ¿Para eso tantas prisas, para ir a la misión, aunque se tratase de la misión más recóndita y auténtica?

En «El Divino Impaciente», que leía en las últimas semanas de su enfermedad, anotaría estos versos del santo misionero:

*«Vuela presto, mensajero,
que mi afán más alto llevas
y la flor de mis deseos...»*

Decididamente, se sentía a sí mismo un misionero frustrado. Sólo que en lugar de acabar, como San Francisco, en las playas de Sanchón, frente a la inmensidad de la China, se tenía que resignar a morir en la habitación de una clínica de Madrid.

¡Dura prueba, menguado final, para un misionero fogoso!

Ángel se resignó a la realidad y acepta el diagnóstico desde el primer momento con un silencio hondo, dolorido.

*«En nuestra vida todo
por misteriosa mano se gobierna...»*

Tan misteriosa, que no se puede explicar con la razón humana. Dios le quería misionero, pero no misionero en acción, sino de pasión, de sufrimiento y de deseo.

Aceptó el trance con una entereza ejemplar, sin un lamento, sin una velada protesta.

«Sólo el sabio es rico, y valiente el sufrido», dice el proverbio de saber estoico.

El valor se necesita y se demuestra, más que acometiendo las cosas grandes, aceptando y aguantando las cosas adversas.

Ángel aguantó y sobrellevóla dura realidad, no con filosofía estoica, sino con teología viviente y Mística de Cruz.

En su delicadeza, le preocupaban, más que los dolores de la enfermedad, las noches insomnes e interminables, la soledad, el

pensar que podría ser gravoso para los demás y la lejanía de sus cristianitos de Lesotho. No se le quedaban tan lejos; los llevaba en su corazón.

Mientras sentía que su cuerpo se desmoronaba, estaba siendo la oblación viviente y sufrida de un sacrificio eficaz y propiciador.

Ahora caía en la cuenta de cuáles eran las «razones para el amor», que es el secreto y la clave para la Esperanza indefraudable y para la alegría plena.

Se le vendría a la memoria las estrofas que su admirable amigo y compañero de misión compuso como epitafio propio, para hacerlas resonar en las fragosidades de Alzuza.

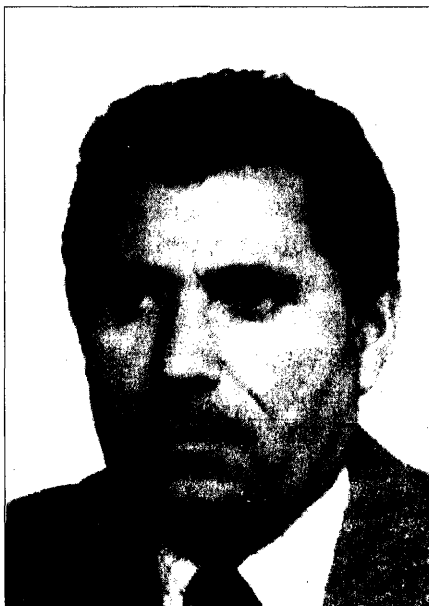
Don Pedro López las recordaba al principio de la homilía del funeral.

Valga también el eco de estas estrofas para poner fin a este incompleto y desvaído apunte.

Se titula «Resurrección» y se dirige a las campanas.

*«Lleve el aura al valle hundido
su solemne vibración
anunciando en su tañido:
¡¡¡Resurrección!!!»*

FRANCISCO CID LOSADA



Coadjutor.
Nació en Gánade (Orense) el 5-V-1932.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1953.
Falleció en Salamanca el **15-VII-1988**.

Paco Cid, «Pacorro», como le llamábamos familiar y afectuosamente, falleció hace poco más de dos años. Su recuerdo está muy reciente y su imagen, muy presente: cuerpo macizo, pelo negro apretado, cuello corto, voz abroncada y hablar apresurado, que se le atropellaba cuando se ponía nervioso y amenazador a su manera.

—«¡Mira, vasco...!», decía, reprimiéndose, a uno que se metía mucho con él y llegaba a cargarle..., no teniendo demasiado en cuenta la advertencia:

«Guárdate de la ira del hombre paciente...»

Paco era paciente, bueno y sano: un hombre de paz y de buen convivir. Se reía a carcajadas, usaba bromas y las sabía aguantar. Su índole, su acento cerrado y su estilo campechano se prestaban a ellas.

¿Quién dijo aquello de que el castellano es arrogante y desdenoso, el portugués, lo mismo que el gallego es receloso y susceptible? Bien es verdad que también le atribuye virtudes grandes; a vuelta de defectos de avaros, desconfiados y pleiteadores, son sufridores del trabajo, excelentes para la guerra y la infantería por su subordinación, dureza de cuerpo y hábito de sufrir incomodidades de hambre, sed y cansancio». Eso decía Cadalso, que era coronel, además de escritor y conocedor de los hombres.

A Paco le encajaban algunas de esas cualidades, no precisamente por ser gallego, sino por ser él. Cadalso escribe de hombres y personas en general.

Fuera de eso, el hombre es persona y cada persona es un mundo aparte.

Puestos a recordar a Paco, no vamos a hacer una carta mortuoria, ya que se escribió a su tiempo, extensa y a fondo, en términos bien elogiosos y razonados.

Esto es sólo un breve apunte recordatorio, de un Coadjutor «todoterreno» de los que vendrían a maravilla uno en cada casa salesiana.

Labrador, dispensero, gobernante del servicio, hombre de recados y ayudante de Administrador, todo llevado con fidelidad, con limpia y buena conciencia.

Estos Coadjutores son en las casas como los suboficiales en el ejército.

Había nacido en Gánade, un lugar pequeño «en el mar de ondulante verdura», que es Galicia. Era hijo de campo y estuvo adscrito a él.

Siete años de formación en Mohernando, en compañía y a las órdenes del Mariscal de Campo, Sr. Aizpuru; nueve años en Salamanca, no la académica, sino la campera y labradora, trabajando y haciendo trabajar la finca de Santa Marta, que era la huerta y la dispensa del Colegio de María Auxiliadora; otros ocho años en

Mohernando, ya sin la sombra del Sr. Aizpuru y de nuevo en Santa Marta, como aperador y trabajador y responsable de una hacienda que necesita la vigilancia del amo, si no quiere resultar ruinoso; seis años en la Inspectoría y en Carabanchel, como mozo de la Librería, despensero del Aspirantado y de nuevo a Salamanca, para ser ayudante de Ecónomo del Filosofado. Esta fue la obediencia última y la que le resultó más gustosa. Mohernando, Salamanca y Madrid se repartieron los días y los trabajos de su vida, bien poco complicada.

De los tres destinos, el sitio que más le caló fue Salamanca. Era gallego por nacimiento y salmantino por afición. Sería porque iba a ser el último.

«¿A dónde irá el buey que no are...?». Paco fue un trabajador entregado en todos los sitios donde estuvo y en todas las misiones que se le confiaron.

Pero un trabajador que se sentía al mismo tiempo salesiano.

«Ni el rezo estorba al trabajo, ni el trabajo estorba el rezo...»

*«Trenzando juncos y mimbres
se pueden labrar a un tiempo
para la tierra un cestillo,
y un rosario para el cielo».*

Paco, por todos los sitios por donde fue pasando, labró cestiillos y rezó rosarios. Cuando en Salamanca le tomaban el pelo, haciéndole ver que a costa de tantas idas y venidas a Santa Marta, pasando por delante de sitios mundanos, su espiritualidad peligraba, él replicaba mostrando su rosario:

-Veríamos a ver quien reza más rosarios al cabo del día. Y al Director, en clima de confianza, le advertía:

-Diga V. a los salesianos que recen el rosario, que no sé si lo rezan...

Bien es verdad que se dormía en los sermones y conferencias, pero era por lo cansado, no por desinteresado ni tibio.

Era trabajador, cumplidor y rezador, que ya es bastante. Sin refinamientos ni maneras sofisticadas, pero de fiar. Hasta tenía su

interioridad y atisbos muy agudos y certeros que mostraba en la intimidad confiada.

Fue primero coadjutor de campo, después coadjutor de plaza. Por esto y encontrarse en un ambiente cultivado, se fue refinando y adquiriendo aficiones de ilustración. Por eso, cuando recibió la última obediencia, que le volvía de nuevo a Santa Marta, la llevó más a regañadientes. Otra vez a la granja y a bregar con renteros y empleados.

Le costó hacerse; pero como le pasaba otras veces, terminó aceptando. Parece como si Dios no le pidiese más que eso: la aceptación, no la ejecución.

Cuando ya estaba ultimando los preparativos del trabajo, a caballo entre el colegio de María Auxiliadora y el Filosofado, le sobrevino la muerte ya sabemos cómo. La circunstancia de lo trágico la hizo más lamentable y a él le dejó más confirmado en el aprecio y en el buen recuerdo de todos los que le trataron.

Rosalía de Castro, a la que no sabemos si Paco habría leído mucho, tiene unos versos en defensa de sus sacrificados conterráneos:

*«Castellanos de Castilla,
tratade ben os galegos.
Quando van, van como rosas;
cando ven, ven como negros...»*

Bien podemos asegurar que Paco se sintió bien tratado. Su estancia en Castilla y sobre todo, su muerte, le dejó más «de rosa» que cuando llegó.

Le imaginamos en sus primeros años de Salamanca, cuando salía por las mañanas crudas de invierno, forrado de su bufanda, su pelliza y sus guantes, porque todos los pertrechos eran pocos. Volvía con su carro cargado de cántaras de leche y de hortalizas varias. Se le veía contento, casi ufano, de poder presentar tan logrados frutos de su trabajo.

¡Que en aquella víspera de la Virgen del Carmen, como el portón del patio de María Auxiliadora, se le hayan abierto las puertas del Cielo con el alma tan cargada de méritos!

ALEJANDRO VICENTE GARROTE



Sacerdote.

Nació en Cubo del Vino (Zamora) el 3-VIII-1904.
Profesó en carabanchel Alto (Madrid) el 25-VII-1922.
Ordenación Sacerdotal en Madrid el 6-XII-1931.
Falleció en Barcelona el **17-VII-1988**.

Después de la muerte de Don Alejandro, Don Emilio Alonso escribió un libro sobre él, Don Aureliano Laguna hizo un extracto del mismo y redactó la carta mortuoria. Este apunte es el logaritmo de ambos escritos. El único motivo que lo inspira es el de que no falte la figura de Don Alejandro entre los casi doscientos salesianos difuntos de nuestra Inspectoría. Sería una ausencia imperdonable.

Tanto la monografía de Don Emilio como la carta de Don Aureliano, le han enmarcado en su tiempo, en el casi siglo entero en que vivió: del año 1904 al 1988.

Hacen notar el contraste entre la figura prestante de Don Alejandro y el tiempo azaroso y sombrío en que le tocó vivir. Es un cuadro de Rembrandt o de uno de los pintores de la iluminación: las figuras centrales, muy destacadas; el fondo, mucha oscuridad.

De gran parte del siglo **XX** en España, cabe decir lo que San Agustín dice de este mundo: «*térria difficilis et sudoris nimis*» -tierra difícil y de demasiado sudor-. Los magnicidios, las huelgas y trastornos sociales, las guerras, revoluciones y contrarrevoluciones que lo agitan, le dan ese sombrío matiz al siglo en cuya última decena estamos.

Fijándonos en los lugares que marcaron los pasos de Don Alejandro, nació en Carrales del Vino (Zamora), pueblo grande cercano a la capital de la tierra celtibérica. Cereales, legumbres, zumaque y vino son las fuentes de su riqueza. Don Alejandro se preciaba de buen catador y recomendaba el vino tinto, por tener más tanino y ser un vino más para hombres. No es un detalle que diga mucho de su idiosincrasia, pero lo adelantamos.

Sus padres se llamaban Alejandro y Concepción. De uno heredó el nombre y de la otra, despierta, emprendedora y de firmeza, heredó el temple dominante. Sentía por ella gran admiración y no la ocultaba, cuando era del caso.

Nació en Zamora, pero se crió y naturalizó en Salamanca. Sus padres cambiaron muy pronto la ciudad del Duero por la del Tormes, se establecieron cerca de la calle de La Compañía, que es una de las rúas más monumentales de Salamanca, y montaron una tienda de chacinería.

La vecindad del colegio de San Benito le llevó a los Salesianos.

Ingresó en él en tiempo de P. Tagliabúe, de Don Maggiorino Olivazzo y de un coadjutor joven, pequeño y sonriente, que se perdió en las misiones, Don Ramón Fernández. Aquel colegio pequeño, pobre y ensombrecido por la mole gigantesca del seminario, fue la cuna salesiana de Don Alejandro, como lo fue de bastantes otros salesianos beneméritos.

Entró en Carabanchel, como aspirante, el año 1917, el año de la revolución rusa y de las apariciones de la Virgen de Fátima, -la cara y la cruz de aquel año-. Estaban en Carabanchel como diri-

gentes Don Zoccola, que tuvo un directorado brevísimo, Don Anastasio, antes de ser Director por segunda vez, Don José Saborido, el pintor, arquitecto y más cosas, además de Catequista, y el perpetuo Consejero y Jefe de Estudios., Don León Cartosio. Un teólogo, un científico y un artista: buen cuadro de profesores para empezar una carrera brillante.

Al año siguiente fue a Campello. Su Director fue Don Battaini, como lo sería después en Carabanchel en el año del Noviciado y en los años de la Filosofía. De Carabanchel a Campello y de Campello a Carabanchel fue el itinerario de muchos aspirantes a salesianos en aquellos años.

Don Alejandro, como estudiante de Humanidades, novicio y estudiante de Filosofía, ya se distinguía por su carácter serio, concienzudo y responsable, entre sus compañeros más jóvenes y «cascabeleros», pero también valiosos: Don José Luis Carreño, Don Arturo González y José Antonio Torrente.

El Trienio lo hizo entre Carabanchel y Atocha, como Asistente de novicios y clérigo de primera, si es que los había de segunda.

Cumplió el servicio militar en Campamento, como ferroviario, hizo la profesión perpetua y empezó por su cuenta la Teología. Estudiaba y rendía examen ante un tribunal que formaban Don Battaini, Don Anastasio y Don Ramón Goicoechea. Así estuvo los cuatro años, en Carabanchel y en el Paseo de Extremadura, haciendo al mismo tiempo de Estudiante de Teología y de asistente y profesor de lo que se ofrecía. Le veíamos en el estudio, en el comedor y en el paseo. Manejaba libros muy grandes y un lapicero muy pequeño, con el que escribía notas al margen.

-Yo estudio la Teología «terriblemente», decía, y se le llenaban los labios gruesos que tenía, al decir «terriblemente».

Las notas que sacaba eran óptimas, no sólo por benignidad de los examinadores, sino por profesionalidad del examinado. Buen trabajo le costaban y buen empleo del tiempo le suponían. Tenía razón cuando decía que estudiaba «terriblemente». El esfuerzo le costó una enfermedad del pecho en el verano de 1931. Fue el año de la proclamación de la República y la quema de conventos. Los aspirantes vieron precipitarse la terminación del curso y se encon-

traron con unas vacaciones inesperadas y largas, desde mayo hasta octubre. Fue la primera criba para aquellas vocaciones, que habían de sufrir tantas pruebas. Mientras tanto, Don Alejandro reponía su salud al lado de su familia. Se recuperó, fue destinado a Atocha, terminó la Teología por libre y fue ordenado sacerdote en la fiesta de la Inmaculada. En la lectura de notas de aquel mes, les decía Don Jesús Marcellán, como noticia y estímulo, a los aspirantes.

-Si no estudiáis con seriedad, no llegaréis a lo que alcanzó nuestro querido Don Alejandro hace bien pocas fechas: el sacerdocio.

Lo presentaba como remate y premio del estudio, que Don Alejandro tenía bien ganado.

En aquel azaroso curso, que comenzaba con tan inquietantes presagios, los artesanos de Atocha ganaron un Catequista y los aspirantes del Paseo de Extremadura perdimos un amigo. Así le considerábamos ya a Don Alejandro. Su carácter era abierto, comunicativo y francamente cordial, entonces. Estuvo de Catequista de Atocha tres años, con internos y externos de los talleres y con Don Enrique Sáiz de Director, buen mentor para cualquier cargo que se dejara asesorar por él.

De Atocha pasó a Estrecho, ya como Director, con el breve entrenamiento de tres años. Atocha y Estrecho habían de ser las casas más frecuentadas por él y en las que más afanes y sudores vertiera.

Allí le sorprendió la guerra, así como la preguerra y la posguerra inmediata. El vaticinio que había hecho Don Manuel Grana en la inauguración de la iglesia y que mencionamos en el apunte de Don Antonio Torm, se cumplió al pie de a letra, por desgracia.

-«Si no civilizamos, si no educamos a estas legiones de posibles bárbaros, decía en lenguaje destemplado, España está perdida. Hoy rodean con inocente bondad a la Iglesia y a la Monarquía; más tarde la rodearán también, y de nosotros depende la actitud que adoptarán un día no lejano ante la Monarquía y ante la Iglesia...».

La actitud que adoptaron fue de la más fiera iconoclastia y de la más sañuda barbarie.

Bien se comprobó en la famosa patraña de los caramelos envenenados y en la suerte que corrieron el colegio y los salesianos, al estallar la guerra.

Cuando se encontraban detenidos en la Dirección General de Seguridad, un guardia de asalto los miraba entre compasivo y amenazador y les decía por todo aliento:

-A Vds. no los salva ni la misericordia.

Sólo por la misericordia de Dios se salvaron los que no perecieron en el cataclismo, como les sucedió a Don Salvador Fernández y Don Pío Conde, por ejemplo.

La odisea de Don Alejandro no hay por qué relatarla. Está en las páginas que han descrito aquellas jornadas a las que es ingrato volver, aunque sólo sea con el recuerdo.

Sólo diremos que, una vez libre de cárceles y encierros, aunque siempre con libertad vigilada, y estando Don Felipe Alcántara, el Inspector, en la cárcel primero y en el extranjero después que logró emigrar, Don Alejandro quedó de Inspector suplente y al cargo de todo el personal disperso en Madrid y sus alrededores. Proveía de alojamiento a los que iban saliendo de la cárcel, hacía llegar socorros a los que estaban escondidos, se cuidaba de los enfermos, se ponía en contacto con los que regresaban del frente con permiso, asistía espiritualmente a los salesianos jóvenes y llevaba cuenta de los que estaban más en peligro físico o moral, de seguridad o de perseverancia. Fue una encomienda arriesgada y espinosa la que le confiaron.

Vivía cauteloso siempre y con miedo de que le detuviesen en cualquier momento. Vestía un traje azul y una boina negra. Iba bien vestido, pero desgarrado y sin clase. Cuando uno le acompañaba, le hacía ir a veinte pasos de distancia y sin dar a entender que le seguía. Parecía un funcionario ruso, un agente del SIM o un jefe sindical, que eran los únicos que se presentaban bien trajeados. No tenía paradero fijo ni se sabía dónde localizarle. Gracias a tan minuciosas precauciones, sorteó la situación y pudo desempeñar su cargo de «Inspector in partibus infidelium».

Terminó la guerra y volvió a Estrecho, que era un acinamiento de inmundicia y un montón de chatarra. Había sido la sede del Quinto Regimiento, algo así como decir el sancta sanctorum del comunismo.

La guerra se había ganado, pero a qué precio. Razón tenía el que dijo que «lo más parecido a una guerra perdida, es una guerra ganada». La misma desolación y destrozo general. En Estrecho se imponía la labor de rehacerlo todo y de cambiar el cuartel general comunista por el antiguo colegio de San Juan Bautista.

A esa labor se dedicó en los meses inmediatos. Se trabajaba, pero con gusto, se sufrían privaciones, pero con esperanza, se vivía con pobreza, pero con seguridad. Había llegado la paz.

*«Todo más que lo fue nunca
era bello de mirar.
Nunca fue el sol más de oro
ni más de turquesa el mar».*

Los beneficios de la paz se disfrutaban, aunque fuera una paz difícil y sembrada de espinas.

En septiembre de 1939 estallaba la guerra mundial y Don Alejandro era destinado a Atocha. Las dos cosas sucedían el día primero del mes, aunque no haya entre ellas ninguna ilación.

Volvía a Atocha como Director el antiguo Catequista de los profesionales. Iba a estar nueve años e iba a dar a la Casa un impulso definitivo, una transformación más bien. De las humildes Escuelas, en una gestación de nueve años, iba a salir un gigantesco complejo de escuelas, talleres, parroquia con iglesia capaz y un cortejo de obras post-escolares y para-escolares. Hacía falta tener anchas espaldas, mucha ilusión y una Fe de apóstol para llevar adelante el proyecto.

«No tenemos dinero, pero la Virgen quiere mucho a los jóvenes y nos ayudará». Los salesianos de la reconstrucción después de la guerra, son como los hebreos del tiempo de Neemías, después del exilio. «En una mano tenían la espada; con la otra construían la muralla».

Cuando ahora vemos Atocha y nos encontramos con una

manzana tan cuadrada y exenta, no podemos perder de vista el antiguo conjunto, raquítrico, irregular y construido a piezas.

Para lograr ese resultado se emplearon nueve años, se contó con la ayuda generosa, providencial, de Don Luis Ibáñez, Don Fernando Bauer, los Ministerios de Gobernación y Trabajo y muchas aportaciones minúsculas, anónimas. No menos decisivas fueron las oraciones de los «niños», como los llamaba Don Alejandro suavizando el término, la estrategia de las medallas esparcidas y el tesón de aquel hombre de pocas palabras, pasos aplomados y hechos eficaces.

Para que la empresa resultase más humana y normal, a veces le faltaban las fuerzas y su organismo se quebraba, como en el verano de 1942, en que cayó nueva y gravemente enfermo. Se retiró de nuevo a Salamanca, en busca de los cuidados de su madre, que eran su mejor medicina.

Ya convaleciente, salía con ella de paseo por el camino de Cabrerizos. Se sentaban en un ribazo y contemplaban el panorama por delante.

Era deslumbrador, inmejorable para levantar allí una obra salesiana.

Le parecía oír la voz de la leyenda:

—¿Ves todos estos territorios? Pues todos ellos serán un día tuyos.

Y allí se levantó al cabo de los años el Teologado Salesiano, su obra cumbre, aunque fuese pasajera.

Volvió a Atocha a emprender la construcción del pabellón de la calle Armona y parte de la Avda. del General Primo de Rivera. Vimos poner la primera piedra y asistimos a la inauguración. Coincidieron ambos acontecimientos con los primeros meses y con el final de nuestra Teología. En el primero, Don Ángel García de Vinuesa, que era el intermediario entre los salesianos y los estamentos oficiales, decía enumerando las personalidades allí presentes. «Con gusto se encontraría también aquí el Jefe del Estado. Pero como es hombre de obras acabadas, más que de propósitos de primeras piedras, ha prometido que, cuando se trate del final de la obra empezada, aquí estará». La obra se terminó un día

de primeros de junio del 1945, se impuso la medalla del trabajo a Don José Recaséns, el Jefe de Estado no estuvo presente, pero sí una nutrida representación oficial en nombre suyo. Fue aquel un día de satisfacción y recompensa moral para Don Alejandro.

«Los hombres pasan, pero las Obras quedan» y algunas con cuánta contundencia.

La vida de Don Alejandro tiene tres etapas señeras: su directorado de Atocha, de nueve años fecundos; su estancia en San Fernando y su actuación como Inspector. Las tres son decisivas, trascendentales para él y para la Inspectoría de Madrid.

Cuando ponderaban el desarrollo de la Inspectoría después de la guerra, razonaba Don Alejandro, tratando de explicarlo.

-No tienen en cuenta que por aquí ha pasado un hombre extraordinario, de mucha sencillez y muchísimo dinamismo: Don Modesto.

Era verdad; pero también lo era que muy cerca de Don Modesto había estado otro hombre de menos sencillez y parecido empuje. Era él. Al cabo de los años, es justo reconocerlo así, por más que Don Modesto se ruborice y trate de negarlo.

Si uno fue Elías, el otro fue Eliseo. Los dos fueron «carro y corceles de Israel». Uno, por fortuna, todavía vive, «tan entero, fuerte y sano que no pasa día por él», como dijo el clásico.

Los Salesianos entraron en San Fernando el año 1948. Entraron con incertidumbre y con decisión, como quien se enfrenta a una conquista. «Nosotros no venimos a favorecer la economía ni el prestigio de la diputación. Venimos a redimir a los niños y a mejorar su condición». Eso dijo Don Alejandro en una reunión de la Junta, saliendo al paso de algunas objeciones que formulaban los que enfocaban la empresa bajo el aspecto crematístico.

Una tarde de noviembre del mismo año 48, cuando ya las cosas se iban encauzando, se llevó procesionalmente la imagen de María Auxiliadora, para entronizarla en la capilla. Había una estatua de San Fernando, muy marcial y con una espada muy conquistadora, pero faltaba todavía Ella. La procesión pasaba por el camino de circunvalación del recinto. La tarde era nublada y triste. Al lado del camino había montones de hojas secas y barredu-

ras. Los chicos iban cantando con voces todavía indecisas. Al llegar a la capilla, Don Alejandro se adelantó y les dijo: «Mis queridos amiguitos -era su expresión de entrada- os hemos traído hoy a María Auxiliadora, para que tengáis una Madre...», ellos que no tenían otra.

Entre la acción de María Auxiliadora, la voz de Don Alejandro, que se levantaba sin grito ni estridencia, y el trabajo de los salesianos, unas veces acertado y otras veces no tanto, pero bien intencionado, aquel desierto se convirtió en vergel, los lobeznos se convirtieron en corderos y se repitió el sueño de Don Bosco.

*«Nunca disteis tanta sombra,
pinos de Puerto Real...».*

Puerto Real y Fuencarral son consonantes. Y los pinos también.

Cuando los Salesianos fueron a San Fernando, los niños estaban abandonados y los talleres presentaban telarañas. A los pocos años de estar allí, era un colegio ejemplar. A fin de curso se organizaron unas exposiciones modelo y la Diputación lo exhibía con orgullo. ¡Cuánto camino recorrido desde aquella procesión de finales de noviembre del cuarenta y ocho, cuando María Auxiliadora, tan hacendosa y maternal, llegó para sanarlo y ordenarlo todo...!

Qué concentrada amargura sentiría Don Alejandro el día que, por obra y desgracia de la política, tuvo que abandonarse aquel Flandes salesiano.

*«Tanto heroico valor
tanta sangre vertida,
¿para qué...?»*

Pero el bien hecho, hecho quedaba. No sabemos su repercusión. Sólo sabemos que Dios está por encima de las entidades y de los avatares de la política. «Echa tu pan a las aguas corrientes. Después de muchos años, lo volverás a encontrar...».

Don Alejandro comenzó a ser Inspector de Madrid el año 1954, después de la «cruzada» en San Fernando. Se dividían al

mismo tiempo las Inspectorías de Madrid y León, que entonces era Zamora. No hubo ceremonial de protocolo ni presentación oficial solemne. En seguida comenzó a trabajar y a moverse. Los días eran cortos para tantos proyectos. No podemos más que enumerarlos: Las casas de formación, la iglesia de María Auxiliadora, la exhumación y traslado a Carabanchel de los salesianos sacrificados en la guerra, el proceso de Beatificación y Canonización de 42 Salesianos supuestamente mártires, la casa de Pizarrales, la de El Royo, el aspirantado de Zuazo, la Escuela Agrícola de Saldármela, la Escuela Profesional de Baracaldo, la finca de El Bonal y el Teologado, florón de cualquier etapa inspectorial y cifra de tantas esperanzas... Algunas de estas Obras fueron esbozos que pronto se convirtieron en realidad.

Parecía un sueño tanta floración y tanta abundancia de obras y de Personal. El cuerno de la abundancia se había volcado sobre la Inspectoría. El mismo Inspector, admirado, les decía a los estudiantes de Filosofía: «No sé, no sé adonde vamos a llegar...».

Tenía razón Don Ziggotti en la inauguración del Teologado de Salamanca: «Desde que llegué a España, voy pasando de sorpresa en sorpresa...». Dichosa edad y días dichosos aquellos en que tuvo lugar tanta prosperidad. Ahora los miramos con melancolía y con una envidia incontenible. Tanta abundancia y tanta prosperidad no podía ser duradera. «No suelen venir dos siglos de Oro sobre una misma nación...» dice Menéndez Pelayo de la prosperidad de España y de su decadencia.

Don Alejandro pasó todavía por el colegio de Ferroviarios y por Estrecho, de Director, cómo no. Con facultades mermadas, con un ojo perdido y el otro disminuido, todavía tenía arrestos para mandar, a su manera.

Parecía incombustible y hecho para Director.

Sin embargo, el mando le buscó a él; no fue él en busca del mando.

Cumplió en estas dos últimas etapas de su actuación y pasó, ya casi ciego, al reducto del confesionario. Rezaba rosario tras rosario, porque ni siquiera podía recitar el Oficio, repartía absolucio-

nes y devanaba sus memorias. Modesto o discreto, «nunca se consideró ni héroe ni víctima».

Era demasiado virtuoso para no sentirse tal y era demasiado cauto para no presentarse como ninguna de las dos cosas.

Seguro que algunos de los pasos hacia atrás que se dieron, le llegaron al alma. Algunas de las posiciones no las habría cedido nunca y otras las habría defendido con uñas y dientes.

No era sincero cuando decía con aparente resignación: «...Hijo mío, los tiempos han cambiado y las personas tenemos que plégarnos a ellos».

Dice un refrán que él practicaba, aunque no conociera la letra textual:

«Discreción es disimular lo que no se puede remediar...». En sus años finales tuvo que pasar muchas veces por ese disimulo.

Era realista y tenía un gran sentido práctico. Algunos le suponían un tanto maquiavélico y dado a salir adelante con las cosas, como fuera.

«Te he nombrado del Consejo Inspectorial, le decía a un salesiano no identificado con él, porque piensas bien y no piensas como yo».

Se murmuraba de él que, como era fuerte, se rodeaba de ayudantes débiles. Al revés de los que le pasa al dirigente débil, que se rodea de fuertes.

«Ya conozco yo a los hombres», se le oía decir, confirmando su natural desconfiado y cauteloso...

«Todos somos buenos, hasta que dejamos de serlo...», replicaba a uno que defendía como bueno a otro.

Y cuando era Inspector, al terminar la Visita a una casa, susurraba una frase que ya no es denigración ni violación de secreto, sino muestra de su humor y de su realismo:

—«En esta casa, como en todas: el que no cojea, renquea». Y esbozaba una sonrisa de indulgencia y de comprensión.

Tenía mala vista, pero una visión larga y certera.

En reuniones de capítulo y de Consejos Inspectoriales, no fue partidario nunca de hacer una casa para salesianos ancianos o retirados.

–«Al salesiano le gusta ver siempre niños y morir donde ha trabajado».

En esto se equivocó.

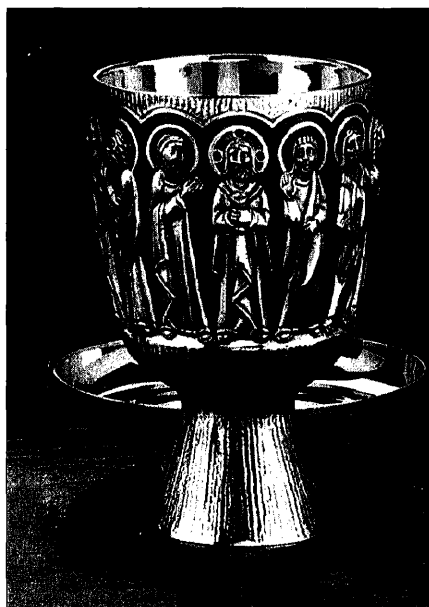
Contra su voluntad, tuvo que resignarse a ser instalado en una casa de salud, salesiana, pero distante de Madrid y sin niños bulliciosos.

Fue a morir a Martí Codolar, donde pasó sus tres últimos años, dando ejemplo de virtud, de prudencia y de pacífica convivencia.

Sus restos mortales fueron trasladados a Madrid, donde se le dedicó un funeral tan sentido y como él merecía. «A tal Señor, tal honor...».

Descansa en Carabanchel. Allí empezó su aspirantado, hizo el noviciado y la Filosofía y allí disfruta del «descanso definitivo y eterno», tan ejemplar e incuestionablemente merecido...

FRANCISCO FALQUEZ COSTAS



Sacerdote.
Nació en San Martín de Coya (Pontevedra) el 11-XI-1897.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 20-VII-1916.
Ordenación sacerdotal en Lugo el 11-IV-1925.
Falleció en Cercedilla (Madrid) el **23-VII-1925**.

Francisco Fálquez vivió poco tiempo, no llegó a los veintiocho años, pero es menos lo que se sabe de él. Apenas los datos indispensables y esenciales.

Nació en una aldea perdida de Pontevedra, San Martín de Coya, uno de tantos Sanmartines como hay en la geografía de España.

Ingresó como aspirante o como pre-aspirante en el colegio de Vigo a los diez años. Allí apuntó su vocación salesiana.

Hizo el Aspirantado, el Noviciado y la Filosofía en la casa madre y solariega de Carabanchel. Allí hizo la primera profesión

en las manos del Representante del Rector Mayor, que era a la sazón Don Manfredini.

Corría el año 1917, importante y encontrada fecha. En ese año tuvieron lugar sucesos de signo muy distinto: la huelga revolucionaria en España, la revolución rusa, las apariciones de la Virgen de Fátima.

¿Qué onda de todos estos sucesos llegaría a sus oídos, a su sensibilidad de joven hecho ya? Tenía entonces veinte años.

En 1918, con solo un año de Filosofía hecho, fue destinado a Santander, Colegio del Alta. Entonces se tenía un adiestramiento corto para un ejercicio largo. ¿Mediaron en su caso motivos de urgencias del Inspector o fallo de la salud de Francisco?

Estuvo un año en Santander y dos en Baracaldo, en el segundo Directorado de Don Ramón Zabalo.

No sabemos cómo se desempeñó en esos años de la prueba de fuego, que era el Trienio, un poco más de fuego en aquella casa de medianas posibilidades y cercana a los Altos Hornos.

Demos por supuesto que fue un Trienio normal. El caso es que en 1921 pasó a estudiar la Teología en Carabanchel, en aquel teologado que era todavía provisional.

Monseñor Versiglia le administró la Tonsura, en su episcopado todavía reciente.

En 1924 se le declaró una dolencia de pecho, bastante frecuente entonces y de curación dudosa, dados los medios de que se disponía. Fue trasladado a Vigo, San Matías, como estudiante y enfermo.

Como la enfermedad se prolongaba, la curación se presentaba incierta y el tiempo urgía, se acortaron los plazos y fue ordenado de Subdiácono en Vigo. Mal sitio para sanatorio un puerto de mar. En Vigo comenzó su vida salesiana y en Vigo comenzó también el principio de su fin. Fué trasladado a Orense, por tratarse de un clima continental más propicio para su curación ya imposible.

En un proceso canónico sumario, se ordenó de Diácono en Lugo y a los ocho días, de sacerdote en la misma ciudad.

Apenas sacerdote, con la unción todavía fresca, fue ingresado

en el sanatorio antituberculoso de Cercedilla. Era la última tentativa. Los aires tonificantes y perfumados del «ancho Guadarrama» pasaron en vano sobre sus pulmones desahuciados. Murió a los cuatro meses, el día 23 de julio de 1925.

Allí sus manos recién impregnadas en el óleo santo, se cruzaron y se quedaron cerradas para siempre.

Descanse en paz este trabajador de la primera hora, que habrá recibido su denario, porque Dios no mira tanto el trabajo que se hace como la voluntad y el espíritu con que se hace.

MARCELO FERNANDEZ POZUELOS



Coadjutor.

Nació en Renedo de Valderaduey (León) el 30-XII-1901.

Profesó en Cumiana (Italia) el 23-IX-1929.

Falleció en Arévalo (Avila) el **29-VII-1991**.

«No quiso el padre Júpiter que fuera fácil la labranza. El fue el primero que, con arte, removió los campos y aguzó con la necesidad los mortales pechos, no consintiendo que su monarquía se entorpeciese en la pereza gris...».

VIRGILIO, *Geórgicas*, libro 18.

León es una de las provincias que pueden alardear de Hidalguía. Es milenaria y cuna de la Patria. Los leoneses hacen gala de nobleza y bravura, desde Guzmán el Bueno a Durruti, dos ejemplares de distinto signo.

Cuando Castilla no tenía aún Reyes, León ya había tenido leyes.

Es prolífica en héroes, bravucones y santos. También lo es de vocaciones insignes.

De allí era Don Marcelo, de Renedo de Valderaduey.

Está este pueblecito en la zona de la Tierra de Campos, zona interprovincial, que abarca porciones de varias provincias: Palencia, Valladolid, León, Zamora y Burgos. Renedo parece lugar común como Melgar, se encuentran varios. Se repiten en cada provincia y en algunas, hasta dos: Renedo de la Vega y Renedo de la Valdavia. Son tan insignificantes, que no tiene nombre propio. En este Renedo nació Don Marcelo, el año 1901 de una familia numerosa y modesta. Como no es raro, entre las familias de esa tierra sana y cristiana, Marcelo quería ser sacerdote. Era bien inclinado, piadoso y con aptitud para los estudios. «Mas para hacer tal pasta, que diría Berceo, «faltábale fariña». No tenía medios para costearse los estudios. Su padre descartó desde el primer momento esta pretensión. El y algunos de los hermanos eran reacios. La madre y algún otro hermano, más complacientes o más piadosos, no se oponían tan de plano. Esta división de pareceres, le recordaría un poco a Don Bosco. ¿Qué vocación meritosa no habrá encontrado oposición dentro de la misma familia?

El muchacho insistía en su buen deseo, pero el padre insistía cerradamente en su negativa.

Por fin, accedió a que fuera a los Maristas de Carrión de los Condes, a estudiar, que no a hacerse cura.

Tenía ya 17 años, sentía un poco de reparo, viéndose el mayor de la clase de pre-aspirantes. Los estudios se le daban bien y en poco tiempo, al cabo del segundo año, se puso a la cabeza de la clase. Hasta aquí, como el muchacho de los Becchi también.

Fue a Barcelona, para hacer el Aspirantado. Los estudios eran más fuertes, se estudiaba mucho Francés, más que el Castellano incluso. Se iba creciendo e iba superando el retraso y el pelo de su pueblo, Renedo de Valderaduey, nombre que se prestaba a alguna chanza de sus compañeros.

«Poco dura la fortuna en casa del pobre». Cayó enfermo y

tuvo que regresar a su casa al cabo del primer año de aspirantado. Pasó tiempo «y un año pasado había» y dos más... El se había repuesto de su dolencia y perseveraba en su propósito, pero el padre se oponía más en redondo.

Hacía de ayudante de un sacerdote del pueblo vecino, sacristán y maestro de coro de voces femeninas. Les enseñaba el poco canto gregoriano que había aprendido en el seminario y algunas otras artes menores. El cura le apreciaba y le entretenía «culturalmente», a cambio de los buenos servicios que le prestaba. Un día, al azar, le enseñó una hoja de la «Hormiga de Oro». En ella venía el anuncio de que los Salesianos se habían establecido en Astudillo y aceptaban vocaciones: chicos de doce años en adelante.

Vio el cielo abierto. Estaba ya muy adelante de los doce años, porque tenía 27. Sin pensarlo más, dijo a su padre que estaba ya cansado de trabajar en el campo. Se iba a Palencia a encontrar trabajo. El padre, tratándose de encontrar trabajo, lo dio por bueno.

Muy precavido Marcelo, lo primero que hizo fue acudir a un médico para hacerse reconocer y estar seguro sobre la salud, no le fuera a pasar otra mala jugada. Expuso al médico su deseo y éste, al enterarse de que se trataba de Salesianos, le reconoció, le dio por sano y no le cobró nada. De aquí dedujo Marcelo que debía tratarse de algún pro-salesiano, que Dios le ponía en su camino. Fue a Astudillo y se presentó a Don Pedro Olivazzo, que le recibió como a agua de mayo. Mientras tanto, en su casa le creían buscando trabajo. ¡Feliz mentira...!

Al exponer a Don Pedro su deseo de hacerse sacerdote, éste con sus buenas razones, le hizo ver que era ya muy mayor para meterse en estudios de Latín y otras complicaciones, que con «chaqueta» también podría ser un gran salesiano y hacer un bien «inmenso».

No resistió a la dialéctica de Don Pedro, se avino a ser coadjutor y se quedó de ayudante del Sr. Gil en la huerta y factor de muchas cosas más, porque para todas tenía maña.

Salió de su pueblo con el pretexto de buscar trabajo que no fuera el campo y se encontró adscrito al campo para toda su vida.

«El alguacil, alguiacilado...». Salió de la Tierra de Campos, y le esperaban los campos de Astudillo, de Santa Marta, de Saldárme-la, del Teologado... Los campos de muchas tierras...

Terminado el año de Aspirantado, fue a hacer el noviciado a La Moglia y después a Cumiana. Iban con él Don Modesto Conde y otro. Los tres llevaban barba larga, como futuros misioneros. No era demasiado larga ni muy bien cuidada. Hicieron trasbordo en Ventimiglia y notaron que desde allí tres sujetos comenzaron a fijarse en ellos y a no perderlos de vista. Los seguían a relativa distancia en el tren, en la fonda y en todo el trayecto, hasta que llegaron al Oratorio. Allí los perdieron de vista. Llegaron a intrigarlos y dedujeron al fin, que se trataba de tres policías.

Tres misioneros mal fachados, despertaron sospechas de anarquistas.

Hizo el noviciado a plena satisfacción de compañeros y Superiores. Don Ziggiotti, que era el Inspector, le decía de ellos a Don Marcelino Olaechea que eran trabajadores, piadosos y sin pretensiones. Bien se puede creer.

Durante el noviciado tuvo la fortuna de asistir a las fiestas de la Beatificación de Don Bosco y al traslado de los restos desde Valsalice a Turín. ¡Buena oportunidad para un novicio fervoroso...!

Al final del noviciado, Don Pedro fue a acompañar a una nueva expedición de aspirantes y se trajo a Don Marcelo, ya profeso. Los otros dos compañeros de Astudillo salieron hacia el Perú y Argentina respectivamente.

Ya está Don Marcelo de nuevo en Astudillo con la investidura del salesiano hecho y derecho que siempre fue, hasta el final de su vida.

Sin más perfeccionamiento ni adiestramiento técnico, comienza su vida salesiana práctica. Iba a ser larga, atareada, fructífera y muy igual.

En todas partes se empleó a conciencia y fue el salesiano sin par que todavía lloramos. Solamente el Sr. Aizpuru se le podría comparar, si las comparaciones no fueran siempre odiosas e inexactas. Era un Sr. Aizpuru más alto de tipo, más cultivado y más

diverso en habilidades. Por algo le conocimos siempre como «Don Marcelo».

Se empleó y se sobreempleó a fondo en todos los sitios donde estuvo y en todos los oficios que ensayó. Pero si en algún destino dejó más huella y la recibió, fue en Astudillo.

El primer destino es como el primer amor: «muy duro de olvidar».

Astudillo, la villa romana fundada, según parece, por Estatilio, amurallada y con un castillo señero, vestíbulo de la Tierra de Campos, que tiene en su escudo una estrella, bien pudo ser la que le marcó el rumbo de toda su vida a Don Marcelo. Fueron años difíciles, de intenso trabajo y extremada penuria. Don Marcelo labraba la huerta, que era toda la renta de la casa, iba con un carro de muías a hacer los aprovisionamientos. De noche, por malos caminos, sorteando vigilancia de guardias, buscando los mercados más baratos y fiables, se desplazaba a Saldaña, Carrión de los Condes, Guardo, Muslares de la Vega... La noche le sorprende y tiene que hospedarse en casa de algún salesiano de la tierra, ir a oír misa a la iglesia de los Jesuitas y reemprende el viaje. Así una y otra vez en busca de harina, de garbanzos, de carbón, de las más elementales vituallas...

La casa dependía de la Inspectoría Central, pero prácticamente se encontraba en tierra de nadie. La distancia y la guerra hacían imposible todo socorro. Hubo ocasión en que el Director tuvo que salir en demanda urgente de socorro entre las familias del pueblo. Sacó por toda colecta seiscientas pesetas para salir del paso. Don Marcelo, que era el Jefe de la huerta, el proveedor, el intendente y el amo de llaves de aquella hacienda ruinosa, se las tenía que ver y desear para la cobertura de cada día.

Era joven todavía, animoso y sacrificado. Todas las condiciones las tuvo que poner a prueba en aquellos años de prueba heroica. En las memorias sencillas que dejó escritas en sus horas de portería en Arévalo, expresa como una de sus últimas voluntades «que le digan una misa en la casa de Astudillo, cuando haya fallecido». Es conmovedor. ¿Una misa de qué? ¿De acción de gracias? Bien podía ser una misa de gloria.

Las penalidades, el trabajo, el clima, minaron su salud al cabo de doce años. Su salud y acaso también su ánimo. Del año 43 es este testimonio que recoge la Dupanloup, fruto de sus conocimientos de Francés: «Observo una actividad terrible que está minando mi salud, perturbando mi piedad y que no es de provecho para mi cultura...».

Es una observación de un hombre inteligente y atareado.

De Astudillo fue a Salamanca, al colegio de María Auxiliadora, a encargarse de la finca de Santa Marta. ¡Buen relevo...! Al menos la huerta de Astudillo era fértil, espaciosa, la partía un riachuelo cargado de peces y cangrejos. La finca de Santa Marta era un chinarral. Cuando la compraron los salesianos, como subsidio del Colegio y para poder tener un poco de granja y de huerta para las necesidades del internado, comentaban con sorna los vecinos labriegos:

-Los frailes son muy listos, pero esta vez los han engañado de frente.

Era un solar ingrato y malo. Tierra de arcilla y gravilla, que no valía ni para ortigas. Todo había que hacerlo: cribar el pedregal, cambiar la tierra y echar mantillo nuevo, aportar agua y fertilizantes. Peor parcela no se podía haber buscado. Sólo la paciencia y el esfuerzo lograron ponerla a punto de producción. Horas y sudores empleados, caminatas desde Salamanca en mañanas de niebla, de escarcha y de viento cierzo, estancia de horas y horas trabajando hasta el atardecer, sin más alto que para consumir una merienda recalentada a medias, lidiar con empleados de la granja y jornaleros, desplazamientos en carro, en caballería, en moto modesta. Todo eso le tocó pasar a Don Marcelo, patrón, operador o encargado de trabajosa hacienda.

«Labor omnia vincit improbus». El trabajo esforzado lo supera todo, también las pruebas y la resistencia del trabajador. Se quedó extenuado, llegó a pesar sólo 55 Kgs. ¡Qué musculatura de gañán matriculado...!

La finca llegó a hacerse presentable y productiva, hasta asegurar el abastecimiento del colegio. El que no prosperó tanto fue el agricultor.

Don Alejandro le mandó a Saldármela, como asesor y responsable de otra granja-escuela que la Caja de Ahorros de Burgos había encomendado a los Salesianos. La finca era un plantel y la casa era un palacio. Don Marcelo podía haber desplegado bien su pericia agro-pecuaria y haber rehecho su fortaleza física, si alguna vez la tuvo. Sin embargo, él estaba acostumbrado a trabajar sin medida, pero como propietario. Allí se sentía asalariado, a merced de la veleidad de otros, aparte de que el clima fomentaba su reuma crónico. En conclusión, trabajaba porque esa era su condición, pero no estaba contento. Estuvo en Mohernando algún tiempo y de nuevo pasó a Salamanca, no al colegio, sino al Teologado. Don Maxi le mandó como enfermero y organizador de la huerta y granja. Otra vez la misma cantinela: preparar la tierra, abrir pozos, plantar árboles y vides y echar los cimientos para un gallinero industrial. Parece que todas las granjas tuvieran que pasar por sus manos... y por sus riñones. La enfermería no le daba demasiado trabajo, porque era gente joven y vigorosa. Bien es verdad que también había alguno de edad y necesitado de mucho cuidado: Don Anastasio, Don Leandro, Don Jesús, Don Esteban. Un enfermo es una bendición para una casa, pero también es una cruz, cuando está inválido y hay que socorrerle en los más humildes menesteres, como lo hacía con alguno de ellos Don Marcelo... ¿Quién lo vio y no lo recuerda hasta con confusión?

Después de otra docena de años, materialmente agotado, los Superiores asintieron en que fuera a Santander, como enfermero, aunque más bien iba como necesitado de cuidados de enfermería. Fuera por el cambio de ambiente o porque había elegido él mismo la casa -cosa que no suele dar buen resultado-, al principio de su estancia en Santander, pasó una de sus etapas más amargas y desoladas. Se veía sólo, extraño y enfermo. Fue una verdadera crisis.

El tiempo y su buena adaptabilidad, la fue superando y llegó a encontrarse feliz. Salió de Santander con pena y dejando más apenados aún a los que habían disfrutado de su convivencia beneficiosa y edificante.

Don Rómulo Laita, cecuciente, pero que había palpado todas

sus habilidades, le despide con un romance casero, que le retrataba fielmente:

*Enfermero, horticultor, hasta sastre,
encuadernador de libros,
fabricante de pilares
para tiestos y macetas
y otras humildes habilidades...
Si en la vida religiosa
fuiste modelo constante,
en el trabajo, no menos.
De tu ingenio con la llave
la puerta abriste del arca
do guardabas los diamantes
de tus aptitudes grandes...*

El verso no es precisamente parnasiano, pero el contenido es exacto.

Volvió de nuevo al Teologado, como enfermero también y su última etapa del viaje, fue Arévalo. Como otros beneméritos salesianos, bravos todos ellos y de un juego inmejorable, han ido a acabar sus días, arrimados a las tablas de aquella acogedora plaza.

Atendía a la portería, rezaba rosarios, repasaba sus andanzas y reunía los apuntes de sus memorias. Una libreta sobada y tres cuadernos: Mi jornada, Mi vida, Mis memorias, son el relato de sus noventa años y sus peripecias. Sus días y sus trabajos. En la libreta, que bien podía ser la de su noviciado, escribe resúmenes de lecturas, pensamientos sueltos, buenas noches, pláticas de Ejercicios desde los primeros años, y propósitos año por año, hasta el 1987, los últimos que hizo en comunidad, en la casa de Mohernando y con algún susto de salud ya decaída. En plena tanda, le dio un amago de infarto, que puso en cuidado a él y a los demás. Desde entonces, le dispensaron de hacer más Ejercicios en comunidad. No estaba para desplazarse fuera de casa. Además, su vida entera era ya Ejercicios Espirituales y preparación para la muerte.

Le conocimos de cerca y le tratamos dos veranos en Astudillo,

un año en María Auxiliadora y dos en el Teologado. Fue bastante tiempo para percibir lo extraordinario de su contextura espiritual. Era uno de los que entran pocos en comunidad. Siempre sereno, recogido, esbozando una sonrisa, entregado a algún trabajo, sufrido y servicial. Nunca se le vio ocioso ni airado ni frívolo. Uno de esos hombres que dejan estela de paz.

Su libreta espiritual, en octavo y encuadrada en azul por él mismo, recoge muchos excordes, desde sus años jóvenes hasta cerca de los años noventa. Es un diagrama de espiritualidad. Hasta tiene un índice con 39 apartados. Como si fuera un diario personal de por vida, un «vademécum», un recetario espiritual para todos los casos por los que puede pasar un alma delicada. La acompañan infinidad de recortes, estampas, fotografías, tarjetas, a las que él añadía su comentario... Es un archivo mínimo, personalísimo y muy valioso, que él repasaría muchas veces en sus horas de habitación y portería, a juzgar por lo sobadas y amarillentas que están.

En la mencionada despedida de Santander, se le decía:

*Marcha, Marcelo, gozoso,
pues has cumplido con arte
y acertada diligencia...*

Bien podía ser ésa la despedida de Arévalo y de este mundo.

Nació un treinta de enero, una víspera de Don Bosco de 1901 y murió un veintinueve de julio de 1991. Le sobraron cinco meses y un día para redondear los noventa años, edad cumplida. Nació en pleno invierno y murió en pleno verano. «El verano es la estación de la dicha».

Para él fue la estación de la dicha cumplida y merecida. Le enterraron en un mediodía de fuego, en el corazón de la Morana, ante un acompañamiento numeroso de salesianos y gente de pueblo.

«El calor, de vibrante, parecía sonoro».

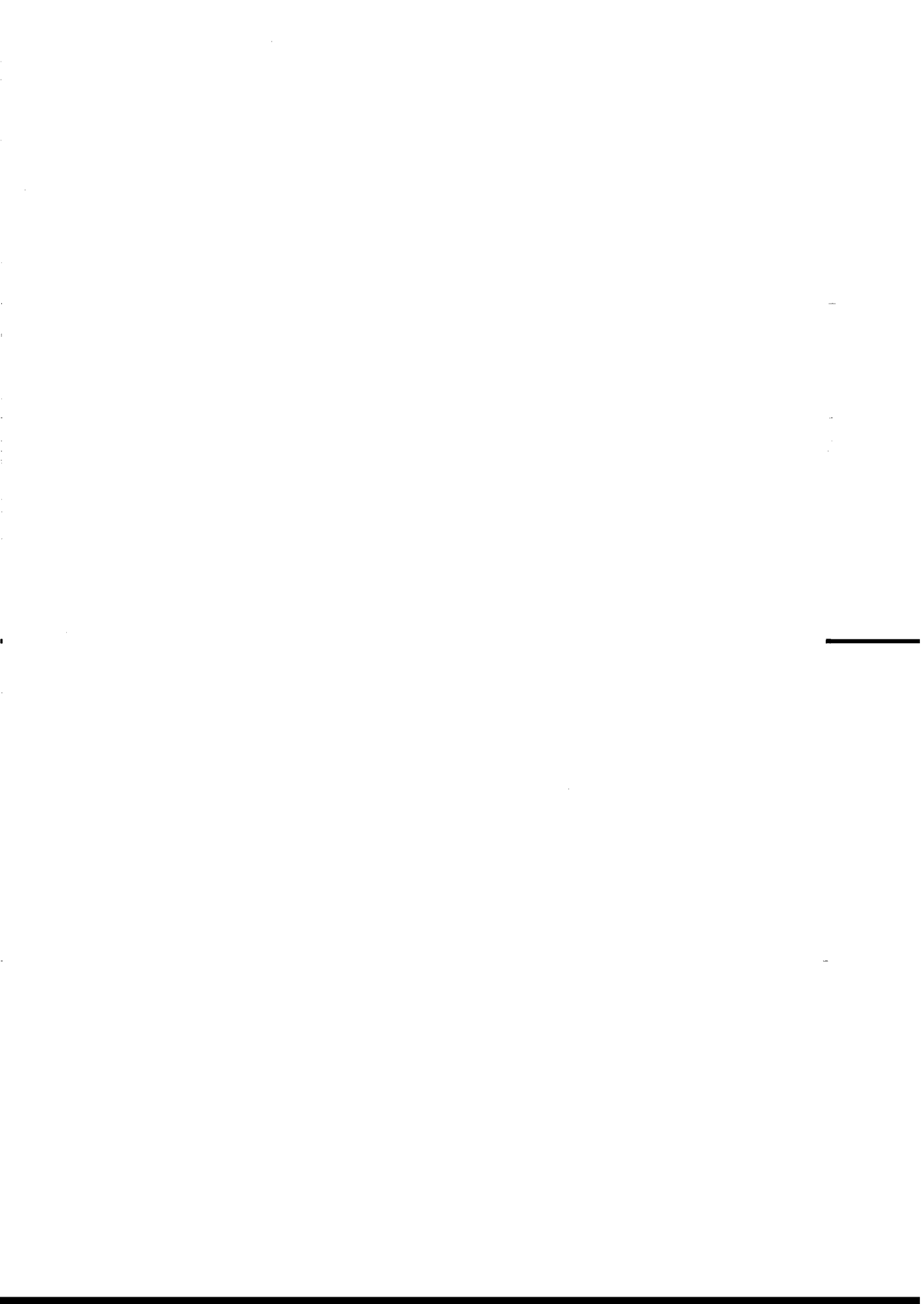
Lo era, realmente, mientras el sacerdote cantaba la despedida ritual: «In Paradisum suscipiant te angeli...». Que en el Paraíso te reciban los ángeles... y todo el celestial cortejo. Y uno pensaba:

Saldrá a recibirle también Don Pedro Olivazzo, su introductor en la Congregación, su padrino y amigo del alma siempre, y que murió también en Arévalo.

Compartieron los dos en los duros años de Astudillo la ofrenda de Don Bosco: Pan -poco más que pan-, trabajo sobrado; ahora les toca compartir también el Paraíso...

AGOSTO

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
2	1989	Sacerdote	Enrique ARRIETA CABRERO	61	251
20	1988	Sacerdote	José RIESCO PEDRAZ	75	258
24	1917	Sacerdote	Honorato ZOCCOLA CACCIA	40	265
26	1992	Sacerdote	Santiago IBAÑEZ GARCÍA	69	268
27	1908	Novicio	Ramiro GRANA GONZÁLEZ	18	276
27	1912	Coadjutor	José ALVAREZ BLANCO	46	279
28	1948	Coadjutor	Gregorio GONZÁLEZ HERMOSA	27	281
29	1961	Coadjutor	Ignacio ECHEVARRÍA DE VA	71	284
30	1989	Coadjutor	Zacarías RIVERO VICENTE	54	286



ENRIQUE ARRIETA CABRERO



Sacerdote.

Nació en Madrid el 15-VII-1928.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1950.

Ordenación Sacerdotal en Madrid el 24-VI-1959.

Falleció en Madrid el **2-VIII-1989**.

Enrique nació en el Madrid castizo de la calle Tres Peces, el día 15 de junio del año 1928. Cuando tenía ocho años, la guerra civil le sorprendió en un pueblo de Segovia. Durante todo el tiempo que duró, estuvo separado de sus padres y tuvo que aplicarse a las labores del campo: hacer de rapaz en el verano, rastrillar el heno y trasladar la leche recién ordeñada a la ciudad, a bien tempranas horas. Allí aprendió, a bien caro precio, lo que era trabajar, madrugar y obedecer. A decir verdad, en todo este tiempo, del campo se le pegó poco y de la guerra nada. Fue siempre hombre de bien, pacífico y razonador.

Cuando terminó la contienda y el paréntesis azaroso que supuso para su niñez, entró como alumno en Las Escuelas de la Ronda de Atocha, sin pasar por el trámite obligado de haber frecuentado el Oratorio Festivo.

El Director del colegio era Don Alejandro Vicente y el Catequista, Don Francisco González, Don Paquito, el fundador del famoso Pequeño Clero.

Enrique tiene los ojos azules, el pelo castaño y los modales suaves. Es un maestro de ceremonias muy a propósito para aquel conjunto de obispos en miniatura. Don Alejandro, con una vista de más alcance, le ficha como aspirante y candidato a salesiano. Una vez más, no se equivocó.

Terminada la Primera Enseñanza, Enrique se coloca en una empresa de publicidad y más tarde, como botones en el Banco Hispano Americano. Trabaja en el Banco y ayuda cuanto puede a Don Higinio en el Círculo «Domingo Savio».

En el mismo Banco, conoce y traba amistad con otros dos colegas de oficio y tendencias. Los tres frecuentan el Hogar del Empleado y encaminados por el fundador, el P. Morales, los tres se orientan hacia el noviciado salesiano de Mohernando. El Banco se convirtió en una sucursal salesiana, por esta vez.

Los tres, vocaciones un poquito tardías pero maduras, Enrique, Pepe y Jesús, son tres elementos prestantes de los 84 novicios que componen el noviciado del 1951-1952. Bautizaron el curso con el nombre colectivo de SAVIO, una sigla que desenredada, venía a trazar el lema seráfico del grupo: Sanctificamini amore Virginis, inmolationis et oboedientiae, es decir: santificaos por el amor a la Virgen, a la inmolación y a la obediencia. Aparte del lema, no poco pretencioso, era aquel un curso numeroso, inquieto en el buen sentido y un tanto acaparador. Los otros cursos se veían ensombrecidos y superados.

Así ocurría en los años de la Filosofía de San Fernando, años en los que el gran colegio de Fuencarral ofrecía la extraña simbiosis de seminario y hospicio. Enrique, por su edad y su manera de ser, era de los más asentados y responsables. Cuando salía a Madrid y fueron bastantes los viajes que tuvo que hacer a cuenta

de una operación de oído, se mostraba contrariado, pedía algún consejo y la bendición de María Auxiliadora, hasta que hubo que advertirle que la bendición era para cosas de mayor momento.

Hizo el Trienio completo en Arévalo, con Don Maxi como Director de aspirantes y de clérigos seleccionados. Daba clase, asistía y era maestro de escena. Nos cuesta imaginar a Enrique, tan serio e introvertido, preparando sainetes de la Galería Salesiana o montando zarzuelas; pero como el que vale, vale para todo, también él cumplió bien en el arte de las tablas. Hasta iban a representar las funciones a otros colegios salesianos vecinos. Hace la Teología y se ordena de sacerdote en junio de 1959.

De estudiante en Carabanchel, pasa a ser confesor de Zuazo, caso extraño.

No será el único nombramiento atípico que reciba. Sus penitentes son aspirantes de los primeros años. Sobre ellos y los clérigos tiene un ascendiente enorme. Lo que dice Erna -así les llamaban en sigla de nombre y apellido: Enrique María Arrieta- tenía para ellos un valor indiscutible.

Los confiesa, los dirige espiritualmente y los acompaña en todas partes.

El defiende la teoría de que asistir es estar con los chicos, no sobre los chicos, y la cumple a perfección. Sus compañeros de comunidad sienten un poco de «pelusilla» ante tal ascendiente.

«Para el hierro el orín, la envidia para el ruín», dice el refrán, por más que entre aquellos salesianos no hubiera ninguno tan ruín que no reconociera lo que Enrique realizaba en el aspirantado.

Y es que el confesionario es como la estructura espiritual y pastoral de una casa, la infraestructura, mejor dicho. Por algo diría Don Bosco, que tenía la experiencia de todos los planos, de todos los niveles de la casa: «Un confesor, según sea, puede hacer el mayor bien o el mayor mal».

«Este joven -decía por entonces de Enrique un Superior Mayor- tiene algunas ideas originales, pero es bueno». Siempre lo fue y siempre las tuvo.

Un día de finales de septiembre, el Inspector invitó a Enrique

a acompañarle a Burgos. Se sintió un poco sorprendido y halagado por tal invitación.

Por el camino y de paso por los pueblos del trayecto, iban haciendo comentarios generales, sobre el tiempo, que ya comenzaba a refrescar, sobre la gente, que comenzaba a echar mano de las prendas de abrigo y sobre otros detalles que observaban.

Al llegar a Saldármela, el Inspector sin muchos rodeos, le comunicó el nombramiento para Director del aspirantado de coadjutores, que se iba a abrir en breve en Urnieta.

-¿Para eso me ha traído Vd. a Saldármela? -preguntó.

-No creas que es un atraco en despoblado -le replicó el Inspector-. Es algo muy pensado, que tienes que aceptar con la confianza de que acertarás a desempeñar el cargo.

-Si yo no creo en la figura del coadjutor -repuso.

-Porque hasta ahora no has tenido ocasión de familiarizarte con ella. Esa fe que ahora no tienes, la puedes llegar a tener.

El caso es que aceptó el cargo sin demasiada resistencia, un poco por disciplina religiosa y otro poco porque se le ofrecía ocasión de desplegar sus cualidades y sus iniciativas y ganar experiencia.

Urnieta se abrió y comenzó a funcionar de una manera muy llana y familiar.

La escasa plantilla de salesianos, bien avenidos, las diligencias del P. Beobide, procurador incansable y profeta en su tierra, y la sombra protectora del fundador de la Obra, hicieron que ésta fuera surgiendo y agrandándose en el caserío de Elketa con los mejores vientos, hasta llegar a ser un complejo envidiable. A Enrique le cupo la misión y la satisfacción de dar el primer impulso a aquella embarcación de gran calado que ahora es, a pesar de que no ha seguido el rumbo que se le imprimió al principio. Su destino inicial era formar muchos y buenos maestros de taller salesianos, «una fábrica» de excelentes coadjutores.

Antes de terminar el mandato de Urnieta, Enrique fue enviado de nuevo a Zuazo, renovado, ampliado y en condiciones para ser ya el aspirantado completo de los sacerdotes. De allí pasó a Burceña, también como Director, para que tuviera

ocasión de experimentar y ampliar todas las formas de apostolado.

Los escenarios cambiaban, pero su actuación era siempre la misma. En todos los sitios se le reconoce como hombre entregado a su labor y a sus encomendados. Chicos o grandes, salesianos o alumnos, los defiende con codicia y con la mejor voluntad.

Se decía de él que era dificultoso en teoría, pero ejecutivo en la práctica. Veía las dificultades y las hacía ver, pero cuando se trataba de resolverlas, era el primero en colaborar.

Cuando se le hacía ver que las estrecheces y dificultades que él exponía, ya eran viejas y que los antepasados las habían pasado mayores, alegaba que esa razón no era de recibo. La obligación de los padres es ahorrar a los hijos las penalidades que ellos han pasado. Así argumentaba en su dialéctica paternalista y bondadosa.

«El demócrata cristiano» le llamaba algún salesiano zumbón, por lo dialogador y lo interesado por «la base».

Como asistente, decíamos, su preocupación era estar con los alumnos; como Director y gobernante, aunque fuera en pequeña escala, su costumbre era ponerse al nivel y cercano a sus encomendados.

Servir un día a la mesa a los pobres, a los obreros o a los ancianos, es fácil. Lo hacen alguna vez los dignatarios y las damas encopetadas.

Sentarse a la mesa con ellos y ponerse a su altura, ya es más difícil y más raro. Enrique lo entendía así y lo intentaba vivir.

En 1979 cambió de Inspectoría. Fue otro cambio apresurado, para que todos sus destinos tuvieran algo de atípico. En Bilbao tenía prestigio y un ambiente inmejorable. Sin embargo, motivos de familia y particularmente la situación en que había quedado una hermana, le obligaron a pasar a la Inspectoría de Madrid, al menos temporalmente.

Se le encomendó la parroquia de Alcalá de Henares, de nueva fundación y de nueva presencia. La experiencia de pastoralista que ya tenía, lo aconsejó así.

Fue un trasplante desafortunado. Contra lo que se preveía, las

dificultades se le acumularon, la responsabilidad de una parroquia, algo más compleja que una comunidad o un colegio, le abrumó y le pudo. Sufrió una trombosis que puso en peligro su vida. A costa de muchos cuidados, se recupera en buena parte, pero ya queda quebrantado y herido.

Se le mandó a Carabanchel y allí con los aspirantes coadjutores -otra vez volvía a ellos- y con los aprendices del colegio, trabajaba confesando, dando clase de Religión y animando las celebraciones. Hacía todo, lo que podía y bastante más.

Caminaba con lentitud, con el libro entre las manos y sobre el pecho, desde la Residencia a la clase, a la capilla, al patio. Se topaba con uno y al menor intercambio de palabras, forzando el tono y con un esguince de humor, soltaba una de sus muletillas:

-Vd. no sufra, que de eso me encargo yo...

-A mí, como a humilde no me gana nadie...

-¿Y qué me dice Vd. de N.? (algún personaje famoso de actualidad).

Cuando decía la misa a los alumnos, tenía expresiones y ritos un tanto suyos, litúrgicamente dudosos, pero lograba interesar la atención de los oyentes, seguían la función y se confesaban en retahila con él. La disciplina no era perfecta, en las clases y en las funciones de iglesia, abusaban de su paciencia y de su sordera pero le apreciaban y respondían aceptablemente.

De todos modos, a medida que pasaban los días, se le veía cada vez más lento, más apagado y ausente.

Cuando estaba en plenas facultades, hablaba poco, se reía con mesura y pensaba bien. En los últimos años esas costumbres y maneras de ser y aparecer, se le acentuaron. Recordaba un poco la descripción que de San Pedro de Alcántara hace Santa Teresa: «Era de pocas palabras, pero tenía una conversación sabrosa y muy lindo entendimiento».

En verano del año pasado, 1989, el día dos de agosto sufrió una nueva trombosis. Fue el último golpe. Murió a media tarde en la clínica de La Milagrosa. El, tan sesudo, no recobró el conocimiento para vivir a conciencia el último momento de su vida. Ya lo tendría bien considerado.

En un capítulo Inspectorial, en Bilbao, en el párrafo de enmiendas a las antiguas prácticas de piedad, propuso que se suprimieran las letanías del Ejército de la buena muerte, tan patéticas y espeluznantes. «Porque ya nadie se muere así», dijo. La Explicación causó cierta hilaridad.

Efectivamente, él no murió de la manera que retrataban las decimonónicas letanías. Su muerte fue más sencilla, más callada e inadvertida. Le llegó como andaba él: con paso quedo y silencioso, sin alborotar.

«Ven, muerte tan escondida -que no te sienta venir—».

Dios quiera que a estas alturas esté recitando y disfrutando por entero la anhelante letrilla de Santa Teresa.

JOSE RIESGO PEDRAZ



Sacerdote.
Nació en Guadalajara el 9-V-1913.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 10-X-1930.
Ordenación sacerdotal en Pamplona el 30-VI-1940.
Falleció en Alicante el **20-VIII-1988**.

Entre los Salesianos, hay individuos que pasan tanto tiempo en algún colegio que terminan identificándose con él. No se sabe si es el salesiano el que se identifica con la casa o la casa la que se identifica con él. Eso pasó con Don José Riesco y el Paseo de Extremadura. Aquel fue su primer destino, al salir al Trienio, varios de los siguientes en su vida salesiana y allí murió. Parece que se hubiera formado una simbiosis entre la persona y el lugar.

Nació en Guadalajara, el nueve de mayo de 1913, si bien, de alcarreño no tuvo más que el nacimiento. Aquella fue su cuna ocasional; la que consideraba verdaderamente su patria era Sala-

manca y una zona muy marcada: la Armuña y el pueblo de Calzada de Valdunciel, copado por el apellido de los Riesco. Sus padres se llamaban Cristóbal y Piedad. Don José les profesó siempre veneración y amor y los consideraba autores de los grandes bienes de su vida. Don Cristóbal era catedrático de Latín. Tenía barba, tipo y pose de senador o de caballero conservador. Doña Piedad fue su digna consorte. Entre los dos formaron un hogar lleno de hijos, hasta doce llegaron a convivir muchos años. Una familia numerosa y dichosa. «Mi infancia fue feliz por los cuatro costados», decía Don José cuando la recordaba. Lo mismo podían repetir los hermanos y hermanas.

*«Yo aprendí en el hogar
en qué se funda la dicha más perfecta...»*

Es la mejor escuela para aprender ese secreto. De esos doce hermanos cinco se inclinaron hacia la Congregación: Pepe, Ricardo, Piedad, Pilar y Paz, cinco nombres para un quinteto bien rimado.

La vocación salesiana de Don José brotó en Salamanca, maduró en Carabanchel y se afianzó en Mohernando. Los años de pre-salesiano coincidieron un poco con la edad de hierro del colegio de María Auxiliadora y otro poco con la edad de oro de Carabanchel, los tiempos de Don Enrique y de Don Battaini respectivamente. Guardó siempre un vivo recuerdo de los que fueron sus Superiores y de los compañeros. Las fiestas de los Antiguos Alumnos de Carabanchel son una tradición bien guardada, Don José era uno de los organizadores y una presencia obligada.

Terminado en Carabanchel el bachillerato y el aspirantado, vino a Mohernando a hacer el Noviciado y la Filosofía. Era la segunda promoción de las que habían de pasar por este «sacro monte».

Como el Paseo de Extremadura comenzaba a reclamarle, allí fue a hacer el Trienio. La casa era todavía aspirantado joven y en la planta baja funcionaban unas escuelas elementales. Don José Arce y sus dos clérigos las hicieron populares y simpáticas entre la gente del barrio. Uno de esos dos clérigos era Don José Riesco.

Daba clase a los externos y asistía a los aspirantes. Era serio, pero tratable y jovial.

Entre los clérigos, Don José Arce y el Sr. Codera formaban una cuadrilla divertida y montaban unas sobremesas espectaculares.

No duró muchos años aquel bienestar. La casa cambió de suerte, aquella comunidad se disolvió y la guerra vino a poner en la vida de Don José Riesco un paréntesis dramático. Le sorprendió el estallido en Santander, con una colonia de muchachos que habían ido a pasar allí la temporada de verano. Alumnos y profesores se vieron envueltos en la tramontana y tuvieron que pasar muchas peripecias para sortear la situación tan inesperada y tan comprometida que se les había venido encima. Después de los primeros bandazos, ya más encarriladas las cosas, Don José y sus otros colegas salesianos jóvenes, en pleno invierno, en una aventura novelesca, lograron pasarse a la llamada zona nacional por San Miguel de Lúena. Bien grabado se les quedó el nombre del «puebluco» que fue su trampolín.

Después de la aventura, Don José se encontró en Salamanca y fue estudiando la Teología por su cuenta o con el asesoramiento de algún salesiano más experto. Alternaba la Teología con las prácticas del Trienio prolongado. «En la guerra como en la guerra», tenían que arreglárselas unos y otros y poner cara a las situaciones más extrañas.

Terminada la contienda estudió el último año de Teología en Carabanchel y se ordenó de sacerdote. Su Obispo ordenante fue Don Marcelino Olaechea, antiguo amigo de su padre y constante amigo suyo. «Pídele a Dios que te conserve siempre esa alegría», le dijo. Le conocía bien.

Los primeros años de sacerdocio los pasa en Salamanca. Hace la carrera de Ciencias Físico-Químicas, ayuda al colegio en lo que puede y atiende a la música. Sacerdote joven, da clase de Ciencias, frecuenta la música y practica el deporte. Tiene todas las de ganar entre los alumnos, ya que además es simpático y sabe escucharlos. Estos años y los de La Coruña son sus años de mayor lucimiento y tranquilidad.

Vuelve al Paseo de Extremadura, donde se va formando un bachillerato numeroso y necesitado de organización. Las responsabilidades se le van acumulando. Pasa por casi todos los cargos de la gama capitular: Consejero, Catequista y Director. Si «empezar a ser sacerdote es empezar a sufrir», según la sentencia de Mamá Margarita, empezar a mandar es empezar a sufrir un poco más, cuando el mando se toma con honestidad y como obligación. Don José, que tenía además conciencia estricta y un criterio no siempre muy flexible, tenía que apurar más a fondo las amarguras de la Dirección. La Obra era ya considerablemente grande, la comunidad diversa en sus componentes y la casa en obras. Las situaciones espinosas se presentaban a menudo, el dinero se acababa y los problemas se agudizaban. Al transferir el cargo a su sucesor, le advertía: «Las obras están en un tramo irreversible, las letras llueven y ciertas posturas se hacen cada vez más tensas».

Mientras en el Paseo de Extremadura las cosas estaban así, sobrevino la división de Inspectorías y la fundación de «la Ciudad Laboral Don Bosco», de Pasajes. Urgía completar la comunidad que la había de regir, porque la inauguración era inminente. Se pretendía que la presidiese el mismo Jefe de Estado, Franco, aprovechando su estancia en San Sebastián.

La empresa era de mucho compromiso, la Caja de Ahorros se había volcado y pedía al Inspector salesiano un equipo proporcionado y digno. Don Alejandro, nada corto en promesas, les había asegurado: «Les mandaré aquí lo mejor de lo mejor». Bien le tomaron la palabra y la restregaron después. Cabeza de aquel equipo, supuestamente inmejorable, fue Don José Riesco.

Asumió el cargo contento no tanto de verse promovido cuanto de verse liberado del que se hacía cada día más pesado. «Promoveatur ut amoveatur». Sea ascendido para verse relevado, era el eslogan administrativo.

Las cosas en Pasajes fueron viento en popa al principio. Todos se encontraban como en casa nueva y muy confortable. Pero era una Obra demasiado grande y pretenciosa para no crear complicaciones. «Habéis comenzado demasiado prósperamente -les pronosticó el mismo Don Marcelino-, pero ya vendrán los pro-

blemas». Don José, con toda su preparación y buena voluntad, encontraba dificultades para mantener la andadura que aquello requería. Le apremiaban desde la Caja de Ahorros; más aún desde dentro de la comunidad, donde había elementos capaces, exigentes, impacientes y ambiciosos. Don José sufría y se encontraba acobardado. Al cabo de su primer trienio, aceptó el relevo con una disposición admirable. Lo aceptó con humildad, más aún, con gusto y como una liberación.

En Santander se sintió aliviado, enseñaba las materias de su competencia, desempeñaba más labor espiritual y alegraba con su buen temple la vida de la comunidad. Buen gustador de los deportes y de la Naturaleza, frecuentaba el mar, con sus delicias y sus peligros. En la playa le sobrevino el primer infarto. «Seis infartos he aguantado ya», diría años más tarde con despreocupada jactancia.

El año 1978 cambió de Inspectoría y regresó al Paseo de Extremadura. «Ya vuelve el español donde solía...». Salió rebotante de salud y de ánimos y volvía quebrantado. No obstante, durante ocho años se gana dignamente el pan: da clases, confiesa y cumple, como buen religioso que fue siempre, escrupulosamente. No abandona la música que, si antes fue su obligación, ahora es su sedante, y mantiene su relación amistosa con sus antiguos condiscípulos y siempre buenos amigos. Cada día un poquito más achacoso y debilitado, se siente contento y con el humor inmarchitable de siempre. No abandona la querencia de sus raíces y cada año pasa unos días de vacaciones con sus hermanos y hermanas, siempre tan avenidos. Cada año tiene que lamentar alguna ausencia más. Hasta que el triste e ineludible turno le tocó a él.

Concertaron unas vacaciones en Campello él, su hermano Ricardo y su hermana Carmen. No era el primer año que pasaba allí unos días en el mes de agosto. Trataron de hacerle ver que su estado era delicado para una excursión así. Todos los considerandos fueron inútiles. Como era hombre de decisiones firmes, al mar se fue, sin pensar que del mar vienen los males, a veces irremediables. Llevaba pocos días en Campello. Hacían vida de veraneantes despreocupados y felices. La tarde del 18 de agosto se acerca-

ron al mar. Don José era hombre de tierra adentro, pero admiraba el mar y las cien voces que lleva dentro. Le había dedicado largas horas de contemplación en Pasajes, en Santander, en Cádiz y ahora en Campello. Sus ojos se ensancharon mirando su lejanía, sus pulmones, necesitados de oxígeno, se esponjaron con las brisas suaves y yodosas. Parecía vivir y disfrutar el verso de Calderón:

*El mejor amigo, el mar;
la mejor lisonja, el viento.*

Con ese amigo y con esa lisonja se quedó. Aquella noche, en pleno sueño, le dio un infarto del que no se recobró. Ni su hermano, que compartía la habitación con él, se dio cuenta. «¡Seis infartos he aguantado ya...!» Pero el séptimo pudo con él, porque el corazón no es una piedra que no se gaste ni se quebrante.

Trasladaron sus restos a Madrid y allí los despedimos un domingo de agosto. Estaban presentes hermanos, amigos salesianos y no salesianos, de los muchos que tenía, salesianas, correligionarias de Pilar, de Paz y Piedad, y gentes del Paseo de Extremadura, su casa de por vida y de por muerte.

Allí despedíamos al hombre bueno, cordial, religioso sin tacha, alegre y alegrador de sobremesas, que tantas veces había animado con sus chistes, anécdotas, imitaciones y decires...

A veces, en conversaciones amistosas, había afirmado que no temía la muerte, que es un encuentro con Dios; pero temía el túnel que la precede: la enfermedad, la agonía, el dolor físico, ante el cual se sentía cobarde. No sabía que el túnel que le esperaba iba a ser bien fácil de atravesar.

Murió el día de San Bernardo, el enumerador de la vida religiosa y sus ventajas. «Moritur confidentius». Muere con mayor confianza, con toda la confianza del que ha dejado un mundo deleznable para asegurarse una vida mejor y más duradera.

Todavía le echamos de menos en reuniones, tandas de Ejercicios y ocasiones de comunidad. Siempre llegaba alborotando y entre exclamaciones de regocijo. «Ya está aquí Don José Riesco», decíamos.

Y así le imaginamos entrando en la Casa del Padre, más ancha, más llena y más familiarmente alegre que la de su padre de la tierra, la de Calzada de Valdunciel...

hicieron hombres a otros. Son los sembradores de la primera hora.

Don Zóccola fue el sexto Director de Carabanchel. Ejerció su breve directorado entre Don Anastasio, en su segunda etapa, y Don Marcelino Olaechea. Estamos en los años 1915-1917.

Había nacido en Ricaldone, fue alumno del colegio de Penango y de Valsálice. Hizo el Noviciado en 1892-93 y al terminarlo, sin pasar por los votos temporales, hizo la profesión perpetua. Con esa preparación vino a España. Era joven como para poder asimilar la cultura del nuevo ambiente y adaptarse a él. La misma táctica que se seguía con los misioneros. Hizo el Trienio en Sarria y en Sant Vicent dels Horts.

Se hizo apreciar y querer, por su preparación y su disposición.

Se ordenó de sacerdote en el histórico 1898 y trabajó todavía como Catequista en Sarria. De allí pasó a Vigo con el cargo ya de Director. Desempeñó el cargo durante 13 años. Joven, como era, activo, bondadoso y simpático, se hizo popular y querido de todos. Propagó profusamente la devoción a María Auxiliadora, como hacían todos los de su generación y la dejaron bien plantada, según se ha visto a lo largo del tiempo. Vigo fue la sede del cuarto Congreso Nacional de María Auxiliadora.

Del Oeste pasó al Centro, a ser Director del Carabanchel Alto. Era casa de formación de aspirantes, novicios y filósofos. Además, el Oratorio festivo que siempre ha sido e iglesia con culto semipúblico.

De su paso por la casa conservamos dos cartas: una dirigida al Rector Mayor, Don Albera y otra dirigida al Catequista General, Don Barberis.

En la primera habla del estado de la Casa. Entre unos y otros, se reúnen ya un centenar de personas. «Tenemos vocaciones; lo que no tenemos en tanta abundancia, son medios para sostenerlas». El achaque endémico. En la carta a Don Barberis hace alguna puntualización sobre las prácticas de piedad y algunas propuestas: que se añadan algunas oraciones. Pueden ser socorridas y tenerse a mano. Le hicieron caso.

Formaban parte del Consejo de la Casa Don Anastasio, Don

José Soborido y Don León Cartosio. Buenos ayudantes y elementos valiosos.

Como en Vigo, aquí también cultivó y propagó la devoción a María Auxiliadora, igual que lo harían con la misma constancia y eficacia Don Pedro Olivazzo y Don Anastasio.

De aquel bienio data la preocupación de ampliar el perímetro del solar y agregar a lo ya existente las famosas «casas viejas». La casa ya se hacía pequeña, a pesar de no albergar más que un centenar de inquilinos. La eterna lucha contra las estrecheces de terreno.

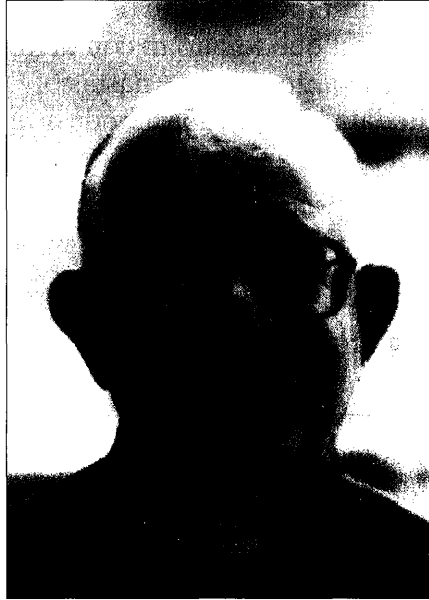
A la casa le faltaba espacio y al Director le faltó tiempo. Su vida tenía un límite muy tasado.

En julio de 1917 fue a hacer Ejercicios a Sarria. Cuando volvió, cayó enfermo de nefritis, que padecía crónicamente, y alguna otra complicación del corazón. Murió dos semanas después. No llegó a ver adquiridas ni inauguradas las «casas viejas», que ahora ya serían viejísimas. Fueron inauguradas el último día del año 1928. Por eso, los que las ocuparon y sus descendientes tomaron a perpetuidad el nombre de «silvestrinos».

El entorno nacional y doméstico que rodeó el final de la vida de Don Zóccola, era bastante sombrío. Fuera, en España, en aquel año se armó la primera huelga revolucionaria, la de Besteiro, Durruti y compañía. Dentro de casa, en Carabanchel, se dejaba sentir una penuria muy grande, con sus repercusiones. A él ya no le tocó resolverlas.

Murió joven: cuarenta y un años. Menos que trabajos y días y méritos. La piadosa comunidad de Carabanchel multiplicaría los sufragios en favor de su Director, el primero que moría en el ejercicio de su cargo.

SANTIAGO IBAÑEZ GARCÍA



Sacerdote.
Nació en Valoria del Alcor (Palencia) el 25-VII-1923.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1941.
Ordenación Sacerdotal en Madrid el 3-VII-1949.
Falleció en Madrid el **26-VIII-1992**.

Cuando se redactó el apunte de Don Eduardo Díez, fallecido ahora hace un año, Don Santiago nos hizo algunas observaciones, reparos más bien. Eran fruto de su punto de vista sobre estos trabajos. Se le hacía ver que no eran ni una homilía piadosa sobre el difunto, ni una carta parenética resaltando las virtudes del interesado ni un ensayo crítico sobre su vida y figura. Eran algo más sencillo y sin pretensiones. Dentro de su marco, cabía la divagación, la anécdota o las apreciaciones subjetivas o peregrinas. Razonable como era Don Santiago, terminó por darnos la razón.

Ni él ni nosotros pensábamos que íbamos a tener que escribir

pronto su apunte. Todavía no se han esfumado los ecos del funeral, el más concurrido que hayamos visto en Atocha; todavía no se ha escrito la carta mortuoria, que es el certificado oficial salesiano de defunción y suele ser la oración fúnebre escrita sobre el finado. Tendrá que ser muy larga, muy estudiada y elogiosa, si quiere ser ajustada a la talla de Don Santiago.

De él no se pueden decir más que cosas bonitas y edificantes. Es una figura sin sombras.

Recordamos de él y tardaremos mucho en olvidarlos, el primer encuentro y el último.

El primero fue en Astudillo, en el verano de 1943, siendo todavía clérigo de primer año de trienio. Rompía sus primeras lanzas de vida salesiana práctica, él que había de romper tantas a lo largo de su vida.

Llevaba a los aspirantes a la iglesia, en fila rigurosa, al mes del Sagrado Corazón. Era un tipo mediano, flaco y lampiño, usaba bonete romano, que acentuaba más sus facciones. Hablaba con voz esforzada, profunda y rasposa, clavaba los ojos con fijeza y penetración en los asistidos. Uno de ellos caminaba con cierta despreocupación y ligereza y Don Santiago, que le tenía fichado por otros deslices, le espetó este anatema:

-Tú ya estás fuera de la Congregación. Le faltaban todavía muchos años para entrar en ella, pero efectivamente, se marchó del aspirantado al poco tiempo. Aparecía ya el educador vehemente, celoso y certero que resultó con los años.

El último encuentro ocurrió en la mañana del 22 de Agosto último.

Don Santiago estaba ya inconsciente, después de la congestión cerebral que le inundó el cerebro. Su respiración era honda, trabajosa y de estertor. Le metieron en la ambulancia y le llevaron a Guadalajara y de allí a Madrid. Todavía viviría cuatro días, si se puede llamar vida la agonía y una lucha imponente por no ahogarse o no estallar de tensión. Tal como había quedado, era preferible saberle tranquilamente muerto a verle angustiosamente vivo.

Todo lo demás se desarrolló conforme al ritual de la muerte y

a la liturgia que nosotros añadimos, una liturgia tétrica, lamentosa y deprimente.

Si despojáramos a la muerte de ese ropaje oficialesco, lúgubre y postizo, resultaría más apacible, sonriente y aceptable.

La vida social nos complica y nos estropea muchas veces la vida, que quisiéramos más personal y sencilla. Y la sociedad, con su parafernalia de ritos y usos, nos convierte la muerte en un trance penoso y aborrecible. Esta idea la ha apuntado alguna vez Don Santiago en algún funeral. Suya o ajena, la hacemos propia y nos abonamos a una muerte, en lo que dependa de nosotros, sin tanto aparato fúnebre al uso.

Después de tantas vidas y muertes reseñadas, bien podemos permitirnos esta derivación.

Entre sus cualidades, tenía la de ser un hombre aguantador de bromas.

Más que gastarlas él, que no tenía malicia para ello, las toleraba.

Nunca formamos parte de la misma comunidad. Convivimos sólo un año en la Teología, en tiempo de Don Juan Castaño. Entre el primer encuentro y el último que hemos apuntado, hemos tenido infinitos otros. Siempre le hemos encontrado idéntico: un hombre abierto, acogedor, confiable; un salesiano íntegro y un sacerdote celoso y entregado a su ministerio.

Usando una expresión un tanto pedestre, Don Santiago era un salesiano «todoterreno». Valía y se prestaba para todo.

Fue Consejero y Jefe de Disciplina, cuando era espartana y estricta; fue Director de casa grande y complicada; Inspector, que es como tener que entender de lo material, de lo social y de lo espiritual; fue Vicario, Párroco, Encargado, Asistente Espiritual de las Voluntarias, Consiliario de las ADMA. Tuvo que tratar con niños, con hombres y con mujeres de todas las clases y jaeces.

A pesar de todo, él no buscó los cargos; los cargos le cayeron y fueron a buscarle.

*«El no buscó la fortuna,
la fortuna fue a buscarle».*

Los Superiores contaron con él para las diversas encomiendas, más que por su capacidad, que no le faltaba, por su disponibilidad y su aguante.

Fue como esos militares que escalan los puestos del escalafón como militares de reemplazo, por méritos propios y no por títulos de academia.

Sin preparación adecuada, sin edad suficiente y sin títulos recomendatorios, se puede decir que fue un autodidacta y un autoformador. Tuvo que improvisar su actuación sobre la marcha. Fue como esos guerrilleros, que hacen carrera brillante a base de intuición, de valor y de genialidad.

Ahora que tanto se estila la cualificación y se necesita la preparación específica, la Inspectoría tiene que tener en cuenta el papel que han desempeñado estos «empecinados» beneméritos, que le han servido y defendido sin reservas y le han servido hasta el agotamiento de sí mismos.

Habrán cometido errores y habrán tenido desaciertos, pero también aquí

*«errar lo menos no importa
si acertó lo principal...»*

Nació Don Santiago el año 1923, en Valona del Alcor –Palencia- en una familia numerosa y cristiana. Siempre se mantuvo asiduo a ella, la frecuentó y ayudó cuanto le fue posible y no disimuló nunca su admiración y su dilección por sus hermanos y parientes. Era un signo de su nobleza. San Juan de la Cruz presentaba a su hermano «como el mayor bien que tenía». Algo parecido le pasaba a él. De su hermano salesiano en Santo Domingo, hablaba siempre con encomio y ponderaba sus trabajos y publicaciones.

Hizo el Aspirantado en Astudillo, en los años apretados de Don Esteban, cuando estuvo a punto de cerrarse por falta de medios de subsistencia.

Fue una buena iniciación en la austeridad, que no iba a ser menor en Mohernando, en los años inmediatos a la guerra. Las privaciones eran el pan de aquellos años de pan racionado y octa-

vo de litro de aceite por persona. Lo suplían con una alta dosis de espíritu y de optimismo.

Hizo el Trienio entre Astudillo y Santander y la Teología en Carabanchel, entre los años 1945-1949. España pasaba su ostracismo político y pagaba la simpatía que había mostrado a los alemanes. Era el tributo y la sanción a «sus amistades y juntas no buenas», reales o supuestas.

Se ordenó de sacerdote y fue destinado como Consejero a Atocha. Comenzaba su agregación a esta casa, en al que tantos años habría de pasar.

Terminó identificándose con ella. Sin restar mérito a otros salesianos, Don Santiago, Don Fila, el Sr. Pichirichi, Don Paquito y Don Antonio Tomé forman el quinteto de la mayor popularidad. Las obras son como los animales: se entregan al que los rodea de cariño.

De Atocha pasó a Puertollano. Un Director nuevo para un colegio nuevo y por hacer. Recordamos alguna fotografía de Don Santiago, con casco y atuendo de minero visitando los pozos de los trabajadores. Hasta ahí llegó su entrega. Director de Arévalo después, cuando el Aspirantado que se levantó sobre un arenal estaba haciéndose y Director de nuevo a Atocha, un conjunto descomunal y cuadrado. Tiene sólo treinta y siete años.

Demasiado joven para una mole tan ingente. Gracias a que tiene anchas espaldas y mucho dinamismo. «Caro Direttoreino», le llamaba por entonces Don Ricceri. Inspector de León en los años cruciales del Pos-Concilio y del Capítulo General Especial. Fueron dos horcas caudinas. Les siguió una hemorragia de vocaciones y otra hemorragia de desconcierto. Se dió la orden de variación y muchos interpretaron «rompan filas». Los Obispos y los Superiores Mayores estaban consternados. Fueron seis años largos y penosos, de muchos días y muchos trabajos.

Vicario de la Inspectoría de Madrid, cuando el cargo de Vicario estaba todavía flotante, ambiguo y por definir, y para remate, Director de Teologado.

«Tú eres el hombre», le dijo Don José Antonio Rico, el hom-

bre indicado para recomponer aquel rompecabezas. Era una tarea demasiado ardua, sin compostura posible. Don Santiago pasó su año más amargo y el Teologado terminó cerrándose y vendiéndose casi a precio de saldo. Ni siquiera la venta fué ventajosa. Don Santiago, que había sido iniciador de otras Obras, ahora tenía que pasar por enterrador de ésta.

Las misiones que le esperaban, eran más llevaderas y más a su medida.

Fuenlabrada y Atocha por tercera vez y para siempre. Volvía a encontrarse con el pueblo llano y sin complicaciones. Para salir adelante, le bastaba armarse de paciencia, capacidad de sacrificio y humildad. Esas provisiones las tenía en abundancia, como tenía la alegría, el desprendimiento y el afán de servir y entregarse a los demás. Con esas disposiciones se termina acertando y triunfando siempre. Eso fue siempre Don Santiago: un triunfador y un tipo que parecía incombustible.

Murió a los sesenta y nueve años apenas cumplidos. No llegó a los setenta. Para que la juventud no le faltase, no llegó a pisar el umbral de la vejez. Retirado ya de los cargos delicados y espinosos, su cometido se resolvía ya a hablar y moverse, cosa que se le daba a perfección. Los fieles de Fuenlabrada, las Voluntarias y las Archicofrades no le suponían conflictos.

No fatigan los cargos, sino las cargas que llevan consigo y la comezón de las responsabilidades.

Hablaba mucho, sentía lo que decía y por eso hablaba fuerte y alto.

Se le presentaba como el «hijo del trueno» y en el fondo, le halagaba el sobrenombre. Entre el Santiago peleador y a caballo y el Santiago peregrino, pacífico, de esportilla y bordón, las apariencias podían ser del primero, pero la realidad era del segundo.

«La virtud está en las yerbas, en las palabras y en las piedras», en las yerbas medicinales, en las piedras amuléticas y preciosas y en las palabras que tienden a enseñar y consolar. Son buenas y beneficiosas cuando salen de un corazón fogoso y apostólico.

El Don Santiago de los últimos años, predicador entonado,

organizador de encuentros y peregrinaciones mañanas, es el definitivo y el que podía haber seguido viviendo mil años. El no veía la muerte tan cercana ni siquiera después de la trombosis de hace dos años, que fue una advertencia. «Me gusta este cargo, que me permite moverme y trabajar sacerdotalmente», había dicho de la última encomienda de coadjutor, capellán y Consiliario Inspectorial de las ADMA. Seguía confirmando la fama que ya tenía de hombre entusiasmado con su vocación salesiana, de hombre probo y sin malicia de doblez, alegre y alegrador de la comunidad, entregado a su trabajo pastoral, vibrante y candente de devoción a la Virgen.

Con su muerte, nuestra Señora ha perdido un capellán y un celador de excepción. La muerte le llegó en condiciones muy piadosas, pero le llegó, tal vez antes de lo que él esperaba, como llega siempre, súbita y de repente. En unos Ejercicios Espirituales, a los que vino «a llenarse de Dios» -una expresión ingenua y muy suya-, en una fiesta de la Virgen, a la que predicó tantas veces y con un libro abierto sobre la mesilla de noche: «La Muerte, un amanecer». Era todo un augurio.

Ya no volverá a alegrar las sobremesas con su indefectible «naveira», ahora que su barca ha emprendido ya la navegación sin retorno.

Después de un funeral multitudinario, en el que se dieron cita gentes de Galicia, de Puertollano, Fuenlabrada, Arévalo y Madrid, sus fieles feligresías, el incansable Don Santiago, descansó en Carabanchel Alto, el puerto al que han ido a rendir su viaje final él y tantos otros salesianos inolvidables.

Le enterraron en un mediodía de Agosto caluroso. El acompañamiento se apiñaba en torno a la sepultura, silencioso, impresionado, siguiendo los detalles del rito con una atención angustiada, hasta ver depositar en la maleza brava el grano fructificador y místico: el cadáver.

.....
*luego, sobre esta siembra,
¡barbecho largo!...*

Con voces entrecortadas, cantaron la última canción, la que él había entonado tantas veces como colofón de ocasiones, cultos y peregrinaciones.

.....
*Guíame al puerto santo y feliz.
¡Virgen Santísima, ruega por mí!*

RAMIRO GRAÑA GONZÁLEZ



Novicio.
Nació en Cangas de Vigo (Pontevedra) el 12-III-1890.
Comenzó el Noviciado en Carabanchel Alto (Madrid)
el 13-IX-1907.
Falleció en Carabanchel Alto (Madrid) el **27-VIII-1908.**

El año 1908 el mundo católico celebraba el jubileo sacerdotal del Papa Pío X. En la Congregación Salesiana se seguía con interés la visita que Don Rúa estaba haciendo al Oriente y a los Santos Lugares.

Con júbilo se recibió la comunicación hecha por la Sagrada Congregación de Ritos de que Don Bosco había sido declarado Venerable e iba ya derecho camino de los altares. Todavía habían de pasar más de cuarenta años hasta que llegase la Pascua memorable de la Canonización.

Carabanchel Alto no había cumplido aún el primer lustro de

vida como noviciado y casa de formación para otros grupos del «curriculum» de los que han pasado por esa casa y que han sido todos: aspirantes, novicios, filósofos, teólogos y ahora aspirantes coadjutores. Cuando más capacidad tiene y cuando más acondicionada estaba para acoger «formandos», es cuando está teniendo un papel más exiguo. Ironías de la vida...

Ese año 1908 tuvo como acontecimiento destacado, si así puede llamarse, la visita del Nuncio y poco tiempo después, la del Obispo de Madrid. Eran las primeras visitas que se recibían de tan altas Jerarquías.

Destacado también, pero con otro signo, fue el triste suceso de una epidemia que se declaró en la comunidad y que afectó a varios de sus habitantes. El funcionamiento de la casa se alteró y el ánimo de los jóvenes moradores sufrió una pesadilla.

Era Director y Padre Maestro Don Pedro Olivazzo, que ya había pasado por un trance parecido en Villaverde de Pontones. Catequista y Consejero de la comunidad era Don José Pujol y el noviciado lo componían once jóvenes, entre ellos Don Ramón Goicoechea, Don Sabio Fernández y el suprascrito Ramiro Grana.

Había nacido en Cangas de Vigo, había cursado los estudios de Latín en Villaverde de Pontones y en octubre de 1907 llegaba a Carabanchel para hacer el noviciado y agregarse a la Congregación, cosa que él deseaba vehementemente.

A la sazón, estaba la casa bajo el azote de una epidemia de tifus.

Varios eran los aquejados por la enfermedad. El ambiente era de consternación. Ramiro, en su generosa disposición y buena voluntad, pidió al Señor que le quisiera aceptar como víctima.

Como si el Cielo hubiera aceptado su ofrecimiento, al cabo de unas semanas, los enfermos se fueron recuperando; en cambio Ramiro cayó enfermo de la misma dolencia, pero de una manera irremediable. Por más cuidados que se le aplicaron, no se logró rescatarle de la muerte. Parecía el precio de una transacción fatal o el premio a su generosidad heroica.

Don Ramón Zabalo era el Inspector. Aunque no le corres-

ponderaría a él y a pesar de tratarse de un novicio, no tuvo inconveniente en escribir la carta mortuoria. No tiene reparo en dejar constancia del «trueque» tan voluntarioso y agregar en la breve comunicación esta sugerencia:

«En su muerte concurrieron tales circunstancias, que casi no se explican sin una intervención de lo Alto, especialmente de María Auxiliadora, de la cual fue siempre ferviente devoto».

Así se expresa Don Ramón Zabalo, cuya objetividad y ánimo entero están fuera de todo milagrismo. Por algo escribiría él mismo la carta.

Ramiro Grana murió en la octava de la fiesta de la Asunción.

Pocas horas antes de morir y recibidos ya todos los auxilios espirituales, con una lucidez impresionante, expresaba sus anhelos de volar al Paraíso y musitaba las palabras de la conocida copla: «Al Cielo, al Cielo quiero ir...».

Esto lo dice expresamente también la citada y brevísima carta.

«Si, lector, dijeres ser comento... como me lo contaron, te lo cuento».

Por otra parte, bien merecía ir a «recibir la palma» el que tan inequívocas pruebas había dado de amar y servir a Dios en el prójimo.

No había terminado aún el noviciado, le faltan dos meses. A pesar de todo, se le permitió entregarse ritual y canónicamente a Dios y hacer sus votos «in articulo mortis». Bastante entregado estaba ya.

JOSE ALVAREZ BLANCO



Coadjutor.

Nació en Goyán (Lugo) el 15-VII-1866.

Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 22-X-1905.

Falleció en Madrid el **27-VIII-1912.**

Fue uno de aquellos Coadjutores de catecismo y reglas, traje negro y una piedad sencilla y muy honda.

Poco podemos decir de él.

Nació en San Miguel de Goyán (Lugo), un pueblo que entonces contaba alrededor de 300 habitantes. Cuando ya tenía 36 años, entró en el colegio salesiano de Vigo.

Entró como empleado, fámulo o precoadjutor de vocación tardía. Allí superó la primera sencilla prueba y en 1902 fue a Carabanchel para hacer el noviciado y la primera profesión. Profesó por primera vez en 1905. La segunda profesión la hizo tres

años después y los votos perpetuos en 1911. Al año siguiente murió.

Tuvo, pues, una entrada tardía y una permanencia breve. Por eso no es de extrañar que no tenga historia.

La que tiene es bien sucinta y muy edificante. Está toda ella condensada en la carta mortuoria que redactó el Padre Castilla, Director de la casa. De los salesianos conocidos y que formaban con él a la sazón la escasa plantilla del personal, figuraba Don Anastasio como Catequista. Don José Saburido como Consejero y Don Filemón López, clérigo. La carta es brevísima y está escrita en un estilo muy llano y con un criterio, más que piadoso, pío. A juzgar por ella, nuestro personaje debía ser un presantificado. El único oficio que desempeñó fue el de portero, nueve años.

El trato que se le atribuye era suave, exquisito más bien. Lo adquirió y ejercitó en la palestra de la portería, recibiendo a visitas y pasando avisos.

Observantísimo y delicado de conciencia, no pasaba por ninguna transgresión, por insignificante que fuera.

Aquejado de reuma, lo soportaba con sufrida paciencia; no omitía ninguna práctica de piedad y sólo por verdadero mandato, se avenía a estar sentado durante la meditación o la lectura espiritual.

Murió santamente el día de San Agustín. Por descontado se da, que él no necesitó ninguna conversión formal y que estuvo siempre en una tranquila, beatífica posesión de la Verdad.

Las Constituciones, en su última redacción, dicen del coadjutor: «...lleva a todos los campos educativos y pastorales el valor propio de su laicidad...». Aunque sea desde el oscuro recinto de una portería y con el único cometido de recibir gentes, atender visitas y pasar recados.

También en una portería está Dios y sólo con esos quehaceres, se puede labrar y hacer gala de la más exquisita caridad...

GREGORIO GONZÁLEZ HERMOSA



Coadjutor.
Nació en Muriedas (Cantabria) el 2-XI-1921.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1945.
Falleció en Madrid el **28-VIII-1948**.

Gregorio fue un coadjutor que murió joven y quedó ignorado en el abandono de un sanatorio antituberculoso.

Había nacido en las inmediaciones de Santander, en Muriedas. Ya entrado en la adolescencia, su paisano Don Ambrosio, le ganó para la Congregación. Hizo el Noviciado en Mohernando, entre los años 1944-1945.

El perfeccionamiento lo hizo en el mismo Mohernando en los años inmediatamente siguientes.

Fueron años de dificultades externas y de alguna prueba dolorosa dentro de la casa de Mohernando. Gregorio pagó sus conse-

cuencias y rindió el duro tributo que otros jóvenes compañeros suyos. Su noviciado fué uno de los más castigados.

Era un muchacho sano, fuerte, voluntarioso, y muy trabajador.

Para más señas de identidad, era rubio y gastaba bigote.

Hacía todos los trabajos de aquella hacienda en que, las necesidades de la casa y la operosidad del Sr. Aizpuru procuraban ocupación a todos los jóvenes trabajadores. Por lo que hace a nuestro reseñado, «lo mismo ensillaba el caballo que empuñaba la podadera», como el mozo del Quijote.

Trabajaba en la panadería, iba a hacer las compras a Guadalajara, en una tartana, que era el medio de locomoción, ayudaba al Administrador en los recados y en los ratos libres, si le quedaban, acompañaba a sus compañeros en el campo.

En el Hospital de Guadalajara, estaban internados dos o tres enfermos del mal que no perdonaba entonces. Gregorio se acercaba a ellos y los trataba con excesiva familiaridad y despreocupación. para darles a entender que no abrigaba ningún escrúpulo, comía con ellos y bebía de sus mismos vasos.

Aquellos detalles tan imprudentes pudieron ser el principio de su mal sin remedio.

Fue destinado a Cambados, casa que se encontraba en sus comienzos.

Su ritmo de trabajo, infatigable, como lo había llevado en Mohernando, las frecuentes marchas en bicicleta en días húmedos y fríos y su poco cuidado, a pesar de las advertencias de su padre, que estaba también empleado en la casa, y de Don Vicente Ríos, buen capataz de trabajadores a destajo, hicieron que se desarrollase la enfermedad que ya llevaba incubada.

Fue trasladado a Madrid e internado en el Sanatorio de Valde-latas.

Cerca estaba el Colegio de San Fernando y el Estudiantado de Filosofía adjunto. De vez en cuando le hacían alguna visita y le hacían llegar algún socorro. Demasiado poco para una enfermedad tan avanzada y en fase irremediable. El, tan activo y trabajador, pasó por la cruz de la inacción y de la soledad. Esa doble circunstancia hacía más dolorosa y triste la enfermedad.

Un día de finales de Agosto, de vuelta de una excursión a El Pardo, comunicaron del Sanatorio que había fallecido.

Murió en el abandono y no tuvo el consuelo postumo de una breve carta mortuoria.

Fue enterrado en el cementerio de Fuencarral, anexo al sanatorio.

En el entierro se suscitó la cuestión de a quién competía presidir el funeral y el sepelio, si a los Salesianos o a la Parroquia.

Cuestión ociosa. El sacerdote oficiante adelantó que a él le habían encomendado efectuar el entierro y no quería saber nada de precedencias. Dadas las circunstancias en que había muerto, tampoco al difunto le importarían mucho las meticulosidades del Derecho Canónico.

Descansaría tan en paz enterrado por uno como por otros y recibiría de Dios el «Denario» de su esfuerzo en el trabajo y el premio a su voluntad de buen trabajador.

IGNACIO ECHAYARRIA DEVA



Coadjutor.
Nació en Eckioga (Guipúzcoa) el 13-VII-1890.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 31-VII-1912.
Falleció en Madrid el **29-VIII-1961**.

El Sr. Ignacio era hermano del Sr. Pachi. Era más joven que él en edad y en vida salesiana. La popularidad y la simpatía de su hermano, así como el hecho de no haber estado tanto tiempo en casas de formación, pudo hacerle sombra y restarle notoriedad.

Era de la misma extracción que su hermano, sino que menos brillante, más serio y poco hablador.

Fue un religioso observante, trabajador, piadoso y humilde. Del Sr. Pachi hemos dicho que valía lo que pesaba, con pesar tanto. Del Sr. Ignacio podemos decir que valía más de lo que pesaba. Hombre inofensivo, nadie recibió agravio de él, y todos le debe-

mos el regalo del buen ejemplo. Pasó, que sepamos, por las casas de Vigo, Astudillo y San Fernando, en los tiempos heroicos de los primeros años.

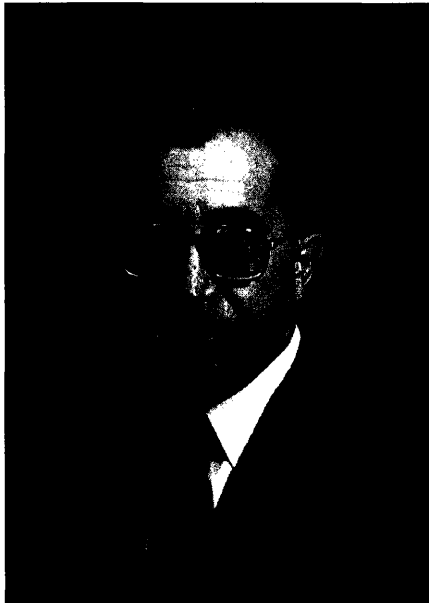
Estaba al frente de la panadería, un serviciopreciado en tiempos de racionamiento estricto. Acompañaba todos los días a un grupo de alumnos que hacía el reparto a los establecimientos de la Diputación. Tenía que ejercitar bastante la paciencia con ellos y con el chofer, que era de mal genio y de ideas levantiscas. El pan era un artículo de lujo, que se prestaba a operaciones de trampa. Por eso la necesidad de que acompañase y vigilase la operación un salesiano.

Por las mañanas, a la primera hora se veía a ambos hermanos Echevarría esperando que se abriera la puerta de la residencia de los filósofos para asistir a la meditación. Eran un ejemplo de puntualidad y asiduidad a las prácticas de la mañana. Lo mismo que, cuando estaba en Astudillo, se le recordaba al atardecer, en la penumbra de la iglesia de Santa María, recorrer las estaciones del viacrucis. Nunca se hizo notar por nada, como no fuera por su seriedad, su puntualidad y su aplicación a su trabajo. Rezó, trabajó y cumplió como bueno. Ya hizo bastante. Su enfermedad final fue breve y de poco trastorno para los hermanos salesianos.

Nació después que su hermano, en sangre y religión, y murió antes.

Un día de agosto de 1961, cuando estaban para separarse las Inspectorías de Madrid y Bilbao, como el siervo fiel de la Biblia, juntó los pies, cerró los ojos y entregó su alma a Dios. Fue a preparar el camino a su hermano, con quien compartió en la vida infancia de caserío vascongado, trabajo salesiano y estarán ahora compartiendo hermandad de Paraíso y beatitud de Paraíso bien ganado.

ZACARÍAS RIVERO VICENTE



Coadjutor.
Nació en Herguijuela de la Sierra (Salamanca) el 22-V-1935.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1956.
Falleció en Salamanca el **30-VIII-1989**.

La carta mortuoria de Zacarías se encabezaba con un detalle original: una encina pintada por él. La encina es el árbol más abundante en la provincia de Salamanca. Por todas partes aparece.

*«Siempre firme, siempre igual.
Impasible, casta y buena.
¡Oh tú robusta y serena,
eterna encina rural!»*

¿Veía en ella Zacarías, que tenía alma de artista, un símbolo de la provincia y del alma salmantinas?

Aún no hace dos años que murió. De haber vivido más, se habría dado a conocer, por su virtud, sus cualidades de educador y su temperamento artístico, como uno de los coadjutores ejemplares, mencionable al lado de un Fermín Corso, Gaspar Mestre, Pedro Martínez o Joaquín Dalmau.

Dios se lo llevó a la edad de los 54 años, poco más que a la mitad del camino de la vida. Su recuerdo, pese a nuestra facilidad de olvido, persiste vivo y aureolado de cariño en las pocas casas por las que tuvo ocasión de pasar: San Fernando, Atocha, Pizarralles. En todas dejó muestras de su inspiración y buen gusto: cuadros, retratos, pirograbados, esmaltes. En Salamanca y con ocasión de las Navidades, montó alguna exposición que fue visitada por el público y elogiada por la crítica.

Había nacido en Herguijuela de la Sierra, el 22 de mayo de 1935, un pueblo serrano y oscuro, en las fragosidades de la Sierra de las Mestas, en el partido de Sequeros, lindando ya con la provincia de Cáceres y su tierra más olvidada: Las Hurdes.

Las primeras letras las aprendió en la escuela del pueblo, dotada por todo mobiliario de un abaco o bolero para aprender a contar, bancos rústicos, carteles pendientes de las paredes denostando el alcohol o el robo, algunos mapas deslucidos y el crucifijo, que por aquellas fechas la legislación sectaria de la República mandaría retirar.

Entonces, ni en ésta ni en otras escuelas más tecnificadas, nadie hablaba del fracaso escolar, acaso porque tampoco se podía hablar del éxito. Todo era rudimentario y elemental.

Eso sí, la escuela se veía complementada por la familia, que en el caso de Zacarías *era* numerosa y modesta, y por la parroquia, mantenedora del ambiente sano y cristiano del pueblo.

Por influencia del párroco, allegado suyo, Don Rufino Encinas fue el padrino salesiano de Zacarías y el que rescató para la Congregación y la cultura a un alumno que sin el valimiento del párroco y del influyente salesiano, se hubiera quedado en la mediocridad y hubiera sido uno más de los ochenta muchachos que completaban la matrícula de la escuela.

Hizo el aspirantado salesiano en San Fernando, entre los años

1953 y 1955. Este Aspirantado sucedía al Filosofado cuando, debido al número y proporciones que había adquirido, la residencia se hizo pequeña y fue preciso trasplantarlo a Guadalajara. Los aspirantes encontraron la sede que habían de ocupar tan desmantelada y tan pobre como la habían encontrado los filósofos cuatro años antes. En eso, los comienzos fueron bien parecidos y bien auténticamente salesianos.

El Noviciado lo hizo en Mohernando, el año 1956, uno de los últimos años de Don José Arce como maestro de Novicios. Aquel año eran 96 novicios, 35 de ellos coadjutores. Muchos se marcharon a donde era su destino, pero muchos perseveraron y dieron excelentes elementos para todos los cargos y casas de las Inspecciones de Madrid, Bilbao y las misiones. «Cuando Dios da, da para todos y para todo». De aquellos noviciados casi centenarios se están beneficiando ahora muchos colegios.

Zacarías terminó felizmente el noviciado, profesó y fue a San Fernando de nuevo para hacer allí el Perfeccionamiento técnico y, en parte también, el perfeccionamiento espiritual y formativo. Este lo hizo de una manera muy sumaria y expeditiva, sin ningún proyecto previamente trazado.

Estaba muy lejos aún el Capítulo XIX y el plan de formación para los Coadjutores, paralelo al de los clérigos, en la teoría al menos.

¡Qué simples y oscurantistas nos parecen aquellos Reglamentos que se conformaban con que los coadjutores supieran leer y escribir y tuvieran bien aprendido el catecismo y el oficio! Sin embargo, de aquellos moldes tan sencillos, ¡qué buenas piezas salieron!

Que se lo digan a Zacarías Rivero, coadjutor de la primera época.

Por todas las casas en las que estuvo pasó dos veces, menos por Guadalajara e Inglaterra, a donde fue a perfeccionar su Inglés, privilegio que no tuvieron otros y del que él hizo un uso bien funcional y poco vanidoso.

No había ido a aprender inglés para pavonearse, sino para enseñarlo.

La vanidad no entraba en sus saberes y habilidades; sólo la utilidad y el servicio a los demás.

Estuvo en Atocha por segunda vez entre los años 70 y 77 y en el año 1980 volvió a Los Pizarrales. En él no se cumplió aquello de que «Nunca segundas partes fueron buenas». Su temperamento de educador, su experiencia y su profesionalidad se fueron acrisolando con los años.

Siempre tuvo muy en cuenta la advertencia que hacía Don Alejandro y que repetía como un recurso bien administrado:

-Tenga Vd. en cuenta que Vd. ha venido aquí no para crear problemas, sino para resolverlos.

Zacarías, desde su primera juventud, fue hombre de soluciones más que de problemas. No los creó en la vida religiosa ni en la vida profesional ni en la convivencia.

Era sencillo, servicial y humilde. Con esas condiciones, cuando además sirven de cobertura a cualidades valiosas y de eficiencia, cualquiera se hace apreciar, respetar y querer.

*«El encanto de las rosas
es que, siendo tan hermosas
no conocen que lo son».*

Así le pasaba a *Zacarías*. Tenía cualidades de las que usaba como si no las supiera.

«No daba importancia a lo que hacía», dice Don Isidro en la carta mortuoria. «Era un trabajador incansable».

La carta mortuoria que, como Director de la casa de Pizarrales, tuvo que escribir, fue una carta de esas cartas que resultan dolorosas, fáciles y gustosas de redactar. Había materia para escribir en pureza y con verdad, sin miedo a piadosas y gratuitas exageraciones.

Le conoció en el último año y le trató durante la enfermedad.

Pudo darse cuenta de que *Zacarías* era una de esas personas que «se cotizan en oro».

«Ser artista y ser feliz no lo permite Dios».

No sabemos por qué Manuel Machado diría eso de Verlaine; pero en *Zacarías*, que era artista, se hizo verdad, al menos humanamente hablando.

En su conducta, daba la sensación de ser feliz y de hacer felices a los demás.

Seguía siendo el hombre que no tenía problemas ni los planteaba.

La enfermedad se encargó de enturbiar aquella aparente felicidad, una enfermedad larga, dolorosa y que se entretiene con el paciente, haciéndole pasar por estadios de mejoría y de empeoramiento sucesivos, hasta verse consumido.

Es una muerte lenta y de tortura la del cáncer.

Zacarías tenía a la cabecera de su cama un Jesús flagelado, en pirograbado hecho por él mismo y sobre la mesilla de noche, una estatuilla de María Auxiliadora. Fueron los abogados de su buena muerte. Porque buena y edificante lo fue y bien lúcida.

«Es difícil entender la muerte», dicen que decía; «pero, Señor, ven a buscarme... Decid que quise ser bueno durante mi vida...».

Tener voluntad de ser bueno, ya es una manera de serlo.

Murió el 30 de agosto, rodeado de salesianos y de varios de sus siete hermanos. Hermanos en Religión y hermanos en sangre.

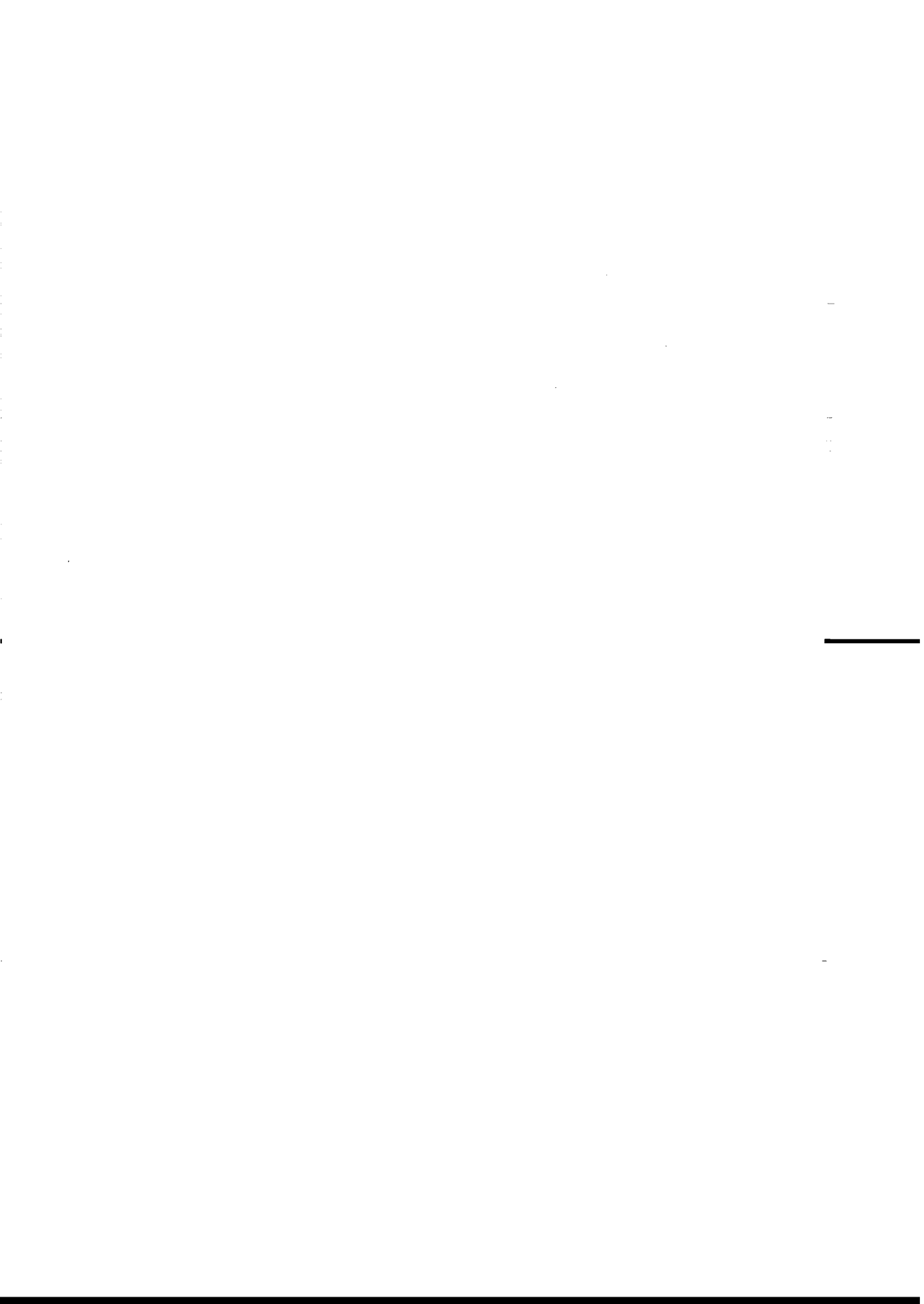
Le llevaron a enterrar a Herguijuela de la Sierra. Allí descansa junto a sus padres, a la sombra de los castaños, de los robles y de las encinas rurales. Su tierra natal le reclamaba.

Zacarías, que había expresado el deseo de tener un entierro sencillo, estaría contento de regresar a la tierra que le vio nacer.

*«De los cuerpos y las almas de mis hijos
soy la cuna, soy la tumba, soy la patria...».*

SEPTIEMBRE

Día	Año	Condición	Nombre y apellidos	Edad	Página
15	1987	Sacerdote	Hiscio MORALES MORALES	81	293
19	1945	Sacerdote	Eladio LÓPEZ PACHECO	65	300
22	1978	Sacerdote	León CARTOSIO BIANCHI	90	303
23	1991	Sacerdote	Eduardo DIEZ GALLO	74	310
25	1989	Sacerdote	Vicente RAMOS LORES	48	317



HISCIO MORALES MORALES



Sacerdote.

Nació en Cubo de Don Sancho (Salamanca) el 14-IV-1906.

Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VIII-1930.

Ordenación sacerdotal en Palencia el 23-VI-1942.

Falleció en Barcelona el **15-EX-1987**.

A mitad de distancia entre Fuente de San Esteban y Vitigudiño, en la provincia de Salamanca, cercado por dos riachuelos que van a dar al Huebra, está El Cubo de Don Sancho, un pueblecito pequeño, no exento de paisaje y de belleza, que se levanta en torno a un edificio de forma cubical perfecta. De ella le vino el nombre de Cubo, y el de Don Sancho, por el personaje que estuvo allí cautivo, que era Infante. Tiene todos los elementos que harían interesante a cualquier lugar, aún para el que no hubiera nacido en él: Río, monte de encinas y de robles, los árboles que pueblan gran parte del suelo salmantino, iglesia y palacio o casa señorial.

Don Hiscio Morales estaba contento de haber nacido en tan rural y salmantina cuna. Su padre era un charro de la más pintada estampa. Cuando Hiscio hacía el cuarto curso de Latín, en el Paseo de Extremadura, fue a verle, vestido con todos los aderezos del traje charro, incluida la amplia capa. Los aspirantes le miraban con curiosidad y extrañeza, como si se tratara de un personaje de otra época. El Cubo de Don Sancho tiene una iglesia -dicen- del siglo XIV, el altar mayor es de un dorado limpio y brillante y en el centro campea una hermosa imagen de la Virgen de la O. Fuera de la campana grande la catedral de Salamanca, en pocos sitios más se encuentra por allí esta advocación de la Virgen. La talla es notable, pero el título lo es más: recoge los dos privilegios más marianos, la virginidad y la maternidad. María es la única mujer que puede hacer gala de los dos. Bien lo decía un predicador de inspiración poética y con gran dosis de Teología: María es como un naranjo. Es el único árbol que exhibe al mismo tiempo la flor y el fruto, el perfume del azahar y el sabor sustancioso y agridulce de la naranja succulenta. Era un buen pie para un panegírico de la Patrona de El Cubo, que tiene alguna otra singularidad.

Una señora pudiente y piadosa, tenía un oratorio «de los más ricos de España», muy digno de ser visitado, con reliquias auténticas, entre ellas un «lignum crucis». Esta Señora, Doña Francisca Leiva, se acordó de las familias pobres del pueblo y donó una pensión de tres reales a cada una de ellas, como subsidio de pobreza. Traducidos a la moneda actual, aquellos reales, que eran diarios, sumaban más que el salario mínimo interprofesional de ahora.

Don Hiscio nació el año 1906, el día 14 de abril, cuando esta fecha no tenía aún ninguna connotación histórica.

Se crió entre sus cuatro hermanos como un chico más de aquel pueblo ordenado, risueño, piadoso y sin pobres.

El clima del pueblo y del hogar era como para despertar la vocación de cualquier muchacho de buenos principios. El era un poco más avisado que sus compañeros. Jugaban a los toros, como en tantos otros pueblos de Salamanca, y a los curas. El teatro de operaciones era el corral de su casa y el pulpito, un ca-

ro. Desde él dirigía sus arengas y los sermones de un misionero precoz.

Un reclutador de vocaciones, sacerdote de Andalucía y ya popular por aquellos pagos, le dio los últimos toques y le encaminó al aspirantado más próximo. Fue el de Hiscio un aspirantado bastante trashumante: Baracaldo, Béjar, Astudillo y el Paseo de Extremadura. Esa condición de provisionalidad y de estancias breves le acompañó buena parte de su vida.

El noviciado lo hizo parte en Carabanchel y parte en Moherando, coincidiendo con la fundación de esta casa.

Hizo sólo un año de Filosofía. El y Don Vicente Ríos eran los veteranos del curso. esa mayoría de edad y sobre todo, la falta de clérigos en las casas obligaba a veces al Inspector a abreviar el tiempo de formación. El trienio lo hizo por años en tres casas: salamanca, Santander y Baracaldo. También el estudio de la Teología fue un poco atípico. Como premio o como compensación, le mandaron a Turín, a estudiar la ciencia sagrada en La Crocetta. Estudiaba en el teologado y vivía en Valdocco, en la Casa Madre, alternando los estudios con la colaboración en La Juventud Misionera. Esa duplicidad de actividades no era el primer español que la tuvo que desempeñar.

Don Antonio Castilla, Don Luis Conde y Don Lorenzo del Pozo le habían precedido. Ninguno de ellos resultó un teólogo eminente, pero todos cumplieron con el pluriempleo salesiano de una manera gallarda.

Estando en «esas», estalló la guerra en España. Don Hiscio, con ánimo de cruzado, tuvo más en cuenta la voz de la patria que la letra del canon y se presentó como voluntario en «los tercios salvadores».

«... no se presente nadie voluntario, entre los clérigos, al servicio militar...». Haber contravenido tan flagrantemente la norma, le valió una denuncia y una sanción. El tiempo y la mediación de Don Ricaldone hicieron que no fuera más larga y más terminante.

Su fogosidad y el canon 289, fueron la causa de que no se ordenase de sacerdote hasta el año 1942, con treinta y seis años de edad.

Pasa dos años en Santander como Prefecto y otros dos en el Paseo de Extremadura como Consejero y Catequista. En ninguno de los dos cargos tuvo tiempo de llevar a cabo una labor duradera. Como Prefecto, decían que era un tanto personalista y más Prefecto de despacho y teléfono que de vagabundeo y de pesquisa. La casa de Extremadura estaba todavía en su edad media, los alumnos eran dóciles, no eran muchos los internos y la marcha del colegio seguía un aire llevadero y muy familiar. Fue un destino transitorio más en el curriculum de Don Hiscio, que aspiraba a otras encomiendas y a otras tierras.

Desaparecidos sus padres, poco le vinculaba ya al terruño nativo.

*«... Ya está solo el hogar, mis patriarcas
uno tras otro del hogar salieron...
Cierro las puertas del hogar paterno,
que es cerrar a mi vida un horizonte
y a Dios, cerrarle un templo... (Gabriel y Galán).*

Bastantes misioneros se han largado a las misiones, cuando han visto cerrarse las puertas de su casa paterna. Al cerrárseles un horizonte, se les abrió otro. Don Hiscio ya arrastraba la afición misionera desde los años de Turín, cuando colabora en la revista al lado de Don Ricaldone, que tanto aprecio le cobró. Pero más que nada, le ganó para tal causa la fascinación de Don José Luis Carreño, hombre de tan acendrado carisma humano y apostólico. En cualquier ambiente se entregaba de lleno, pero la India ejerció sobre él un embrujo especial. El se lo comunicaba a sus allegados, a sus amigos y a sus admiradores, que no eran pocos.

¿Quién no habla con fervor de Don José Luis Carreño? A su lado pasó Don Hiscio diez años, como subordinado, colaborador de propaganda y compañero de andanzas misioneras.

Trabajó en casas de formación más bien, como confesor de filósofos, de novicios, en la propaganda misionera y vocacional, hizo algunas incursiones en el campo netamente misionero de la catequesis y los bautizos, pero pronto se dio cuenta de que la India, es difícil de evangelizar. Sus habitantes, que son muchos y se

multiplican profusamente, son maleables a ciertas propagandas y viven enraizados en su induísmo heredado desde siglos. Son dóciles, casi medrosos, proclives a la bondad y a la piedad, se han visto siempre oprimidos y sufren una indigencia no menos heredada que su religión. El porcentaje de cristianos es mínimo, descorazonador.

«Me da lástima de esta multitud...» dijo el Señor antes de multiplicar los panes y los peces. Gran parte de la India es un muchedumbre hambrienta, sin la perspectiva de una multiplicación milagrosa y condenada a desfallecer. Los cuervos revolotean en bandada sobre las ciudades. ¿Será para orlar las alturas de los templos y las pagodas o será que van en busca de la carroña que se les brinda sobre las calles?

Los turistas van a la India con su máquina fotográfica en bandolera y con los ojos bien abiertos para captar experiencias exóticas. El misionero auténtico entra en ella con el ánimo suspenso y sale con el cuerpo maltrecho. En la India, como en el trópico, o se nace o se muere.

Lo mejor que trajo Don Hiscio al cabo de diez años de pasar por Yescaud, Madras, Tirupatur y Goa, fueron sus ganas de seguir viviendo y de trabajar por las misiones aquí, muy en la retaguardia.

El último número de la Juventud Misionera trae un romancillo de otro misionero, ahora en cuarentena de enfermedad también, Julián Martín. A cuántos se les podría preguntar:

*«¿Por qué te fuiste de España
y, después de poco tiempo,
volviste con pelo blanco
muy contento, pero enfermo...?»*

Don Hiscio no volvió con el pelo blanco, pero sí enfermo.

A pesar de eso, los años que siguieron a su regreso a España, fueron más fecundos en apostolado misionero que los pasados en la India.

Se instala en la SEI y desde allí maneja los hilos de su actividad misionera, que es muy intensa. Restaura la publicación de Ju-

ventud Misionera, un apéndice del Boletín Salesiano al principio; busca ayudas y cooperadores para las misiones; se industria para que le nombren Director del Secretariado de Misiones de la CONFER y colaborador de la revista del Ministerio de Asuntos Exteriores, «España Misionera»; confiesa a varias comunidades de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora y sobre todo, va echando los cimientos de la Procura Salesiana de Misiones. Su actividad es ingente. Tenía razón José Riesco, su compañero, amigo y paisano, cuando decía de él: «Este Hiscio es un prodigio de actividad, a su lado yo me siento una tortuga...».

La revista se descolgó del Boletín, constituyéndose en publicación aparte, al principio muy reducida. Las Misiones se desglosaron de la SEI y se establecieron en unos chalets familiares de la calle Eduardo Aunós. Fue el sencillo primer «consulado» de las Misiones Salesianas en Madrid. Su adquisición fue posible por una donación sustanciosa del Fundador de Urnieta, Don Pedro, y otras ayudas que iban llegando al reclamo de una propaganda silenciosa, delicada y tenaz. Principio quieren las cosas. Aquel modestísimo «consulado», ha adquirido con el tiempo el rango de «embajada» con la actual Procura, bien situada y montada en gran estilo, funcionando a base de máquinas y ordenadores y haciendo llegar sus «fondos» a multitud de misiones.

La revista, que comenzó siendo poco más que un folleto de lectura misionera, cuenta por decenas de miles su tirada, dispone de un equipo de Dirección y colaboradores, llega a sesenta y cuatro países y se codea con otras publicaciones de su género.

Don Hiscio no llegó a ver tal florecimiento. Con su andar de pasos largos, cada vez un tanto más cargado de espaldas, su mandíbula saliente y su voz gangosa, «voz de letra bastardilla», diría el mismo Don José Riesco, bien puede ser considerado el pionero de toda esta «empresa misionera», con permiso de Don Modesto Bellido, que es el primero en reconocerle esos méritos y virtudes. De sus últimos años y de la parálisis que le fue agarrando, no hay por qué hablar. La carta mortuoria, aunque tardía, es reciente y muy abundante en detalles sobre su ocaso largo, lento y muy penoso. Repetirlos sería una redundancia ingrata de afrontar.

Nació para misionero. Cuando predicaba a los muchachos de El Cubo reunidos en el corral de su casa y encaramado en un carro, como pulpito, ya ensayaba las catequesis del futuro misionero.

«Sólo se llega a ser un hombre de verdad, jugando desde niño a serlo...».

Y en cuanto a su muerte, delicadamente atendido y con toda la exquisitez imaginable, pero en la lejanía, hundido en la más completa incapacidad física y mental, como el enfermo más menesteroso del Cottolengo, hace pensar en la inmolación total del misionero.

En la recientísima encíclica sobre las misiones, dice textualmente Juan Pablo II: «Recomiendo a quienes ejercen su ministerio entre los enfermos, que los instruyan sobre el valor del sufrimiento, animándolos a ofrecerse a Dios por las misiones. Con tal ofrecimiento, los enfermos se hacen también misioneros...».

Don Hiscio se adelantó a esta exhortación.

Se hizo a sí mismo misionero de acción y de «pasión», incluso cuando su vida estaba tan mermada ya, que no era capaz ni siquiera de padecer.

Había llegado a un estado lastimoso de vida vegetativa, de dique seco, de uno de esos ríos laboriosos -el Tormes, por ejemplo, que le era el más familiar- después de un curso a lo largo del cual han movido molinos, han regado huertas y llenado embalses, llegan al final con un cauce tan agotado que ya no son ni siquiera ríos.

Es consolador pensar que la vida de éste y de tantos otros misioneros auténticos, no dejan de ser «productivas» hasta que llegan a la mar, «que es el morir».

ELADIO LÓPEZ PACHECO



Sacerdote.

Nació en Las Uces (Salamanca) el 2-VII-1880.

Profesó en Sant Vicens dels Horts (Barcelona) el 4-IV-1903.

Ordenación sacerdotal en Ivrea (Italia) el 30-XI-1912.

Falleció en Madrid el **19-IX-1945**.

De Don Eladio tenemos bastante leyenda y muy poca historia.

Se cuentan de él muchas cosas, pero se han escrito pocas.

Era una persona popular, por su temperamento extrovertido, su movilidad y hasta por su tipo: rechoncho, colorado y locuaz.

Había nacido en Las Uces (Salamanca). Cuando vino a la Congregación, era ya mayor. Se presentó a Don Rinaldi, Inspector. Le habló con la franqueza que el Beato inspiraba. Le hizo saber, entre muchas otras cosas, que tenía muy arraigado el hábito de fumar. Don Rinaldi le escuchó con serenidad y le dijo que eso no era un impedimento insuperable.

El le ayudaría a desarraigarlo. En adelante, cuando quisiera fumar, se lo pediría a él mismo. En eso quedaron. Cada día, Don Eladio acudía a solicitar la ración de consumo, su tabaco del día. Don Rinaldi se lo fué acortando poco a poco y se hizo cada vez más difícil de abordar.

Llegó un día en que la ración era tan escasa y el donante, tan difícil de encontrar, que Don Eladio se cansó y dejó de pedírselo. No sabemos si acabaría con el vicio o le quedaría algún resabio.

Era hombre alegre, desenvuelto y de mucho trato social.

Estuvo en Italia bastantes años alternando los estudios con alguna otra encomienda, como estuvieron Don Luis Conde, Don Lorenzo del Pozo y, más tarde, Don Hiscio. Intervino en la construcción de la casa de Astudillo, y en la del Paseo de Extremadura más que como entendido en la construcción, como procurador de medios económicos.

Estando una vez en Mohernando de visita con unos Antiguos Alumnos y amigos, en al sobremesa, con el gracejo que contaba las cosas dijo:

-Antes decían que bastaba que escarbase con el pie y sacaba dinero; ahora me basta hacer así (y frotaba el dedo índice y el pulgar) y viene con la misma facilidad.

Estaba presente el Ecónomo Inspectorial. Ponía cara de extrañeza y de abrigar sus reservas.

Durante la guerra, estaba en la casa de San Benito. Un Jueves Santo, se enteró de que el Caudillo iba a pasar por la calle de la Compañía en el recorrido de las estaciones al monumento. Ni corto ni perezoso, se detuvo en la acera esperando y cuando Franco pasó enfrente, se adelantó, se quitó el manteo y lo puso a sus pies. El Caudillo se detuvo extrañado, sonrió y pasó por encima del manteo.

Tan espontáneo y tan lanzado era Don Eladio.

Estuvo una vez de paso por Carabanchel. Hablaba con los teólogos y les decía:

-Tenemos que estar unidos, querernos y hacernos felices dentro de la casa; si no, el cariño se va a buscar fuera de ella.

No sabemos si lo decía por intuición o por experiencia. Termi-

nada la guerra, con autorización y por algún tiempo, estuvo ausente de la comunidad. La ausencia se prolongaba más de lo convenido. El Inspector, que sabía dónde estaba, le hizo algún reclamo.

Se encontraba haciendo de Capellán con una Señora linajuda y bienhechora. Le estimaba tanto, que pretendía hacerle Obispo. Don Eladio, a decir verdad, no se encontraba a disgusto. Se hacía un poco el remolón.

Hasta que el Inspector destacó a Don Luis Conde para tratar de retraerle al hogar.

Estando hablando Don Luis con la tal señora, que se resistía, acertó a pasar por allí Don Eladio, que se quedó sorprendido.

Don Luis, cortó bruscamente la conversación y le espetó:

—¡Eh, trucha, por ti venía! Y se lo llevó consigo.

Fue destinado a La Paloma, recién fundada la Institución.

Aquel mundo amplio y complejo le venía a la medida. Allí moraba, ejercía su ministerio, confesaba todo lo que le ofrecía y se movía en régimen abierto.

Un día, al volver de la calle, en la entrada ya de la Institución, se sintió mal. Se sentó en un banco de piedra del patio, recibió los auxilios de urgencia y así, vestido y calzado, dejó de vivir.

Se le hizo un duelo sentido y muy numeroso, como cumplía a su simpatía, su campechanía y su hombría de bien.

LEON CARTOSIO BIANCHI



Sacerdote.

Nació en Cassinelle (Piamonte-Italia) el 23-IX-1888.

Profesó en Foglizzo (Italia) el 29-X-1904

Ordenación Sacerdotal en Campello (Alicante) el 23-V-1913.

Falleció en Vigo (Pontevedra) el **22-IX-1978**.

Incluimos a Don León entre estas reseñas, porque aunque no murió en esta Inspectoría, aquí dejó honda huella; es una figura impreterible de muchos años y porque así nos lo han sugerido ruegos muy insistentes y atendibles de Salesianos beneméritos. En las circunstancias en que se encuentran, un ruego suyo es un mandato categórico. Sépanlo Don Eduardo Gancedo, Don Julián Ocaña, Don José Antonio García, todos en situación doliente. Si esto fuera un brindis, habría que decir que va por ellos.

No son muchos los Salesianos que pasaron por las manos de Don León. Son una minoría, pero una minoría preclara y muy respetable.

Don León fue un hombre de cátedra y de confesionario exclusivamente.

Fue un virtuoso de la Enseñanza y de la Ascética.

Su semblanza quedó trazada minuciosamente con ocasión de sus Bodas de Oro Sacerdotales, de sus Bodas de Diamante y de su muerte, hace diez años. Todos los momentos y los pasos de su vida quedaron reseñados.

No es cosa de volver sobre ellos. A nosotros nos corresponde sólo reevocar su figura y desplegar algunos recuerdos e impresiones.

Tenía una contextura pequeña y una apariencia física exigua y no muy afortunada. Era pequeño, flaco y feo; pero tenía una personalidad gigantesca. En ciencia y virtud era una persona de una pieza.

Si además de sabio hubiera sido un hombre prestante y arrogante, se nos habría hecho insoportable.

Los jóvenes necesitan encontrar en sus maestros algún flaco, para tener a dónde asirse y en qué vengarse puerilmente.

Don León siempre nos pareció viejo, aun cuando era estudiante universitario y no tenía todavía treinta años. «Ninguno es más viejo de cuanto lo parece», dice el proverbio. El lo pareció siempre.

En una ocasión, siendo nosotros estudiantes de Filosofía, cayó en nuestras manos, al azar, una carta de su hermana, desde su pueblo, Cassinelle. La encabezaba así: «Caro Leonicello...». Nos causó hilaridad verle tratado con un diminutivo tan mimoso, «Leonicello...».

Todavía le recordamos, en el Paseo de Extremadura, cuando éramos aspirantes. Estábamos en el recreo del mediodía, jugando desfogadamente a la partida, al marro, al brazo y cabeza, aquellos juegos primitivos y moviditos. Aparecía Don León por el pórtico, con libros muy gordos y aire cansado. Venía de clase de Ciencias. Entraba en el comedor y comía completamente solo. Terminaba de comer las viandas nada sicilianas que se le habían reservado y, acto seguido, se marchaba a la clase con los cursos mayores. No tenía ni recreo ni descanso. Así un día y otro. En los recreos disponibles, paseaba rodeado de un pequeño grupo de aspirantes que se le habían acercado. Su conversación no solía ser muy apasionante, lo era incomparablemente más la de Don Jesús Marcellán

o Don José Arce. Unos asistían con deleite; otro asistía por deber.

Desde que llegó a España, a Barcelona, le encomendaron la clase y asistencia de Novicios y Filósofos.

Comenzaban así sus tareas cotidianas y perennes.

En Barcelona conoció la revuelta de la Semana Trágica. Se ensañaron cruelmente con él. Salvó la vida, pero se quedó traumatizado para siempre. Fue una más de sus cruces: la tartamudez. En las clases, en la predicación, en las ocasiones de mayor compromiso, los nervios le traicionaban y le impedían expresarse con soltura.

*«No siento en el mundo más
que tener tan mal sonido
siendo de tan buen metal...».*

Se podía decir eso mismo de su expresión, tan en disonancia con su ciencia y su sentido crítico y certero.

En Mohernando, en los años de Noviciado y Filosofía era nuestro maestro casi incesante. Las asignaturas de algún peso las soportaba él. Hasta ocho de ellas nos llegó a dar. Estábamos, prácticamente, todo el día con él.

Entraba puntualísimo en la clase con una pila de libros, rezaba el «Acciones nostras», que nunca le salía entero, porque se trabucaba con las palabrejas en latín y se ponía a explicar, ya en sus dominios, con plena lucidez, las Matemáticas, la Física, la Química, el Latín, el Griego, la asignatura de turno. Cuando llegaba el mediodía, los alumnos estábamos extenuados. El lo estaría también, porque el desayuno había sido igualmente leve para todos, pero lo disimulaba mejor que nosotros y se mostraba tan entero.

Lo que Don León nos enseñó, quedó bien aprendido; lo que no estudiamos con Don León, se nos quedó en la ignorancia. Era un virtuoso de la Enseñanza. Acotaba texto por texto la materia que no había que dar, pintaba en la pizarra los esquemas y las figuras de objetos a estudiar, recogía y buscaba las flores que había que clasificar, ensayaba los experimentos, que luego exhibía con satisfacción, cuando le salían bien; hacía copio de nieve, a falta de otra agua destilada para los ensayos... Estaba pendiente de la

clase a todas horas. Corregía meticulosamente los trabajos, poniendo la corrección sobre el disparate... Se tomaba un trabajo ímprobo, imponderable para nuestra avilantez de muchachos.

«Ahora comprendo por qué están tan limpios los barcos», -decía aquel marinero-, después de un zafarrancho agotador... A fuerza de puño y de esfuerzo se logra tener tan resplandecientes los metales...

Ahora se usan métodos más entretenidos y moliciosos para la Enseñanza de todo. Don León era un practicante del lema: «la letra con sangre entra», pero sobre todo, con la sangre del profesor. Le sublevaban la poltronería y el descuido, él que tomaba las cosas con tanto ahínco.

A los alumnos indolentes los soportaba; de los aplicados y con interés, hacía su mérito. Bien se lo han demostrado después.

A pesar de todo lo que los baqueteaba, era su confesor. Es admirable la equidad y el discernimiento con que separaban los dos cometidos el maestro y los alumnos.

Se confiaban a él, porque veían que a su ciencia acompañaba la integridad y la virtud.

Ocupaba una habitación desmantelada y fría, que daba al Norte.

Nunca se vió en ella un calentador. En los días crudos de invierno, cuando azotaba despiadado el viento del Ocejón, él se libraba del frío, saliendo a dar paseos por el bosque, recorriendo los caminos a grandes zancadas, con las manos a la espalda metidas en las bocamangas de la sotana.

Llegaron los días de la revolución, que nos marcaron a todos. Entre las peripecias que se fueron sucediendo, no fue la menor la de la tarde del 27 de Julio. Conducidos por los milicianos ante el Gobierno Civil para que dispusiera de su suerte, estuvieron expuestos durante un largo rato a la expectación y a las iras del pueblo. Los insultaron, los amenazaron y les lanzaron toda clase de dicterios. En Don León, por su traza inconfundible de clérigo se ensañaron un poco más.

-¡A este reverendo me lo cargo yo!, decían con gesto y ánimo intimidatorios.

Cuando volvieron, por fin a casa en calidad de prisioneros, por falta de sitio en la cárcel de Guadalajara, no por consideración, Don León pasó por el trago de ver su cuarto asaltado, desvencijado lastimosamente, los libros de sus estudios pisoteados por el suelo y destrozados los mapas y los instrumentos de sus clases, que él había ido reuniendo en modesto laboratorio. Miraba con desolación el atropello y nos decía con infinita pena:

-Esta es la barbarie bolchevique; estos son los desmanes de la revolución. Aquello era un signo; otros se cometieron en mayor escala.

La última imagen de entonces que recordamos de él, se refería a la Dirección general de Seguridad, las horas que estuvimos hacinados allí. Estábamos aburridos, se hacía el contradizo con nosotros y nos animaba. Pusieron en medio una caldera de habichuelas, nos repartieron un bollo pequeño y él nos instaba:

-Comed, comed, que hace muchas horas que no lo hacéis...

En sucesivas expediciones fuimos saliendo para la cárcel, él también.

Después supimos que, alegando su condición de italiano, logró salir hacia la Embajada y después a Italia.

Al cabo de tres años, volvió a España. No sabemos cómo le quedaron ganas de volver, con los malos recuerdos que se llevó.

Otra vez a empezar: San José del Valle, Carabanchel, Santander, Salamanca, La Coruña..., como cuando había empezado de joven en Campello, Carabanchel, Mohernando. La noria seguía dando vueltas y vueltas con los cangilones cada vez más rechinantes, cada vez más vacíos también.

Cuando ya no estaba apto para la Enseñanza, se dedicaba a la enseñanza desde el confesionario y a traducir las Memorias Biográficas. Siempre fue un usurero del tiempo. Cuando éramos estudiantes nos decía:

-El estudio hay que hacerlo despacio; pero ponerse a estudiar hay que hacerlo, sin dilación.

Tuvo momentos de enajenación. Le fuimos a ver al Sanatorio Psiquiátrico de Palencia. Daba una impresión penosa. Estaba apaciguado, como sedado o ausente. Nada de aquel brío con que

se enardecía en momentos de clase. Pero recordaba, razonaba lúcida-mente, se querellaba de alguna desconsideración, más su-puesta que real.

Zamora, Cambados, Vigo fueron las últimas singladuras de su navegación.

Aquí celebró el aniversario de Bodas de Diamante. Fue un reconocimiento comunitario a su trayectoria ejemplar de hom- bre laborioso, modesto y humilde. Se hicieron presentes la Ins- pectoría, las Inspectorías por las que había pasado y la Sociedad Civil.

Le impusieron ante el aplauso de todos la Encomienda de Al- fonso Décimo el Sabio. A tal Señor, tal honor. Nunca se llevó con más humildad ni con más gallardía, después de sesenta años de merecimientos.

La recompensa del mundo siempre llega tarde y es escasa. Sólo pudo disfrutar de la condecoración un año. La ostentaba, por otra parte, bien sin jactancia. Su vida la había cifrado en valores más al- tos y duraderos. Aunque exiguo de cuerpo, era demasiado grande para darse por pagado con honores caducos. Sus ojos de visión lar- ga, a pesar de su miopía que se esforzaba tras las gruesas gafas, entreveía dos grandes unidades en perspectiva próxima: la unidad de Europa y la unidad de la Iglesia, fruto del Ecumenismo.

El Fruto más positivo de las Bodas de Diamante, no fue la cruz de Alfonso X el Sabio, que tenía bien ganada, sino el recono- cimiento a su labor pedagógica larga y profunda y el acatamiento de sus antiguos alumnos a cuanto había sido la trayectoria de su larga vida de enseñante: sesenta años machacando sobre el mis- mo duro hierro: el cumplimiento del deber, el amor al estudio y la adquisición del hábito de la responsabilidad. Después de haber pasado por los mismos malos ratos que él pasó a cuenta nuestra, a través de la niebla de la distancia y de las cosas, ahora venían a darle la razón y a reconocer que son saludables, las que entonces, en nuestro corto juicio, nos parecían manías, arbitrariedades y chinchorrerías.

Le pertenece nuestra mayoría de edad más que le perteneció nuestra juventud inmadura.

Muchas de las convicciones que viven en nosotros, se deben a su ejemplo, a su insistencia y a su blanda y saludable tiranía.

Tenía la buena costumbre de exigir mucho durante el curso, muchísimo, más bien; pero al final y en las notas de exámenes era generoso.

Muchos de los que le tuvimos como alumnos, que fuimos cícateros y díscolos, acaso, ahora le confesamos sin regateos que le debemos buena parte de lo que somos y que fue en vida un intachable religioso y un paladín de la Enseñanza y de la formación de hombres.

EDUARDO DIEZ GALLO



Sacerdote.
Nació en Villaverde de Peñahorada (Burgos) el 5-I-1917.
Profesó en Mohernando (Guadalajara) el 16-VII-1935.
Ordenación sacerdotal en Madrid el 15-VI-1946.
Falleció en Madrid el **23-IX-1991**.

«Uno de los grandes consuelos de la vida es la amistad, y uno de los consuelos de la amistad es tener a quien confiar un secreto» (Manzoni).

La carta mortuoria de Don Eduardo ha llegado hace unos días. Es extensa y cumplida. Se nota en ella la obra de varias manos y una sola mente. La contribución de toda la comunidad y la atención afectuosa y concentrada en el biografiado. Al cabo de los meses, todavía se le siente vagando por los pa-

sillos de la casa, presente en la capilla, en el comedor o en la biblioteca, derramando su mirada de benevolencia, esbozando una sonrisa o dejando oír su voz templada, nunca airada ni estridente.

Todos estaremos destinados al olvido. El contaba con este destino común y sabía que no iba a ser una excepción. Daba por cierto el versículo de Eclesiástico: «No hay memoria de los antiguos, como tampoco de los venideros la habrá en los que seguirán después...». Pero dado por descontado el olvido, es cierto que el recuerdo de unos será más duradero.

Con la carta y la fotografía de Don Eduardo delante, nos disponemos a hilvanar este apunte que podría darse por excusado, después de una carta tan abundosa y pulida. Esperamos no caer en la redundancia.

Al fin y al cabo, los tres cuartos de siglo que a estas horas habría cumplido ya, se dejan contemplar desde muchos ángulos. Hoy le contemplamos desde el plano de Mohernando. Pasó aquí trece años de vida en tres etapas y al final, unas semanas de venturosa añadidura. Parece que vino a preparar aquí su muerte.

Cuando ya estaba muy acabado y veía encima la muerte, le decíamos para darle ánimos:

-No te preocupes. Mientras estés aquí, no te morirás.

El sonreía, como lo hacía siempre a tantas cosas, y se quedaba con la presunción de que la muerte era ya un hecho insoslayable.

-Cuando Dios quiera, decía resignado, convencido de que no tardaría en quererlo.

Se le mira en la foto, con su sonrisa de abuelo tranquilo, su frente espaciosa, su indumentaria modesta y clerical y su espalda inclinada.

La tuvo así desde hacía muchos años, desde que estuvo manejando la pala y el pico en el batallón de fortificaciones. ¡Cuántas veces recordaba aquellos años de trabajos forzados!

Su fotografía evoca muchas cosas. Azorín decía que vivir es recordar y recordar es ver volver...

Tardes como ésta, de marzo mediado y primaveral, las tendría él bien recordadas. Como la primavera de Soria, de Machado,

también la de Mohernando tarda, «pero es tan bella y dulce cuando llega...».

Se ofrecerían las mismas preguntas:

*«¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de la sierra.
Por esos campanarios
Habrán ido llegando las cigüeñas.
Ya las abejas
libarán del tomillo y del romero».*

Los accidentes de la primavera se repiten y las preguntas se podrían repetir también, si la muerte no lo hubiera hecho imposible, por lo menos «ad tempus», un tiempo que la Esperanza y el recuerdo se encargarán de llenar.

Volviendo a la fotografía, la imagen de Don Eduardo, que era castellano de la más vieja cepa, desmiente la fama de hinchados y orgullosos que de antiguo tenían los burgaleses. De los castellanos decía un Rey del siglo XI. «Nada hay en el mundo que vosotros no hagáis salir de quicio. Hacéis todas las cosas con orgullo y os empeñáis en que todo lo que queréis, tengan que hacerlo todos...». Para que veamos si es viejo el perjuicio regionalista.

El refranero de Núñez, consigna este refrán:

«Ea, ea, que Burgos no es aldea, sino ciudad buena...».

Castilla -y Burgos es su cabeza y su cuna- alardea de haber estado sometida en un principio a Navarra, luego a León y desde entonces, a nadie.

A Burgos la poblaron tres razas: la cristiana, la judía y la mora.

La riegan los dos ríos peninsulares: el Duero y el Ebro, si bien al Ebro le llaman río traidor, «porque nace en Castilla y riega Aragón».

En la catedral de Burgos está enterrado el Cid, el genio de la raza. «A todos alcanza honra del que en buen ora nasco». A todos, pero principalmente a los burgaleses. Don Eduardo, no dire-

mos que estaba orgulloso de serlo, porque en él no cabía ningún orgullo, pero sí estaba contento. Burgos no será una aldea, pero lo son los pueblos que rodean la ciudad: Ubierna, Sotopalacios, Vivar, Villaverde de Peñahorada... Todos son pequeños, pobres y con mucho más pasado que presente y futuro. Son los verdaderos burgos de Burgos. Allí llegaron los foramontanos repobladores.

Don Eduardo era el más pequeño de una familia de ocho hijos. Tuvo una madre y muchas hermanas. Se crió con mucho cariño y cierto regalo.

Era el idolillo del pueblo. «Eduardito», le llamaban los paisanos.

A pesar de eso, no creció nada caprichoso ni consentido.

La pubertad la pasó en Madrid, con un hermano mayor; la adolescencia la pasó en Mohernando; la juventud en la guerra y la madurez en varios sitios: Astudillo, Arévalo, Mohernando, Ciudad Real, Madrid. «El agua se hace como la tierra por donde pasa». Lo mismo podía decirse lo contrario. Los sitios por donde pasó Don Eduardo, se fueron haciendo un poco como él era. En todos fue dejando huella de serenidad y de su hombría de bien. Los cargos que ejerció fueron dejando impronta y carácter en él: Asistente, Profesor, Consejero por poco tiempo, Director, Vicario, Maestro de novicios. Este cargo es uno de los que exigen e imprimen mayor carácter. A él le consumía, como la llama a la zarza bíblica. Todos los cargos los tomó en serios y los ejerció a conciencia, pero el de Maestro de novicios, le supuso una verdadera comezón espiritual. Lo fue durante diez años, pasaron por sus manos 667 novicios, más que por sus manos, por sus entretelas. Le afectaban todas las variaciones de sus novicios. «¿Quién está enfermo que yo no me desviva? ¿Quién está en peligro que yo no me quemé...?». Los seguía con un afán, más que paternal, maternal. San Agustín no podía perderse, porque era hijo de demasiadas lágrimas de su madre. Los novicios de aquellos años prolíficos en vocaciones, eran fruto, en gran parte, de los desvelos de su Maestro.

Cada desviación o cada dimisión le suponía un trauma.

Era demasiado solícito, demasiado afectable y entregado para cargos de responsabilidad. Si alguna tacha se le puede poner es la

de que sufrió demasiado, tomó las cosas demasiado a pecho y fue ingenuamente bueno y cumplidor, si en ello cabe exceso. Santa Teresa decía de San Pedro de Alcántara y de sus penitencias feroces: «No está ya el mundo para tanta virtud». Tenía escaso sentido del humor y no mucho sentido crítico.

No disfrutó nunca de vacaciones. Eso le hizo encontrarse, a veces, en situación angustiada, por ejemplo, en la enfermedad de Don Juan Castaño.

Lo reconocía, lamentaba ser así, pero no lo podía remediar.

Ser bueno es pasar, a veces por indefenso, y salir siempre perdiendo. A Don Eduardo le tocó mucho de eso. Dios se lo haya tenido en cuenta.

«En las tiendas de los justos -a veces tan desprovistas y humanamente tan desoladas- hay cantos de victoria».

Se le recuerda tal como era, y se viene a la memoria aquel pensamiento: «Hay viejos que sonrían, esperan, estimulan, serenar y entusiasman...».

Ya está a resguardo de todos sus agobios, de todas sus angustias y obsesiones: la de tener que responder a tal obligación, dar tal clase, abrir la iglesia a tal hora. Todos los quehaceres eran sagrados, inaplazables.

En confianza, le decíamos que era como el hermano del hijo pródigo, el hijo fiel que no se tomó nunca un asueto, por más que el padre no le exigiera tanto. «Yo que siempre te he servido con fidelidad servil y no me has dado nunca ni un cabrito para merendármelo con mis amigos», le viene a decir al padre en tono de reproche.

-Habértelo tomado tú, puesto que todo era tuyo, podía haberle replicado el padre.

A Don Eduardo no se le ocurrió ni siquiera ese desahogo, ese reproche de reclamación.

Fue un gran salesiano y un gran amante de lo salesiano.

Leyó asiduamente a Don Bosco, lo estudió y redujo sus Memorias a fichas, las fichas que iba desgranando en los meses de enero y de mayo y que hacían el deleite de las archicofrades y de los devotos.

Con una anécdota y una rifa cada día, las traía encandiladas.

Uno de los trances más amargos fue para él la salida de Carabanchel Alto. Allí había hecho su aspirantado bajo la dirección de su padrino de Congregación: Don Enrique Sáiz, allí hizo la Teología y cantó misa y allí había pasado trece años, viendo nacer, crecer y florecer el Aspirantado de Coadjutores. Lo tenía muy entrañado en su alma. Verlo decrecer y desmoronarse, le hubiera supuesto un disgusto insoportable.

Por éso se avino a ir a Atocha. Le pasó como a San Ignacio de Loyola.

El médico le recomendó que no se tomase melancolías, a su edad y dado el quebranto en que se encontraba su salud. San Ignacio dijo que el mayor disgusto que le podría acaecer, era que un día el Papa disolviese la Compañía de Jesús. A pesar de eso, le bastaría un cuarto de hora de oración para reponerse del disgusto. Salvadas las distancias, a Don Eduardo le pasó algo semejante. En Atocha se llegó a encontrar a gusto.

La convivencia, su asiduidad a la lectura y el confesionario hacían que no se sintiera nunca ni aburrido ni triste. Su gran tarea fueron las confesiones. Su confesionario fue el obrador de muchas horas. Más que metido, se diría que parecía fundido en él, troquelado con él.

Cuando los penitentes le dejaban algún respiro, leía un libro o repasaba las cuentas del rosario. ¿Cuántos rosarios rezaría a lo largo de su vida?

Se murió sin saber que en el siglo IX hubo un obispo en Burgos.

Procedía de una familia judía conversa y se decía emparentado con la Virgen. Regaló una indulgencia a los burgaleses que, al rezar el avemaria, metieran en el texto esta cuña: «Santa María, Madre de Dios y pariente de nuestro Obispo...». Sin esta interpolación, él la rezó infinitas veces.

Como confesor, fue un confesor diestro en el arte de serenar conciencias, un confesor -valga la humorada- impenitente.

San Agustín dice que los hombres son como los barcos devencijados y viejos. Continuamente necesitan que se les achique el agua que los va hundiendo. ¡Qué comparación tan realista!

Don Eduardo se pasó horas y horas achicando el agua, cuando era del caso; otras veces, repasando, pintando, decorando el casco de los barcos que atracaban al astillero de su confesionario. Como experimentado, sabía muy bien que la confesión no es sólo para desbastar, sino para decorar también. Es un detergente, sí; pero es también un embellecedor.

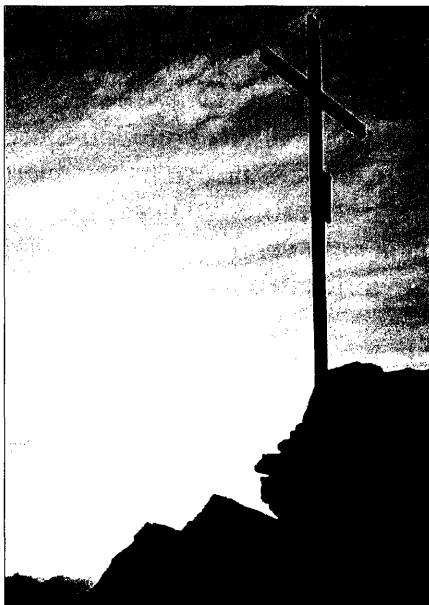
No llegó a celebrar las Bodas de Oro de su sacerdocio, él que puso tanto empeño en preparar la celebración de los cuarenta años con los compañeros de curso, los famosos Viginti. Presentía que le iba a faltar tiempo. La muerte, que siempre llega a deshora.

Menos mal que él la tenía bien prevista y amansada...

«Morir cada día un poco es el modo de vivir».

El fue muriendo un poco durante muchos días. El día 23 de septiembre acabó de morir y descansó en santa paz.

DOMINGO ANZOLA AZPIARU



Coadjutor.
Nació en Mendaro (Guipúzcoa) el 5-V-1882.
Profesó en Carabanchel Alto (Madrid) el 26-X-1906.
Falleció en Santander el **20-XI-1908**.

Salesiano de los primeros años, joven, vasco, bueno y muerto prematuramente. Aquellos reclutamientos parecían una leva para el Cielo.

Nuestro reseñado había nacido en Mendaro (Guipúzcoa). Su vocación le vino en una peregrinación a Loyola. Repasando la andanzas de San Ignacio, él también se sintió llamado a la vida religiosa. Escogió la vida salesiana, tal vez movido por el ejemplo de otros guipuzcoanos de su edad y por la persuasiva de algún reclutador hábil. Fue a hacer el aspirantado a Villaverde de Pontones. Desde entonces se mostró de carácter franco, sencillo y

Allí, en al calle de la Compañía, le esperaba la soledad de la muerte.

Falleció en el mes de Noviembre, el día de los Difuntos precisamente, de 1906. Tenía 23 años: la edad florida en que no se sabe ser rico, no se quiere ser cobarde y no se puede ser malo.

Seis meses antes había fallecido el Consejero de la casa, Don Daniel Escur. La casa, tan reciente, ya había abierto dos sepulturas.

No deja de ser lamentable la suerte de este cleriguito, que salió de su Andalucía para venir a dejar su vida, prematuramente, en una ciudad de invierno y desabrida, hermosa pero con un deje de tristeza.

segundo año decidió irse con los Salesianos. Don Oberti le había ganado ya para la Congregación.

Antes de llegar él a Madrid, su alumno fue a hacer el Noviciado a Sant Vicens dels Horts. tuvo que cruzar la Península de extremo a extremo. Eso era ya una prueba. Lo hizo en 1900, junto con otros 30 compañeros.

Sólo uno de ellos era coadjutor. Les impuso la sotana Don Rinaldi.

A final del Noviciado, sin más pruebas intermedias, hizo los votos perpetuos. A continuación, fue destinado a la primera casa salesiana de Madrid. Era una casa todavía provisional, un chalet en la calle Zurbano, 50. La primera sede salesiana de Madrid, que ahora al cabo de un siglo, cuenta ya con una docena de ellas.

Formaron la primera comunidad el Director, Don Ernesto Oberti, un clérigo, José Artacho y otro clérigo que no perseveró. Artacho fue el clérigo fundador de nuestra Inspectoría. Bien merece una mención.

A los dos años de estar en Zurbano, 50, se trasladaron ya a La Ronda de Atocha, 17, una finca que había pertenecido al hermano de O'Donnell.

La comunidad se completó con algún elemento más. Su composición era:

Don Ernesto Oberti: Inspector y Director.

Don Leandro Urrea: Prefecto.

Don Jesús Carballo: Consejero.

Clérigos: José Artacho y Juan Esteve.

Coadjutor: Federico Sabater.

Bien merecen que se consignen sus nombres, que estarían bien grabados en letras de oro.

Artacho pasó un año en Atocha, como estudiante de Filosofía y clérigo.

¿Cómo estudiaría la Filosofía? Para lo que iba a vivir, le sobraba toda. Estuvo dos años en Baracaldo y el tercer año de trienio fue destinado a Salamanca, San Benito, que era la única casa que existía todavía.

JOSE ARTACHO ARTACHO



Clérigo.
Nació en Cuevas Bajas (Málaga) el 6-XII-1883.
Profesó en Sant Vicens dels Horts (Barcelona)
el 2-iX-1900.
Falleció en Salamanca el 2-XI-1906.

José Artacho nació en Cuevas Rojas, un pueblo de Málaga, la ciudad luminosa, festiva y devota, de balcones floridos y fachadas blancas y de brisas suaves. Un pueblo de tantos como en Andalucía llevan el nombre de Cuevas. De su familia sabemos que sus padres se llamaban Juan y Ana, nombre también muy usado en la región. «Señá Santana...».

Nació el 6 de Diciembre de 1883, dos años después de establecerse los Salesianos en Utrera.

Habían adquirido ya fama de buenos enseñantes. Artacho fue a estudiar allí la Primera Enseñanza y el Bachillerato. Al final del